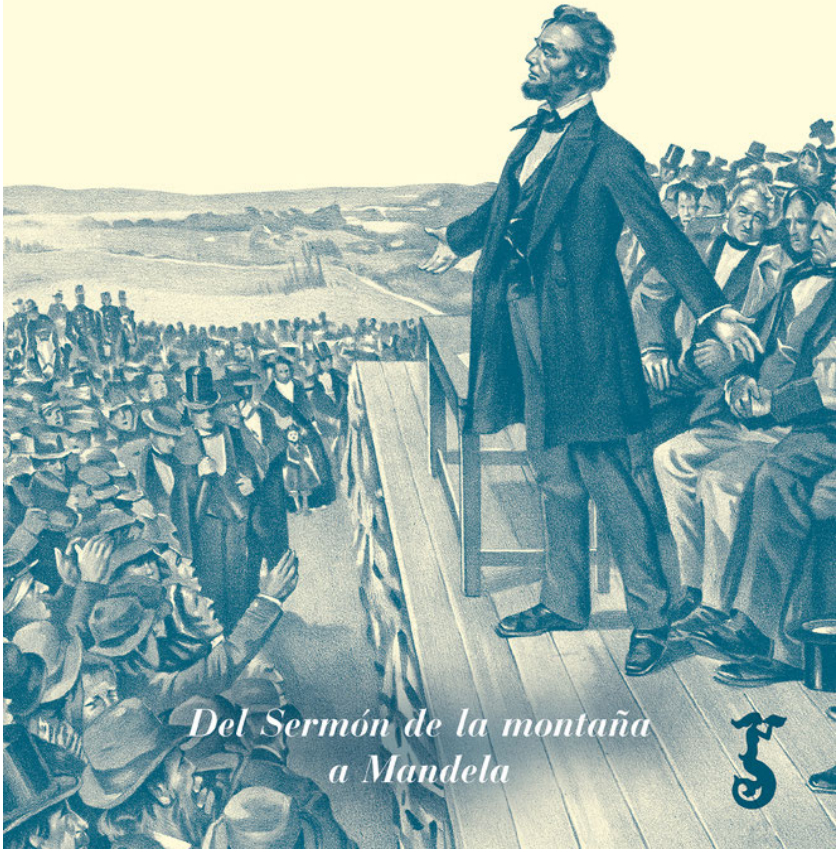
Javier Alonso López

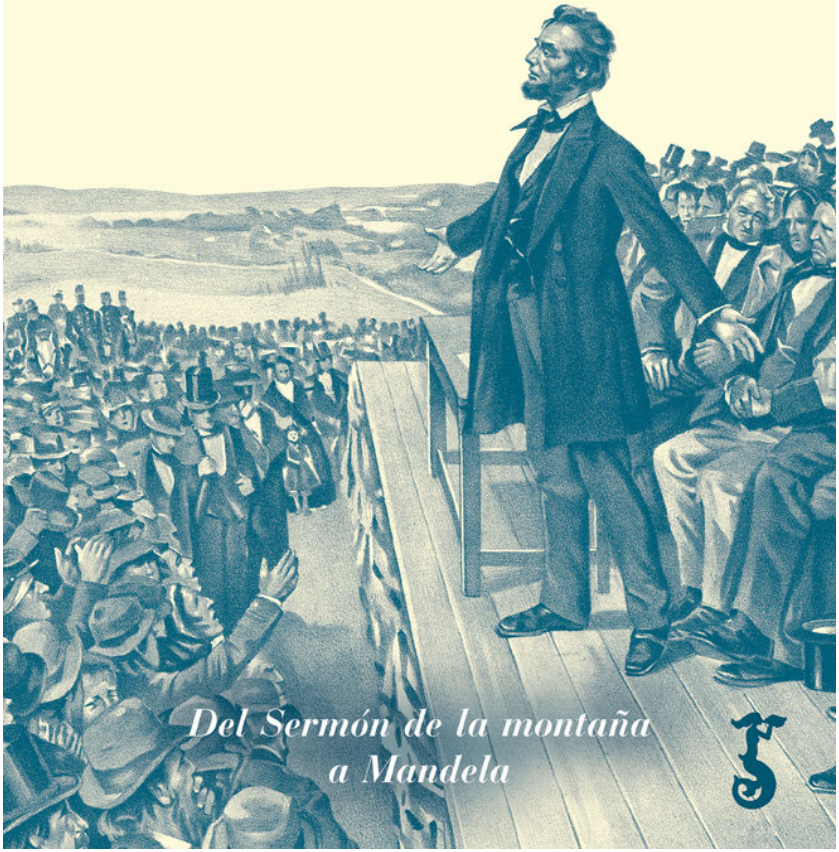
Discursos históricos



Del Sermón de la montaña a Mandela

Javier Alonso López

Discursos históricos



Del Sermón de la montaña a Mandela

Javier Alonso López. Filólogo Semítico, historiador y biblista, lleva más de un cuarto de siglo dedicado al estudio del antiguo Israel y la historia bíblica, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, así como de las tres grandes religiones del Libro: judaísmo, islam y cristianismo primitivo.

Ha participado en varias campañas arqueológicas en Israel, y en la actualidad compagina su trabajo como profesor de la IE University con diversas formas de divulgación histórica, desde seminarios hasta viajes al Próximo Oriente.

Es autor de numerosos libros y artículos sobre temas de historia y arqueología de Israel, y colabora habitualmente con varios programas de radio y televisión de temática histórica.

Desde la Antigüedad, la historia nos ofrece ejemplos de personas que, valiéndose de discursos bien construidos y escenificados, conmovieron a sus contemporáneos y transformaron sus corazones, convicciones y actos.

En Discursos históricos veremos cómo un buen discurso puede convertir a patriotas en verdugos, a hombres sin rumbo en guerreros de Dios, a oprimidos desesperados en un ejército lleno de esperanza, a enemigos en amigos y a seres comunes en criminales o iluminados.

Desde el Sermón de la montaña hasta Mandela, pasando por Cortés, Churchill, Hitler o Ghandi —entre otros— Javier Alonso no solo reproduce los discursos íntegros (casi todos traducidos por él) sino que nos da todas las claves para ponerlos en contexto y extraer su significado profundo. Además, nos ofrece referencias gráficas y audiovisuales para completar su comprensión.

Estas lecciones de historia y oratoria, no solo pertenecen al pasado sino a la naturaleza humana. Conocerlas nos ayuda a desenvolvernos en el mundo actual donde el discurso se adapta a los tiempos para seguir conmoviendo o manipulando.

DISCURSOS HISTÓRICOS

Javier Alonso López

DISCURSOS HISTÓRICOS

Del Sermón de la montaña a Mandela

ARZALIA
ediciones

Discursos históricos

Del Sermón de la montaña a Mandela

© 2022, Javier Alonso López

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© 2022, Arzalia Ediciones, S. L.

Calle Zurbano, 85, 3.º-1. 28003 Madrid

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

ISBN: 978-84-19018-06-9

Depósito Legal: M-6454-2022

Impreso en Artes Gráficas Cofás, S. A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

Impreso en España — Printed in Spain

www.arzalia.com

Índice

Introducción

1. DEMOCRACIA

Discurso funerario de Pericles

2. IMPERIO

«Amigos, romanos, compatriotas»

Marco Antonio

3. REINO DE DIOS

Sermón de la montaña Jesús de Nazaret

4. FE

«¡Dios lo quiere!»

Papa Urbano II

5. LIDERAZGO

«Puedo aseguraros de mí que me basta el ánimo a conquistar el mundo entero»

Hernán Cortés

6. LIBERTAD

«Discurso de Gettysburg»

Abraham Lincoln

7. VISIÓN

El triunfo de la voluntad

Adolf Hitler

8. RESISTENCIA

«¡No pasarán!»

Dolores Ibarruri, Pasionaria

9. TENACIDAD

«Sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor»

Winston Churchill

10. INDEPENDENCIA

«Abandonen la India»

Mahatma Gandhi

11. PATRIA

«No preguntes qué puede hacer tu país por ti»

John F. Kennedy

12. IGUALDAD

«Tengo un sueño»

Martin Luther King

13. RECONCILIACIÓN

«El apartheid no tiene futuro»

Nelson Mandela

Introducción

El cerebro humano empieza a funcionar cuando naces y no se detiene hasta que sales a hablar en público.

GEORGE JESSEL

Quizás usted, querido lector que acaba de abrir este libro, esté de acuerdo con la frase de Jessel, quien, a pesar de ser actor, tenía pánico a hablar en público cuando no se trataba de interpretar un papel. ¡Qué difícil es pronunciar un discurso! ¡Qué complicado resulta enfrentarse a una audiencia, captar su atención, transmitir claramente un mensaje y convencer o emocionar para que actúe de acuerdo a nuestras intenciones!

A lo largo de la Historia, algunas personas han tenido el don, la habilidad o la capacidad de aprender las técnicas adecuadas para pronunciar discursos inspiradores, emocionantes, enérgicos, que en muchos casos han supuesto un cambio radical en el modo de actuar de sus contemporáneos. Grandes discursos han iniciado guerras, han animado a resistir más allá de lo humanamente soportable y han inspirado a pueblos enteros a emprender un camino hacia un futuro prometedor aunque incierto. Unos han expuesto lo mejor de los seres humanos; otros han sacado lo peor de nuestra naturaleza.

En este libro se presentará una selección de algunos de los mejores discursos pronunciados en el transcurso de la Historia, pero resulta imprescindible entender que un buen discurso no es igual a una buena idea. A lo largo de estas páginas, se mostrarán las herramientas retóricas con las que se construye un buen discurso, pero ante nosotros desfilarán personajes que, haciendo un uso magistral de ellas, las emplearon para propósitos a veces nobles, a veces muy oscuros. Para nosotros, ciudadanos del mundo del siglo XXI, es importante familiarizarnos con estas técnicas, porque solo así podremos ser capaces de comprender correctamente los

mensajes con los que se nos bombardea a diario, en especial desde el ámbito político. Cuanto más sepamos, más difícil resultará engañarnos.

Pero repasar estos trece discursos nos proporcionará otras satisfacciones. Por una parte, estos textos nos ayudarán a comprender mejor varios momentos fundamentales de la historia universal en los que unas palabras pronunciadas con acierto inclinaron la balanza de uno u otro lado. Aprender historia nunca es una pérdida de tiempo, porque, aunque no se repite exactamente igual, sí se dan, sin embargo, patrones similares en otros momentos, y eso nos ayuda a entender mejor nuestro propio mundo.

Por otro lado, analizar algunos de los grandes discursos de todas las épocas puede contribuir a que los lectores, especialmente los más jóvenes, construyan sus propias intervenciones y presentaciones en un mundo en el que muchos de ellos se verán obligados a hablar en público en infinidad de ocasiones. Si hay que aprender, que sea de los mejores.

Este libro es el fruto de un curso que impartí en la IE University en el último trimestre de 2021 para alumnos de una decena de países diferentes. En el transcurso de aquellas sesiones, los estudiantes entendieron el contexto histórico en el que se pronunció cada uno de los discursos, leyeron y, en algunos casos, pudieron escucharlos, se familiarizaron con los principales instrumentos de la retórica y aprendieron a desgranar un discurso hasta sacarle todo su jugo. Fue una experiencia muy satisfactoria de la que tanto ellos como yo salimos enriquecidos y un poco más sabios. Vaya desde aquí mi agradecimiento a todos mis alumnos por su entusiasmo y participación, y también a María José Ferrari, directora académica de la División de Artes y Humanidades de la IE University, por apostar sin reservas por este seminario.

He intentado que las páginas de este libro resulten lo más amenas y didácticas posible. Por eso, creo que es una aportación interesante la última parte de cada capítulo, donde se presenta al lector la huella que cada uno de los discursos ha dejado en el arte en cualquiera de sus facetas. Las ideas viajan de la mente a la boca, y del oído del espectador a su cerebro para transformarse en imágenes. Creo que resultará curioso e interesante para el lector

aprender cómo un templo griego, una película, un cartel publicitario o un evento deportivo internacional pueden estar inspirados por las palabras que un día pronunció algún hábil orador.

Por último, gracias a la tecnología, el lector podrá disfrutar, en muchos de los casos, de la reproducción en vídeo o en audio del discurso original gracias a los enlaces que acompañan a la mayoría de los textos. De esa manera, las ideas de Mandela, Martin Luther King, Kennedy o Churchill, entre otros, cobrarán vida en su contexto original y no serán tan solo, como desdeñosamente indicaba Hamlet, palabras, palabras, palabras.

Quiero dar las gracias a mi editor, Ricardo Artola, por aportar todo su saber para mejorar el libro y por tratarme con el mayor cariño; y a mi agente literaria y ángel guardián Silvia Bastos, por cuidar siempre de mí no como autor, sino como ser humano. Con gente así, da gusto.

DEMOCRACIA

-

Discurso funerario

de Pericles

Atenas, 431 a. C.

Contexto histórico

La historia de Atenas en el siglo V antes de nuestra era está tan íntimamente ligada a la suerte de Pericles, hijo de Jantipo, que en la actualidad se conoce aquel período de gloria, poder y brillo intelectual como el Siglo de Pericles. Sin embargo, para entender cómo Atenas alcanzó ese punto de desarrollo que la convirtió en el faro del Mediterráneo oriental, conviene retroceder unos decenios en el tiempo.

Para aquellas personas poco familiarizadas con el mundo antiguo, las guerras médicas evocan el ansia invasora de los «salvajes» y «corruptos» persas a la que hizo frente la virtud y superioridad moral y organizativa de las ciudades-estado de los griegos. Sin embargo, no fue exactamente así.

El origen de la primera guerra médica hay que buscarlo en la revuelta jonia de los años 499-492 a. C. Para librarse de una deuda contraída con el gobernador persa de Jonia (en la costa egea de la actual Turquía), el gobernante de Mileto, un griego llamado Aristágoras, organizó una sublevación contra los persas y pidió ayuda a las ciudades libres griegas de la otra orilla del Egeo. Solo dos, la pequeña Eretria y Atenas, atendieron al llamamiento y aportaron barcos y hombres que participaron en la destrucción de Sardes, la capital de la provincia persa. ¿Por qué los atenienses se prestaron a aquello? Pues porque Atenas estaba interesada en el comercio con las colonias griegas del mar Negro, que en aquel momento peligraba ante el empuje de los persas, que parecían apoderarse de todo lo que encontraban a su paso. No buscaban, por tanto, la liberación de sus «hermanos» de Jonia, sino defender sus propios intereses económicos y comerciales.

La revuelta jonia acabó en fracaso, pero Darío, el rey persa, no

olvidó la ofensa. En 490 a. C., una flota persa puso rumbo a Grecia para castigar no a todos los griegos, sino tan solo a eretrios (en la isla de Eubea) y atenienses. Eretria fue arrasada, pero, cuando los persas se disponían a desembarcar todas sus tropas en la bahía de Maratón, fueron derrotados por el ejército ateniense que, de ese modo, libró a su ciudad de la ira del Rey de Reyes.

Darío regresó a Persia y no vivió para poder completar su venganza. Diez años más tarde, su hijo Jerjes preparó una nueva expedición contra Grecia, esta vez con una flota y un ejército gigantescos que amenazaban la seguridad de todos los griegos. Algunos, como los macedonios, se sometieron de buen grado y colaboraron con los invasores. Otros, como los espartanos, se alinearon con los atenienses y fueron protagonistas de la gloriosa derrota de Termópilas. La furia persa llegó hasta Atenas, que fue arrasada y saqueada mientras su población se refugiaba en las islas vecinas. Al final, la victoria naval ateniense en las aguas de Salamina en 480 a. C. y la terrestre en Platea al año siguiente conjuraron la amenaza persa. Jerjes regresó a su reino y nunca más un soldado persa puso su pie en tierra griega.

Aunque en la victoria sobre el invasor habían participado numerosas ciudades griegas, como Esparta, Corinto, Tebas, Focea, Megara, Platea, Epidauro, Egina, Micenas, Tirinto y otras, desde el punto de vista político, la gran triunfadora fue Atenas. La capital del Ática había pagado un precio muy alto, pues había sido arrasada, saqueada y profanada por las hordas persas, había llevado el peso principal en todas las batallas navales (Cabo Artemision y Salamina) y combatido casi en solitario en Maratón. Desde su punto de vista, era Atenas la que había salvado a todas las polis de Grecia, y la otra gran ciudad participante, Esparta, no había hecho tanto por la causa común, a pesar de que fueron espartanos les héroes de Termópilas y los que formaron el contingente principal que derrotó a los persas en Platea.

Una vez conjurado el peligro persa en territorio griego, Atenas se dispuso a cobrarse su deuda. En el año 477 a. C. lideró la formación de una alianza de ciudades griegas con el propósito de llevar la guerra a territorio persa, controlar el mar Egeo que separaba a griegos y persas, y saquear a sus enemigos para

resarcirse de las pérdidas sufridas. Otra intención no declarada, sin embargo, era el ansia expansionista de los atenienses, que pretendían controlar las rutas marítimas del Egeo y de entrada al mar Negro de manera casi exclusiva. Según las bases de esta liga, las ciudades aliadas de Atenas debían contribuir con barcos y soldados a las expediciones que se organizasen, y con dinero a una caja común que tendría su sede en el santuario de Apolo en la isla de Delos, de ahí que la alianza fuese conocida como Liga de Delos.

Los primeros años de la Liga de Delos fueron exitosos. En 466 a. C., el ateniense Cimón derrotó a los persas en la batalla del río Euremidonte. Allí, la flota enemiga fue destruida y, de este modo, quedó conjurada la amenaza de una posible invasión por mar. Pero la liga había ido perdiendo su espíritu inicial incluso antes de este momento. El primer síntoma fue la decisión de la isla de Naxos de retirarse de ella en 470 a. C. Parecería que un estado es libre de abandonar un pacto cuando desee, pero fueron los atenienses, no la liga en su conjunto, quienes obligaron por la fuerza a los naxios a permanecer en la alianza, imponiéndoles un abusivo tributo anual. A partir de entonces, cualquiera que intentó abandonarla corrió la misma o peor suerte, llegándose incluso a la invasión y destrucción de un territorio teóricamente aliado. La liga dejó de ser una reunión de iguales para convertirse en un conjunto de estados sometidos a la voluntad de Atenas de buen grado, o por las malas.

El último clavo en el ataúd de la liga lo clavó la propia Atenas cuando, en 454 a. C., trasladó el tesoro común desde Delos a la propia Atenas con la excusa de que de ese modo estaría más seguro ante posibles amenazas persas. Atenas se había convertido en una potencia imperial. De hecho, gran parte de ese dinero no se empleó en la defensa de los intereses comunes, sino en el gigantesco programa constructivo de la Acrópolis, concebido a mayor gloria de Atenas.

Aproximadamente por la misma época, la polis había comenzado a tener choques diplomáticos cada vez más frecuentes con la otra gran vencedora de las guerras médicas: Esparta. Ambas ciudades parecían haber nacido para ser rivales la una de la otra. Atenas en el Ática; Esparta en el Peloponeso. Atenas era una democracia; Esparta una monarquía (en realidad, diarquía, pues

tenía dos reyes). Atenas era de origen jónico; Esparta de origen dorio. En Atenas brillaban las artes y la elocuencia; Esparta era un estado militarista y escatimaban las palabras como si tuvieran que pagar por hablar, hasta el punto de que el adjetivo lacónico, por la región en la que se encontraba, acabó significando 'breve, conciso'. Atenas tenía una proyección internacional; Esparta vivía encerrada en sí misma. Atenas lideraba la Liga de Delos; Esparta aglutinaba a sus aliados en torno a la Liga del Peloponeso.

En realidad, todo este esquema recuerda al que veinticinco siglos más tarde escenificarían los Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría, dos antagonistas en todo lo posible que lideraban sendos bloques de alianzas que, en realidad, bailaban al son que tocaban sus respectivos jefes.

Las ofensas mutuas entre atenienses y espartanos, las heridas mal cerradas y los intentos más o menos velados de dañar a la parte contraria fueron sucediéndose desde la década del 460, y desembocaron por primera vez en un choque armado en la batalla de Tanagra, en 457 a. C., con la excusa de ayudar a terceras ciudades aliadas o enemigas de los actores principales. Durante los años siguientes se sucedieron las escaramuzas y las firmas de treguas, pero estaba claro que aquello solo podía terminar en una guerra de aniquilación. Poco importa el casus belli. El enfrentamiento abierto estalló en 431 a. C. Comenzaba la guerra del Peloponeso.

Los movimientos iniciales de la contienda fueron de tanteo. Los atenienses eran superiores en el mar y los espartanos en el choque en campo abierto, así que ambos evitaron exponerse a caer en el terreno del rival. Los espartanos llevaron sus tropas más allá del istmo de Corinto y devastaron el terreno de los aliados de los atenienses con la esperanza de atraer a estos a una batalla campal. Atenas, por su parte, lo basó todo en romper los bloqueos por tierra gracias a su superioridad en el mar y en evitar un enfrentamiento a gran escala en tierra, donde se sentían inferiores a la infantería espartana.

Cuando llegó el invierno, se dieron por finalizadas las operaciones militares, y cada uno regresó a su hogar a preparar el siguiente asalto.

Quién es quién

Pericles, nacido en 495 a. C. en el seno de una familia aristocrática ateniense, tuvo en su juventud una formación muy completa al abrigo de algunos de los filósofos de moda. Se inició en la política dentro del partido democrático, que lideró desde 461 a. C. Hizo aprobar en asamblea varias reformas democráticas con la oposición de las oligarquías locales.

En 454 a. C. fue nombrado strategós, o jefe militar, y se dedicó a subrayar la supremacía ateniense dentro de la Liga de Delos. Fomentó la construcción de naves de guerra y la creación de colonias atenienses en el Egeo.

Desde 443 a. C., como máxima autoridad política de Atenas, fue responsable directo del empeoramiento de relaciones con Esparta que desembocó en la guerra del Peloponeso y que, después de su muerte, acabaría con la derrota ateniense y el fin de la hegemonía de la polis.

Murió en 429 a. C., víctima de una peste que asoló la región del Ática.

Su gobierno fue una época de mecenazgo y florecimiento de las ciencias y las artes en Atenas. Se rodeó de dramaturgos como Eurípides y Sófocles, historiadores como Heródoto de Halicarnaso y Tucídides, el filósofo Sócrates o los escultores Fidias y Policleto.

Su mayor legado lo constituye el complejo arquitectónico de la Acrópolis, llevado a cabo bajo la dirección de Fidias. Destaca en el conjunto el Partenón (construido entre 447 y 438 a. C.), dedicado a Atenea, la diosa patrona de Atenas. Los frontones, relieves y metopas del Partenón responden a un programa iconográfico concebido para ensalzar las virtudes míticas, morales y políticas que, en opinión de los atenienses, hacían de su ciudad el centro del mundo.

El historiador Tucídides pone en su boca este discurso en su obra Historia de la Guerra del Peloponeso II, 34-46.

Tucídides, historiador griego (460-395 a. C.) de origen aristocrático, ejerció diversos cargos en Atenas antes de entregarse a la labor historiográfica. Su Historia de la Guerra del Peloponeso es, probablemente, la primera obra histórica nacional en la que no intervienen los dioses y se intentan explicar de manera ordenada las causas, los acontecimientos y las consecuencias de un hito histórico. Aunque contemporáneo de los hechos narrados en su obra, es evidente que Tucídides no pudo estar en todos los lugares donde se desarrollaba la acción. Así, y refiriéndose a los discursos recogidos en su libro, él mismo reconoce que se trataría de reconstrucciones aproximadas que intentarían preservar el sentido general:

En cuanto a los discursos pronunciados ante la inminencia de la guerra o durante esta, ante la dificultad de rememorar sus propios términos, tanto los oídos por mí como los de ajena información, he formulado la elocución que me pareció más apropiada a las circunstancias, ciñéndome estrictamente al pensamiento general de lo realmente pronunciado.

(Historia de la Guerra del Peloponeso, I, 22)

Tucídides escribió este discurso años después de que fuera pronunciado y una vez que Atenas ya había sido derrotada. Por todo ello, ya en la Antigüedad, Plutarco, en su Vida de Pericles, dudaba de la autoría del discurso y señalaba al historiador. Del mismo modo, también hay en la actualidad investigadores que creen que la alocución no fue compuesta por Pericles, sino por el propio Tucídides, y que, más que el discurso fúnebre de Pericles a

los muertos durante el primer año de la guerra, se trata del discurso fúnebre de Tucídides a la Atenas vencida que, a pesar de la derrota, comenzaba a presentarse ya como un paradigma universal de cultura cívica. El elogio fúnebre a los caídos en combate sería, en realidad, nada más que un pretexto para enaltecer a Atenas y resaltar la vigencia eterna de su patrimonio.

▪

▪

Aspasia, originaria de la ciudad de Mileto (¿470-400? a. C.), fue una hetaira que se convirtió en amante permanente de Pericles tras conocerse en el burdel que ella regentaba en Atenas. Poseía una educación exquisita, frecuentaba a los más importantes intelectuales de la ciudad y ella misma era una experta en diversas disciplinas como la retórica y la logografía —se denominaba «logógrafos» a los historiadores y cronistas anteriores a Heródoto, el considerado Padre de la Historia—. Por su posición junto al hombre fuerte de Atenas, y por su propia valía personal, Aspasia fue la única mujer de la Grecia clásica que desempeñó un papel de importancia y propio en la esfera pública. Más aún, precisamente por sus conocimientos de retórica y redacción de textos, algunos investigadores creen que su mano podría encontrarse detrás de la redacción del discurso funerario de Pericles.

▪

Dónde y cuándo

Pericles pronunció su discurso funerario al final del primer año de la guerra del Peloponeso, en el invierno de 431-430 a. C., cuando, tras la suspensión de las hostilidades, los atenienses celebraron los funerales de los caídos en ese año inicial de la contienda. Era costumbre enterrar a los muertos en el campo de batalla, como atestigua, por ejemplo, el túmulo de los atenienses en la bahía de Maratón, pero en esta ocasión se optó por celebrar la

ceremonia en la propia Atenas, probablemente en el ágora. Durante tres días se expusieron los huesos de los difuntos, cuyos cuerpos habían sido incinerados previamente. Tras recibir las ofrendas de flores y perfumes de sus familiares, los restos fueron agrupados en féretros de ciprés, de acuerdo a las tradiciones de la tribu a la que pertenecieran, y colocados sobre carretas. Además de los féretros, había también un lecho vacío para recordar a los muertos cuyos cuerpos no se habían podido recuperar. El cortejo fúnebre se dirigió al vecino cementerio del Cerámico, extramuros, junto al camino que llevaba a la Academia. Tras enterrar a todos los muertos en un único túmulo coronado por una estela, era costumbre pronunciar un discurso laudatorio de los fallecidos. En aquella ocasión, considerada especialmente señalada, pues era el primer año de guerra, la asamblea ateniense (boulé) eligió como orador a Pericles, hijo de Jantipo y gobernante de facto de la ciudad. Pericles, tras subirse a un estrado desde donde todo el pueblo pudiera verlo, se dirigió a los atenienses.

El discurso

Idioma original: griego

Muchos de aquellos que antes de ahora han hecho oraciones en este mismo lugar y asiento, alabaron en gran manera esta costumbre antigua de elogiar delante del pueblo a aquellos que murieron en la guerra, mas a mi parecer, las solemnes exequias que públicamente hacemos hoy, son la mejor alabanza de aquellos, que por sus hechos las han merecido. Y también me parece que no se debe dejar al albedrío de un hombre solo que pondere las virtudes y loores de tantos buenos guerreros, ni menos dar crédito a lo que dijere, sea o no buen orador, porque es muy difícil moderarse en los elogios, hablando de cosas de que apenas se puede tener firme y entera opinión de la verdad. Porque si el que oye tiene buen conocimiento del hecho y quiere bien a aquel de quien se habla, siempre cree que se dice menos en su alabanza de lo que deberían y él querría que dijesen; y por el contrario, al que no tiene noticia de

ello, le parece, por envidia, que todo lo que se dice de otro es superior a lo que alcanzan sus fuerzas y poder. Entiende cada oyente que no deben elogiar a otro por haber hecho más que él mismo hiciera, estimándose por igual, y si lo hacen tiene envidia y no cree nada. Empero, porque de mucho tiempo acá, está admitida y aprobada esta costumbre, y se debe así hacer, me conviene, por obedecer a las leyes, ajustar cuanto pueda mis razones a la voluntad y parecer de cada uno de vosotros, comenzando por elogiar a nuestros mayores y antepasados. Porque es justo y conveniente dar honra a la memoria de aquellos que primeramente habitaron esta región y sucesivamente de mano en mano por su virtud y esfuerzo nos la dejaron y entregaron libre hasta el día de hoy. Y si aquellos antepasados son dignos de loa, mucho más lo serán nuestros padres que vinieron después de ellos; porque además de lo que sus ancianos les dejaron, por su trabajo adquirieron y aumentaron el mando y señorío que nosotros al presente tenemos. Y aún también, después de aquellos, nosotros los que al presente vivimos y somos de madura edad, le hemos ensanchado y aumentado, y provisto y abastecido nuestra ciudad de todas las cosas necesarias, así para la paz como para la guerra. Nada diré de las proezas y valentías que nosotros y nuestros antepasados hicimos, defendiéndonos así contra los bárbaros como contra los griegos que nos provocaron guerra, por las cuales adquirimos todas nuestras tierras y señorío, porque no quiero ser prolijo en cosas que todos vosotros sabéis; pero después de explicar con qué prudencia, industria, artes y modos nuestro Imperio y señorío fue establecido y aumentado, vendré a las alabanzas de aquellos de quien aquí debemos hablar. Porque me parece que no es fuera de propósito al presente traer a la memoria estas cosas, y que será provechoso oírlas, a todos aquellos que aquí están, ora sean naturales, ora forasteros; pues tenemos una república que no sigue las leyes de las otras ciudades vecinas y comarcanas, sino que da leyes y ejemplo a los otros, y nuestro gobierno se llama Democracia, porque la administración de la república no pertenece ni está en pocos sino en muchos. Por lo cual cada uno de nosotros, de cualquier estado o condición que sea, si tiene algún conocimiento de virtud, tan obligado está a procurar el bien y honra de la ciudad como los otros, y no será nombrado para ningún cargo ni honrado, ni acatado por su linaje o solar, sino tan solo por su virtud y bondad. Que por pobre o de bajo suelo que sea, con tal que pueda hacer bien y provecho a la república, no será

excluido de los cargos y dignidades públicas.

Nosotros, pues, en lo que toca a nuestra república gobernamos libremente; y asimismo en los tratos y negocios que tenemos diariamente con nuestros vecinos y comarcanos, sin causarnos ira o saña que alguno se alegre de la fuerza o demasía que nos haya hecho, pues cuando ellos se gozan y alegran nosotros guardamos una severidad honesta y disimulamos nuestro pesar y tristeza. Comunicamos sin pesadumbre unos a otros nuestros bienes particulares, y en lo que toca a la república y al bien común no infringimos cosa alguna, no tanto por temor al juez, cuanto por obedecer las leyes, sobre todo las hechas en favor de los que son injuriados, y aunque no lo sean, causan afrenta al que las infringe. Para mitigar los trabajos tenemos muchos recreos, los juegos y contiendas públicas, que llaman sacras, los sacrificios y aniversarios que se hacen con aparatos honestos y placenteros, para que con el deleite se quite o disminuya el pesar y tristeza de las gentes. Por la grandeza y nobleza de nuestra ciudad, traen a ella de todas las otras tierras y regiones mercaderías y cosas de todas clases; de manera que no nos servimos y aprovechamos menos de los bienes que nacen en otras tierras, que de los que nacen en la nuestra.

En los ejercicios de guerra somos muy diferentes de nuestros enemigos, porque nosotros permitimos que nuestra ciudad sea común a todas las gentes y naciones, sin vedar ni prohibir a persona natural o extranjera ver ni aprender lo que bien les pareciere, no escondiendo nuestras cosas aunque pueda aprovechar a los enemigos verlas y aprenderlas; pues confiamos tanto en los aparatos de guerra y en los ardides y cautelas, cuanto en nuestros ánimos y esfuerzo, los cuales podemos siempre mostrar muy conformes a la obra. Y aunque otros muchos en su mocedad se ejercitan para cobrar fuerzas, hasta que llegan a ser hombres, no por eso somos menos osados o determinados que ellos para afrontar los peligros, cuando la necesidad lo exige. De esto es buena prueba que los lacedemonios jamás se atrevieron a entrar en nuestra tierra en son de guerra sin venir acompañados de todos sus aliados y confederados; mientras nosotros, sin ayuda ajena, hemos entrado en la tierra de nuestros vecinos y comarcanos, y muchas veces sin gran dificultad hemos vencido a aquellos que se defendían peleando muy bien en sus casas. Ninguno de nuestros enemigos ha osado

acometernos cuando todos estábamos juntos, así por nuestra experiencia y ejercicio en las cosas de mar, como por la mucha gente de guerra que tenemos en diversas partes. Si acaso nuestros enemigos vencen alguna vez una compañía de las nuestras, se alaban de habernos vencido a todos, y si, por el contrario, los vence alguna gente de los nuestros, dicen que fueron acometidos por todo el ejército.

Y en efecto, más queremos el reposo y sosiego cuando no somos obligados por necesidad que los trabajos continuos, y deseamos ejercitarnos antes en buenas costumbres y loable policía, que vivir siempre con el temor de las leyes; de manera que no nos exponemos a peligro pudiendo vivir quietos y seguros, prefiriendo el vigor y fuerza de las leyes al esfuerzo y ardor de ánimo. Ni nos preocupan las miserias y trabajos antes que vengan. Cuando llegan, las sufrimos con tan buen ánimo y corazón, como los que siempre están acostumbrados a ellas.

Por estas cosas y otras muchas, podemos tener en grande estima y admiración esta nuestra ciudad, donde, viviendo en medio de la riqueza y suntuosidad, usamos de templanza y hacemos una vida morigerada y filosófica, es, a saber, que sufrimos y toleramos la pobreza sin mostrarnos tristes ni abatidos, y usamos de las riquezas más para las necesidades y oportunidades que se pueden ofrecer que para la pompa, ostentación y vanagloria. Ninguno tiene vergüenza de confesar su pobreza, pero tiénela muy grande de evitarla con malas obras. Todos cuidan de igual modo de las cosas de la república que tocan al bien común, como de las suyas propias; y ocupados en sus negocios particulares, procuran estar enterados de los del común. Solo nosotros juzgamos al que no se cuida de la república, no solamente por ciudadano ocioso y negligente, sino también por hombre inútil y sin provecho. Cuando imaginamos algo bueno, tenemos por cierto que consultarlo y razonar sobre ello no impide realizarlo bien, sino que conviene discutir cómo se debe hacer la obra antes de ponerla en ejecución. Por esto, en las cosas que emprendemos usamos juntamente de la osadía y de la razón, más que ningún otro pueblo, pues los otros algunas veces, por ignorantes, son más osados que la razón requiere, y otras, por quererse fundar mucho en razones, son tardíos en la ejecución.

Serán tenidos por magnánimos todos los que comprendan pronto las cosas que pueden acarrear tristeza o alegría, y juzgándolas atinadamente no rehúyan los peligros cuando les ocurran.

En las obras de virtud somos muy diferentes de los otros, porque procuramos ganar amigos haciéndoles beneficios y buenas obras antes que recibiéndolas de ellos; pues, el que hace bien a otro está en mejor condición que el que lo recibe para conservar su amistad y benevolencia, mientras el favorecido sabe muy bien que con hacer otro tanto paga lo que debe. También nosotros solos usamos de magnificencia y liberalidad con nuestros amigos, con razón y discreción, es decir, por aprovechar sus servicios y no por vana ostentación y vanagloria de cobrar fama de liberales.

En suma, nuestra ciudad es totalmente una escuela de doctrina, una regla para toda la Grecia y un cuerpo bastante y suficiente para administrar y dirigir bien a muchas gentes en cualquier género de cosas. Que todo esto se demuestra por la verdad de las obras antes que con atildadas frases, bien se ve y conoce por la grandeza de esta ciudad; que por tales medios la hemos puesto y establecido en el estado que ahora veis; teniendo ella sola más fama en el mundo que todas las demás juntas. Solo ella no da motivo de queja a los enemigos aunque reciba de ellos daño; ni permite que se quejen los súbditos como si no fuese merecedora de mandarlos. Y no se diga que nuestro poder no se conoce por señales e indicios, porque hay tantos, que los que ahora viven y los que vendrán después nos tendrán en grande admiración.

No necesitamos al poeta Homero ni a otro alguno, para encarecer nuestros hechos con elogios poéticos, pues la verdad pura de las cosas disipa la duda y falsa opinión, y sabido es que, por nuestro esfuerzo y osadía, hemos hecho que toda la mar se pueda navegar y recorrer toda la tierra, dejando en todas partes memoria de los bienes o de los males que hicimos.

Por tal ciudad, los difuntos cuyas exequias hoy celebramos han muerto peleando esforzadamente, que les parecía dura cosa verse privados de ella, y por eso mismo debemos trabajar los que quedamos vivos. Esta ha sido la causa por que he sido algo prolijo al hablar de esta ciudad, para mostraros que no peleamos por cosa

igual con los otros, sino por cosa tan grande que ninguna le es semejante, y también porque los loores de aquellos de quienes hablamos fuesen más claros y manifiestos. La grandeza de nuestra ciudad se debe a la virtud y esfuerzos de los que por ella han muerto, y en pocos pueblos de Grecia hay justo motivo de igual vanagloria. A mi parecer, el primero y principal juez de la virtud del hombre es la vida buena y virtuosa, y el postrero que la confirma es la muerte honrosa, como ha sido la de estos. Justo es que aquellos que no pueden hacer otro servicio a la república se muestren animosos en los hechos de guerra para su defensa; porque haciendo esto, merezcan el bien de la república en común que no merecieron antes en particular por estar ocupados cada cual en sus negocios propios; recompensen esta falta con aquel servicio, y lo malo con lo bueno. Así lo hicieron estos, de los cuales ninguno se mostró cobarde por gozar de sus riquezas, queriendo más el bien de su patria que el gozo de poseerlas; ni menos dejaron de exponerse a todo riesgo por su pobreza, esperando venir a ser ricos, antes quisieron más el castigo y venganza de sus enemigos que su propia salud; y escogiendo este peligro por muy bueno, han muerto con esperanza de alcanzar la gloria y honra que nunca vieron, juzgando por lo que habían visto en otros, que debían aventurar sus vidas y que valía más la muerte honrosa que la vida deshonrada. Por evitar la infamia lo padecieron, y en breve espacio de tiempo quisieron antes con honra atreverse a la fortuna que dejarse dominar por el miedo y temor. Haciendo esto, se mostraron para su patria cual les convenía que fuesen. Los que quedan vivos deben estimar la vida, pero no por eso ser menos animosos contra sus enemigos, considerando que la utilidad y provecho no consiste solo en lo que os he dicho, sino también, como lo saben muchos de vosotros y podrán decirlo, en rechazar y expulsar a los enemigos. Cuanto más grande os pareciere vuestra patria, más debéis pensar en que hubo hombres magnánimos y osados que, conociendo y entendiendo lo bueno y teniendo vergüenza de lo malo, por su esfuerzo y virtud la ganaron y adquirieron. Y cuantas veces las cosas no sucedían según deseaban, no por eso quisieron defraudar la ciudad de su virtud, antes le ofrecieron el mejor premio y tributo que podían pagar, cual fue sus cuerpos en común, y cobraron en particular por ellos gloria y honra eterna, que siempre será nueva y muy honrosa esta sepultura, no tan solo para sus cuerpos, sino también para ser en ella celebrada y ensalzada su virtud y que siempre se pueda hablar

de sus hechos o imitarlos.

Toda la tierra es sepultura de los hombres famosos y señalados, cuya memoria no solamente se conserva por los epitafios y letreros de sus sepulcros, sino por la fama que sale y se divulga en gentes y naciones extrañas que consideran y revuelven en su entendimiento mucho más la grandeza y magnanimidad de su corazón, que el caso y fortuna que les deparó su suerte. Estos varones os ponemos delante de los ojos, dignos ciertamente de ser imitados por vosotros, para que conociendo que la libertad es felicidad y la felicidad libertad, no rehuyáis los trabajos y peligros de la guerra; y para que no penséis que los ruines y cobardes que no tienen esperanza de bien ninguno son más cuerdos en guardar su vida que aquellos que por ser de mejor condición la aventuran y ponen a todo riesgo. Porque a un hombre sabio y prudente más le pesa y más vergüenza tiene de la cobardía que de la muerte, la cual no siente por su proeza y valentía y por la esperanza de la gloria y honra pública.

Por tanto, los que aquí estáis presentes, padres de estos difuntos, consolaos de su muerte y no llorarla, porque sabiendo las desventuras y peligros a que están sujetos los niños mientras se crían, tendréis por bien afortunados aquellos que alcanzaron muerte honrosa como ahora estos, y vuestro lloro y lágrimas por dichosas. Sé muy bien cuán difícil es persuadiros de que no sintáis tristeza y pesar todas las veces que os acordéis de ellos, viendo en prosperidad a aquellos con quienes algunas veces os habréis alegrado en semejante caso, y cuando penséis que fueron privados no solo de la esperanza de bienes futuros sino también de los que gozaron largo tiempo. Empero, conviene sufrirlo pacientemente y consolaros con la esperanza de engendrar otros hijos, los que estáis en edad para ello, porque a muchos los hijos que tengan en adelante les harán olvidar el duelo por los que ahora han muerto y servirán a la república de dos maneras: una no dejándola desconsolada, y la otra inspirándole seguridad, pues los que ponen sus hijos a peligros por el bien de la república, como lo han hecho los que perdieron los suyos en esta guerra, inspiran más confianza que los que no lo hacen.

Aquellos de vosotros que pasáis de edad para engendrar hijos, tendréis de ventaja a los otros que habéis vivido la mayor parte de

la vida en prosperidad y que lo restante de ella, que no puede ser mucho, lo pasaréis con más alivio acordándoos de la gloria y honra que estos alcanzaron, pues solo la codicia de la honra nunca envejece y algunos dicen que no hay cosa que tanto deseen los hombres en su vejez como ser honrados.

Y vosotros, los hijos y hermanos de estos muertos, pensad en lo que os obliga su valor y heroísmo, porque no hay hombre que no alabe de palabra la virtud y esfuerzo de los que murieron, de suerte que vosotros los que quedáis, por grande que sea vuestro valor, os tendrán cuando más por iguales a ellos y casi siempre os juzgarán inferiores, porque entre los vivos hay siempre envidia, pero todos elogian la virtud y el esfuerzo del que muere. También me conviene hacer mención de la virtud de las mujeres que al presente quedan viudas, y concluiré en este caso con una breve amonestación, y es que debéis tener por gran gloria no ser más flacas, ni para menos de lo que requiere vuestro natural y condición mujeril, pues no es pequeña vuestra honra delante de los hombres, cuando nada tienen que vituperar en vosotras.

He relatado en esta oración, que me fue mandada decir, según ley y costumbre, todo lo que me pareció ser útil y provechoso; y lo que corresponde a estos que aquí yacen, más honrados por sus obras que por mis palabras, cuyos hijos si son menores, criará la ciudad hasta que lleguen a la juventud. La patria concede coronas para los muertos y para todos los que sirvieren bien a la república como galardón de sus trabajos, porque doquier que hay premios grandes para la virtud y esfuerzo, allí se hallan los hombres buenos y esforzados. Ahora, pues, que todos habéis llorado como convenía a vuestros parientes, hijos y deudos, volved a vuestras casas.

TUCÍDIDES, Historia de la Guerra del Peloponeso II, 34-46

Traducción de DIEGO GRACIÁN

Contenido del discurso

Para comprender mejor el contenido del discurso, lo dividiremos en 5 partes: Excurso introductorio; Recuerdo de los antepasados; Virtudes básicas de Atenas; Comportamiento heroico de los caídos y Llamada al consuelo.

Excurso introductorio

Pericles comienza su alocución hablando de la costumbre instaurada en Atenas de pronunciar un discurso fúnebre dedicado a los caídos en la guerra. En su opinión, lo más relevante son las ceremonias públicas, mientras que las palabras deberían ser mucho menos importantes, pues la brillantez de las mismas dependerá de la habilidad del orador. En realidad, mediante esta exposición de (falsa) modestia, Pericles se cura en salud ante su auditorio y se protege frente a posibles críticas.

Recuerdo de los antepasados

Honrar a quienes los han precedido es, en opinión de Pericles, un ingrediente básico de la conciencia patriótica. Los antepasados iniciaron un camino y la generación presente lo continúa y aumenta. ¿Y adónde llevaba ese camino? A la obtención de un imperio que, desde el punto de vista del político, se encuentra en su momento de mayor plenitud.

Es curioso que Pericles todavía no haya mencionado a los caídos por cuya causa están allí reunidos. Parece que está demorando ese momento para subrayar que su importancia es menor que los propósitos comunes que han defendido. El individuo subordinado al bien común, a un ideal que es superior a él.

Virtudes básicas de Atenas

Entramos ahora en la parte central del discurso, en donde se describe el espíritu ateniense. Para Pericles, el régimen democrático de Atenas, que fue tomado como modelo de gobierno por otras ciudades griegas, tenía como principal virtud que no se buscaba el beneficio de unos pocos, sino del conjunto, y esto se lograba mediante la participación directa de la población, aunque en realidad era un privilegio exclusivo de los varones libres. Esta igualdad de todos los ciudadanos atenienses es política, pero no económica; ahora bien, también los más pobres pueden prestar un servicio a la ciudad. Tal vez la expresión «con tal que pueda hacer bien y provecho a la república» pone como condición que aquellos que poseen menos recursos materiales participen también en el servicio militar.

A continuación, Pericles pinta un cuadro idealizado de la sociedad ateniense: se vive en libertad, no hay envidia por la fortuna ajena y todo el mundo respeta las leyes, haciendo hincapié en la defensa del más débil. Y lo que es más sorprendente, dado el tono fúnebre del discurso: expone los numerosos pasatiempos de los que disfrutan los atenienses y las magníficas instalaciones de recreo. Por último subraya la capacidad comercial de la polis, fruto en gran medida de la actividad de la flota. La exposición conjunta de estos rasgos implica un mensaje claro por parte de Pericles: ninguna otra ciudad goza de todas estas ventajas; quizás algunas, pero no todas.

El precio a pagar por vivir en este País de las Maravillas es el servicio militar en caso de conflicto. Sin mencionarlos expresamente en un primer instante, alude a los enemigos espartanos al decir que en Atenas

permitimos que nuestra ciudad sea común a todas las gentes y naciones, sin vedar ni prohibir a persona natural o extranjera ver ni aprender lo que bien les pareciere, no escondiendo nuestras cosas aunque pueda aprovechar a los enemigos verlas y aprenderlas…

Se está refiriendo a los ilotas y otra población dependiente de Esparta pero desprovista de derechos. Esparta es el estado militarista que los esclaviza, expulsa a los extranjeros y utiliza a los aliados en los combates. Y es más: no se atreven a atacar si saben que los atenienses están listos para defenderse, una insinuación poco sutil sobre su perfidia y presunta cobardía. Atenas, por el contrario, es un estado cosmopolita que basa sus éxitos en las virtudes de sus ciudadanos libres y sus alianzas.

Ya metido en la cuestión, Pericles alaba las virtudes atenienses como opuestas a las espartanas: moderación pese a la riqueza de la ciudad, modestia y templanza. Amor por la belleza y la sencillez, deseo de conocimiento y progreso. Generosidad y benevolencia. ¿Quién no firmaría poseer estas virtudes?

En resumen, para Pericles, Atenas es «una escuela de doctrina, una regla para toda la Grecia y un cuerpo bastante y suficiente para administrar y dirigir bien a muchas gentes en cualquier género de cosas». Y esto ha sucedido gracias a las virtudes de sus habitantes. En otras palabras: la materia prima era la mejor, y de ahí ha surgido la mejor ciudad-imperio. En la victoria y en la derrota, que las ha habido, y los presentes las recuerdan, los atenienses son los mejores.

Comportamiento heroico de los caídos

Pericles pasa por fin a hablar de los caídos, que son el motivo por el cual se ha reunido allí el pueblo de Atenas. Enlazando con el tema anterior, asegura que poseían las virtudes propias de los atenienses que han engrandecido la ciudad, y alude a la muerte como igualatoria entre ricos y pobres: todos eran atenienses. Y eran, además, valientes, pues pudieron huir y no lo hicieron. Se describe la muerte en combate como la gloria suprema a la que se puede aspirar, algo tan honroso y casi deseable que, para nuestra mentalidad moderna, puede parecer un tanto deshumanizado. No hay insinuación del dolor por no poder seguir viviendo. Era

necesario entregar la vida por el bien común.

Pericles pasa entonces a arengar directamente a los que aún viven. Que tomen a los caídos como modelo a seguir, y que

conociendo que la libertad es felicidad y la felicidad libertad, no rehuyáis los trabajos y peligros de la guerra; y para que no penséis que los ruines y cobardes que no tienen esperanza de bien ninguno son más cuerdos en guardar su vida que aquellos que por ser de mejor condición la aventuran y ponen a todo riesgo. Porque a un hombre sabio y prudente más le pesa y más vergüenza tiene de la cobardía que de la muerte, la cual no siente por su proeza y valentía y por la esperanza de la gloria y honra pública.

En realidad, el mensaje es pesimista: está preparando a su audiencia para los funerales de los años próximos. El destino de muchos los presentes será el mismo que el de los caídos honrados en ese día.

Llamada al consuelo

Para terminar, Pericles se dirige a los familiares de los muertos, y los consuela afirmando que sus seres queridos han alcanzado la mejor muerte posible, preferible a llegar a una vejez improductiva. Apela a la resignación e invita a los presentes a que llenen con nuevos hijos los huecos dejados por los caídos. Recurso muy sentimental pero que oculta la frialdad del hombre de Estado que piensa en la necesidad de sostenimiento demográfico de la ciudad. Dedica unas últimas palabras a las mujeres, a las que anima a permanecer virtuosas y productivas, y recuerda, por último, que los huérfanos de los caídos serán educados a cargo del Estado.

El discurso finaliza con una fórmula casi estandarizada. Una vez realizada la lamentación por los muertos, todos deben volver a

sus vidas.

Herramientas retóricas

Unos años después de ser pronunciado este discurso, Aristóteles (384-322 a. C.) escribió una obra, Retórica, en la que exponía las cualidades que deben trabajarse en el arte de la persuasión. En ella afirmaba que la clave de la persuasión se encontraba en el empleo acertado de cuatro elementos: ethos, pathos, logos y kairos.

Veamos en qué consiste cada uno de ellos y cómo aparecen reflejados en el discurso funerario de Pericles.

Ethos

Se trata del carácter o la autoridad del orador, cómo lo percibe el público y si este considera que puede confiar en sus palabras. Dicho de otro modo. ¿Por qué debería prestar atención a lo que dice? Porque posee prestigio, sea afectivo, moral o social. El ethos se refiere al emisor del discurso, a su credibilidad ante su audiencia.

Pericles era, sin duda, uno de los personajes más prestigiosos del momento en Atenas. Puede que hubiera otros atenienses que gozaran del aprecio de sus conciudadanos, pero ninguno poseía, en ese instante, el conjunto de atributos de prestigio que él atesoraba. Se trataba del gobernante de la ciudad en la cumbre del poder ateniense, por lo que resulta tentador —y fácil— identificar el éxito de la polis con el del personaje. Pericles era Atenas, y se disponía a hablar de las virtudes atenienses, así que la credibilidad y el prestigio eran máximos.

Pathos

La palabra, en griego, alude a todo lo relacionado con sentir, sea para disfrutar, lamentar o padecer. Se refiere, por lo tanto, a cuanto tiene que ver con las emociones y busca conmover, lograr la empatía y la simpatía del auditorio. Estamos fundamentalmente en el terreno del receptor del mensaje.

En el caso de un discurso funerario, apelar al pathos resulta relativamente sencillo. En su relato, Tucídides describe el escenario: la ciudad de Atenas, con su centro cívico del ágora y, más allá, el cementerio del Cerámico: vida y muerte, comunidad e individuo. Las carretas sobre las que se han depositado los restos de los caídos presiden la escena, y hemos de imaginar a la población de Atenas acompañando a sus muertos. Hay mujeres, madres, esposas, hermanas, un colectivo que, por lo general, estaba relegado al secretismo de los gineceos. Hay quizás, lamentos de las plañideras. Emoción a flor de piel.

Tucídides no dice nada de la actitud de Pericles, más allá de señalar que se subió a un estrado para que todos pudieran verlo. Pero es muy probable que acompañara sus palabras con un lenguaje gestual y una expresión que transmitiera a sus conciudadanos los sentimientos que él mismo estaría experimentando. Puede que su «puesta en escena» no se pareciese a la de un orador moderno, pero no hemos de olvidar que estamos en el siglo del nacimiento de la tragedia griega, representada a unos centenares de metros de allí en el teatro de Dionisos, al pie de la Acrópolis. Los atenienses conocían y reconocían los recursos emocionales de un orador.

En el contenido de su alocución también hay numerosos instrumentos que apelan al pathos: vocablos como «libertad», «gloria», «muerte», «vida», «agradecimiento», «dolor», «alivio» o «valor» se dirigen directamente a los sentimientos, pero, más allá de palabras concretas, el resumen del discurso podría ser que más vale morir como un héroe que vivir como un cobarde. Es una idea que está aludiendo al honor, al orgullo, patrimonio del pathos.

Logos

El logos es el reverso de la moneda, se sitúa frente al pathos. Aquí no hay emoción, sino razón y lógica y, por lo tanto, los argumentos deben ser expuestos con objetividad, realismo y basados en evidencias sólidas. Lo que dice Pericles es objetivamente cierto para su audiencia, aunque es obvio que se trata de un público dispuesto a escuchar las glorias de Atenas. Pero cuando compara las virtudes atenienses con los «defectos» espartanos, no falta a la verdad. Quizás para los espartanos no sean defectos, pero lo que afirma Pericles sobre ellos es cierto. Igual ocurre con la descripción de la ciudad. No pensar en la libertad de los pueblos sometidos por Atenas no resta verdad al hecho de que los atenienses son grandes defensores de su propia libertad e independencia.

Pericles mezcla hábilmente el vocabulario emocional propio del pathos con otro mucho más sólido, que transmite poder, templanza y capacidad, que habla a la razón —«conocimiento», «leyes», «gobierno», «democracia», «administración», «ciudad», «razón»— y en el que no faltan las alusiones al comercio y al poder marítimo de Atenas. Hechos.

Kairos

El cuarto elemento, y gran olvidado de los métodos de persuasión es kairos, una palabra griega que se refiere a la parte cualitativa del tiempo (cronos es la parte cuantitativa). Kairos representa la idea del momento oportuno del propio discurso y de las diferentes partes del mismo.

En el caso del discurso funerario, resulta absolutamente oportuno, pues es el momento en el que, tras el cese de hostilidades por la llegada del invierno, los contendientes pueden enterrar en paz a sus muertos. Los temas tratados por Pericles (virtudes patrias, superioridad moral frente a los enemigos, sacrificio por la comunidad, etcétera) son tan apropiados que esta alocución puede ser considerada un modelo que ha sido seguido en infinidad de

ocasiones a lo largo de la Historia.

En resumen, el discurso funerario de Pericles encuentra un equilibro perfecto entre los cuatro valores indicados por Aristóteles. Si fue pronunciado tal y como lo ha transmitido Tucídides, debió de producir un fuerte impacto en su tiempo.

El discurso en imágenes

A diferencia de la mayoría de los grandes discursos de la historia, en los que la palabra antecede a la imagen como reflejo de una idea, el discurso de Pericles es la puesta en palabra de una serie de ideas que ya habían sido representadas en imágenes y que el pueblo de Atenas conocía a la perfección.

Buena parte del dinero procedente del tesoro de la Liga de Delos y que acabó en Atenas se empleó en el programa constructivo concebido por Pericles para convertir Atenas en el centro del mundo civilizado. La colina de la Acrópolis, que había sido arrasada por los persas en 480 a. C., fue renovada por completo. Primero se erigió una gigantesca estatua de Atenea Promacos, una imagen en bronce de quince metros de altura esculpida por Fidias que mostraba a la diosa patrona de la ciudad con su panoplia en actitud de liderar a las tropas. La Atenea Promacos no tenía como función ser un faro marítimo, pero su brillo, visible a muchos kilómetros de distancia, expresaba la idea de que desde Atenas surgía un resplandor que iluminaba el mundo.

Pero, sin duda, la joya de la corona de este programa constructivo fue el Partenón, erigido entre 447 y 438 a. C. y dedicado a Atenea, la diosa patrona de Atenas. Los persas habían destruido el templo de Atenea de la Acrópolis, y estaba vigente la promesa de los atenienses de no reconstruirlo para que nunca se olvidara aquella ofensa. Por eso, en realidad, el Partenón no es un templo en sentido estricto, pues carece de altares para los

sacrificios. Es, más bien, un recipiente para albergar la imagen de Atenea que se alojaba en su interior, una magnífica escultura elaborada con oro y marfil también por Fidias. Los 1140 kilos de oro empleados en ella procedían, por supuesto, del tesoro de Delos. Era toda una declaración de intenciones: todos los pueblos del Egeo estaban sometidos a Atenas y a su diosa protectora, y ella era merecedora de todo lo que pudiera recibir.

El edificio en sí también era una completa exhibición de poder. Nunca hasta entonces se había empleado el mármol como material constructivo para todos los elementos de un edificio, y nunca se había levantado un templo con semejante profusión decorativa. Para hacernos una idea, se pueden comparar algunas cifras del Partenón con las del templo griego más importante del momento, el de Zeus en Olimpia.

Templo de Zeus	Partenón
70 x 29 metros hexástilo (6 columnas de frente) sin friso	69,6 x 31 metros octástilo (8 columnas de frente) con friso de 160 metros

Es decir, el Partenón no solo sería superior a cualquier edificio de cualquier ciudad griega, sino que superaría también al templo más importante de un santuario panhelénico, un lugar donde todos los griegos juntos celebraban a sus dioses. La arquitectura como exhibición de poder es un recurso que siempre ha funcionado. Babilonia, Persépolis, Roma, Constantinopla, Damasco, Córdoba y, más recientemente, París, el fracasado proyecto de Hitler para la capital mundial de Germania, Nueva York, Shanghái, Dubái... Ese era el mensaje de Pericles: Atenas es la nueva capital del mundo.

Le decoración escultórica del Partenón también abordaba los temas de la superioridad política de la polis. Los dos frontones del edificio estaban dedicados a dos mitos relacionados con la diosa de la ciudad. El frontón este representaba el nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus ante todas las divinidades del Olimpo, que bendecían a la recién nacida con su presencia. El frontón oeste narraba el duelo por el patronazgo de Atenas entre Poseidón y Atenea, del que salió victoriosa esta última al hacer a los atenienses el mejor regalo posible: el olivo.

Las metopas, colocadas en las cuatro caras del templo, abordaban cuatro temas diferentes.

La de la cara norte representaba escenas de la guerra de Troya. El mito de esta contienda enfrenta a una coalición de ciudades griegas contra un estado que se encontraba en Asia. La similitud con las luchas sostenidas en los años anteriores contra los persas no se

le escapaba a nadie. Aludir de ese modo a una guerra en la que los griegos habían derrotado a los asiáticos equivalía a recordar a la vez el triunfo contra los persas en el que Atenas había sido protagonista absoluta.

En la cara sur podía contemplarse la lucha de los centauros contra los lapitas. El mito narra un banquete de boda en el que los lapitas, un pueblo griego, invita a participar a los centauros, seres que mezclan en su esencia la naturaleza humana y la animal, lo que equivale a decir que no son humanos del todo. Los centauros toleran mal el consumo de vino y, una vez borrachos, intentan violar a las mujeres de los lapitas. La lucha que se entabla a continuación acaba con la victoria de estos. Hay que ir más allá del simple mito y recordar que los griegos bebían el vino mezclado con agua, frente a la costumbre bárbara de no rebajarlo. Así pues, los centauros son los no-griegos que, además, rompen el sagrado deber de la hospitalidad, al violentar a quien los ha acogido. Este mito refleja la superioridad moral y de costumbres de los griegos (y por extensión de los atenienses, los mejores entre los griegos) frente a los extranjeros, los bárbaros, degradados a una condición semihumana.

La cara oeste mostraba una lucha de griegos contra amazonas, mujeres que, a ojos de aquellos, asumen funciones que no les corresponden, pues se comportan como los varones. Son unos seres que invierten el buen orden del mundo y crean caos. Y los héroes que combaten este caos son «civilizadores», pues restablecen el orden deseable. Se conservan muchas obras en las que las amazonas visten como los persas, un guiño más a la barbarie y el escaso nivel de civilización de aquellos enemigos que tanta impresión habían dejado en el imaginario mental griego. Pero las amazonas también reflejaban, al menos para los atenienses, una idea aberrante de las mujeres, que recordaban las extrañas costumbres de las espartanas, comprometidas en la crianza de niños-soldados y mucho más participativas en la vida pública que las mujeres de Atenas. No es casual que uno de los principales personajes que luchan en los mitos contra las amazonas sea Teseo, el gran héroe civilizador ateniense. La amazonomaquía era, por lo tanto, otra afirmación de los valores de la polis frente a extranjeros y griegos «desviados» de las costumbres deseables.

Por último, la cara este representaba una gigantomaquia, el combate de los dioses del Olimpo contra unas divinidades rivales que acabarán siendo derrotadas por Zeus y su corte olímpica. En el mito, un oráculo aseguraba que los gigantes no podrían ser derrotados a no ser que un mortal luchara en su bando. Y fue precisamente Atenea la que consiguió reclutar para esa tarea al héroe Heracles. Por lo tanto, una vez más se subrayaba la importancia de Atenas y de su patrona en las empresas comunes de los griegos, o de los dioses de los griegos.

El último elemento de la decoración del Partenón es el friso de las Panateneas, un bajo relieve de ciento sesenta metros de longitud que representaba la procesión de las Grandes Panateneas, las fiestas más importantes de Atenas, celebradas cada cuatro años en honor de Atenea. Por primera vez en el arte griego, las imágenes representadas no son divinidades o héroes, sino el pueblo de Atenas: varones a caballo, los principales prohombres de la ciudad, músicos, portadores de ofrendas, animales destinados al sacrificio, las jóvenes encargadas de tejer y llevar el peplo sagrado de la diosa… En resumen, toda Atenas está allí, y la escena es presenciada por el conjunto de las divinidades del Olimpo, que, una vez más, bendicen con su presencia las celebraciones.

Al contemplar todas estas esculturas que decoraban el Partenón, los atenienses estaban recibiendo exactamente el mismo mensaje que Pericles les trasladó aquella mañana de invierno del año 431 antes de nuestra era: Atenas era el centro del mundo, sus leyes y costumbres eran las más adecuadas, y la ciudad era bendecida por los dioses e imitada por aquellos que fueran capaces de admitir su grandeza. Merecía la pena morir por ella. Eso era lo que esperaba a los atenienses en aquella guerra: la muerte.

IMPERIO

-

«Amigos, romanos, compatriotas»

Marco Antonio

Marco Antonio en Julio César

WILLIAM SHAKESPEARE

Roma, 44 a. C. / Escrita en 1599

Contexto histórico

En la primavera del 44 a. C., Julio César era el amo indiscutible de Roma. En los años precedentes, había ido escalando todas las dignidades del gobierno de la Roma republicana con una imbatible mezcla de inteligencia, ambición, talento, dotes oratorias y, en ocasiones, suerte. Representando siempre los intereses de los populares frente a los optimates (las familias más nobles y antiguas que se resistían a compartir el poder con advenedizos de menor alcurnia), en el decenio anterior se había repartido el mando con Marco Licinio Craso, el hombre más rico de Roma, y con Gneo Pompeyo Magno, el gran militar héroe de mil batallas.

Demasiados gallos para un solo gallinero. Craso les hizo el favor a los otros dos rivales de quitarse de en medio con una humillante derrota y su muerte posterior en la batalla de Carrás (53 a. C.), pero las diferencias entre César y Pompeyo acabarían sumiendo a todo el mundo romano en una guerra civil. Tras su conquista de las Galias, culminada en el año 49 a. C., el Senado de Roma, temeroso del poder que estaba alcanzado César y de sus planes políticos, se alió con Pompeyo para poner freno a sus ambiciones.

La guerra civil, iniciada con el famoso paso del río Rubicón ese mismo año (donde pronunciaría su famoso alea iacta est), se libraría en diferentes puntos de los dominios romanos, desde Hispania hasta Mauritania, desde Grecia a Egipto, lugar donde encontró la muerte Pompeyo. Al finalizar la contienda, César regresó a Roma en octubre del 45 a. C., celebró un gran triunfo y

fue nombrado dictador vitalicio. Parecía que llegaba la hora de ajustar cuentas, pero entonces César hizo algo absolutamente inusual en los vencedores: mostró clemencia.

En lugar de ejecutar a los que habían combatido en el bando pompeyano, no solo perdonó la vida de los principales líderes de los optimates, sino que intentó que se unieran a su proyecto de gobierno. Así hizo, por ejemplo, con Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, a quienes nombró pretores para el siguiente año. Hubo algunos, como Cicerón, uno de sus más feroces enemigos, que aceptaron de buen grado el perdón y no volvieron a importunar a César, pero en otros casos la clementia Caesaris se convirtió en un arma de doble filo. Algunos consideraban más honorable morir que vivir tras ser perdonados, pues el perdón de un dictador era humillante y arbitrario. Entre los partidarios de César también cundió el descontento. Tanta bondad hizo imposible que se cumplieran ciertas promesas que incluían apoderarse de los bienes de algunos vencidos después de haberlos enviado al Hades.

Pero el gran peligro que se cernía sobre César era, irónicamente, que se había quedado sin enemigos dignos de él. Tras su victoria, controlaba las elecciones a todas las magistraturas romanas (cuestores, pretores, censores, cónsules), así como el Senado, que, atemorizado, no se atrevería a oponerse a ninguno de sus deseos. Ya había accedido a nombrarlo dictador perpetuo, una dignidad que le concedía máximos poderes civiles y militares de por vida. El consulado, la dignidad suprema de la República, lo ejercían en el año 44 el propio César y su lugarteniente Marco Antonio.

César era, de hecho, como un rey.

Pero esa palabra, rey, y la mera idea de la monarquía, era algo que repugnaba a cualquier romano que se preciara de serlo. En los orígenes míticos de la ciudad, Roma había sido una monarquía. Primero Rómulo y después otros seis monarcas gobernaron a orillas del Tíber entre el 753 y el 509 a. C. Si bien el recuerdo de los primeros soberanos no era malo, el reinado del último, Tarquinio el Soberbio (534-509 a. C.), había supuesto un trauma que dejó su huella en la memoria colectiva de los romanos. Tras expulsarlo de la ciudad (curiosamente no lo mataron) por obra de Lucio Junio Bruto (antepasado de uno de los principales asesinos de César),

Roma abolió la monarquía y creó un sistema representativo republicano que duró cinco siglos. Además del propio recuerdo traumático, la imagen que los romanos tenían de los reyes se correspondía con ideas de lujo excesivo, molicie y debilidad de las cortes del oriente mediterráneo. Al fin y al cabo, las legiones romanas llevaban ya varios cientos de años conquistando un territorio tras otro gobernado por reyes.

Pero César estaba hecho de otra pasta. Quedaba claro que Roma ya no iba a volver a ser la república que había sido, pues los interminables conflictos entre facciones que habían culminado con la guerra civil demostraban que el futuro estaría en manos de hombres fuertes que arrastraran tras de sí a una mayoría suficiente y ejercieran el poder con la competencia necesaria como para no ser cuestionados. El cargo de dictador le garantizaba teóricamente un camino tranquilo en el porvenir, pero a su muerte, aquellos ansiosos de poder se lanzarían de nuevo a por la presa. En cambio, si fuese nombrado rey, cuando muriera podría transmitir tranquilamente el poder a su descendencia y Roma gozaría de paz y prosperidad.

Expresado así, no sonaría mal en la mente de César, pero había que atreverse a ceñirse la corona. Los pasos tenían que ser cuidadosos.

La relación de César con Cleopatra, reina de Egipto, era otro escollo importante. Primero, porque los romanos contemplaban con enorme desconfianza a aquella extranjera de gustos extravagantes que se había traído a Roma y a la que trataba como lo que era: una reina. O más aún, pues llegó a erigir una estatua en su honor en el templo de Venus en la que recibía el tratamiento de divinidad. Una mujer que era reina y diosa. Y el propio César ya se había permitido ciertas licencias en Oriente, al acceder a ser adorado como dios. Los austeros romanos meneaban la cabeza escandalizados.

Tres fueron los hechos que insinuaron la ambición de César por ceñirse la corona real. El primero, en enero del 44, cuando una estatua en su honor que se alzaba en la tribuna de oradores del foro amaneció ceñida con una cinta blanca, símbolo de la realeza. El segundo, casi simultáneo, ocurrió cuando César entró en Roma después de una celebración religiosa en los vecinos montes Albanos y algunos de entre el pueblo lo recibieron al grito de rex, ‘rey’. Los

tribunos de la plebe ordenaron retirar la cinta blanca y detuvieron al primero que había lanzado el grito monárquico. César se distanció de aquellos hechos y dijo que habían sido orquestados por sus enemigos precisamente para provocar un temor infundado sobre sus aspiraciones.

El tercer episodio tuvo lugar el 15 de febrero, justo un mes antes del asesinato, mientras César presidía la celebración de las Lupercales. Aprovechando la ocasión, Marco Antonio se acerco a él, que iba vestido con una toga púrpura y tocado con una diadema de laurel de oro, y le ofreció una diadema entrelazada con una corona de laurel. Se hizo el silencio. Si César la aceptaba, equivalía prácticamente a una confirmación de sus aspiraciones regias. Finalmente, la rechazó diciendo que él «era César, y no rey». El pueblo prorrumpió en aplausos.

Ahora bien, cabe preguntarse quién estuvo detrás de estos intentos y se nos presentan, por lo menos, tres posibilidades. La primera es que fuesen actos espontáneos de seguidores anónimos y no tan anónimos (Marco Antonio) que deseaban sinceramente que César diese el paso; la segunda, que se tratase de enemigos de César, quienes le ponían a prueba y le colmaban de honores precisamente para provocar la alarma social —sutil, pero brillante —; la tercera posibilidad es que detrás de esos actos hubiera un plan del propio César para sondear la reacción del pueblo romano ante la eventualidad de que se atreviera a dar el paso.

Cualquiera que sea la respuesta correcta, lo cierto es que sus coqueteos con la realeza sellaron la suerte de César. La conjura, en la que participaron unas sesenta personas, había comenzado a forjarse un año antes. El líder era Casio Longino, un pompeyano a quien, como ya se ha mencionado, César había perdonado tras la derrota definitiva de su bando. La otra figura prominente era Marco Bruto, descendiente de aquel Junio Bruto que había puesto fin a la monarquía cuatrocientos cincuenta años atrás. En torno a estos dos hombres se unieron otros optimates ofendidos, la mayoría procedentes del bando pompeyano, pero también algunos seguidores de César que estaban defraudados con la deriva de su líder.

La fecha del magnicidio se fijó para los idus de marzo (15 de

marzo). Cuando estaba en la calle, César solía ir acompañado por veinticuatro lictores, que representaban la escolta oficial de un cónsul, además de otra guardia más informal formada por tipos duros de dudosa reputación, pero perrunamente fieles a César. Había que sorprenderlo allí donde no estuviese acompañado, y esa ocasión la brindaba la sesión del Senado que se celebraría en la curia del pórtico de Pompeyo.1 El último obstáculo lo constituía el fiel Marco Antonio, siempre al lado de su señor. Este impedimento se solucionó cuando, a la entrada de la curia, alguien se encargó de entretenerlo con un asunto que requería su atención. César entró solo, y dentro le esperaban los conjurados, aunque no todos, porque solo tenían acceso al lugar los que fuesen senadores.

Tan pronto como César se sentó, los asesinos lo rodearon fingiendo saludarle o presentarle alguna petición. Uno de los conjurados, llamado Tilio, le agarró entonces de la túnica para impedir que se levantara. Era la señal. Los asesinos sacaron sus dagas y comenzó una lluvia de puñaladas que César recibió primero sorprendido y después cubierto con su manto. En unos segundos todo acabó. Su cadáver quedó en el suelo junto a la estatua del que había sido su gran enemigo, Pompeyo. Marco Antonio no llegó a tiempo de ayudar a su señor.

Las horas que siguieron al asesinato fueron de total confusión. Los conjurados pretendían arrojar el cadáver de César al Tíber, pero la presencia de Marco Antonio y Lépido, otro general fiel a aquel, hizo que renunciaran a su propósito. Desde su punto de vista, habían librado a Roma de un tirano, pero ahora tenían que demostrar ante el pueblo que, efectivamente, había sido así. Intentaron ganar a Cicerón para su causa, y este aceptó, y a continuación pensaron en cómo evitar una guerra civil: habría que negociar con Marco Antonio.

Por su parte, los fieles a César estaban pasando momentos de zozobra. En las primeras horas, Marco Antonio estaba tan aturdido que buscó un lugar donde esconderse, pues temía por su vida, aunque, una vez llegada la noche, recobró la calma y se dispuso a hacer frente a la situación. Contaba además con la ayuda de Lépido, que había introducido en Roma tropas fieles que se encontraban acantonadas cerca de la ciudad.

Las negociaciones entre los conjurados y Marco Antonio dieron sus frutos. El Senado aceptaría la divinización de César como Divus Iulius y ratificaría todas las decisiones tomadas por él, de manera que su obra política, que incluía numerosas medidas beneficiosas para el pueblo, se respetaría. Se consideraría también válido su testamento, que todavía no se había abierto, y, a cambio, los principales conspiradores recibirían cargos provinciales que los alejarían de Roma hasta que la situación se tranquilizase.

Una vez alcanzado este acuerdo, no había motivo para no celebrar las honras fúnebres de César. El cadáver se encontraba en su propia casa, donde su esposa Calpurnia lo preparó para el ritual. Fue lavado, perfumado y vestido con la toga praetexta2 antes de depositarlo sobre un lecho entre imágenes de sus lares, sus antepasados.

El cortejo fúnebre salió de la casa de César acompañado por todos los cargos de la ciudad y por numerosas personas, patricios y plebeyos, ciudadanos, esclavos y soldados, y recorrió la Vía Sacra hasta llegar a la rostra, la tribuna de oradores en el foro republicano. Para ese momento, ya se conocía el contenido del testamento de César, en el que, además de instituir como principal heredero a su sobrino nieto Octaviano (el futuro Augusto), dejaba a cada ciudadano romano trescientos sestercios, y a la ciudad de Roma los jardines que poseía cerca del Tíber. Un último golpe de efecto populista que el pueblo acogió con sentidas muestras de dolor por su asesinato y deseos de venganza contra sus asesinos. Los ánimos se enardecieron todavía más cuando se supo que, en su testamento, César adoptaba como hijo a Bruto, uno de sus asesinos. No había mayor sacrilegio que haber sido partícipe del asesinato de su padre adoptivo. Las cosas se estaban poniendo feas para los conjurados.

El ambiente en el foro era de pena y rabia. Unos lloraban y otros golpeaban sus escudos con sus armas. En ese momento, Marco Antonio, decidido a pronunciar el discurso fúnebre, puesto que era el compañero cónsul del cónsul asesinado3 y amigo personal de César, tomó la palabra:

No conviene, ciudadanos, que la oración fúnebre de tan gran hombre la pronuncie yo solo, sino todo su país. Los decretos que todos nosotros (el Senado y el pueblo actuando juntos), con igual admiración por su mérito, le votamos mientras estaba vivo, los leeré para poder expresar sus sentimientos en lugar de los míos.4

Marco Antonio fue desgranando en tono serio y tranquilo cada medida, haciendo hincapié sobre todo en aquellas decisiones que instituían a César como un ser sobrehumano, divino e inviolable y le nombraban padre de la patria. Mientras leía, Antonio dirigía miradas o gestos hacia el lecho donde se encontraba su cadáver y expresaba su dolor y su rabia ante el crimen que se había perpetrado. A continuación, leyó los juramentos que comprometían a todos a proteger a César y su cuerpo. Luego, Marco Antonio clamó al dios supremo de los romanos:

Júpiter, guardián de esta ciudad, y los otros dioses, estoy dispuesto a vengarlo como lo he jurado y prometido, pero ya que aquellos que son de igual rango que yo han considerado beneficioso el decreto de amnistía, ruego que así se demuestre.

Aquellas palabras contenían una amenaza poco disimulada contra los senadores. Pero Antonio los calmó dando un paso atrás en su vehemencia:

Me parece, conciudadanos, que esta acción no es obra de seres humanos, sino de algún espíritu maligno. Nos conviene considerar el presente en lugar del pasado, ya que el mayor peligro se acerca, si es que no está ya aquí, no sea que seamos arrastrados a nuestras conmociones civiles anteriores y perdamos lo que quede del noble origen de la ciudad. Así pues, llevemos a este ser sagrado a la morada de los bienaventurados, cantando por él, tal como acostumbramos, nuestro himno de lamentación.

Entonces, Antonio se dirigió al lecho donde yacía el cadáver de César y cantó un himno para dar testimonio sobre su carácter divino. A continuación, recitó sus campañas, sus victorias en la guerra, las naciones sometidas a su dominio y el inmenso botín que había traído a Roma, subrayando siempre el tono milagroso de sus logros. Luego, en una actuación perfectamente calculada, bajó el tono de su voz y se sumergió lentamente en un estado de profundo pesar, llorando por su amigo.

A continuación, Marco Antonio tomó una lanza y levantó con su punta la túnica que llevaba César en el momento de ser asesinado. La contemplación de la sangre y los agujeros de las puñaladas conmovió a todos los presentes, que se iban indignando cada vez más, si eso era posible, contra los magnicidas. El siguiente golpe de efecto fue magistral. Puesto que el cadáver de César estaba tumbado en su lecho mortuorio y no podía ser visto por los que se encontraban más lejos, Marco Antonio había ordenado montar un ingenioso dispositivo: una imagen de cera de César sostenida sobre un armazón de madera y vestida con sus ropas, que mostraban a todos los presentes las veintitrés puñaladas recibidas en el cuerpo y en el rostro.

Aquello fue más de lo que la gente pudo soportar, y muchos perdieron la compostura. Los gemidos y gritos de dolor se mezclaron con los aullidos pidiendo venganza. La turba quemó primero el lugar donde había sido asesinado César y luego se lanzó por toda la ciudad a la caza de los asesinos, que habían tenido la prudencia de marcharse ya del lugar. En su furia vengativa, el populacho mató al tribuno Cinna, cuyo único pecado era tener el mismo nombre que el pretor Cinna que tiempo atrás había pronunciado un discurso contra César. Varias de las casas de los magnicidas acabaron devoradas por el fuego y se produjeron amenazas y escenas de lucha contra los sirvientes, en vista de que sus señores ya estaban muy lejos de allí.

Cuando se restableció el orden, el pueblo regresó al foro, donde continuaba el lecho con el cadáver de César, y donde se instaló una pira funeraria que ardió durante toda la noche. Sobre aquel lugar se levantó un altar, que posteriormente fue trasladado al templo del

Divino Julio que se construyó en el propio foro. Aquella fue la primera ocasión en la que los romanos rindieron honores divinos a uno de sus gobernantes. A partir de entonces, los emperadores no solo serían adorados a su muerte, sino también en vida.

Hasta aquí se ha ofrecido un relato de lo sucedido en aquellos días basado en las noticias de los historiadores romanos, como Cayo Suetonio o, especialmente, Apiano, que proporciona una narración detallada en sus Guerras civiles. El asesinato de César, los hechos que tuvieron lugar durante los días siguientes y la guerra civil que acabaría años más tarde con Octaviano Augusto como señor absoluto transformaron para siempre no solo la vida de Roma, sino, en cierto modo, la de todo el mundo posterior. Los emperadores romanos se hicieron llamar «César», Roma se convirtió en una monarquía hereditaria tal como quizás había planeado aquel, y su herencia se prolongó hasta la caída de Constantinopla en 1453. Más allá de esa fecha, hubo un imperio germánico en el que reinaba un caesar (en latín) o káiser (en alemán), y los monarcas rusos se hicieron llamar tsar, palabra procedente de «César». Todos ellos llegaron con vida hasta el final de la Primera Guerra Mundial.

César es universal, trasciende su propio tiempo. Por eso, no es de extrañar que en cada época alguien se haya servido de su figura para transmitir su propia visión del mundo.

William Shakespeare no fue una excepción. Y el discurso que puso en boca de Marco Antonio con ocasión del funeral de César se convirtió en una obra maestra de la retórica.

Quién es quién

▪

Marco Antonio nació en Roma el 14 de enero del 83 a. C. en el seno de una familia patricia; su juventud no auguraba nada bueno sobre su futuro, pues solo era notable por su abuso del juego y el alcohol o por frecuentar a las prostitutas. A los

veinte años estaba tan endeudado que se marchó a Atenas, refugio habitual de la época entre la juventud pudiente romana. Allí, tras estudiar con algunos maestros locales, acabó entrando a servir en el ejército de César, de quien era pariente. Sus primeras acciones de combate tuvieron lugar en Judea y Egipto, y en ellas se labró una fama de buen soldado.

A la sombra de César, comenzó a ejercer cargos públicos en Roma a partir del año 52 a. C. y fue el representante y defensor de los intereses de su mentor en la urbe siempre que este se vio obligado a estar fuera de la ciudad, durante sus campañas en las Galias o en la guerra civil contra Pompeyo.

En 44 a. C., siendo cónsul junto a César, se mostró partidario de la instauración de una monarquía fundada por su patrón. El asesinato de César aquel mismo año dejó el control de la ciudad en manos de Marco Antonio, que se dedicó a defender su memoria y ajustar cuentas con los conspiradores.

Sin embargo, el testamento de César declaraba heredero a su sobrino nieto Octaviano, y la lucha por el poder no se hizo esperar. La fase inicial fue la de un acuerdo para formar un triunvirato compuesto por los propios Octaviano y Marco Antonio, más Lépido, uno de los principales generales de César.

La primera misión de los triunviros fue acabar definitivamente con el partido de los magnicidas, lo que se logró con la victoria en la batalla de Filipos en el año 42 a. C. Después, en el Tratado de Brindisi (40 a. C.), los triunviros se repartieron los territorios imperiales: correspondió a Antonio todo Oriente, mientras que Octaviano Augusto controlaba Europa y Lépido, África. Este último fue eliminado de la lucha por el poder en el 36 a. C.

La alianza que hasta aquel momento habían mantenido Octaviano y Marco Antonio saltó por los aires cuando este se separó de su esposa Octavia, hermana del primero, e inició una relación con Cleopatra, reina de Egipto, que fue más allá de la mera alianza política. Octaviano aprovechó la ocasión para presentar a Marco Antonio como un títere manejado por la reina extranjera y entregado a los placeres y debilidades propios de las culturas orientales.

La guerra desencadenada culminó con la derrota de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Accio (31 a. C.). Los amantes regresaron a Egipto, donde acabaron suicidándose al año siguiente antes de caer en manos de sus enemigos.

Octaviano se convirtió en el señor único de Roma.

▪

▪

William Shakespeare nació en Stratford-upon-Avon, Inglaterra, en 1564. Hijo de un comerciante local, muy poco se sabe de sus años de juventud y formación. Aparece en Londres en 1592 trabajando como dramaturgo y gana cierta fama en la compañía teatral Lord Chamberlain's Men, conocida posteriormente como King's Men, propietaria de dos teatros, The Globe y Blackfriars.

Con el paso de los años, Shakespeare fue ganando fama gracias a su actividad como actor, dramaturgo y, finalmente, copropietario de la compañía. Vivió en Londres hasta 1613 y se retiró entonces a su localidad natal, donde murió en 1616.

El genio de Shakespeare se revela sobre todo en sus tragedias, donde retrata con impresionante maestría los rincones de la condición humana. La duda de Hamlet, los celos de Otelo, el ansia de poder de Macbeth o la codicia despiadada del Shylock de El mercader de Venecia forman parte del tesoro literario de la humanidad.

Dentro de esta serie de tragedias figura Julio César, escrita aproximadamente en 1599 pero nunca representada en vida del autor (como ocurrió con otras muchas de sus obras). La primera noticia sobre Julio César es su aparición en el First Folio, recopilación de las obras del dramaturgo que fue editada y publicada por John Heminges y Henry Condell, sus amigos, en 1623, siete años después de la muerte de Shakespeare.

▪

Dónde y cuándo

El Julio César de Shakespeare sigue, a grandes rasgos, la narración de las Vidas paralelas de Plutarco, aunque comprime la cronología de los hechos para mejorar el efecto dramático y, por supuesto, ofrece su propia visión de los acontecimientos con el fin de transmitir sus ideas que, evidentemente, tenían su reflejo en la Inglaterra isabelina en la que vivió el autor. No es, por lo tanto, una narración histórica, sino un drama inspirado en episodios históricos.

En realidad, César es un personaje secundario, que no aparece hasta el comienzo del tercer acto de los cinco que tiene la obra. El personaje principal y el más interesante es Bruto (puede que este hubiera sido un título más apropiado para la tragedia). Es uno de los conspiradores, pero entre tanta ambición política y tanta falta de escrúpulos, Bruto despierta las simpatías del público por ser el único personaje con una justificación noble para sus actos. Sus dudas y su trágico final recuerdan al que sería tiempo después uno de los protagonistas emblemáticos de Shakespeare: Hamlet.

La obra se centra en un tema universal e intemporal: el mundo de la política y las pasiones humanas que se apoderan de los políticos. Todos afirman que sus actos están guiados por el interés de Roma y los romanos, pero, en realidad, actúan en su propio beneficio: César aspira al poder absoluto, Casio Longino teme perder el poder que tiene, Marco Antonio se vale de la muerte de su amigo para acaparar más poder. Para lograr sus propósitos, todos tienen que ganarse el favor del pueblo. La oratoria se convierte en un arma poderosísima. Tras la muerte de César, tanto Marco Antonio como Bruto se dirigen a la multitud para sumarla a su partido. Al final, como veremos, Marco Antonio será más hábil y logrará sus propósitos, y de paso la caída de Bruto. A pesar de haber transcurrido más de dos mil años desde que ocurrió y casi quinientos desde que fue escrita, todo suena tristemente actual.

El discurso se sitúa en la escena 2 del tercer acto. César acaba

de ser asesinado en la escena anterior y ahora la acción se traslada desde el lugar del crimen hasta el foro, donde ya se ha reunido un grupo de ciudadanos que exigen saber los detalles de lo ocurrido para poder decidir su postura. Entran Casio y Bruto, a los que se les pide que hablen.

Toma la palabra en primer lugar Bruto y se dirige especialmente a los amigos de César con esta argumentación: ¿Por qué Bruto, que amaba a César, se ha levantado contra él? Porque Bruto ama a César, pero ama más a Roma, y era necesaria su muerte para que Roma viviera. «¿Querríais que viviera César y morir todos esclavos antes de ver morir a César y morir todos hombres libres?», pregunta a la multitud. En su presentación, Bruto solo contempla dos opciones: la tiranía de César o la libertad del pueblo, y ambas son excluyentes. Por eso él, imbuido de ideales de libertad, ha librado a Roma del tirano.

Nadie replica las razones de Bruto, que parecen convencer al pueblo. Entra en escena entonces el cortejo funerario de César encabezado por Marco Antonio. Bruto aprovecha la ocasión para introducirlo hábilmente en su argumentación:

Aquí viene su cadáver [de César] escoltado por Marco Antonio. Ninguna parte tuvo este en su muerte y, sin embargo, goza del beneficio de ella, ocupando un puesto en la comunidad. ¿Y quién de vosotros no lo ocupará también? Me despido afirmando que si únicamente por el bien de Roma maté al hombre a quien más amaba, tengo la misma arma para mí cuando la patria necesite mi muerte.

El pueblo vitorea a Bruto y propone coronarlo. Él, noble en sus intenciones, rechaza esos honores y se va, pero antes pide que nadie, excepto él mismo, abandone el lugar antes de escuchar el elogio fúnebre de Marco Antonio. El mismo pueblo que acaba de aplaudir a Bruto no recibe de buen talante a Marco Antonio. Saben que era la mano derecha de César y le advierten de que «lo mejor sería que no hablase aquí mal de Bruto», porque «este César era un

tirano» y «es una bendición para nosotros que Roma se haya librado de él».

Así pues, a diferencia de la mayoría de los discursos que se analizan en este libro, en esta ocasión el orador no tiene al auditorio de su parte, y ni siquiera se muestra neutral. Se trata de una prueba de la mayor exigencia.

El discurso

Idioma original: inglés

ANTONIO ¡Amigos, romanos, compatriotas, prestadme atención!

¡He venido a enterrar a César, no a ensalzarlo!

El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien, con frecuencia queda sepultado con sus huesos.

¡Que así sea con César! El noble Bruto os ha dicho que César era ambicioso. Si lo fue, su falta fue grave, y gravemente ha pagado César por ella.

Aquí, con la venia de Bruto y los demás, (pues Bruto es un hombre honorable, como lo son todos ellos, todos hombres honorables), he venido a hablar en el funeral de César.

Era mi amigo, para mí leal y justo; pero Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honorable.

Trajo muchos cautivos a Roma, cuyos rescates llenaron las arcas públicas. ¿Pareció en esto César ambicioso?

Cuando los pobres se lamentaban, César lloraba. ¡La ambición debería estar hecha de una sustancia más dura! Sin embargo, Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honorable.

Todos visteis que en las Lupercales tres veces le presenté una corona real, que él rechazó tres veces. ¿Era esto ambición? Sin embargo, Bruto dice que era ambicioso, y ciertamente, él es un hombre honorable.

¡No hablo para desaprobar lo que ha dicho Bruto, pero estoy aquí para decir lo que sé! Todos vosotros lo amasteis una vez, y no sin motivo. Así pues, ¿qué motivo os retiene ahora para no hacer duelo por él?

¡Oh, discernimiento! ¡Te has refugiado en los embrutecidos animales, y los hombres han perdido su razón!5 ¡Disculpadme! ¡Mi corazón está ahí, en el féretro, con César, y he de detenerme hasta que regrese a mí.

CIUDADANO 1 Creo que hay mucho de verdad en sus palabras.

CIUDADANO 2 Si juzgáis correctamente el asunto, César sufrió una gran injusticia.

CIUDADANO 3 ¿Así lo creéis, señores? Su puesto será ocupado por otros peores.

CIUDADANO 4 ¿Habéis escuchado sus palabras? No quiso la corona. Por lo tanto, es evidente que no era ambicioso.

CIUDADANO 1 Pues si es así, a algunos les habrá de pesar.

CIUDADANO 2 ¡Pobre alma! Sus ojos están rojos como el fuego por las lágrimas.

CIUDADANO 3 No hay en Roma quien en nobleza iguale a Antonio.

CIUDADANO 4 Escuchémosle, que empieza a hablar otra vez.

ANTONIO Ayer, la palabra de César podía haberse opuesto al mundo entero. Ahora yace ahí muerto, y ya ni el más humilde lo respeta.

¡Oh, señores! si mi intención fuera agitar vuestros corazones para amotinarse y desatar la ira, perjudicaría a Bruto y Casio, quienes, bien lo sabéis, son hombres honorables. No pretendo ofenderlos; prefiero ofender a los muertos, a mí mismo y a vosotros, que ofender a tan honorables hombres.

Pero tengo aquí un pergamino con el sello de César. Lo encontré en su escritorio: es su última voluntad.

¡Que tan solo oiga el pueblo el testamento —lo que, perdonadme, no está en mi ánimo— y vendréis a besar las heridas del difunto César, y mojaréis pañuelos en su sagrada sangre! ¡Sí, buscaréis uno de sus cabellos como recuerdo y, al morir, mencionaréis entre vuestras voluntades, la de legarlo a vuestra descendencia como una valiosa herencia!

CIUDADANO 4 Escuchemos el testamento, Marco Antonio.

TODOS El testamento, el testamento. Escuchemos la voluntad de César.

ANTONIO Tened paciencia, queridos amigos. No debo leerlo. No es bueno que sepáis cuánto os amaba César. No sois maderas, ni piedras, sino hombres y, siendo hombres, escuchar el testamento de César os encendería, os enloquecería. No es conveniente que sepáis que sois sus herederos. Porque, si lo supierais, ¡qué no ocurriría!

CIUDADANO 4 Lee el testamento, que lo oigamos, Antonio. Léenos el testamento, la voluntad de César.

ANTONIO ¿Tendréis paciencia? ¿Estaréis tranquilos? Al mencionarlo he dicho más de lo que debía. Temo ofender a esos hombres honorables cuyos puñales traspasaron a César. De verdad que lo temo.

CIUDADANO 4 ¡Son traidores! ¿Hombres honorables?

TODOS ¡Su última voluntad. El testamento!

CIUDADANO 2 Fueron unos villanos, asesinos. ¡El testamento! ¡Lee el testamento!

ANTONIO ¿Me obligáis, entonces, a leéroslo? Hagamos pues un círculo en torno al cadáver de César, y permitidme que os muestre al autor del testamento. ¿Desciendo? ¿Me dais permiso?

VARIOS CIUDADANOS Baja.

CIUDADANO 2 Desciende.

CIUDADANO 3 Tienes permiso.

[Antonio baja desde la tribuna de los oradores]

CIUDADANO 4 ¡Un círculo! ¡Rodeadlo!

CIUDADANO 1 Manteneos alejados del féretro, del cadáver.

CIUDADANO 2 ¡Dejad espacio a Antonio, el muy honorable Antonio!

ANTONIO No os agolpéis; manteneos a distancia.

VARIOS CIUDADANOS Atrás, dad espacio, echaos atrás.

ANTONIO Si tenéis lágrimas, preparaos ahora para verterlas.

Todos conocéis este manto. Recuerdo la primera vez que César se lo puso. Era una tarde de verano, en su tienda. Aquel día había vencido a los Nervii: ¡Mirad! Ahí lo atravesó el puñal de Casio; ved el desgarro que hizo el envidioso Casca; por ahí, la puñalada de su amado Bruto; y al retirar el maldito hierro, observad cómo fluyó la sangre de César, como si saliese a la puerta de casa para comprobar si era Bruto quien llamaba de aquella manera tan cruel. Porque Bruto, como sabéis, era el ángel de César.

¡Juzgad, oh dioses, cuánto le amaba César!

Este fue el golpe más cruel de todos. Porque, al ver César cómo lo apuñalaba, la ingratitud, más fuerte que la traición, lo nubló por completo. Estalló su poderoso corazón, se cubrió la cara con el manto, y a los pies de la estatua de Pompeyo, que se tiñó con su sangre, cayó el gran César!

¡Oh, qué caída, compatriotas! Entonces yo, y vosotros, todos nosotros, caímos también, mientras la sangrienta traición florecía sobre nosotros.

¡Oh! Ahora lloráis. Y veo que sentís la punzada de la compasión. ¡Estas son lágrimas benditas! ¡Almas nobles! ¿Lloráis con ver tan solo las heridas en las ropas de nuestro César? ¡Mirad aquí! Aquí está su cuerpo, como veis, lacerado por traidores.

CIUDADANO 1 ¡Oh, qué triste escena!

CIUDADANO 2 ¡Oh, noble César!

CIUDADANO 3 ¡Infausto día!

CIUDADANO 4 ¡Oh, traidores, villanos!

CIUDADANO 1 ¡Oh, qué sangrienta visión!

CIUDADANO 2 ¡Nos vengaremos!

TODOS ¡Venganza! ¡Rápido! ¡Buscad! ¡Quemad! ¡Prended fuego! ¡Matad! ¡Degollad! ¡Que no quede vivo ningún traidor!

ANTONIO Calma, compatriotas.

CIUDADANO 1 ¡Silencio ahí! Escuchad al noble Antonio.

CIUDADANO 2 Escuchémosle y sigámosle, aunque nos cueste la muerte.

ANTONIO Buenos amigos, queridos amigos, no permitáis que yo os arrastre a una rebelión tan repentina. Quienes han hecho esto son honorables. Sin embargo, desconozco qué querellas privadas tuvieron para hacer esto. Son sabios y honorables, y sin duda, os darán razones que os satisfagan.

No vengo a arrebatar vuestras pasiones. No soy un orador como Bruto, sino, como todos me conocéis, un hombre, franco, sencillo, que amaba a su amigo, y esto bien lo saben los que me dieron permiso para hablar de él aquí. Porque no tengo ni inteligencia, ni palabras, ni mérito, ni estilo, ni el don de la oratoria que enardece la sangre de los hombres; hablo de manera clara y os digo lo que todos ya sabéis.

Muestro las heridas del noble César muerto, ¡ay pobres bocas enmudecidas!, y les pido que hablen por mí. Pero, si yo fuera Bruto, y Bruto fuera Antonio, entonces Antonio excitaría el ardor de vuestros ánimos y pondría en cada herida de César una lengua capaz de conmover y alzarse en motín a las piedras de Roma.

TODOS ¡Nos rebelaremos!

CIUDADANO 1 ¡Incendiemos la mansión de Bruto!

CIUDADANO 3 ¡Vamos, pues! ¡Busquemos a los conspiradores!

ANTONIO ¡Escuchadme, compatriotas, permitid que os hable de nuevo!

TODOS Silencio, escuchad a Antonio, al muy noble Antonio.

ANTONIO ¿Por qué, amigos, vais a hacer quién sabe qué? ¿Cuál es la razón de que César merezca vuestro amor? No lo sabéis, así que os lo diré. Habéis olvidado el testamento del que os hablé.

TODOS ¡Es verdad! El testamento. ¡Escuchémoslo!

ANTONIO ¡Aquí está el testamento, con el sello de César! A cada ciudadano romano le deja —a cada uno— ¡setenta y cinco dracmas!

CIUDADANO 2 ¡Muy noble César! ¡Vengaremos su muerte!

CIUDADANO 3 ¡Oh, regio César!

ANTONIO Escuchadme con paciencia.

TODOS ¡Silencio!

ANTONIO Además, os ha legado todos sus paseos, sus quintas privadas y sus jardines recién plantados a este lado del Tíber. Os los deja a vosotros, y a vuestros sucesores para siempre, como lugares de esparcimiento, para pasear y divertiros. ¡Este era un César! ¿Cuándo tendréis otro como él?

WILLIAM SHAKESPEARE, Julio César, acto III, escena 2

TRADUCCIÓN DEL AUTOR

Contenido del discurso

Ya se ha mencionado que la posición de Marco Antonio al inicio del discurso no es fácil. Como bien ha afirmado Bruto, no ha participado en el asesinato y, sin embargo, mediante los pactos acordados con los asesinos, se ha beneficiado de la muerte de César, pues ahora el poder es suyo, no lo ejerce en nombre de César. Uno de los puntos del pacto es que Marco Antonio hablará en el funeral de César, pero se ha comprometido a no hablar contra los magnicidas.

Por otra parte, su intención es enfurecer a un pueblo que, en ese momento, no está a su favor. ¿Cómo puede ganarse al pueblo sin criticar a los asesinos de César? Se enfrenta a un reto mayúsculo y, si su apuesta sale mal, podría costarle la vida, bien a manos de la plebe, o bien a manos de los conjurados.

Antes de su intervención ha hablado Bruto, que ha construido su argumentación sobre su honradez y su elevada moral, justificando sus acciones y mostrándose dispuesto al sacrificio personal. Desde el punto de vista de los tres pilares de la retórica, Bruto utiliza la secuencia ethos, logos, pathos.

Así, primero ha captado la atención del público en virtud de su probada buena fama («creedme por mi honor y respetad mi

honor»). No le cuesta ningún esfuerzo porque, de hecho, el público está impresionado de antemano: «El muy noble Bruto está en la tribuna. ¡Silencio!». Ethos.

A continuación, tras pedir atención («oíd mis razones y guardad silencio para poder oír»), justifica su acción mediante un argumento impecable desde el punto de vista lógico: «No porque amara menos a César, sino porque amaba más a Roma», y «¿Querríais que viviera César y morir todos esclavos antes de ver morir a César y morir todos hombres libres?». Son dilemas que solo admiten una respuesta correcta: la patria por encima de los individuos y la libertad por encima de la tiranía. Logos.

Por último, apela a los sentimientos de los presentes llorando a César y ofreciendo su propia vida en el momento en el que el bien común así lo exija: «si únicamente por el bien de Roma maté al hombre a quien más amaba, tengo la misma arma para mí cuando la patria necesite mi muerte». Un sacrificio sine die o, como se dice en España, un brindis al sol. Pathos.

Marco Antonio, sin embargo, va a emplear un orden distinto de los elementos, más inusual, pero necesario dada su posición de desventaja. Construirá su discurso en el orden pathos, ethos, logos. ¿Por qué lo hace así? Antonio sabe que para convencer a una persona hay que razonar (logos), pero para convencer a una multitud hay que emocionar (pathos).

A pesar del terreno resbaladizo en el que se encuentra, Marco Antonio cuenta con algunas bazas a su favor. Aunque está limitado por su compromiso de no hablar mal de los conjurados, ha tenido la ocasión de escuchar a Bruto, de manera que tiene el control de la información y va a poder construir su discurso como una refutación del de aquel. Hablar el último concede una ventaja. Además, cuenta también con un elemento sorpresa: los que le escuchan desconocen los verdaderos motivos de su intervención, por lo que va a resultar más impactante.

El discurso de Marco Antonio puede dividirse en cinco partes: la ambición y la amistad de César; el testamento de César; elogio de César y recreación de su asesinato; desconocimiento de la razón y crítica de los amotinados, y, por último, el epílogo, la lectura del

testamento de César.

La ambición y la amistad de César

El primer golpe de efecto aparece en las primeras frases («¡Amigos, romanos, compatriotas, prestadme atención! ¡He venido a enterrar a César, no a ensalzarlo!»). Aunque sabe que se presenta ante un auditorio que no es favorable, utiliza palabras amistosas y creadoras de vínculos: amigos, compatriotas. Y, sorpresa. No viene a defender a César, sino a enterrarlo, porque, para él, había sido un amigo «leal y justo». Valoraciones personales, sentimientos. Pathos.

A partir de aquí, enlaza su valoración positiva de César con la negativa de Bruto («pero Bruto dice que era ambicioso»), y parece confirmar esta valoración con el argumento de autoridad («y Bruto es un hombre honorable»). Sin embargo, todo es un juego en el que, como si de un espejo se tratara, Marco Antonio dice lo contrario de lo que piensa, limitándose a repetir los argumentos de Bruto y reforzándolos de un modo sutilmente irónico con la coletilla sobre la honorabilidad de Bruto. De este modo, desmonta la afirmación de este sobre la ambición de César con tres casos concretos: los pagos de los rescates de guerra no fueron a parar al bolsillo de César, sino a las arcas públicas; además, César mostró compasión (la famosa clementia Caesaris) ante las desgracias de los pobres y, por último, rechazó por tres veces la corona. Raras conductas para alguien ambicioso, y así lo subraya con una pregunta obvia («¿Era esto ambición?») y con una nueva ironía: («¡La ambición debería estar hecha de una sustancia más dura!»).

Antonio ya ha sembrado la semilla de la duda en su auditorio, y esto es muy importante, porque, en realidad, las posiciones de unos y otros pueden ser consideradas justas o injustas según el matiz. Veamos dos ejemplos. Marco Antonio defiende la honradez y falta de ambición de César afirmando que el rescate de los rehenes de guerra, una práctica habitual en el mundo antiguo, fue a parar a las arcas del Estado y no al bolsillo de César. Y, sin embargo, más tarde sabremos de la gran fortuna acumulada por César, donada en

herencia al pueblo, sí, pero suya hasta aquel momento. Era un hombre inmensamente rico. El segundo ejemplo está en poner a César como modelo de humildad por haber rechazado la corona que le ofreció el propio Marco Antonio. Ya se ha mencionado con anterioridad que detrás de aquellos ofrecimientos no había nada más que un juego político, fuese de sus adversarios o del propio César. Pero que ambicionaba el poder absoluto era innegable. Para eso había librado una guerra contra Pompeyo.

Por lo tanto, Marco Antonio ha manipulado la información para crear un estado de opinión favorable a sus intereses sin permitir que haya un verdadero análisis de los hechos. Seguimos en el territorio del pathos, que culmina con las siguientes líneas, en las que apela a las emociones más primarias de pérdida con expresiones como amar, hacer duelo, corazón, féretro.

Y finaliza con una pausa dramática, bien calculada, que permite al auditorio digerir sus palabras y tragarse el veneno de los sentimientos que ha vertido inteligentemente. Además, consigue atraer la atención sobre sí, y no sobre el cadáver de César.

Hay entre los que le escuchan varios ciudadanos que comienzan a hablar en voz alta. Shakespeare no lo dice, pero es lícito preguntarse si se trata verdaderamente de ciudadanos conmovidos o, más bien, de agentes de Antonio infiltrados entre el populacho para introducir consignas o ideas sin que parezca que proceden del orador. Una vez más, sutil y profundamente maquiavélico, como siempre en política.

Las frases, ocho en total, de estos ciudadanos anónimos cubren todo el espectro de herramientas retóricas. Hay quien se compadece de las lágrimas de Antonio y sigue anclado en el pathos, pero también hay quien extrae, o cree extraer, datos objetivos de las palabras del orador («Creo que hay mucho de verdad en sus palabras», «Si juzgáis correctamente el asunto, César sufrió una gran injusticia», «No quiso la corona. Por lo tanto, es evidente que no era ambicioso»). Por último, Antonio ha logrado algo que parecía inalcanzable unos minutos antes, la autoridad moral ante su auditorio, el ethos: «No hay en Roma quien en nobleza iguale a Antonio». Lo que le permite poder continuar, ahora ya con un público dispuesto a escuchar sus palabras («Escuchémosle, que

empieza a hablar otra vez»).

El testamento de César

La segunda parte del discurso es una obra maestra de cinismo. Antonio asegura que no está en su ánimo desatar la ira contra Bruto y Casio, cuando es eso, y no otra cosa, lo que está haciendo. «No pretendo ofenderlos; prefiero ofender a los muertos, a mí mismo y a vosotros, que ofender a tan honorables hombres».

Pero Antonio saca entonces un conejo de su chistera (no será el último). En este punto, el discurso toma un nuevo rumbo, porque se introducen conceptos externos a la palabra. Aparecen elementos visuales, como el pergamino con el sello de César que contiene su testamento. Donde antes Antonio pedía ser escuchado, ahora apela a la vista empleando varias veces los verbos mirar y ver. Lo hace en este punto con el testamento y lo hará más tarde con el cadáver de César. Aquí no hay razonamientos; hay, por una parte hechos objetivos, logos, en el testamento, y, por otra, pathos, en el cadáver y en la idealización de César a través de algo tan ínfimo como su sangre y su cabello:

¡Que tan solo oiga el pueblo el testamento —lo que, perdonadme, no está en mi ánimo— y vendréis a besar las heridas del difunto César, y mojaréis pañuelos en su sagrada sangre! ¡Sí, buscaréis uno de sus cabellos como recuerdo y, al morir, mencionaréis entre vuestras voluntades la de legarlo a vuestra descendencia como una valiosa herencia.

Lo más difícil ya está hecho. Ya nadie se ocupa de si César era ambicioso, sino que todos mueren de curiosidad por conocer el contenido del testamento. Y Marco Antonio insiste en su táctica de insinuar pero no enseñar: «... siendo hombres, escuchar el

testamento de César os encendería, os enloquecería».

Su cinismo llega al extremo cuando dice: «No es conveniente que sepáis que sois sus herederos». Es decir, no es conveniente que sepáis, pero ya lo sabéis, porque acabo de decíroslo yo.6 Y otro tanto respecto a la probable reacción del pueblo contra los magnicidas: «¿Tendréis paciencia? ¿Estaréis tranquilos? Al mencionarlo he dicho más de lo que debía. Temo ofender a esos hombres honorables cuyos puñales traspasaron a César. De verdad que lo temo».

Una vez excitados los ánimos, Antonio baja de la rostra7, la tribuna de los oradores del foro, y da otro giro radical. Se supone que desciende porque va a leer el testamento, pero no...

Elogio de César y recreación del asesinato

Esta sección del discurso va a jugar con el pathos, y así lo advierte el propio Antonio al aconsejar que todo el que tenga lágrimas se prepare a verterlas. Recuerdos, objetos que lo vinculan con el muerto y, por encima de todo, la contemplación del cadáver y su túnica. Como se ha apuntado, en la realidad histórica, parece que, puesto que el cuerpo estaba en un lecho que impedía ser observado por la gente más alejada, preparó un dispositivo especial, un armazón parecido a un maniquí sobre el que colocó las ropas ensangrentadas que César llevaba cuando fue asesinado, mientras que el cadáver se cubriría con ropas limpias después de haber sido lavado. Este armazón se llama tropaeum y su función primaria era la conmemoración de una victoria en el campo de batalla. Sobre una cruz de madera se colocaban las corazas, escudos y armas de un militar romano y quedaban expuestas a la vista de todos. Lo que, al parecer, hizo Marco Antonio, fue erigir un tropaeum en el foro, pero en lugar de vestirlo con el equipamiento militar lo utilizó como expositor de las heridas sufridas por César.

Mientras el pueblo contempla el cadáver y la túnica de César, Antonio se recrea en los detalles morbosos, atribuyendo un autor a cada puñalada, pura invención, puesto que él no había presenciado el asesinato. La última mención es, cómo no, para Bruto. Shakespeare no lo menciona, pero César, en su testamento, adoptaba a Bruto, con lo que su participación en el crimen se convierte en el peor de los crímenes, parricidio, de ahí que subraye la sorpresa de la sangre de César ante su participación («como si saliese a la puerta de casa para comprobar si era Bruto quien llamaba de aquella manera tan cruel»). Y, como remate, la ironía más cruel de todas: «Porque Bruto, como sabéis, era el ángel de César».

Antonio ya se siente seguro, y al narrar los pormenores del asesinato, se atreve a afirmar que, al caer César, cayeron todos mientras florecía la traición. Se han cambiado las tornas. Antes de empezar su discurso, las facciones eran, por un lado, el pueblo y los magnicidas y, por otro, Marco Antonio, sospechoso por su amistad y lealtad hacia César. Ahora, el pueblo ha cambiado de bando y de etiquetas. Los magnicidas, que antes eran libertadores y patriotas, ahora son traidores.

El cadáver es un argumento visual que da constancia de la traición de los asesinos. Marco Antonio se vale de una prosopopeya, una figura retórica que consiste en conceder a algo inanimado o abstracto cualidades humanas, al transformar las heridas de César en «bocas enmudecidas» a las que pide que hablen por él, aunque,

en realidad, es Marco Antonio quien pone voz a César. El efecto es magnífico. Las mentes de los presentes llenan los huecos de la narración con la imaginación de cada uno.

De nuevo, las voces de los ciudadanos interrumpen el discurso. En sus breves frases hay, sobre todo, sentimientos: tristeza, rabia, desolación, deseos de venganza (pathos); pero también hay un cambio de consideración. Ahora, se trata del «noble César» y de unos villanos asesinos. Y otro tanto ocurre con Antonio. Uno de los ciudadanos aconseja a los demás: «Escuchemos al noble Antonio». Noble. Definitivamente, el ethos ha cambiado de bando.

Desconocimiento de la razón y crítica de los amotinados

Esta parte del discurso constituye un cierre adecuado a la exposición de Marco Antonio, que ha estado impregnada de ironía (o hipocresía, que cada uno lo valore según crea conveniente). Marco Antonio se describe como «un hombre, franco, sencillo», no un orador como Bruto. Alguien sin inteligencia, palabras, ni don de la oratoria. «Hablo de manera clara y os digo lo que todos ya sabéis».

Igualmente irónico es que, después de haber empleado palabras como cruel, ingratitud, traición, etcétera, no tenga empacho ahora en decir que «quienes han hecho esto son honorables». El pueblo está indignado, y Antonio se dispone a rematar su faena. Pide: «no permitáis que yo os arrastre a una rebelión», y asegura que eso es lo que haría Bruto si estuviera en su lugar, pero que él no tiene intención de hacerlo.

Pero, si yo fuera Bruto, y Bruto fuera Antonio, entonces Antonio excitaría el ardor de vuestros ánimos y pondría en cada herida de César una lengua capaz de conmover y alzarse en motín a las piedras de Roma.

Ni una sola palabra «franca y sencilla» ha salido de la boca de Antonio hasta el momento. Es una exhibición de manipulación de masas que tendrá que esperar al siglo XX para ver paralelos tan hipócritas en el mundo real. Y ya ha aparecido el mensaje que quiere transmitir: hay que amotinarse contra los asesinos.

Por si alguien tiene dudas todavía, Marco Antonio se dispone a cerrar magistralmente su obra.

Epílogo. Lectura del testamento de César

Marco Antonio ya ha avanzado el contenido del testamento de César, pero ahora lo detalla: cada ciudadano romano recibirá setenta y cinco dracmas, y el pueblo hereda los paseos, quintas privadas y jardines para su uso y disfrute.

El pueblo es el heredero de César y, como tal, le corresponde al pueblo vengar la sangre derramada y la injusticia cometida. Antonio presenta aquí un contraste evidente entre los herederos dignos (el pueblo) y los indignos (Bruto por encima de todos por el hecho de que, como ya se ha señalado, había sido adoptado por César. Pero también Casio y otros pompeyanos que habían salvado la vida gracias a la clementia Caesaris, es decir, que le debían la vida como un hijo se la debe a un padre).

Así era César, un padre para todos. «¿Cuándo tendréis otro como él?».

El discurso en imágenes

Lo que ocurrió aquella mañana de marzo del año 44 a. C. en el

foro de Roma tuvo consecuencias gigantescas en la evolución o, más bien, aniquilación de la república romana, que acabaría transformándose en un imperio gobernado por césares.

La maniobra de Marco Antonio consiguió inclinar la balanza de su lado y el de Octaviano (el futuro Augusto). Aunque los asesinos huyeron a tiempo de Roma para salvar sus vidas y obtuvieron cargos en las provincias orientales, la lucha entre ambas facciones acabaría liquidada en la batalla de Filipos, en el año 42, que terminó con la derrota y muerte de los asesinos de César.

Posteriormente, Octaviano también derrotaría a Marco Antonio y Cleopatra en Accio en el 31 a. C., quedando como amo único de Roma. Y aunque siempre mantuvo la hipócrita ficción de preservar las instituciones republicanas y nunca se proclamó rey, lo cierto es que Roma se convirtió en una monarquía hereditaria que desarrolló, además, un nuevo culto: el del divino Julio.

La idea no era nueva. Ya se ha comentado que César había erigido una estatua en honor de Cleopatra en el templo de Venus, en la que recibía el tratamiento de divinidad, y que también él mismo había accedido a ser adorado como dios (deo invicto) el mismo año de su muerte.

Tras su asesinato, y una vez afianzado el poder en sus manos, Octaviano construyó en Roma un templo dedicado a Divus Iulius8. La jugada era perfecta. Si Julio César era divus, y él era hijo adoptivo, podía lucir el título de divi filius, 'hijo del dios'. Mejor que ser rey.

Una vez dado este primer paso, se podía forzar aún más el carácter divino del personaje. No sería solo divino tras su muerte, sino que lo era también de origen. El encargado de la elaboración intelectual del concepto fue Virgilio, uno de los poetas que prosperaron al abrigo de la corte de Augusto. En la Eneida, Virgilio desarrolla la idea, sostenida ya en vida de César, de que la gens Iulia procedía de la diosa Venus a través de su descendiente Iulio. Así anuncia Júpiter a Venus que de su prole nacerá un ser destinado a la divinidad: César.

Nacerá troyano César, de limpio origen, que el imperio ha de llevar hasta el Océano y su fama a los astros, Julio, con nombre que le viene del gran Iulio. Lo acogerás, segura, tú en el cielo cuando llegue cargado con los despojos de oriente; también él será invocado con votos.

VIRGILIO, Eneida I, 286-290

En las monedas de la época de Augusto se puede observar cómo el nuevo amo de Roma hace un uso excelente de la propaganda utilizando la imagen de César y su recién adquirido carácter divino. En una de ellas, aparece en una cara la efigie de Augusto, y en la otra, el templo de César, construido en el foro republicano, entre la basílica Emilia y el templo de Cástor y Pólux. Se trataba de un heroón, una construcción de origen griego que celebraba la memoria de un héroe o ser divinizado, por lo general cerca del emplazamiento de su tumba.

El templo de César estaba dedicado al culto de un cometa que había aparecido en el cielo poco después del asesinato y que fue bautizado como sidus Iulium (‘estrella Julia’). Octaviano Augusto no dejó pasar la ocasión de ligar a César con un objeto celeste. Así lo cuenta Plinio el Viejo:

Un cometa es objeto de culto en un solo lugar del mundo entero: en un templo de Roma. Fue considerado absolutamente propicio por el Divino Augusto en persona, ya que apareció cuando él iniciaba su reinado, durante los juegos que ofrecía a Venus Generadora, no mucho después de la muerte de César, su padre, en el colegio fundado por él. Precisamente manifestó su alegría en los siguientes términos: «En los mismos días de mis juegos se ha visto una estrella de cola durante siete días en la parte septentrional del cielo». [...] Con esta estrella la gente creyó que se indicaba que el alma de César había sido admitida entre los númenes de los dioses inmortales y en nombre de ello se le añadió como distintivo a la cabeza de la estatua que poco después hemos consagrado en el foro.

PLINIO EL VIEJO, Historia Natural I, XXIII

Traducción de Editorial Gredos, 2007

En otra moneda de Augusto vuelve a aparecer él en el anverso, mientras que el reverso está ocupado por la estrella con la leyenda DIVUS IULIUS.

Solo quedaba un paso. Afirmar de manera inequívoca y rotunda que Augusto era hijo de un dios. Así se reflejaba en otra moneda de un denario de plata del año 17 a. C. En una cara aparece César, con una corona en la cabeza y una estrella por encima. La leyenda M SANQVINIVS IIIVIR se refiere al triunviro Marco Sanquinio que ejercía su cargo el año de la acuñación. La otra cara muestra la efigie de Octaviano y es ahí donde se envía el mensaje proyectado: AVGVSTVS DIVI F, es decir, Augusto hijo del divino [Julio].

A partir de aquí, el proceso es imparable. El carácter divino de los emperadores romanos, la adopción del nombre de César como designación de la dignidad regia en Roma o el empleo de herramientas similares en otros casos de divinización (son llamativas las similitudes con el proceso de divinización de Jesús de Nazaret por las primeras generaciones cristianas).

Marco Antonio solo buscaba venganza y poder. Pero sus palabras abrieron paso a la eternidad.

Discurso en la película Julio César de Mankiewicz (1953), con Marlon Brando como Marco Antonio. Versión traducida

https://www.youtube.com/watch?v=FAJWArdUD6o

Versión original

https://www.youtube.com/watch?v=101sKhH-lMQ

———————

1La sede del Senado se encontraba en el edificio cuadrado que aún hoy en día puede contemplarse en el foro republicano de Roma. Sin embargo, en el momento de su asesinato, César ya había recibido el mando para una expedición militar contra los partos. La ley romana prohibía que un general en armas entrara en el recinto primigenio de la ciudad, por lo que la sesión se trasladó a otro edificio, en este caso uno perteneciente al complejo del nuevo teatro que había construido Pompeyo Magno. El emplazamiento exacto de la curia de Pompeyo puede situarse en la parte trasera del conjunto de templos de Largo Argentina, un yacimiento bien conocido del Campo de Marte en la Roma actual. Aunque de la curia y del teatro no quedan prácticamente restos visibles.

2La toga praetexta era una prenda blanca con el borde púrpura. Frente a la tradicional toga absolutamente blanca, solo tenían derecho a llevar la praetexta los niños menores de dieciséis años, los senadores y los que ostentasen una alta magistratura. Por eso César podía vestirla.

3En la república romana, la máxima autoridad era la de cónsul, repartida entre dos representantes que permanecían en el cargo durante un año. En el momento del asesinato de César, los cónsules eran el propio César y Marco Antonio.

4Apiano, Guerras Civiles , II, 20.

5El texto inglés, O, judgment, thou art fled to brutish beasts, / And men have lost their reason , presenta un juego de palabras con el adjetivo brutish (bruto), que alude claramente a Bruto, un hombre que, en opinión de Antonio, ha perdido la razón y se ha convertido en una animal irracional, en una bestia brutal .

6Preterición o paralipsis: figura retórica oblicua que consiste en afirmar que se omite algo, cuando, de hecho, se aprovecha la ocasión para llamar la atención sobre ello, a veces de forma enfática. En este caso, revelar quiénes son los herederos de César: el pueblo.

7Rostra era el plural de rostrum , y aludía a los espolones (rostra) de los barcos enemigos expuestos en ese punto de Roma a mayor gloria de sus victorias navales. Ese era el lugar desde el que los políticos se dirigían a la plebe.

8En latín hay dos palabras diferentes para los seres divinos. Deus se refiere al que es dios por su propia naturaleza; divus es aquel que ha alcanzado la dignidad divina, que ha sido deificado, como en el caso de César y los posteriores emperadores.

REINO DE DIOS

-

Sermón de la montaña

Jesús de Nazaret

Galilea, 29 d. C.

Contexto histórico

El siglo primero de nuestra era fue un momento especialmente sensible en el territorio que se corresponde aproximadamente con las fronteras del estado de Israel. Varios son los elementos que hay que tener en cuenta para comprender el ambiente político y religioso que se vivía en tiempos de Jesús de Nazaret.

El primer elemento es el propio pueblo judío. Se trata de una comunidad caracterizada durante gran parte de su existencia por un monoteísmo radical que hacía muy difícil la convivencia con otros pueblos cercanos. En el mundo antiguo, cada pueblo tenía sus dioses, pero no negaba la existencia de los dioses de los demás. A lo sumo, se proclamaba la superioridad de las divinidades propias frente a las extranjeras. Pero el judaísmo era diferente. No solo afirmaba la existencia de un único dios nacional, sino que negaba la existencia de los dioses del resto de los pueblos. Llevado a un nivel práctico, esto significaba que, en los momentos en los que eran invadidos y dominados por una potencia extranjera, los judíos se negaban a ofrecer cualquier tipo de gesto, homenaje o adoración a las deidades de sus conquistadores. Más aún. Consideraban que su tierra pertenecía únicamente a Yahvé, su dios, y que nadie tenía derecho a apoderarse de ella.

La relación entre los judíos y su dios se establecía mediante la Ley de Moisés, una serie de normas contenidas en los libros sagrados de la comunidad. Su cumplimiento estricto hacía difícil, como queda dicho, la coexistencia con los pueblos de su entorno, pues su Ley estaba llena de exigencias que resultaban complicadas de respetar en un ambiente no judío (reglas dietéticas y de pureza, especialmente). Todo lo dicho anteriormente hizo que, en muchas épocas, los judíos fuesen contemplados con recelo y suspicacia por sus vecinos y conquistadores.

Entre estos vecinos estaban todas las naciones que, a partir del siglo IV a. C., y tras la conquista de todo el Imperio persa por parte de Alejandro Magno, habían abrazado en mayor o menor medida la cultura griega. El helenismo fue la fusión de sus tradiciones autóctonas orientales con los usos y costumbres griegos de los conquistadores, y dio lugar a un período de brillante florecimiento cultural. A la larga, todo el oriente mediterráneo se fue helenizando cada vez más. La lengua griega se convirtió en el idioma internacional de comunicación e intercambio, una especie de commonwealth de hace dos mil trescientos años. Tanto impregnó el griego todos los ámbitos de la vida cultural y lingüística de los pueblos orientales que estos acabaron por traducir incluso sus libros sagrados: la Torá de los judíos no fue una excepción.

Pero no todo eran luces en el greek way of life. En Judea, la implantación forzosa de los hábitos griegos y la prohibición de las prácticas religiosas judías durante el dominio del Imperio seléucida (uno de los reinos helenísticos herederos de Alejandro Magno) provocó en 167 a. C. una revuelta judía contra los conquistadores. Parecía una empresa condenada al fracaso por el inmenso poder seléucida y la insignificancia del territorio rebelado, pero varias circunstancias hicieron posible lo imposible, y unos años más tarde, los judíos, liderados por la familia de los Macabeos, habían conseguido independizarse y habían creado un Estado teocrático en el que el poder lo ejercía el rey y sumo sacerdote de Yahvé, reunidos en una sola persona. Lo curioso es que, a pesar de ser un Estado teocrático nacido como reacción contra lo griego y con la idea de cumplir en la mayor pureza la Ley de Moisés, los sucesores de los primeros Macabeos, una dinastía denominada Asmonea, fue deslizándose con el tiempo hacia esas mismas modas y usos griegos que habían combatido. Era imposible frenar la ola helenística.

Una de las circunstancias que permitió el triunfo de los judíos fue que, en el momento de máxima dificultad, pidieron ayuda a una potencia exterior, Roma, que en 167, al inicio de la revuelta de los Macabeos, todavía no había conquistado ningún territorio en el Mediterráneo oriental, y a quien la intervención únicamente diplomática en favor de los judíos, y contra los seléucidas, debió de parecer un riesgo asumible. Pero cien años más tarde, las legiones de Pompeyo Magno ya estaban en Siria y, aprovechando una

querella dinástica entre dos hermanos por el trono y el sumo sacerdocio de Judea, Roma intervino por primera vez de manera directa. Pompeyo conquistó Jerusalén, profanó el templo de Yahvé e impuso a su candidato al trono entre los dos hermanos. A partir de ese año, el 63 a. C., la visión que los judíos tenían de Roma cambió para siempre: ya no era un simpático aliado del otro extremo del Mediterráneo, sino el peor monstruo imaginable, capaz de cometer la mayor aberración concebible para un judío.

Como reza el dicho, si algo puede ir a peor, irá a peor. La dinastía Asmonea se extinguió en 40 a. C. y el trono de Judea recayó en Herodes el Grande, un rey medio judío medio extranjero que gobernó como rex socius de Roma, una forma elegante de denominar a un títere, por muy capaz y brillante que fuera el elegido. Para este momento, el ambiente en Judea era complicado. Una parte de la población, las élites económicas y religiosas, aceptaban a Herodes y la tutela romana porque traían prosperidad al país. Pero los más radicales en su celo por cumplir la Ley de Moisés consideraban que la situación no podía degenerar más. La tierra de Dios era gobernada por extranjeros y la Ley de Moisés no era respetada por una parte de la población. Comenzó a surgir la idea de que el fin del mundo se aproximaba, ese momento en el que la divinidad ajustaría cuentas con los impíos e instauraría el Reino de Dios, un estado de felicidad en el que los fieles a Yahvé recibirían todo tipo de recompensas mientras que los malvados serían castigados. La herramienta de Dios para instaurar su reino sería la llegada de un mesías de Israel, un personaje de características poco definidas, o diferentes según a quien se le consultase, pero que, en cualquier caso, liberaría a su pueblo del yugo de los extranjeros y los malvados.

La forma de transmisión de estas ideas apocalípticas (relacionadas con el fin del mundo) fue por medio de profetas y visionarios que predicaban al pueblo en los centros urbanos o en el desierto. Hubo personajes excéntricos como Juan el Bautista, líderes guerreros como Judas el Galileo, y estudiosos de la Ley, sanadores y milagreros como Hanina ben Dosa o Honi el trazador de círculos. Sea como fuere, el pueblo judío estaba habituado a escuchar a hombres santos que propugnaban el arrepentimiento, el regreso sincero a Dios y el rechazo del pecado desde puntos de vista

diferentes.

Para el momento que nos ocupa, aproximadamente el año 29 a. C., Herodes el Grande ya había muerto, y su reino se había dividido entre varios de sus hijos. Galilea era gobernada por Herodes Antipas, un personaje que aparece varias veces en los Evangelios, relacionado con la muerte de Juan el Bautista, y al que vemos también en el juicio a Jesús en Jerusalén después de su prendimiento. Herodes Antipas se encontraba en Jerusalén no porque fuese parte de su reino, sino porque estaba peregrinando durante una de las grandes fiestas judías. El territorio de Judea llevaba en manos romanas desde el año 6 d. C. Quedaba bajo la autoridad de un prefecto dependiente del gobernador de la provincia romana de Siria. Su capital estaba en Cesarea Marítima, pero el territorio bajo su jurisdicción incluía la ciudad santa de Jerusalén, de ahí que fuese Poncio Pilato (prefecto de Judea entre los años 26 y 36 d. C.) el responsable último de la muerte de Jesús en la cruz (una pena romana).

Así pues, Jesús de Nazaret inicia su vida pública en un territorio pequeño pero dividido: una parte, su Galilea natal, gobernada por un aliado de Roma pero con cierta independencia, y otra parte, Judea y Jerusalén, sometida a las águilas romanas.

Quién es quién

Jesús de Nazaret nació aproximadamente en el año 4 a. C., en una familia judía asentada en Nazaret de Galilea, Jesús (Yeshua bar Yosef, en su lengua natal aramea) era un carpintero o maestro de obras con profundas inquietudes religiosas. Fue muy probablemente seguidor de Juan el Bautista, un profeta apocalíptico que advertía de la inminencia del fin del mundo y de la implantación del Reino de Dios e instaba al arrepentimiento y el perdón de los pecados mediante el bautismo en el río Jordán. En algún momento poco antes de

la muerte del Bautista (aproximadamente en 28 a. C.), Jesús dejó de seguirlo para emprender su camino en solitario. Formó su propio grupo de discípulos, y comenzó a predicar la venida del Reino de Dios de manera itinerante por toda Galilea. Posteriormente, su misión dio un giro; quizás empezó a verse a sí mismo como el mesías de Israel prometido en los libros sagrados judíos, y amplió su área de predicación a Jerusalén. Su entrada en la ciudad santa el Domingo de Ramos (Mateo 21:1-11) y el incidente de la purificación del templo (Mateo 21:12-17) acabaron por alertar a las autoridades romanas, que lo consideraron una amenaza para la seguridad. Murió crucificado en Jerusalén por orden del prefecto de Judea Poncio Pilato, posiblemente en el año 30 d. C. Tras su muerte, sus seguidores afirmaron que había resucitado, lo que desencadenó todo un proceso religioso, intelectual y psicológico que culminaría con el paso de los años en el nacimiento de una nueva religión: el cristianismo.

El evangelista Mateo transmite este discurso en los capítulos 5 a 7 de su Evangelio. Hay una versión paralela del mismo en el Evangelio de Lucas (Lucas 6:17-49).

-
-

Mateo fue el autor de uno de los cuatro Evangelios canónicos que contiene el Nuevo Testamento. Aunque el nombre alude a uno de los doce apóstoles, cuya vocación personal se narra en el Evangelio (Mateo 9:9-13), se trata de una atribución tardía que no consta en el texto y que ha sido descartada por la investigación moderna. Lo que se puede deducir por su propia obra es que fue un judeocristiano de cultura helenística, originario probablemente de Siria (Antioquía o Damasco) y que no conoció personalmente a Jesús de Nazaret. Escribió su Evangelio hacia el año 80 d. C., tomando como referencia el Evangelio de Marcos y otras fuentes a su disposición. Su obra se caracteriza por el empeño en demostrar que en Jesús se cumplen todas las profecías de los libros sagrados judíos referentes al mesías de Israel. Además, Mateo debía de

pertenecer a un grupo de primeros cristianos evangelizados por Pedro, pues defiende su preeminencia sobre las otras figuras dirigentes de la primera generación mediante el episodio de la primacía de Pedro («Yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», Mateo 16:18), una declaración que no aparece en los otros tres Evangelios canónicos (Marcos, Lucas y Juan).

Dónde y cuándo

El evangelista sitúa el Sermón de la montaña al principio de la vida pública de Jesús. Hasta este momento, solo conocemos de él sus orígenes (nacimiento y huida a Egipto siendo un niño) y unos pocos datos sobre su vida adulta. Fue bautizado por Juan el Bautista (Mateo 3:13-17) y posteriormente se retiró al desierto, durante cuarenta días, momento en el que superó las tentaciones ofrecidas por Satanás (Mateo 4:1-11). Comenzó entonces su vida pública, a finales del año 28 o principios del 29 d. C. —es en ese momento cuando, en fechas siempre difíciles de precisar, se podría situar el discurso—, con su traslado desde su Nazaret natal hasta Cafarnaúm, a orillas del mar de Galilea. Allí reclutó a sus primeros discípulos entre los pescadores de los pueblos vecinos (Mateo 4:18-22) y empezó a recorrer Galilea predicando y haciendo milagros. Su anuncio del Reino de Dios llamó la atención de la gente, que comenzó a seguirlo en gran número (Mateo 4:25).

El lugar elegido para el sermón es, según Mateo, un monte (Mateo 5:1), aunque la versión paralela del Evangelio de Lucas lo sitúa en un llano (Lucas 6:17). No hay más precisiones geográficas. Puesto que los episodios cercanos en el texto transcurren en Cafarnaúm y alrededores, la tradición cristiana de los siglos posteriores, siempre deseosa de proporcionar asideros geográficos concretos a cada episodio de la vida de Jesús, eligió el monte Eremos (32º52´51´´N-35º33´21´´E), entre Cafarnaúm y Genesaret, como Monte de las Bienaventuranzas. El lugar conmemora el

Sermón de la montaña desde al menos hace mil seiscientos años, cuando se erigió allí una primera iglesia. En la actualidad, hay una capilla católica construida en 1938.

Cuenta el evangelista Mateo que, viendo Jesús el gentío procedente de todos los rincones de Galilea y las regiones vecinas que le seguía, subió a un monte y, después de sentarse, se le acercaron sus discípulos y el comenzó a enseñarles:

El discurso

9

Idioma original: griego

[Las Bienaventuranzas]

Felices los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos. Felices los que lloran, porque ellos serán consolados. Felices los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos se hartarán. Felices los que se compadecen, porque ellos serán compadecidos. Felices los puros de corazón, porque ellos verán a Dios. Felices los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Felices los que han sido perseguidos a causa de la justicia10, porque suyo es el reino de los cielos. Seréis felices cuando os injurien y persigan y digan cualquier maldad contra vosotros engañando por causa mía. Permaneced alegres y jubilosos, porque vuestra paga es abundante en los cielos; pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

[La humanidad como sal de la tierra y luz del mundo]

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se hace insípida, ¿con qué se salará? Para nada vale ya salvo para ser tirada y pisada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad situada

sobre montañas no puede quedar oculta; ni encienden una lámpara y la colocan bajo un modio11, sino sobre un candelabro, e ilumina a todos en la casa. Que ilumine así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas acciones y gloríen a vuestro padre en los cielos.

[Cumplimiento íntegro de la Ley de Moisés]

No creáis que vine a abolir la Ley o los profetas. No vine a abolir la Ley sino a cumplirla. Pues con certeza os digo: hasta que pase el cielo y la tierra, de ninguna manera pasará de la Ley ni una iota ni una coma12, hasta que todo se lleve a cabo. Quien derogue uno solo de estos preceptos y enseñe así a los hombres, será llamado el menor en el reino de los cielos; pero quien cumpla y enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Pues os digo que si la justicia no os desborda a escribas y fariseos13, de ninguna manera entraréis en el reino de los cielos.

[Sobre el homicidio]

Oísteis que se dijo a los antiguos: no matarás14; y quien mate será acusado en el juicio. Pero yo os digo que todo el que se irrite con su hermano15 será acusado en el juicio; y quien diga a su hermano: racá16, será acusado en el Sanedrín; y quien diga loco, será acusado en la gehenna17 del fuego. Así pues, si presentas habitualmente tu ofrenda al altar del sacrificio y allí siempre recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí la ofrenda ante el altar del sacrificio y, venga, lo primero reconcíliate con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda. Sé benévolo con tu contrario cuanto antes, mientras estés con él en el camino, no te entregue el contrario al juez y el juez al guardia y seas arrojado a la cárcel; con seguridad te digo que no saldrás de allí hasta que entregues el último cuadrante18.

[Acerca del adulterio]

Oísteis que se dijo: «No cometerás adulterio»19. Pero yo os digo que todo el que mire a una mujer deseándola ya cometió adulterio con ella en su corazón. Y si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti; pues te conviene más que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtala y arrójala lejos de ti; pues te conviene más que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna.

[Sobre el divorcio]

Se dijo: «Quien repudie a su esposa, dele una carta de divorcio»20. Pero yo os digo que todo el que repudie a su esposa salvo fornicación la hace cometer adulterio, y quien se case con la repudiada, comete adulterio.

[Jurar en falso]

A su vez oísteis que se dijo a los antiguos: «No jurarás en falso, sino que dedicarás tus juramentos al Señor»21. Pero yo os digo que no juréis en modo alguno; ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies, ni por Jerusalén porque es la ciudad del gran rey, ni por tu cabeza jures, porque ni un solo pelo puedes hacer blanco o negro. Por el contrario, que vuestra palabra sea sí, sí, no, no; el exceso de esto es propio del mal.

[Ley del talión]

Oísteis que se dijo: «Ojo por ojo y diente por diente22». Pero yo os digo que no os enfrentéis al mal; pero quien te golpea la mejilla derecha, preséntale también la otra; y a quien quiera juzgarte y quitarte el manto, dale también el manto; y quien te forzará una milla, sigue con él dos. Da a quien en una ocasión te pida, y no eches atrás a quien quiera tomar prestado de ti.

[Amor al adversario]

Oísteis que se dijo: «Amarás a tu vecino23 y odiarás a tu adversario». Pero yo os digo: amad siempre a vuestros adversarios y rogad siempre por quienes os persiguen, para que os convirtáis en hijos de vuestro padre en los cielos, porque hace que salga su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. Pues si vais a amar a quienes os aman, ¿qué paga tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?24 Y si solo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué hacéis extraordinario? ¿No hacen también lo mismo los gentiles?25 Así pues, sed perfectos como vuestro padre celeste es perfecto.

[Tener intención recta en la limosna...]

Guardaos de hacer vuestra justicia ante los hombres para ser vistos por ellos; y desde luego si no, no tendréis pago de vuestro padre de los cielos. Así pues, cuando des limosna, no hagas sonar la trompeta ante ti, tal como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados por los hombres: con seguridad os digo, reciben su paga. Pero, cuando des limosna, no sepa tu izquierda qué hace tu derecha, para que tu limosna quede en secreto; y tu padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

[... en la oración (el padrenuestro)...]

Y cuando recéis, no seréis como los hipócritas, porque buscan rezar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para mostrarse a los hombres; con seguridad os digo, reciben su paga. Pero tú, cuando reces, dirígete a tu cuarto y tras cerrar la puerta reza a tu padre que está en lo secreto; y tu padre, que ve en el cielo, te recompensará. Y al rezar, no parlotearéis como los gentiles, pues piensan que mediante su locuacidad serán escuchados. Así pues, no os parezcáis a ellos; pues vuestro padre conoce lo que necesitáis antes de pedirle.

Así pues, vosotros rezadle así:

«Padre nuestro que estás en los cielos: que sea santificado tu nombre; venga tu reino; se cumpla tu voluntad, así en el cielo y en la tierra; danos hoy nuestro pan cotidiano; perdónanos nuestras deudas tal como también nosotros ya hemos perdonado a nuestros deudores; y no nos lleves a tentación, por el contrario líbranos del mal».

Pues si perdonáis a los hombres sus faltas, os perdonará también vuestro padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro padre perdonará vuestras faltas.

[... y en el ayuno]

Y cuando ayunéis, no sigáis estando, como los hipócritas, entristecidos, pues desfiguran sus caras para hacer público a los hombres que ayunan; con certeza os digo, reciben su paga. Por el contrario, tú, al ayunar, unge tu cabeza y lava tu cara, para no hacer público a los hombres que ayunas, sino a tu padre a escondidas; y tu padre, que ve a escondidas, te recompensará.

[Un tesoro en el cielo]

No sigáis atesorando tesoros en la tierra, donde una polilla o la herrumbre los hace desaparecer y donde unos ladrones excavan y los roban; atesorad tesoros en el cielo, donde ni una polilla ni la herrumbre lo hace desaparecer y donde los ladrones ni excavan ni lo roban; pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.

[La luz del cuerpo]

La luz del cuerpo es el ojo. Así pues, si tu ojo fuere puro, todo tu cuerpo será resplandeciente; pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será sombrío: Así pues, si la luz que hay en ti es sombría, ¡cuánta oscuridad!

[Servir a un solo señor]

Nadie puede servir a dos señores: pues u odiará a uno y a otro lo amará, o se consagrará a uno y desdeñará al otro. No podéis servir a Dios y a la riqueza.

[Tener fe en la Providencia]

Por eso os digo: dejad de preocuparos por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis, ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. Pues ¿no es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Fijaos en los pájaros del cielo que no siembran ni cosechan ni acopian en los almacenes, y vuestro padre celestial los alimenta; ¿no los aventajáis vosotros en mucho? ¿Quién de vosotros, con preocuparse, puede añadir a su edad un solo codo26? ¿Y por qué os preocupáis por la vestimenta? Comprended cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan; Y yo os digo que ni Salomón mediante toda su gloria vistió como uno de ellos. Y si Dios así viste la hierba del campo que hoy existe y mañana es arrojada al horno, ¿no mucho más a vosotros, hombres de poca fe? Así pues, no os preocupéis diciendo: «¿Qué comeré?» o «¿Qué beberé?» o «¿Qué vestiré?». Pues todo esto lo buscan las naciones; pues vuestro padre celestial tiene conocimiento de que necesitáis de todo esto. Por el contrario, buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo esto os será añadido. Así pues, no os preocupéis por el mañana, pues el mañana se preocupará de sí mismo: bastante es para el día su maldad.

[No juzgar a los demás]

No sigáis juzgando para que no seáis juzgados; pues según el criterio con que juzguéis seréis juzgados, y según la medida con que midáis seréis medidos. ¿Por qué miras la brizna en el ojo de tu hermano, pero la viga en el tuyo no la notas? ¿O cómo dirás a tu hermano: «deja que te quite la brizna de tu ojo», y he aquí que la

viga está en tu ojo? Hipócrita, quita primero de tu ojo la viga, y entonces verás con claridad para quitar la brizna del ojo de tu hermano.

[Cuidado con mezclar lo santo y lo profano]

No deis lo santo a los perros ni arrojéis vuestras perlas ante los cerdos, no sea que las pisoteen con sus patas y al volverse os hieran.

[Tener confianza en Dios]

Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; pues todo el que pide recibe y el que busca encuentra y al que llama se le abrirá. ¿Hay acaso alguien entre vosotros al que pedirá su hijo pan, y le dará una piedra? ¿O pedirá también un pescado, y le dará una serpiente? Así pues, si vosotros que sois malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden. Entonces, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, eso mismo hacedles vosotros; pues esta es la ley de los profetas.

[Dos caminos para el ser humano]

Entrad por la puerta estrecha; porque la puerta es ancha y el camino que lleva a la perdición espacioso y muchos son los que entran por él; ¡qué estrecha es la puerta y apretado el camino que lleva a la vida y qué pocos los que lo encuentran!

[«Por sus frutos los conoceréis»]

Guardaos de los falsos profetas, que como tales vienen a vosotros con vestimentas de ovejas, pero por dentro son lobos ávidos. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso de cardos se recogen racimos de uvas o higos de abrojos? De la misma forma, todo árbol

bueno da frutos buenos, pero el árbol marchito da frutos malos. No puede un árbol bueno dar frutos malos ni un árbol marchito dar frutos buenos. Todo árbol que no dé fruto bueno es talado y arrojado al fuego. Así pues, de cierto que por sus frutos los conoceréis.

[Lo que hagas, hazlo de corazón]

No todo el que me diga: «Señor, Señor», entrará en el reino de los cielos, sino quien haga la voluntad de mi padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas?». Y entonces les reconoceré que jamás los conocí: apartaos de mí quienes practicáis lo contrario de la Ley.

[Conclusión: ahora os toca ponerlo en práctica]

Así pues, todo aquel que me escucha estas palabras y las practica, será igual a un hombre prudente que como tal edificó su casa sobre la roca; y llegó la tormenta y vinieron los ríos y soplaron los vientos y se precipitaron sobre aquella casa, y no cayó, pues estaba asentada sobre la piedra. Y todo aquel que me escucha estas palabras y no las lleva a cabo será igual a un hombre necio que como tal edificó su casa sobre la arena; y cayó la lluvia y llegaron los ríos y soplaron los vientos y chocaron contra aquella casa, y se derrumbó y su caída fue grande (estrepitosa).

MATEO 5:3-7:27

Traducción de EUGENIO GÓMEZ SEGURA,

en A. Piñero, (ed.) Todos los Evangelios

Contenido del discurso

Antes de pasar a analizar el contenido del discurso, hay que hacer un par de observaciones.

Como ocurre con todos los discursos que nos han llegado pronunciados por personajes del mundo antiguo, no podemos saber con seguridad hasta qué punto el texto nos transmite su contenido con exactitud o qué parte del mismo hay que atribuir al autor, y no al orador. De hecho, en este caso, contamos con dos versiones, el llamado Sermón de la montaña del que trata este capítulo y el más breve Sermón del llano, que aparece en el Evangelio de Lucas 6:17-49.

La segunda cuestión a tener en cuenta es que los Evangelios, incluido el de Mateo que nos ocupa, fueron redactados y se nos han transmitido en griego, el «inglés» de la época, pero debemos tener en cuenta que Jesús no hablaba griego, sino arameo, por lo que nos encontramos ante una traducción de las palabras originales de Jesús y, además, pasadas por el tamiz ideológico y teológico de un autor que escribe unos cincuenta años después de los hechos narrados empleando fuentes cuyo grado de fiabilidad no podemos establecer.

Por último, unas palabras sobre el evangelista. Aunque los cuatro Evangelios son, por así decirlo, «biografías» de Jesús, cada uno de ellos está escrito utilizando materiales previos diferentes, por un autor diferente, para un público diferente y con unas intenciones teológicas diferentes. En el caso de Mateo, la motivación que recorre su Evangelio de punta a cabo es su interés por demostrar dos cosas. La primera, que en Jesús se cumplen todas las profecías del Antiguo Testamento relativas al mesías que habría de salvar a Israel; la segunda, que si, hasta aquel momento, la norma a seguir era la Ley que Dios le había entregado a Moisés en el Sinaí, Jesús superaría esa Ley y daría un paso más en la salvación de la humanidad para alcanzar el Reino de Dios. Dicho de otro modo: Jesús era un nuevo Moisés, y si el primero había tenido una ley dictada en una montaña, lo lógico era que Jesús dictase la suya en otra.

Por eso hay que tomar con precaución el emplazamiento geográfico de la montaña del sermón. Podría ser simplemente un escenario simbólico creado por Mateo, y por eso no tiene nombre ni se dice que Jesús subiera a «un monte», sino «al monte». Y desde esa montaña Jesús superaría la Ley del Sinaí repitiendo una y otra vez un mismo mensaje: «Oísteis que se dijo —mencionando una de las Leyes del Sinaí—, pero yo os digo».

Las Bienaventuranzas

El discurso comienza con una de las piezas literarias más famosas de la humanidad: las llamadas Bienaventuranzas. Se trata de un catálogo de premios futuros basados en una desigualdad sufrida en el presente. En primer lugar se señala quién será feliz o bienaventurado, para, a continuación, explicar el motivo de su felicidad. Los felices o bienaventurados son colectivos, siempre en plural, que sufren alguna calamidad permanente.

En concreto, la lista de felices o bienaventurados de Mateo la componen:

•los pobres de espíritu;

•los que lloran;

•los mansos;

•los que tienen hambre y sed de justicia;

•los que se compadecen;

•los puros de corazón;

•los pacíficos, los que han sido perseguidos a causa de la justicia;

•aquellos que sean injuriados, perseguidos o maldecidos por causa de Jesús.

Algunas de estas expresiones han acabado por enraizar en el subconsciente de la mente occidental sin plantearnos muy bien su verdadero sentido. ¿Qué significa exactamente «pobre de espíritu»? ¿Cómo se tiene hambre y sed de justicia, más allá del sentido metafórico? ¿Cómo sabía Jesús que entre los presentes había personas que en el futuro serían injuriadas, perseguidas o maldecidas a causa de su nombre?

Todos los bienaventurados son individuos con dolencias espirituales, e igualmente espirituales parecen los premios que recibirán en compensación: poseer el reino de los cielos, quedar satisfechos de justicia, ser compadecidos, ver a Dios, ser llamados hijos de Dios. Tan solo la expresión «heredarán la tierra» sugiere un anclaje con la realidad física, terrena, en la que vivían, aunque la frase final «porque vuestra paga es abundante en los cielos» no deja lugar a dudas: el premio no está en esta vida, sino en la otra.

¿De verdad fue eso lo que quiso decir Jesús a su audiencia de desesperados? Ya se ha mencionado que existe una segunda versión del sermón en el Evangelio de Lucas. A primera vista, las diferencias no parecen importantes, pero, como afirma el dicho, el diablo está en los detalles. Veamos el texto de Lucas:

Y alzando sus ojos hacia sus discípulos decía: «Felices los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Felices los que ahora estáis hambrientos, porque seréis saciados. Felices los que ahora lloráis, porque reiréis. Sed felices cuando os odien los hombres y cuando os aparten y os injurien y rechacen vuestro nombre como malvado por causa del Hijo del Hombre. Alegraos ese día y brincad, pues mirad, vuestra paga será abundante en el cielo; pues de la misma manera hacían a los profetas los padres de esos. Pero ¡ay de vosotros los ricos!, porque alejáis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados!, porque pasaréis hambre. ¡Ay, los que ahora reís!, porque sufriréis y lloraréis. ¡Ay cuando os hagan un

bien todos los hombres!, pues de la misma manera hacían a los falsos profetas los padres de esos.

LUCAS 6: 20-26

Las diferencias son sutiles. Allí donde Mateo habla de «pobres de espíritu», Lucas dice únicamente «pobres». Igualmente, donde Mateo habla de «hambre y sed de justicia», Lucas se refiere a los hambrientos. Estas pequeñas variantes sitúan el sermón de Lucas en un plano mucho más mundano. Lo que se sufre, se sufre físicamente, en este mundo, y el premio también será material, pues serán «saciados» en un futuro próximo. La cuestión que se discute aquí es dónde se encuentra ese reino de Dios que Jesús promete a sus seguidores. ¿Está en el futuro, y en los cielos, o bien está en el futuro, pero en este mundo?

La pregunta no es de poca importancia, pues sobre su respuesta descansa gran parte de la comprensión del mensaje de Jesús y de la formación del cristianismo. Si Jesús prometió un premio en un futuro celestial, entonces se entiende la frase puesta en su boca, «Mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36), que permite a la Iglesia convivir con los poderes terrenales y aplazar el premio de los justos para la otra vida.

Ahora bien, si el Reino de Dios estaba destinado a instalarse en este mundo, entonces el mensaje de Jesús poseía unos matices completamente diferentes. Su denuncia y sus promesas iban dirigidas a las desigualdades que vivían sus compatriotas en aquel mismo momento, y habría quien no se sentiría a gusto con aquellas afirmaciones. De hecho, la versión de Lucas, en un catálogo de «malaventurados» señala a esas personas que entonces disfrutaban de la vida pero recibirían su castigo en el futuro: los ricos, los que están saciados, «los que ahora reís». En otras palabras, los poderosos del momento. Aunque Jesús no los menciona por su nombre, es probable que haya que identificar aquí a dos colectivos: por una parte, la nobleza sacerdotal del templo de Jerusalén que dirigía los asuntos internos de los judíos a través de su presencia mayoritaria

en el Sanedrín. Los Evangelios dan noticia de varios choques entre ellos y Jesús, el más importante de los cuales fue la purificación del templo. Por otra, la autoridad ocupante romana, responsable última de la muerte de Jesús en la cruz. La crucifixión era una pena impuesta por los romanos a los sediciosos, de manera que, al menos a ojos de los romanos, Jesús suponía una amenaza por no aceptar su autoridad.

Por lo tanto, hay que leer con cuidado las dos versiones de las Bienaventuranzas, situarlas en su contexto histórico y, quizás, entonces, comprender que el Reino de Dios que anunciaba Jesús sí estaba en este mundo.

La Ley

Ya se ha mencionado con anterioridad que la intención de Mateo es presentar a Jesús como el «nuevo Moisés» que, desde otra montaña, viene a superar la Ley del Sinaí. Para comprender correctamente el mensaje, es necesario saber antes en qué consiste esta Ley.

La tradición judía sostenía (y sostiene) que, tras liberar a los israelitas de la esclavitud en Egipto, Moisés los condujo durante cuarenta años por el desierto para llevarlos a la Tierra Prometida. En una de las primeras etapas de ese viaje, denominado «éxodo» (‘salida’, en griego), se detuvieron al pie del monte Sinaí. Moisés subió y allí Yahvé le dictó la Torá (en hebreo, ‘instrucción’), el compendio de leyes que, a partir de ese instante, debería regir todos los aspectos de la vida del pueblo de Israel. Esta Torá se encuentra en los primeros cinco libros de la Biblia hebrea, que se corresponden con los mismos libros del Antiguo Testamento cristiano: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. En estos cinco libros (pentateuco, en griego, significa ‘cinco rollos’) hay secciones narrativas, como la creación del mundo, Adán y Eva, el diluvio, las historias de Abraham, Isaac y Jacob, el éxodo de Egipto, etcétera, pero también hay disposiciones legales. La cultura popular ha identificado la Ley del Sinaí con los Diez Mandamientos,

provocando la concepción equivocada de que solo había diez leyes. Pero no es así. La Ley, en su totalidad, la componen seiscientas trece leyes repartidas a lo largo de los cinco libros, y abarca desde las grandes máximas contenidas en los Diez Mandamientos (un solo Dios, preservación de la familia, no matar, no robar, etcétera) hasta aspectos relacionados con el culto en el templo de Jerusalén, la impureza ritual que se podía adquirir por contacto con muertos o por medio del sexo, los alimentos permitidos y prohibidos, normas para la celebración de las fiestas, los equivalentes a nuestro derecho civil y mercantil, leyes de asilo de extranjeros, etcétera. Para entender el alcance de esta Ley de Moisés, lo más parecido que existe en el mundo actual sería la sharía islámica, una ley religiosa que se aplica para todos los ámbitos de la vida en algunos países musulmanes, como Arabia Saudí, Afganistán o Indonesia.

Jesús dedica una buena parte de su sermón, de hecho la más extensa, a la cuestión de la Ley. Y su primera afirmación no puede ser más clara:

No creáis que vine a abolir la Ley o los profetas. No vine a abolir la Ley sino a cumplirla. Pues con certeza os digo: hasta que pase el cielo y la tierra, de ninguna manera pasará de la Ley ni una iota ni una coma, hasta que todo se lleve a cabo. Quien derogue uno solo de estos preceptos y enseñe así a los hombres, será llamado el menor en el reino de los cielos; pero quien cumpla y enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos.

Cristalino.

En su sermón, Jesús trata aspectos concretos de la Ley que le preocupaban especialmente. Y lo hace siempre mediante la fórmula «Oísteis que se dijo (...), pero yo os digo». La estructura podría sugerir que con su nueva declaración iba a abolir/derogar la primera proposición. Pero, ¿es ese verdaderamente el caso?

Jesús se refiere primero al homicidio. Y allí donde la interpretación literal de la Ley entendería «quitar la vida a un ser

humano», Jesús amplía su sentido a un homicidio moral por querella o insulto. Si no estás a bien con tu hermano, no estás a bien con Dios.

Sobre el adulterio, Jesús amplía el sentido literal del concepto entendiendo también como adulterio el pecar con la vista, la mano o el pensamiento. Lo que hay detrás de esta postura es la idea de que la Ley de Moisés se cumple solo cuando se hace de corazón y con todos los sentidos, no si únicamente de manera literal, pero sin poner el alma en ello.

En el divorcio, Jesús aborda una de las cuestiones más candentes de su época. Las opiniones de los rabinos intérpretes de la Ley de Moisés estaban divididas en dos posturas básicas. La más abierta, defendida por rabí Hilel, sostenía que el marido podía repudiar a su esposa por cualquier causa, mientras que la otra, defendida por la escuela del rabino Shamai, afirmaba que la intención divina era que la pareja fuese indisoluble y solo consideraba ajustado a la Ley de Moisés repudiar a la esposa en caso de adulterio. ¿Qué hace Jesús? De nuevo va más allá. No solo apoya la postura rigorista de Shamai, sino que afirma que el divorcio injusto empuja a la mujer al adulterio, entendido aquí como la búsqueda de otro esposo que la mantenga cuando, en realidad, ya tiene uno legítimo.

Respecto a los juramentos, nos encontramos una vez más con la misma radicalización. Para Jesús, no solo no se debe jurar en nombre de Dios, sino por ninguna otra cosa. Considera el juramento como un artificio, y recomienda concisión y claridad: «que vuestra palabra sea sí, sí, no, no».

En las cuestiones tratadas hasta ahora, no se puede afirmar en modo alguno que Jesús estuviera aboliendo la Ley de Moisés. Más bien, se estaba alineando de parte de aquellos que propugnaban una interpretación más rigorista y amplia en su interpretación. En realidad, defender que no basta con cumplir la Ley de Moisés, sino que hay que hacerlo de corazón tampoco es una aportación novedosa por parte de Jesús. Ya existía en el judaísmo de su época. Contaba la tradición que un gentil (no judío) le pidió a rabí Shamai que lo convirtiera rápidamente al judaísmo y que le enseñara toda la Torá mientras permanecía quieto sobre un solo pie. Shamai, que

no tenía sentido del humor para este tipo de desafíos propios de un adolescente, lo echó con cajas destempladas. Sin darse por vencido, el gentil fue entonces a ver a rabí Hilel y le hizo la misma petición. Entonces Hilel le dijo: «No hagas a los demás aquello que no te gusta que te hagan. Esa es toda la Torá, el resto es comentario. Ahora ve y estúdialo».

A partir de este instante, los temas mencionados por Jesús encuentran en él soluciones más originales, aunque no necesariamente fuera del ámbito de la Torá.

Jesús desaprueba la ley del «ojo por ojo y diente por diente», pero no dice por qué, y se muestra partidario de dar siempre una oportunidad más al ofensor. La propuesta de no responder a la violencia con violencia, sino de ofrecer la otra mejilla ha tenido una impacto fundamental en algunos de los movimientos sociales del siglo XX. La resistencia pasiva propuesta por Gandhi y posteriormente por el reverendo Martin Luther King es una herencia directa del Sermón de la montaña. De hecho, su aplicación por parte de Gandhi fue la primera vez en la historia en la que asumir la propuesta de Jesús funcionó como vehículo de transformación del mundo.

Otro tanto ocurre en el caso de los «adversarios». El problema radica aquí en cómo entender el término griego echthrós. Esta palabra designa a la persona que resulta odiosa desde el punto de vista social o religioso, para lo que se necesita de cierta proximidad, porque ya se sabe que solo del roce nacen el cariño y el odio. Jesús propone amar a aquellos convecinos que no nos resultan aceptables por su forma de ver la vida (lo que en esta época incluía necesariamente la religión). Son los publicanos, los judíos que no cumplen con toda la Ley, las prostitutas, los marginados que no respetan las normas de pureza. Sin embargo, extender este mandato a los no judíos es una conclusión que el texto griego original no permite alcanzar con absoluta convicción. De hecho, hay actitudes de Jesús en varios pasajes evangélicos que denotan un claro desprecio por los gentiles (evita las ciudades helenísticas de la Decápolis y las ciudades gentiles de la propia Judea, o, durante una visita a Fenicia, le dice a una cananea que no puede ayudarla, pues no está bien tirar a los perros la comida de los hijos).

Dar limosna, ayunar o rezar no deben ser, en ningún caso, ocasiones de exhibición pública de piedad para obtener la admiración y aprobación de los demás. Se trata de actos privados, entre el fiel y Dios, y nadie más debe saber lo que se hace: «cuando des limosna, no hagas sonar la trompeta ante ti, tal como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados por los hombres».

El padrenuestro

Junto a las Bienaventuranzas, la otra sección más conocida del Sermón de la montaña es el padrenuestro. Esta oración aparece también en el Evangelio de Lucas, aunque no en el contexto del Sermón del llano, sino como una petición de los discípulos de Jesús para que les enseñe a rezar, igual que el Bautista hacía con sus seguidores. Este detalle ha hecho que muchos estudiosos del Nuevo Testamento piensen que quizás el creador del padrenuestro fue el Bautista y no Jesús.

Respecto al contenido de la oración, merece la pena observar las siguientes cuestiones.

No se menciona el nombre de Dios. En su lugar, se emplean artificios de sustitución, como, por ejemplo, llamarle Padre. La frase «que sea santificado tu nombre» incide en ese respeto reverencial por el nombre divino que responde al mandamiento judío «No profieras en vano el nombre de Yahvé, tu Dios» (Éxodo 20:7). Es, en este sentido, una oración puramente judía, no cristiana.

El padrenuestro es una petición a Dios para que haga efectivo su ansiado reino. Pero, ¿qué reino?, ¿terrenal o celestial? Ya se ha explicado al analizar las Bienaventuranzas que este reino era de este mundo y tendría lugar en Israel, una tierra ocupada en ese momento por los romanos.

Era costumbre en la época que, con la ascensión al trono de un nuevo monarca, se le concedieran al pueblo durante un tiempo

ciertas prerrogativas para ganarse su favor. Por la documentación arqueológica de los siglos en torno a la aparición del cristianismo, especialmente abundante sobre todo en el Egipto de los reyes ptolemaicos, sabemos que estos beneficios eran, sobre todo, de dos tipos. Por una parte, entregas de grano a la población, porque un estómago siempre es más agradecido cuando está saciado. Por otra parte, era muy habitual que se condonasen las deudas pendientes. Así pues, las esperanzas en este Reino de Dios no eran diferentes de las que tenían los súbditos de cualquier otro soberano, solo que aumentadas porque se trataba del Dios todopoderoso, en lugar de un monarca limitado en su humanidad.

En conclusión, el padrenuestro es una oración de tema exclusivamente judío, que el cristianismo adoptaría posteriormente adaptando la interpretación de su contenido a una espera en un reino de Dios que ya no sería aquí y ahora, sino al final de los tiempos.

Dinero y fe en la Providencia

El siguiente tema abordado por Jesús es el del dinero. Ya con anterioridad había apuntado a los ricos como un colectivo muy alejado de ser bienaventurado, y en otros pasajes de los Evangelios habían sido igualmente diana de sus dardos («Os aseguro que difícilmente un rico entrará en el Reino de los Cielos. Os repito, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los Cielos», Mateo 19:24). El mensaje es claro y lo expresa en una sola frase: no se puede servir a dos señores, a Dios y a la riqueza.

Lo que enlaza con la siguiente cuestión. Si no hay que ir en pos del dinero, ¿de qué viviré? Jesús anima a sus seguidores a confiar en Dios, que no dejará abandonados a sus hijos. El ejemplo de los pájaros y las flores sigue una estructura típica de los razonamientos de los rabinos a la hora de estudiar la Ley de Moisés: «Si observo que ocurre X, con cuanta mayor razón deberá ocurrir Y».

Este método de argumentación rabínica se denomina qal wahomer, y se basa en el principio de que lo que vale en un caso de importancia menor debe aplicarse con mayor razón en una cuestión de rango superior. Por lo tanto, si Dios se ocupa de los pájaros y las flores, con cuanta mayor razón se ocupará de sus hijos. Conclusión: hay que confiar en Dios y centrar los esfuerzos en buscar el Reino de Dios.

Recomendaciones finales

El Sermón de la montaña acaba con una serie de advertencias sobre los peligros que acechan en el camino al Reino de Dios, un camino difícil y en el que pocos se pierden. Pero las causas de esa pérdida pueden ser muchas, entre las que Jesús señala el juzgar a los demás o no hacer las cosas poniendo en ello el corazón y toda la intención.

Por otra parte, también advierte sobre el peligro de dar «lo santo a los perros» y arrojar «vuestras perlas ante los cerdos». Se trata de una frase interesante. ¿Quiénes son los perros y los cerdos? Hay un pasaje en el Evangelio de Mateo y su paralelo en el capítulo 7 del Evangelio de Marcos:

Y marchándose de allí Jesús se retiró a las regiones de Tiro y Sidón. Y he aquí que una mujer cananea procedente de aquellas regiones gritaba diciendo: «Compadécete de mí, Señor, Hijo de David; mi hija está malamente endemoniada». Pero él no le respondía ni palabra. Y tras acercarse sus discípulos le pidieron diciendo: «Despídela, porque grita detrás de nosotros». Él les dijo a modo de respuesta: «No fui enviado salvo a las ovejas perdidas de la casa de Israel». Pero ella, tras acercarse, se puso ante él de rodillas diciendo: «Señor, ayúdame». Y él le dijo a modo de respuesta: «No es bueno tomar el pan de los hijos para arrojarlo a los cachorros». Pero ella dijo: «Sí, señor, pues también los cachorros comen de las migas caídas de la mesa de sus señores». Entonces, a modo de

respuesta le dijo Jesús: «Mujer, grande es tu confianza; que te suceda como deseas». Y recobró la salud su hija desde aquel momento.

MATEO 15:21-28

El episodio es sorprendente. Jesús viaja al norte y se adentra en un territorio en el que no hay judíos. La mujer cananea (Marcos la llama «sirofenicia», pero tanto da, puesto que la idea es que no es judía) pide ayuda a Jesús y este responde que él ha sido enviado a las ovejas perdidas de Israel, y que no está bien dar a los perros la comida de los hijos. Aquí está la respuesta a la pregunta planteada: los perros (o los cerdos, animal especialmente impuro para los judíos) son los gentiles. Y el mensaje es cristalino: el Reino de Dios no es para los gentiles, y la misión de Jesús no es universal. Este era el mensaje de Jesús. Solo la reinterpretación y modificación del sentido original por parte de Pablo de Tarso y la comunidad cristiana primitiva convirtió esta misión exclusivista en una de carácter universal.

El Sermón de la montaña termina con una recomendación: no basta con escuchar estas palabras; hay que ponerlas en práctica. Alcanzar el Reino de los Cielos exige un esfuerzo, no una actitud pasiva.

El discurso en imágenes

El impacto del Sermón de la montaña en el arte es muy notable. Es verdad que no forma parte de las imágenes preferidas por el cristianismo, que hace especial hincapié en cuatro pasajes relacionados con dogmas: Los episodios de la infancia de Jesús por

su relación con su filiación divina y la virginidad de María; la Última Cena como institución de la eucaristía; la crucifixión, como muestra del sacrificio vicario de Cristo por la salvación de la humanidad, y la resurrección, dogma fundamental del cristianismo («Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe» (1 Cor 15:13-14).

Aun así, el Sermón ha ocupado su lugar en las representaciones artísticas, en las que suelen destacarse los siguientes aspectos.

En pintura, dibujos y grabados, sobre todo a partir del Renacimiento, se repite una y otra vez la imagen de Jesús en lo alto de una montaña, colina o roca, rodeado de gente. Se reproduce la idea de «nuevo Moisés dictando la nueva Ley», pero además presenta una cara más amable de Jesús, que, como se ha dicho, suele aparecer en el arte cristiano en momentos mucho más trágicos de su existencia. El Sermón de la montaña transmite una paz que no irradian otros pasajes. Por otro lado, se favorece la imagen de Jesús como maestro, frente al Jesús hijo de Dios o al cordero del sacrificio de otros episodios.

En Tierra Santa, tanto el Sermón de la montaña con sus Bienaventuranzas, como la enseñanza del padrenuestro están representadas en los recorridos de los peregrinos por diversas iglesias y emplazamientos, tanto en Galilea como en Jerusalén. Ambos episodios, reunidos en Mateo (pero no así en Lucas, que sitúa el padrenuestro en un lugar indeterminado), forman parte del imaginario arquitectónico y geográfico de las peregrinaciones. Son parte del recorrido por la vida de Jesús.

El Sermón de la montaña es una pieza literaria fundamental para la correcta comprensión del cristianismo primitivo, y contiene en sus líneas prácticamente todo el pensamiento básico de Jesús en sus primeros momentos de vida pública, cuando su predicación giró en torno a la venida del Reino de Dios.

Pero, como se ha visto en las páginas anteriores, su influencia va más allá del propio cristianismo, en especial su propuesta de rechazar la ley del talión y optar por la no violencia. La inspiración que el Sermón de la montaña supuso para Gandhi y Martin Luther

King no puede ser fácilmente minimizada.

Al final, todo el mundo occidental ha quedado impregnado en mayor o menor medida por los valores expuestos en este discurso. Mientras esperamos a que llegue el Reino de Dios, al menos conoceremos mejor el mundo en el que vivimos.

———————

9Los encabezamientos entre corchetes no pertenecen al texto original. Han sido añadidos para estructurar más claramente los diversos temas que trata el discurso.

10 Por justicia, Jesús entiende observar la Ley de Moisés, es decir, los seiscientos trece mandamientos contenidos en la Torá que todo judío debe cumplir. No se trata de nuestro concepto moderno de justicia universal.

11 Un modio es un cajón utilizado como medida de capacidad de grano. Equivale a 8,75 litros.

12 La yod es la letra más pequeña del alfabeto hebreo (su equivalente en el alfabeto griego es la iota) y un ápice es un simple signo ortográfico.

13 Los fariseos constituían una facción religiosa judía en el siglo primero. Eran los líderes espirituales del pueblo, defendían el cumplimiento íntegro de la Ley de Moisés, creían en la venida del mesías, en la resurrección de los muertos y sentían cierto desapego por la élite sacerdotal del templo de Jerusalén, mientras que ellos dominaban y predicaban en las sinagogas. Por extraño que parezca por la mala fama del nombre en la tradición cristiana, toda la predicación de Jesús es de un aroma inconfundiblemente fariseo. Los escribas eran doctores expertos en la Ley de Moisés, capaces de emitir nuevas interpretaciones de la misma. Los había fariseos, pero también pertenecientes a otras facciones religiosas, como los saduceos, la nobleza sacerdotal del templo de Jerusalén.

14 Éxodo 20:13 y Deuteronomio 5:17. Dos de los seiscientos trece mandamientos de la Torá.

15 La idea judía de hermano e hijo de Dios es más restrictiva que la cristiana. Se refiere al judío que cumple la Ley de Moisés. Por ejemplo: «Al extranjero prestarás con interés, pero a tu hermano no prestarás así» (Deuteronomio 23:21).

16 En hebreo en el original. Significa ‘estúpido’.

17 En hebreo en el original siempre que aparece. Significa ‘infierno’.

18 Moneda romana, la cuarta parte de un as.

19 Éxodo 20:14; Deuteronomio 5:18.

20 Deuteronomio 24:1.

21 Levítico 19:12 y Números 30:3.

22 Éxodo 21:24 y ss.; Levítico 24:20; Deuteronomio 19:21.

23 Levítico 19:18.

24 Recaudadores de impuestos al servicio de Roma considerados pecadores.

25 Es decir, los no judíos.

26 El codo era medida de longitud.

FE

-

«¡Dios lo quiere!»

Papa Urbano II

Concilio de Clermont,

27 de noviembre de 1095

Contexto histórico

La segunda mitad del siglo XI fue un período de grandes cambios en el Mediterráneo occidental. Después de dos siglos de expansión musulmana, que habían llevado a los seguidores del Profeta hasta los Pirineos y a instalarse de manera permanente en Sicilia y Malta, desde hacía unos decenios habían comenzado a dar señales de debilidad.

En la península ibérica, el Califato de Córdoba había llegado a su fin en 1031, provocando una fragmentación de los territorios musulmanes en una treintena de reinos locales llamados taifas. Si la unión hace la fuerza, la desunión hace la debilidad, y los reinos cristianos del norte peninsular olieron rápidamente la sangre. Era una oportunidad para empujar las fronteras cristianas desde el Duero y el Ebro hasta el Tajo.

En realidad, la historia de la Reconquista no siguió un guion tan marcado como se nos suele mostrar en los libros de historia. No siempre se trató de una lucha entre cristianos y musulmanes. Hubo períodos de paz, incluso de convivencia, pero, sobre todo, hubo numerosas ocasiones en las que algunos gobernantes cristianos se aliaron con otros musulmanes para combatir a un tercero, que sería cristiano o musulmán según los casos. La religión no fue siempre el factor determinante. La política y los intereses económicos actuaron, en muchas ocasiones, como dioses más poderosos.

Sin embargo, en este momento se incorporó al tablero de juego un nuevo participante. El papa de Roma no era un recién llegado, pero sus intereses terrenales durante los decenios anteriores se habían centrado en combatir la simonía, evitar la pérdida de bienes

y territorios de la Iglesia, luchar contra los señores normandos que ocupaban territorios en Italia y, sobre todo, en su enfrentamiento con el Sacro Imperio por la primacía dentro del mundo cristiano. Por extraño que pueda parecer, la amenaza musulmana no era algo que quitase el sueño al pontífice de turno más de lo estrictamente necesario. De hecho, los únicos enfrentamientos entre islam y papado en el siglo XI se habían producido en tiempos de Benedicto VIII (1012-1024), cuando los sarracenos amenazaron brevemente el centro de Italia. Después, nada.

Sin embargo, el papa Alejandro II dio un giro a la situación global cuando, en 1063, predicó por primera vez la (re)conquista de territorios musulmanes como una «emergencia cristiana», y señaló hacia la península ibérica como el escenario donde debía tener lugar esa lucha. El premio por participar en la empresa sería la indulgencia plenaria. Detengámonos brevemente en este concepto, porque se trataba de un arma de persuasión masiva.

Desde el punto de vista cristiano, cuando un creyente comete un pecado, debe pedir perdón a Dios y mostrar arrepentimiento. Dios perdona, porque esa es su naturaleza, pero no olvida, porque esa es también su naturaleza. A pesar del arrepentimiento y el perdón, el pecado deja una huella que tiene que ser borrada mediante un período de purificación, que es el tiempo que un difunto habrá de pasar en el Purgatorio antes de que le sea permitido entrar en el Cielo. La indulgencia plenaria es un atajo que la Iglesia concibió para reducir o eliminar esa estancia del alma en el Purgatorio, y se podía obtener para uno mismo o en beneficio de alguien ya fallecido. En un mundo cristiano poblado por personas profundamente creyentes, la posibilidad de acelerar el acceso al Paraíso constituía una oferta que no se podía rechazar.

A la llamada del pontífice Alejandro acudieron, junto con el contingente papal, caballeros francos, borgoñones, aquitanos, normandos e italianos que se unieron a un ejército local comandado por Sancho Ramírez, rey de Aragón. El objetivo era el castillo de Barbastro, en la actual provincia de Huesca, que pertenecía a la taifa de Lérida, gobernada por Yusuf ben Sulaymán al-Muzaffar. Tras un breve asedio, la fortaleza cayó en manos cristianas, y los soldados se bañaron en la sangre de los derrotados hasta que no

quedó nada que profanar. La orgía de saqueos, violaciones, torturas y asesinatos dejó un rastro de miles de muertos, cincuenta mil según algunas fuentes, aunque probablemente la cifra estuviese más cercana a las seis mil almas de las que hablan otras. En cualquier caso, Barbastro fue una especie de ensayo general para lo que ocurriría unos años más tarde en Jerusalén. La semilla de la cruzada ya estaba sembrada, y había dado su primer fruto.

Más al oeste, en la misma península ibérica, el rey Alfonso VI de Castilla y León también emprendió su propia cruzada contra el infiel, cuyo triunfo más sonado fue la conquista de Toledo en 1085. Sometió a tributo a algunas taifas andaluzas y extendió las fronteras hasta el Tajo, aunque finalmente se vio frenado con la llegada de los almorávides a territorio peninsular en 1086. Los métodos de Alfonso no fueron tan brutales como los que se vieron en Barbastro, aunque también él utilizó la religión como arma propagandística cuando afirmó que la conquista de Toledo había significado recuperar «la ciudad que gente malvada, bajo la infame guía de su líder Muhamad, había tomado a los cristianos».

El empuje cristiano también dejó sentir su fuerza en Sicilia, donde el normando Roger I, nominalmente un vasallo de su hermano Roberto Guiscardo, empleó dieciocho años de su vida en arrebatar la isla a los musulmanes. Para 1090, con todo el territorio en sus manos, practicó una política bastante tolerante para evitar que se congelara la actividad comercial.

Pero tanto en la península ibérica como en Italia, la tendencia era común. Los musulmanes retrocedían ante el empuje de los reinos cristianos, y la religión se había convertido en un arma más de esa lucha gracias, sobre todo, al papado.

¿Y qué ocurría mientras tanto al otro extremo del Mediterráneo?

A mediados de este mismo siglo XI, el Imperio bizantino ya no disfrutaba de los días dorados de Justiniano, pero aún dominaba una extensión de territorio considerable, aunque vivía rodeado por enemigos realmente peligrosos. Al oeste, conservaba algunas regiones de Italia y casi toda la costa este del Adriático, así como los Balcanes, toda la Grecia actual y las importantes islas de Creta,

Chipre, el Dodecaneso y Rodas. En este flanco, los bizantinos se enfrentaban a varios desafíos: en Italia, a las ambiciones de los dos hermanos normandos Roberto Guiscardo y Roger de Sicilia, que aspiraban a extender su poder en toda la península y, quizás, en el Adriático. Por otro lado, desde el norte de Europa sufrían las embestidas de los pechenegos, un pueblo seminómada que de vez en cuando asaltaba las fronteras bizantinas allá donde las encontrara más débiles, desde el mar Negro a Tracia y el norte de Grecia.

Por el este, Bizancio dominaba toda la costa de Anatolia tanto en el Mediterráneo como en el mar Negro, pero el interior de la península de Anatolia había ido cayendo poco a poco en manos de una federación de tribus turcas conocidas como selyúcidas. Eran, con diferencia, la amenaza más inquietante, porque presionaban con insistencia en dirección a la propia capital del imperio, Constantinopla, y porque los bizantinos sufrieron una devastadora derrota en 1071 que provocó la pérdida de numerosos territorios y extendió la sensación de que, a partir de entonces, aquello solo podía ir a peor. En Manzikert, el comandante de los selyúcidas, un tal Alp Arslan, tomó prisionero al emperador bizantino Romano IV y lo devolvió a Constantinopla a cambio de un gigantesco rescate. Fue un gesto humillante, porque demostraba que no le consideraba tan peligroso como para tener que acabar con su vida.

Después de Manzikert, la situación fue degradándose poco a poco. Romano IV perdió el trono, que fue a parar a manos de Miguel VII Ducas y más tarde a Nicéforo III. Ninguno de los dos consiguió revertir las situaciones de amenaza, y en 1081 un golpe de Estado llevó al trono de Constantinopla a un brillante general, Alejo Comneno, que logró varios éxitos. La expansión normanda en Italia, que había puesto sus ojos en los territorios bizantinos en la península y en el Adriático, quedó conjurada por la muerte de Roberto Guiscardo en 1085. Se llegó a una situación de alto el fuego, y cada uno regresó a sus fronteras, dando por terminado el conflicto sin pérdidas ni ganancias. Sin embargo, pocos años después, tribus serbias se apoderaron de todas las posesiones bizantinas en el Adriático, empujando las fronteras imperiales hasta la actual Grecia. En el norte, a Alejo le fue algo mejor. En 1091 derrotó a los pechenegos en la batalla de Levounion y conjuró

definitivamente aquel peligro que se cernía sobre la frontera septentrional del imperio.

Sin embargo, con los selyúcidas no le fue tan bien. Consiguió mantener unas relaciones casi amistosas durante unos años en los que se llegó a hablar incluso de matrimonio de Estado entre un hijo del sultán y Ana Comnena, hija del emperador. Aquel tiempo de relativa tranquilidad llegó a su fin cuando en 1091 ascendió al trono del sultanato un nuevo monarca con ganas de pelea. Los gobernadores selyúcidas de las guarniciones, bastante acomodaticios con los bizantinos, fueron reemplazados por otros más agresivos, y poco a poco los turcos ampliaron su área de dominio hasta apoderarse de prácticamente todo el territorio de la península de Anatolia. Con los selyúcidas en Nicea o Esmirna, la capital Constantinopla se encontraba a pocos kilómetros de la frontera con el enemigo. Pero no se trataba únicamente de la mera pérdida territorial. Aquellas regiones que acababan de caer en manos selyúcidas habían sido la fuente de cereales, caballos y jinetes del Imperio bizantino. Sin ellos, ni habría comida ni un ejército capaz de defenderse.

En la costa africana oriental y Siria-Palestina, más allá de los dominios islámicos, se encontraba otro poder de la misma confesión, el califato fatimí de El Cairo. El pulso entre fatimíes y selyúcidas había hecho que algunos territorios cambiasen de dueño en varias ocasiones. Una de las plazas afectadas por estas luchas fue Jerusalén, que sufrió varios asedios y donde se cometieron numerosas atrocidades contra los cristianos durante la centuria que nos ocupa, como la destrucción del Santo Sepulcro en 1009. Había una gran sensación de inseguridad para los peregrinos cristianos que intentaban llegar a la ciudad santa dominada por los musulmanes.

Rodeado de enemigos por todos lados, y sin recursos propios suficientes para defenderse, Alejo hizo entonces lo que tantas veces se ha hecho en la Historia y en tan pocas ocasiones ha tenido éxito: pidió ayuda a un poder extranjero con la esperanza de que, tras liberarle, volviera a su casa por donde había venido. Una ilusión.

Ese mismo año de 1091, embajadores bizantinos marcharon a Europa occidental con una carta del emperador en la que exponía la

angustiosa situación que atravesaba el Imperio bizantino y describía con todo lujo de detalles las atrocidades cometidas por los turcos en las regiones que conquistaban. Y, más allá de los territorios bizantinos, se exageraban enormemente los sufrimientos de los cristianos en tierras de infieles, especialmente en Jerusalén, la ciudad donde había tenido lugar la muerte y resurrección de Jesucristo, que se veía sometida a todo tipo de atropellos y crímenes. Como conclusión, el emperador Alejo solicitaba el envío de guerreros cristianos que salvaran a los «fieles cristianos griegos».

Casi todos los soberanos de Italia, Francia y Alemania recibieron su carta. A veces se apelaba al valor e invencibilidad de sus guerreros, otras se adulaba su piedad con el envío de alguna reliquia de regalo. En el caso de los venecianos, siempre dispuestos a vender a su madre aún convaleciente del parto por una moneda de oro, la petición de auxilio vino acompañada de la oferta de suculentos beneficios comerciales para los barcos y mercaderes de la Serenísima República en los puertos del Mediterráneo oriental. Pero todas las cartas tenían el denominador común de la advertencia básica: si no ayudaban, la cristiandad corría el peligro de desaparecer para siempre de aquel extremo del Mediterráneo. Un chantaje emocional evidente. ¿Deseaba alguien cargar con esa responsabilidad?

El más dispuesto a prestar ayuda resultó ser el papa Urbano II. Había sido nombrado pontífice pocos años antes y había heredado una situación de conflicto entre Monarquía e Iglesia por establecer quién debía nombrar a los cargos eclesiásticos. El fondo del problema era que, si los cargos religiosos eran designados por los gobernantes terrenales, estarían sometidos también a estos respecto a su lealtad y, sobre todo, sus obligaciones de pagar impuestos. El dinero, siempre el dinero. Este conflicto es conocido como Querella de las Investiduras, y había comenzado unos años antes del nombramiento de Urbano II como papa.

Urbano procedía de la orden benedictina y, más concretamente, de la casa matriz de Cluny, que defendía la independencia de la orden frente a cualquier poder terrenal y su única sumisión al papa. Pero, a pesar de su clara posición al respecto, el pontífice tenía la intención de rebajar la tensión y

establecer puentes de concordia con las cabezas coronadas europeas. Necesitaba una causa común que uniera a todos los fieles de la cristiandad, ricos y pobres, reyes, señores y eclesiásticos.

Y entonces, en 1091, llegó la carta de Alejo I Comneno.

Quién es quién

Urbano II, nacido con el nombre de Odón de Lagery, en la Champaña francesa, en 1042 (quizás unos años antes), ingresó de joven en la orden benedictina y se incorporó a la abadía de Cluny, cuya identidad subrayaba la unidad general e internacional de la Iglesia, su independencia respecto a cualquier gobierno terrenal, excepto el papado, y la promoción de las peregrinaciones. De hecho, la Orden de Cluny representó un papel fundamental en la creación del Camino de Santiago.

Desde 1078, Odón ejerció en territorio italiano, cerca de la autoridad papal. Ese mismo año fue nombrado cardenal y se convirtió en embajador pontificio en Alemania y más tarde en consejero del papa Gregorio VII. Fue designado pontífice por unanimidad en el cónclave de 1088 y ascendió a la Cátedra de Pedro con el nombre de Urbano II.

Tras recibir la visita de los embajadores bizantinos, convocó para noviembre de 1095 el Concilio de Clermont, donde pronunció un famoso discurso que supuso el punto de inicio de la Primera Cruzada. En 1096, partieron desde Europa varias expediciones en dirección a Oriente cuyo objetivo final era la recuperación de Jerusalén para la cristiandad. Tras años de penalidades, asedios, muertes y traiciones, las tropas cristianas llegaron contra todo pronóstico hasta las murallas de la ciudad santa y entraron en ella el 15 de julio de 1099 en medio de un baño de sangre. Urbano II murió en Roma apenas dos semanas más tarde, el 29 de julio de 1099, sin saber que la cruzada había logrado su objetivo.

Urbano recibió pronto culto dentro de la Iglesia católica, aunque no fue hasta 1881 cuando, durante el pontificado de León XIII, fue oficialmente beatificado, si bien no canonizado.

■

Dónde y cuándo

El papa Urbano supo ver en la petición de ayuda de Alejo la oportunidad de unir a toda la cristiandad bajo su liderazgo. Convocó un concilio que se celebraría en la ciudad de Clermont (actual Clermont-Ferrand, en pleno corazón de Francia) entre los días 18 y 27 de noviembre de 1095. A la llamada acudieron unos trescientos clérigos de toda Francia, entre ellos doce arzobispos, ochenta obispos y noventa abades. Se les había pedido a los religiosos que fueran acompañados por los principales señores y caballeros de sus jurisdicciones religiosas, de manera que aquello no fue únicamente una reunión de cargos eclesiásticos.

En realidad, todos sabían a qué iban a Clermont, porque el concilio no era más que la culminación de una gira por toda Francia que el propio papa había llevado a cabo durante el verano para predicar la guerra en ayuda de los hermanos cristianos del Imperio bizantino y la recuperación de los Santos Lugares.

En el concilio se abordaron otros temas importantes para la Iglesia de la época, como las reformas de la Orden de Cluny, la excomunión de Felipe I, rey de Francia, por haberse casado por segunda vez; o la cuestión pendiente de la simonía y el escaso respeto que algunos tenían por la llamada Paz y Tregua de Dios, un intento de limitar el daño a los más desfavorecidos por las guerras entre caballeros cristianos.

Y llegó así el último día del concilio, cuando Urbano II tomó la palabra y se dirigió a todos los presentes. El discurso fue pronunciado extramuros de la ciudad, en la explanada que se encontraba fuera de la puerta oeste de Clermont, pues la gran

afluencia de gente hacía imposible que un templo pudiera albergarlos a todos. Allí se instaló un trono para el papa, que llegó en procesión acompañado por los cardenales.

Contamos con seis fuentes de información que relatan lo ocurrido el último día del Concilio de Clermont y mencionan o reproducen el discurso, con notables diferencias entre sí.

Existe una carta del propio Urbano II, escrita en diciembre de ese mismo año. Urbano no reproduce el contenido exacto de su sermón, pero se lamenta de la furia que ha postrado a las Iglesias de Oriente, se refiere explícitamente a Jerusalén, recordando su significación para la acción de Jesucristo en la tierra y hace un llamamiento a los príncipes para liberarlas, misión para la que nombra al obispo Ademar de Le Puy como líder de la expedición que debería partir el 15 de agosto de 1096.

La Gesta Francorum, por su parte, es una obra anónima escrita aproximadamente en 1100 o 1101. No ofrece el texto del sermón de Urbano, aunque se hace eco de él y proporciona algún fragmento.

Fulquerio de Chartres, escritor que participaría en la Primera Cruzada y que acabaría siendo canónigo del Santo Sepulcro, estuvo presente en Clermont y narra lo sucedido en su Historia Hierosolymitana. Incluye una versión completa del discurso.

Roberto el Monje, también presente en Clermont, es autor de la homónima Historia Iherosolymitana (1122), la otra versión completa del discurso más utilizada por los historiadores. Difiere notablemente de la de Fulquerio, aunque no hay acuerdo sobre cuál de las dos es más fiable y se ajustaría más a las palabras originales de Urbano.

Guiberto de Nogent, monje benedictino, escribió Dei gesta per Francos (1107-1108). Según su versión de los hechos, Urbano hizo más hincapié en la recuperación de los Santos Lugares que en la cuestión de ayudar a la cristiandad griega. Su texto contiene además una serie de profecías sobre el fin del mundo relacionadas con la expedición que se iba a emprender.

Finalmente, Baudri de Bourgueil (o de Dol), abad benedictino

de Bourgueil y posteriormente de Dol, asistió también a las sesiones conciliares y compuso otra Historia Hierosolymitana (anterior a 1130, año de su muerte). Su versión del sermón de Urbano, que subrayaría los mismos puntos que la de Guiberto de Nogent, también difiere de las demás y, por lo general, es considerada menos fiable.

En este libro optaremos por una de los dos versiones principales, en este caso la de Roberto el Monje, que interrumpe el discurso con un breve comentario sobre la reacción de los presentes al escuchar las palabras del papa Urbano.

El discurso

Idioma original: latín

¡Pueblo de los francos, pueblo del otro lado de las montañas, pueblo, tal como resulta evidente en vuestras obras, elegido y amado por Dios, separados de otros pueblos del universo, tanto por la situación de vuestro territorio como por la fe católica y el honor que profesáis por la santa Iglesia! Es a vosotros a quienes se dirigen nuestras palabras, y hacia vosotros se dirigen nuestras exhortaciones. Queremos que sepáis cuál es la dolorosa causa que nos ha traído hasta vuestras fronteras, y qué peligro os amenaza a vosotros y a todos los fieles.

Desde los confines de Jerusalén y desde la ciudad de Constantinopla nos han llegado tristes noticias que ya habían golpeado frecuentemente nuestros oídos: que el pueblo del reino de los persas27, pueblo extranjero, pueblo completamente extraño a Dios, pueblo rebelde y obstinado, pueblo de corazón no firme y cuyo espíritu no fue fiel a Dios28, ha invadido las tierras de aquellos cristianos, devastándolas con la espada, el pillaje, el fuego, y se ha llevado a una parte de estos a su país como cautivos, mientras que a otros les ha dado una muerte miserable; además, ha derribado hasta los cimientos las iglesias de Dios, o las utiliza para el servicio de su culto. Destruyen los altares, después de haberlos

contaminado con su inmundicia, circuncidan a los cristianos y rocían la sangre de la circuncisión sobre el altar o las pilas bautismales. Y a los que desean castigar con una muerte atroz, les abren el abdomen, les sacan un extremo del intestino, lo atan a un poste, y así, dándoles latigazos, les obligan a dar vueltas alrededor del poste hasta que se les salen las tripas y caen muertos en el suelo. A otros, amarrados a una viga, les arrojan flechas; a algunos otros, tras estirarles el cuello, desenvainando la espada, intentan cortárselo de un solo golpe. ¿Qué podría decir sobre la abominable violación de las mujeres? Me resulta más penoso contarlo que callarlo. Ya han desmembrado el reino de los griegos29, y han sometido a su dominio un espacio que no puede atravesarse en dos meses de viaje. Así pues, ¿a quién corresponde la tarea de castigarlos y erradicarlos de las tierras invadidas, sino a vosotros, a quienes el Señor ha concedido por encima de todas las otras naciones la gloria de las armas, la grandeza del alma, la agilidad del cuerpo y la fuerza de abatir la testa cabelluda30 de quienes os resisten?

Que se conmuevan vuestros corazones y os estimulen con valentía las hazañas de vuestros antepasados, la virtud y la grandeza del rey Carlomagno y de su hijo Luis, y de vuestros otros reyes, que destruyeron los reinos de los paganos y ampliaron en ellos las fronteras de la santa Iglesia. Que se conmuevan, sobre todo, por el Santo Sepulcro de nuestro Señor y Salvador, del que se han apoderado pueblos inmundos; y por los Santos Lugares que en este momento profanan y mancillan con la irreverencia de sus inmundicias. ¡Oh, valientes soldados, estirpe surgida de padres invictos, no desmerezcáis nunca, sino, más bien, recordad la virtud de vuestros antepasados!

Pero si os retiene el amor por vuestros hijos, padres y esposas, recordad lo que dice el Señor en el Evangelio: «Quien ama a su padre y a su madre por encima de mí, no es digno de mí»31. «Todo aquel que por causa de mi nombre abandone su casa, o sus hermanos o hermanas, o su padre o su madre, o su esposa o sus hijos, o sus tierras, recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna»32.

Que no os retenga ninguna de vuestras propiedades o algún

apremio por asuntos de vuestra familia, pues esta tierra que habitáis, encerrada entre las aguas del mar y las alturas de las montañas, se vuelve estrecha a causa de vuestra numerosa población; no es abundante en riquezas, y apenas proporciona alimentos a quienes la cultivan. De allí procede que os mordáis y os devoréis mutuamente33, que os levantéis en guerras, y que muchos muráis por las mutuas heridas. Así pues, que se acaben los odios entre vosotros, que cesen todas las guerras y se calmen todas las asperezas de vuestras disputas. Iniciad el camino del Santo Sepulcro, arrebatad esa tierra de las manos de pueblos abominables, y sometedla a vuestro poder. Esa tierra fue entregada en propiedad por Dios a los hijos de Israel, tierra sobre la que la Escritura dice que mana leche y miel34; Jerusalén es el centro de la tierra; un territorio fértil por encima de todos los demás, como si fuera otro paraíso de las delicias. A esta ciudad, el Redentor del género humano la iluminó con su venida, la honró viviendo en ella, la hizo sagrada con su pasión, la redimió con su muerte, y la señaló con su sepultura. Por lo tanto, esta ciudad regia, situada en el centro del mundo, permanece ahora cautiva de sus enemigos y es esclavizada por pueblos que no conocen a Dios y por los ritos de los paganos. Por eso busca y ansía ser liberada, y no cesa de pedir vuestra ayuda. En efecto, ella espera precisamente vuestra ayuda, porque, tal como ya hemos dicho, Dios os ha concedido, por encima de todas las naciones, la insigne gloria de las armas. Así pues, emprended ese camino para el perdón de vuestros pecados, y partid, seguros de la gloria imperecedera que os espera en el reino de los cielos.

[Cuando el papa Urbano terminó de decir estas y otras muchas cosas en su sermón, el sentir de todos los presentes se concilió en uno solo para aclamar al unísono: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! Cuando el venerable pontífice romano escuchó aquello, elevó los ojos al cielo, dio gracias a Dios y, pidiendo silencio con la mano, dijo:]

¡Queridísimos hermanos! Hoy se cumple en nosotros lo que el Señor dijo por medio de su Evangelio: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos»35. Si el Señor

Dios no estuviera presente en vuestras mentes, no hubiera sido una sola vuestra voz. Pues aunque vuestra voz ha sido numerosa, su origen ha sido, no obstante, uno solo. Por eso os digo que fue Dios quien la provocó, fue Él quien la sembró en vuestros pechos.

Por lo tanto, tened esta voz como señal militar en las guerras, puesto que esta palabra fue pronunciada por Dios. Cuando se presente la formación para atacar al enemigo, que haya un solo grito procedente del bando de Dios: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!».

No ordenamos ni aconsejamos en absoluto que hagan este viaje los ancianos o los enfermos o quienes no están acostumbrados en lo absoluto a las armas; que de ninguna manera vengan las mujeres sin sus maridos, sus hermanos o sus legítimos garantes. Pues tales personas son más una molestia que una ayuda, más una carga que algo útil. Que lo más ricos financien a los pobres y que, empleando sus propios recursos, lleven consigo a la guerra a los infantes ligeros. Los presbíteros o clérigos, cualquiera que sea su orden, no podrán ir sin el permiso de sus obispos, puesto que este camino se volvería inútil para ellos si marcharan sin el permiso de aquellos. Tampoco les estará permitido peregrinar a los laicos si no fuera con la bendición de sus sacerdotes. Así pues, aquel que tuviera en mente realizar esta santa peregrinación, y para ello hiciera la promesa a Dios, y se ofreciera para sacrificarse como una hostia viva, santa y muy grata36, llevará delante de sí, ya sea en su frente o en su pecho, el signo de la cruz del Señor. Y aquel que, tras cumplir su voto, quisiera regresar desde allí, se lo pondrá detrás en medio de sus hombros. Sin duda, mediante estas dos acciones, estos hombres cumplirán aquel precepto del Señor que Él mismo ordena mediante el Evangelio: «El que no coge su cruz y sigue detrás de mí, no es digno de mí»37.

TRADUCCIÓN DEL AUTOR

Contenido del discurso

El discurso de Urbano se inicia con el recurso literario conocido como captatio benevolentiae, mediante el cual el orador intenta predisponer a la audiencia en su favor. Para Cicerón, era uno de los pilares básicos de la oratoria romana, y su uso se extendió en la Edad Media a través de los prólogos de romances y novelas o, como es el caso aquí, en composiciones eclesiásticas. Las dos caras de la captatio benevolentiae son, o bien una expresión de falsa modestia por parte del orador para hacerse perdonar sus errores, o bien una alabanza de las virtudes de sus interlocutores para ganarse su favor. En este caso, Urbano opta por la segunda.

El empleo de la palabra francos para dirigirse a los asistentes tiene un sentido muy amplio. No se trata simplemente de los habitantes de un territorio, sino de toda su audiencia, a la que define como pueblo elegido y amado por Dios y (más adelante) «a quien el Señor ha concedido por encima de todas las otras naciones la gloria de las armas, la grandeza del alma, la agilidad del cuerpo y la fuerza de abatir la testa cabelluda de quienes os resisten». Primer objetivo cumplido. Urbano identifica a su audiencia como a seres únicos, superiores, destinados a las más altas misiones.

Una vez lograda la captatio benevolentiae, Urbano presenta la noticia que ha provocado la convocatoria del concilio, y para ello establece un vínculo entre el emisor de esa información (Jerusalén y Constantinopla) y el receptor. ¿Cómo lo hace? Expresando empatía: las noticias no se limitan a llegar, nos llegan a nosotros; además, son tristes, lo que implica que afectan al oyente y, por último, golpean nuestros oídos. ¿Por qué transmitir estas nuevas precisamente a estas personas? Porque se trata del pueblo elegido y, como tal, no solo tiene una situación de privilegio, sino también una responsabilidad.

Presentación del enemigo

La exposición de las «tristes noticias» comienza por el quién,

por la presentación del que será el antagonista de los francos. Este hecho viene reforzado por una estructura de correspondencia basada en tres puntos: nombre, geografía y relación con Dios.

La intención de este esquema es dejar claro que hay un ellos y un nosotros, y que, teniendo en cuenta la relación de crímenes que va a describir a continuación, ni son iguales ni lo serán nunca.

	Elegidos	Enemigos
Denominación	Pueblo de los francos (pueblo del reino).	Pueblo del reino de los persas
Límites geográficos	Pueblo del otro lado de las montañas (gente extra	Pueblo extranjero (gente extra
Relación con Dios	Pueblo elegido y amado por Dios (gente muy extra	Pueblo completamente extra

Pero en este esquema de ellos y nosotros, hay unos terceros: los cristianos de Jerusalén y Constantinopla. No solo ocupan una posición geográfica intermedia entre francos y «persas», sino que se sitúan también en un punto medio, de manera muy sutil, por lo que se refiere a su valoración. Lo que se dice es que estas gentes son cristianos y, por lo tanto, son nosotros; lo que no se dice, pero se interpreta, es que son orientales, con los defectos que el estereotipo del oriental presenta para las mentes occidentales. En cierto modo, son también un poco ellos. Y por eso necesitan ayuda. La superioridad de los francos frente a estos cristianos orientales, que no son en sentido estricto el pueblo elegido y amado por Dios. La distinción sigue vigente en nuestra visión del mundo cuando, mil años después de Clermont, un occidental piensa en los cristianos de las confesiones orientales ortodoxas, armenias o etíopes, por mencionar solo algunas.

Son nosotros, pero con rasgos propios de ellos.

Las tristes noticias

Después de exponer el quién, llega el momento de contar qué ha ocurrido. Qué han hecho estos hombres —enemigos— completamente ajenos a Dios.

El catálogo de atrocidades tiene una gradación evidente. Urbano comienza por la descripción del hecho territorial, una guerra como cualquier otra: han invadido unas tierras, «devastándolas con la espada, el pillaje, el fuego, y se ha llevado a una parte de estos a su país como cautivos, mientras que a otros les ha dado una muerte miserable». Nada que no haya ocurrido en cualquier guerra en cualquier momento de la Historia. La diferencia entre ese momento y otro era la identidad de la víctima y del agresor, un pueblo infiel agrediendo a los cristianos por el hecho de ser cristianos.

Eso explica que, tras la mención inicial, el papa Urbano se recree sin rubor en la descripción de los crímenes. Todo lo que describe puede interpretarse como ataques, no a la dignidad humana, sino a la religión que profesan las víctimas.

En primer lugar, los edificios. Las iglesias son destruidas o utilizadas para otros cultos, lo que implica su profanación, que se expresa muy gráficamente en la acción de manchar los altares con inmundicias y regar las pilas bautismales y las aras con la sangre de los cristianos circuncidados a la fuerza.

Llegados a este punto, hay que hacer un pequeño excurso para comprender la mentalidad de aquel auditorio que escuchó las palabras de Urbano en 1095. Nos encontramos en el siglo XI en Europa occidental, un mundo en el que la fe cristiana impregna todos los ámbitos de la vida. Pero, en el caso de los asistentes a Clermont, con un rasgo añadido. La mayoría de los presentes son eclesiásticos y de cierta categoría, o bien señores feudales que, si bien podrían ser analfabetos, tendrían sin duda un mínimo rudimento de conocimientos de historia sagrada.

La pregunta que podríamos hacernos es la siguiente:

¿Qué vendría a la cabeza de aquella gente mientras escuchaba estas palabras de Urbano sobre horribles profanaciones de lugares sagrados? ¿Remitiría su arenga a algún otro hecho histórico conocido? ¿Quizás a algún episodio bíblico?

La respuesta es, evidentemente, sí.

En el Antiguo Testamento, los dos libros de los Macabeos narran las terribles humillaciones que los judíos del siglo II a. C. tuvieron que soportar bajo el reinado del monarca seléucida Antíoco IV Epífanes (rey entre el 175 y el 164 a. C.). El conflicto tiene su origen en el hecho de que un pueblo como el judío se vea sometido al poder terrenal de un imperio helenístico, con una cultura y una religión muy alejadas de la ley de Moisés. Cuando el rey Antíoco pretende imponer a todos los súbditos de su imperio (incluidos los judíos) un modo de vida a la griega, una familia judía, la Macabea, se rebela contra el monarca, dirige el levantamiento y la guerra contra el dominio seléucida, y acaba

logrando la independencia de los judíos. La forma que tienen estos libros de presentar el sufrimiento de los judíos se parece mucho a la que emplea Urbano. En primer lugar, porque el enemigo es un pueblo que ignora al Dios verdadero; en segundo lugar, porque las profanaciones se centran sobre todo en los recintos de culto; y finalmente, porque la forma de diferenciar a unos (los buenos) de los otros (los malos) es la circuncisión. Curiosamente, los relatos de los Macabeos y el de Urbano invierten el valor de la circuncisión. En el conflicto entre judíos y seléucidas es signo de fidelidad a Dios, y los seléucidas la prohíben; en el de Urbano, los cristianos son circuncidados por la fuerza por los musulmanes, que practican esa costumbre.

Las similitudes resultarían evidentes para una audiencia acostumbrada a leer los textos sagrados. Y las equivalencias serían obvias: los persas eran los nuevos seléucidas; los judíos, como antiguo pueblo elegido, se identificarían con los cristianos, el nuevo pueblo elegido, y las profanaciones serían causa justa para emprender una guerra.

A continuación, Urbano dio un paso más en su descripción de los horrores, y aquí también pudo hacer rememorar a su audiencia la terrible historia de los siete hermanos torturados hasta la muerte en presencia de su madre, a pesar de lo cual se negaron a renegar de su verdadera fe (2 Macabeos, capítulo 7), un episodio que se convirtió en paradigma del buen mártir.

En la descripción de las atrocidades, es posible que Urbano se valiera de la carta que Alejo Comneno había enviado a los reyes de Occidente. Fueran ciertas o no, lo más probable es que haya que atribuir este catálogo de los horrores a la mente del emperador y no a la del papa. El texto del discurso no lo menciona, pero otras fuentes de la época que comentan las palabras de Urbano añaden que el tormento de dar vueltas alrededor de un poste perseguía que el mártir acabara blasfemando y renegando de Dios. De este modo, tanto la circuncisión forzosa como las torturas no se producen por mera diversión o crueldad de unos seres humanos contra otros, sino que constituyen ataques contra la fe cristiana. El clímax de la maldad llega al final con la mención de la violación de las mujeres. «¿Qué podría decir sobre la abominable violación de las mujeres?

Me resulta más penoso contarlo que callarlo».

Después de narrar las atrocidades de la tortura en torno a la estaca, ¿qué podría decir el papa Urbano que conmoviera a la audiencia?

Nada.

Su público ya estaba conmovido por el horror, y si ahora quería describir el mal supremo, el perpetrado contra las mujeres mediante la violación, ya no tenía palabras. Así que, hábilmente, se vale de la llamada retórica del silencio. No decir nada y dejar que la audiencia imagine. Por lo general, la mente humana siempre es capaz de pensar cosas más terribles que la realidad más horrenda. Así que Urbano se limitó a permitir que los que le escuchaban se dejasen llevar por la inercia y se pusieran en lo peor.

Para este momento, los asistentes al Concilio de Clermont que, recordemos, ya sabían de antemano lo que allí se iba a tratar, estarían debatiéndose entre dos sentimientos: el horror y el deseo de castigar esas afrentas.

Instrumento de la venganza

¿Quién debe asumir la responsabilidad de castigar a los malvados, a los enemigos de Dios? Si alguien entre los presentes tuvo la tentación de pensar «que lo hagan los bizantinos», rápidamente debió quitarse esa idea de la cabeza. Porque los enemigos de Dios «ya han desmembrado el reino de los griegos». Y su dominio es abrumador, pues abarca dos meses de viaje. No. Los bizantinos están indefensos, postrados ante un oponente formidable. Y entonces Urbano señala a los presentes: ¿A quién sino a vosotros corresponde la tarea de castigarlos? ¿Por qué vosotros? Porque Dios os ha elegido al concederos fuerza de cuerpo, de mente y de espíritu superior a la de los demás pueblos de la cristiandad.

Exhortación

Llegamos así a la intención última del discurso. Hasta este momento, Urbano ha puesto a su audiencia frente a un escenario especular, de extremos. La bondad y virtud extrema de los francos frente a la maldad y perversión máxima de los infieles. Ahora quiere que esa indignación que ha provocado el relato de las atrocidades cometidas no se quede en meras palabras. Urbano quiere acción: Que se conmuevan vuestros corazones. Por lo que habéis escuchado, por las víctimas, por vuestros nobles antepasados, por los Santos Lugares, centrados en el más sagrado de todos: el Santo Sepulcro. Por todo ello, «que se conmuevan». La expresión, traducción del latín moveant, no está elegida de manera descuidada. La palabra tiene su significado primario en la idea de movimiento, lo contrario al estatismo. Está claro que Urbano no quiere sentimientos ni palabras; quiere intervención.

Y la intervención es, aunque sin emplear exactamente esas palabras, una guerra santa. El objetivo es religioso, no político. El centro del mundo se traslada desde Clermont hasta el Santo Sepulcro en Jerusalén. Y los modelos a seguir no son grandes guerreros por haber obtenido victorias resonantes. Los modelos son reyes como Carlomagno y Luis el Piadoso, soberanos francos que «destruyeron los reinos de los paganos y ampliaron en ellos las fronteras de la santa Iglesia». Guerreros de Dios para una peregrinación armada. Así, al menos, los presenta el papa.

Podría parecer que Urbano está rogando a los presentes que acepten su propuesta, pero, en realidad, no les está dando la oportunidad de elegir. La riqueza de formas verbales del latín no deja lugar a dudas. El papa pronuncia órdenes. El tono imperativo del final de la exhortación (no desmerezcáis, en latín nolite degenerari) debería acabar con las dudas. No les pide que vayan. Les ordena que vayan.

Pero los seres humanos se mueven en dos planos paralelos, y Urbano lo sabía. Hasta ese momento, había apelado a la grandeza. La enormidad de la ofensa, la excelencia del carácter de su público, la sacralidad de una misión bendecida por Dios, los numerosos

peligros que entrañaría sin duda la misión. Pero, a la vez, cada uno de los presentes estaría en ese momento pensando en las pequeñas cosas: sus vidas individuales, insignificantes comparadas con el mandato divino que se ponía ante ellos, pero sus vidas al fin y al cabo. Y en esas pequeñas cosas se encontrarían las últimas resistencias que Urbano tendría que vencer.

Los obstáculos son de dos clases. Por una parte, los vínculos afectivos de cada uno: el amor, un valor sentimental; por otra, las posesiones, un valor material, terrenal. Para desactivarlos, el orador emplea una de las herramientas fundamentales de la predicación: la exégesis bíblica. Es decir, la explicación o interpretación de una idea utilizando para ello un pasaje de la Biblia.

Urbano presenta pares de opuestos:

La tierra de los francos es reducida en extensión, tiene una población numerosa, es pobre y apenas da para que todos puedan comer. De hecho, Urbano ve en este defecto el origen de las guerras que desangran a la cristiandad en luchas fratricidas. Por el contrario, la tierra a la que les pide, les ordena que vayan es una tierra rica, fértil, pues es la que Dios prometió a los israelitas, la tierra que mana leche y miel. Y en el centro de esa tierra, en el centro del mundo, Jerusalén, a la que el papa presenta como un paraíso. Hay, por lo tanto, una promesa de mejora material, incluso de enriquecimiento, una abundancia imposible de satisfacer para el que decidiera permanecer en su hogar. El apego a los bienes materiales no debería ser, no sería, un impedimento para cumplir la misión de Dios.

Respecto al segundo obstáculo, la oferta que hace Urbano a los asistentes a Clermont es, en palabras de Michael Corleone, una oferta que no se puede rechazar. Jerusalén no solo es rica desde el punto de vista material, sino que está bendecida por la acción de Jesucristo en la tierra, por su pasión, muerte y resurrección en esa ciudad. Por lo tanto, su liberación proporcionará a los participantes un premio acorde con la hazaña: el perdón de los pecados y «la gloria imperecedera que os espera en el reino de los cielos». Recordemos que el perdón de los pecados fue precisamente el argumento de mayor peso que había utilizado el papa Alejandro II para conseguir adeptos a su «cruzada» de Barbastro. Treinta años

después, Urbano repitió la jugada.

Escasez material en las tierras de los francos frente a riquezas inimaginables en Oriente. Los «asuntos de vuestra familia» frente a la gloria imperecedera. Las posibles objeciones quedan desactivadas de este modo.

¡Dios lo quiere!

Roberto el Monje interrumpe en este punto la reproducción del discurso para introducir un comentario con el que informa al lector sobre la reacción de los presentes. Las palabras de Urbano habían surtido su efecto, y «el sentir de todos los presentes se concilió en uno solo para aclamar al unísono: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!».

¿Ocurrió realmente así? Probablemente no, por varias razones. En primer lugar, se debe dudar de la exactitud del discurso. Todas las versiones que se conservan presentan profundas diferencias, lo que podría hacer pensar que son más fruto de la mente de los cronistas que una reproducción fiel de las palabras del papa. Cabría decir que, basándose en sus propios recuerdos o en las noticias recibidas, cada autor decidió escribir lo que, en su opinión, debió de ser el discurso. Incluso si estuvo presente en Clermont, la narración no sería historia, sino, más bien, mnemohistoria, es decir, el relato de los hechos no tal y como fueron, sino tal y como se recuerdan.

De manera indirecta, Roberto el Monje reconoce la inexactitud de su versión al escribir: «Cuando el papa Urbano terminó de decir estas y otras muchas cosas en su sermón...». ¿Qué otras cosas? No lo sabemos, pero no las consignó en su relato, lo que significa que no reprodujo exactamente las palabras del pontífice.

Otro indicio de que la escena narrada es una ficción lo tenemos en que, cuando Urbano continúa, introduce la frase ¡Dios lo quiere! ¿Improvisó el papa sobre la marcha tras la expresión espontánea de los presentes e hizo suyo el lema? Parece poco probable que alterase su discurso y comenzara a improvisar. Quizás el lema ¡Dios

lo quiere! ya fuera conocido antes de aquel día. Urbano había dedicado varias semanas a viajar por Francia para ganar apoyos a su causa. Todos los que fueron a Clermont ya sabían a qué iban. Todos habrían escuchado con anterioridad, de una forma u otra, algún razonamiento similar a los expuestos en este discurso. Todos, quizás, habrían oído ya un eslogan tan brillante como aquel, de manera que el público no inventó nada, sino que repitió lo que ya conocía. Baste recordar el impacto del lema Yes We Can en la campaña electoral de Obama a la Presidencia en 2008.

El grito de guerra, ¡Dios lo quiere!, aparece desde muy pronto en las fuentes escritas. La Gesta Francorum, la Historia Hierosolymitana de Fulquerio de Chartres y también el propio Roberto el Monje ponen el lema en boca de Bohemundo de Tarento, uno de los líderes de la Primera Cruzada, durante la toma de la ciudad de Antioquía.

Sea como fuere, el eslogan es perfecto: es breve, claro, sintetiza la idea general, incita a la acción y va directo a la parte emocional del ser humano.

Urbano recoge el guante

Una última posibilidad. ¿Quién inició el grito entre los presentes? ¿Fue espontáneo o la primera voz la dio alguien a las órdenes del papa? Quizás pensemos que las técnicas de manipulación de masas se han inventado en los siglos XX y XXI, pero no es así. El proceso, brillante por su simplicidad, sería aproximadamente:

Primero, el pontífice expone las noticias llegadas desde Constantinopla y Jerusalén y se recrea en los detalles macabros que tocan el corazón de la audiencia. A continuación halaga a la audiencia situando sus virtudes por encima de las del resto de los pueblos, y describiéndola como la antítesis de las del enemigo oriental. Enseguida anima a tomar las armas, vengar los ultrajes y liberar los Santos Lugares. Después ofrece recompensas terrenales y

espirituales. Hasta que en determinado momento, alguien, siguiendo las instrucciones del propio papa, interrumpe el discurso repitiendo el lema Deus vult! En el fondo, da igual que ya fuera conocido o se escuchase por primera vez en ese instante. El eslogan funciona y contagia rápidamente a los presentes.

A partir de esta unanimidad creada bajo este lema, Urbano traspasa la responsabilidad del proyecto a Dios. No han sido convocados a Clermont por Urbano, sino por Dios a través de Urbano. Repasemos cómo lo expresa:

¡Queridísimos hermanos! Hoy se cumple en nosotros lo que el Señor dijo por medio de su Evangelio: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos». Si el Señor Dios no estuviera presente en vuestras mentes, no hubiera sido una sola vuestra voz. Pues aunque vuestra voz ha sido numerosa, su origen ha sido, no obstante, una sola. Por eso os digo que fue Dios quien la provocó, fue Él quien la sembró en vuestros pechos.

Por lo tanto, tened esta voz como señal militar en las guerras, puesto que esta palabra fue pronunciada por Dios. Cuando se presente la formación para atacar al enemigo, que haya un solo grito procedente del bando de Dios: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!».

Logística

¿A quién iba dirigido el llamamiento de Urbano?

Si comparamos las dos versiones principales del discurso, la de Fulquerio de Chartres y la de Roberto el Monje que hemos elegido aquí, se observa que el «público objetivo» del mensaje no es el mismo. Fulquerio presenta una convocatoria sin restricciones:

Por esta razón, con ruego suplicante, os exhorto, no yo, sino el Señor, a que vosotros, pregoneros de Cristo, persuadáis con un frecuente edicto, a todos de cualquier orden, tanto a la caballería, como a la infantería, tanto a ricos, como a pobres, a que se preocupen por ayudar oportunamente a los cristianos, para que destierren esta raza perversa de nuestras regiones. A los presentes lo digo, a los ausentes lo mando, además Cristo lo ordena.

Por el contrario, Roberto el Monje presenta la cruzada como una expedición militar y, por tanto, debe ser convenientemente organizada, lo que significa que hay que ocuparse de quién y cómo participará en la misión. Por eso, pone en boca de Urbano una serie de normas restrictivas: por una parte, personas que «son más una molestia que una ayuda, más una carga que algo útil» —ancianos, enfermos, gentes sin experiencia en combate o mujeres solas—; por otra, se subraya el carácter militar de la empresa, pues los clérigos y laicos solo podrán ir si cuentan con el permiso de sus superiores, en el caso de los primeros, y de sus guías espirituales en el caso de los segundos.

Fuese esa o no la intención de Urbano, la interpretación restrictiva de Roberto el Monje no fue la que se reflejó finalmente en la expedición, sino la opción abierta del texto de Fulquerio. La Primera Cruzada no consistió en una sola expedición, sino en dos. Antes de que se pusiera en marcha la llamada Cruzada de los Príncipes, encabezada por Godofredo de Bouillón, Hugo de Vermandois, Roberto de Normandía, Esteban de Blois, Roberto de Flandes, Bohemundo de Tarento, Raimundo de Tolosa y el legado pontificio Ademar de Le Puy, entre otros; llegó a tierras de Oriente otra columna de cruzados que constituían la llamada Cruzada de los Pobres.

La Cruzada de los Pobres fue liderada por el clérigo Pedro el Ermitaño, un oscuro personaje que predicó la cruzada entre el pueblo llano y arrastró tras de sí a decenas de miles (algunas fuentes hablan hasta de cuarenta mil almas) de pobres, campesinos, mujeres, niños, sin la menor preparación militar ni logística, animados tan solo por los incendiarios sermones del Ermitaño. La expedición, en realidad una marea humana que fue concentrándose

poco a poco en dirección a Constantinopla, arrasó todas las tierras que atravesó en Europa como si fuera una plaga de langosta. Cuando llegaron a Constantinopla, Alejo, asustado, se apresuró a trasladar en sus barcos a aquella muchedumbre hasta la otra orilla del Bósforo, donde, tal y como suponía (y quizás deseaba secretamente) el emperador, fueron masacrados por los turcos. La Cruzada de los Pobres representa todo lo que se temía Urbano al formular sus restricciones, y su fracaso demuestra que tenía razón.

La cruz

Como ocurre en las otras versiones del discurso, Roberto el Monje también finaliza con una mención a la cruz. Sin embargo, reviste su declaración de una autoridad incontestable, porque pone en relación la idea del papa de que los guerreros lleven la cruz con dos citas del Nuevo Testamento.

Primero, equipara el sacrificio que van a realizar los peregrinos-guerreros con la hostia sagrada, es decir, el cuerpo de Jesucristo, cordero de Dios que quita el pecado del mundo, tal y como reza el dogma cristiano. Y si estos hombres van a imitar a Dios (el precepto conocido como imitatio Dei) como fórmula de salvación, es lógico que tomen la cruz igual que hizo Jesucristo. La cita de Mateo 10:38, y con variaciones, Lucas 14:27, es tan obvia que no necesitaba explicación.

La empresa concebida por Dios conduce al final a Dios.

El discurso en imágenes

El discurso de Urbano II es un prodigio de marketing por su hábil uso de todas las herramientas de convicción (y manipulación de masas) de las que disponía en esa época. Llama especialmente la

atención la combinación de un lema, «¡Dios lo quiere!», y un símbolo, la cruz. O, dicho en terminología de mercadotecnia, eslogan y logo. Curiosamente, este recurso no fue una idea original de Urbano, porque existía un precedente muy notable dentro de la historia del cristianismo.

Hoy en día, podríamos pensar que la cruz fue el símbolo de los cristianos desde el comienzo mismo de la nueva fe en el siglo I de nuestra era. Pero no fue así. Los cristianos primitivos empleaban el dibujo de un pez, porque, leído en griego, IXTHYS, representaba el acróstico de la frase Iesous Xhristos Theou hYios Soter, es decir, Jesús el Cristo, de Dios Hijo, Salvador.

La historia de la cruz nos lleva al 28 de octubre del año 312 de nuestra era. Para ese momento, el Imperio romano llevaba varios años desangrándose en una guerra civil que estaba a punto de decidir el vencedor final. Los contendientes eran Majencio y Constantino I. La batalla definitiva se libraría en el Puente Milvio, al norte de Roma.

Según el testimonio del propio Constantino, recogido por su biógrafo Eusebio de Cesarea en su Vita Constantinii, cuando se encaminaba hacia el campo de batalla, vio en el cielo una cruz adornada por la leyenda griega εν τούτῳ νίκα (‘¡en esto, la victoria!’), aunque normalmente se narra el episodio con la traducción latina in hoc signo vinces. Aquella misma noche, Constantino tuvo un sueño en el que se le apareció Jesucristo y le explicó qué debía hacer. El resto de la historia es sobradamente conocido: Constantino hizo que sus soldados pintaran cruces en sus escudos38, venció en la batalla y se convirtió en el soberano único de todo el imperio. El acercamiento entre el trono imperial y el cristianismo culminó con la promulgación del Edicto de Milán en 313 que permitía la libertad de culto en el imperio y ponía fin a las persecuciones contra los cristianos. El cristianismo no se convertiría en religión oficial hasta 380, siendo emperador Teodosio, pero las maniobras de Constantino dejaron la nueva fe en una posición de privilegio para acabar de dar el salto al poder romano como religión única. Y el símbolo de aquel proceso fue la cruz.

Es probable que el papa Urbano tuviera en mente aquel episodio cuando pergeñó la cruzada. La idea de colocar una cruz

sobre sus soldados no era más que una repetición del recurso empleado por Constantino: no eran sus soldados, sino los soldados de Dios.

La iniciativa resultó un éxito rotundo. Los soldados que participaron en aquella guerra-peregrinación fueron llamados cruzados por el símbolo que lucían y, en poco tiempo, la propia guerra santa vino a llamarse cruzada. Durante siglos, no solo aquellos soldados que participaron en las guerras, sino también todas las órdenes religiosas que nacieron como consecuencia de la toma de Jerusalén (Santo Sepulcro, Temple, Hospital), y otras nacidas en diferentes partes de Europa o el Mediterráneo, como la Teutónica, San Lázaro o las cuatro órdenes españolas (Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa) lucieron en sus uniformes, banderas y escudos el símbolo de la cruz.

Hoy en día, todavía sobreviven algunas de estas órdenes con sus funciones y propósitos adaptados a los nuevos tiempos, pero la cruz permanece.

_____

27 En realidad, no son persas, sino turcos selyúcidas, pero el nombre de persa evocaba toda la maldad y degradación de Oriente desde los tiempos de las guerras médicas.

28 Salmos 78:8.

29 El Imperio bizantino.

30 Salmos 68:22.

31 Mateo 10:37.

32 Mateo 19:29.

33 Gálatas 5:15.

34 Éxodo 3:8; Números:13:27.

35 Mateo 18:20.

36 Romanos 12:1.

37 Mateo 10:38; con ligeras variantes: Lucas 14:27.

38 En realidad, no fue una cruz, sino un crismón, la combinación de las letras griegas xi y ro, que dan inicio al nombre de Cristo en griego. El aspecto de un crismón es similar al de una cruz, pero no igual.

LIDERAZGO

-

«Puedo aseguraros de mí que me

basta el ánimo a conquistar

el mundo entero»

Hernán Cortés

Isla de Cozumel, febrero-marzo de 1519

Contexto histórico

Para la historia de España, 1492 fue un año extraordinario. Tras ocho siglos de ocupación de al menos parte del territorio de la península ibérica por los musulmanes, en enero de aquel año los Reyes Católicos pusieron fin a la Reconquista con la rendición del reino nazarí de Granada. Poco después, en marzo, los soberanos firmaron el edicto de expulsión de los judíos, que se vieron obligados a abandonar su tierra o convertirse al cristianismo. La diáspora fue un desastre para la comunidad hebrea, pero también para los reinos peninsulares, que de la noche a la mañana se vieron privados de una parte de su población especialmente dotada para ciertas profesiones y con un nivel cultural y, en ocasiones, económico superior a la media. Los despojaron de todo lo que pudieron, pero a la larga fue España la que perdió.

Sin embargo, aun siendo dos hechos de enorme importancia, ninguno de los dos tuvo la repercusión de uno de los acontecimientos más importantes de la Historia de la humanidad: el descubrimiento de América.

En unos pocos decenios, los españoles, en su mayoría originarios del reino de Castilla, pasaron de combatir muy cerca de su hogar contra los musulmanes a hacerlo a miles de kilómetros de distancia contra gentes totalmente diferentes, en unos territorios hostiles y gigantescos y con unas motivaciones absolutamente distintas de las que habían guiado a las tropas durante los últimos coletazos de la Reconquista. La conquista de América no fue una historia de guerras entre reinos, sino de aventuras individuales, a veces heroicas, a veces criminales, siempre peligrosas, de una serie de hombres y mujeres que actuaron por propia iniciativa, aunque al amparo de la Corona de Castilla. La de los conquistadores fue, tal como la describe la historiografía anglosajona, una historia de Dios,

gloria y oro (las tres G, God, Glory and Gold).

El descubrimiento de América fue un hecho inesperado. Lo que había ofrecido Colón a los Reyes Católicos era encontrar una ruta marítima hacia las Indias, es decir, hacia Asia. Colón insistió hasta el final de sus días en que había logrado su propósito, pero los hechos fueron tozudos y, cuando los portugueses rodearon África y abrieron la auténtica ruta marítima hacia Asia, resultó evidente que América era un nuevo mundo, una tierra que había que explorar e incluir dentro de los reinos peninsulares.

Para esta tarea, se aprovecharon las lecciones aprendidas durante la conquista de las islas Canarias, que se constituyeron como un «reino» diferente dentro de la Corona de Castilla. En las Canarias se plantearon por primera vez las políticas de conversión de los nativos, la introducción de nuevos cultivos y su explotación, el empleo de esclavos, la urbanización siguiendo modelos peninsulares, etcétera. Incluso la forma de conquista inicial, la conocida como conquista señorial, sentó las bases de lo que luego sería la conquista de América. Los conquistadores actuaban en beneficio propio, sin que la Corona interviniese directamente, y se les concedía el derecho de conquista a cambio de que fuera reconocido su vasallaje con el rey.

En América, hacia el año 1500, se abandonaron las fundaciones originales de Colón en La Española y se estableció una capital en Santo Domingo. En los dos decenios siguientes, se fueron ocupando y conquistando las islas del Caribe valiéndose de los pasos de piedra de los ríos. Cada nueva isla conquistada se convertía en base para el siguiente salto, y en poco tiempo los españoles se sintieron con fuerzas para avanzar hasta el territorio continental.

A partir de este momento, la exploración y conquista de nuevos territorios quedaría en manos de estos hombres, cuyo prototipo podría ser, más o menos, un joven aproximadamente en la treintena, semianalfabeto, que buscaba un ascenso social utilizando sus vínculos familiares y locales. No se trataba de soldados de los ejércitos reales, sino de individuos que adquirieron su formación militar en América sobre el terreno, no mediante un entrenamiento castrense al uso.

Los primeros conquistadores emprendían sus acciones por propia iniciativa y financiados por particulares; no eran más que empresarios armados, aunque hubo algunos que tuvieron la suerte de que la Corona costease la operación. Sin embargo, lo más habitual era que solo contasen con un documento regio, una licencia para invadir y conquistar: mediante este documento, el conquistador se convertía en adelantado. Si la fortuna estaba de su parte, el adelantado podría ser nombrado gobernador de una nueva provincia perteneciente a un reino americano español.

Pese a ser «empresarios por cuenta propia», los conquistadores tenían la obligación de enviar informes al rey de España detallando sus actividades. Estos informes describían los servicios, méritos y sacrificios del firmante, todo ello en presunto beneficio de la Corona, y tenían como objetivo lograr el favor del rey en forma de cargos, títulos o pensiones. Este género de escritos se denominó probanza de mérito. Por ejemplo, las numerosas probanzas que escribió Bernal Díaz del Castillo, cada una más amplia que la anterior, terminarían por componer una obra de cientos de páginas sobre las conquistas españolas en México y Centroamérica que hoy en día sigue siendo material de consulta imprescindible: la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.

El propósito de la probanza marcó enormemente su estilo y su tono, que se repiten machaconamente en toda la literatura de los conquistadores. Prima el mérito individual frente al colectivo, a la manera de las películas de Hollywood en las que un solo héroe resulta decisivo en cualquier enfrentamiento, por formidable que sea. Se crearon así figuras casi legendarias, pero a la vez mezquinas, pues otro de los rasgos de las probanzas era ensalzar las virtudes propias criticando a los demás.

Por supuesto, en las probanzas, que constituyen la principal fuente de información para los historiadores sobre lo que ocurrió durante la conquista, se margina de forma sistemática el papel representado por los no españoles que participaban en cualquier acción, desde los pueblos aliados a los esclavos llevados de África. Y esto es muy importante, pues, en realidad, la colaboración de los nativos fue fundamental en esta historia. Hasta aquí, la gloria.

Por otro lado, los conquistadores siempre quisieron demostrar

que, además de leales siervos del rey, eran buenos cristianos. Al fin y al cabo, especialmente los conquistadores de la primera generación, habían nacido y crecido al tiempo que se gestaba la empresa conjunta castellano-aragonesa que tanta importancia había concedido al elemento religioso como factor de cohesión, concretado en la toma de Granada y la expulsión de los judíos.

Durante el siglo siguiente, el XVI, este universo de «buen cristiano» español conoció, aparte del protestantismo, una nueva amenaza: el paganismo de los pueblos americanos. Por eso los conquistadores se apropiaron de ciertos motivos de la Reconquista y describieron sus empresas como guiadas por Dios. Todo formaba parte de un plan divino: Dios había elegido a los castellanos para unificar la Península bajo la cruz y, a continuación, proclamar el Evangelio a los paganos del Nuevo Mundo. Se produjo así una curiosa paradoja. Los mismos conquistadores que intentaban subrayar su valentía individual no tenían empacho en asegurar a un tiempo que sus triunfos se debían a la acción de Dios, con frecuencia gracias a milagros o a la aparición de la Virgen o el apóstol Santiago. La intervención celestial no restaba mérito al conquistador; al contrario, demostraba que gozaba del favor divino, por lo tanto, un mérito más que presentar al rey. Dios.

Los españoles encontraron en América tierras inmensamente fértiles y ricas en metales preciosos, pobladas por nativos que podían ser convertidos fácilmente al cristianismo y, a continuación, en pagadores de impuestos. Pero extraer estas riquezas y dominar a las comunidades locales no resultó fácil, y pronto exigieron más créditos, más abastecimientos y la promesa del apoyo de la Corona. Por eso, era frecuente que proclamaran sus victorias en una fase muy temprana para poder pedir la ayuda necesaria que les permitiese completar sus conquistas. En cualquier caso, el atractivo de aquellas riquezas tuvo un considerable efecto motivador en los hombres, un atractivo personificado en un metal precioso: el oro.

En esta historia de conquista han quedado especialmente marcados en la memoria colectiva de los españoles, y también de los americanos, dos nombres: Francisco de Pizarro, conquistador del Perú, y, por encima de todos, Hernán Cortés, conquistador de México.

Cortés había llegado a las Indias en 1504 y se había establecido en La Española (Santo Domingo) para trabajar como ayudante del administrador del quinto que le correspondía al rey y también como terrateniente, pues recibió una encomienda de indios de Manicarao que utilizó para explotar la ganadería y extraer oro de sus minas. En 1511 participó en la conquista de la isla de Cuba al servicio de uno de los dos adelantados, Diego Velázquez de Cuéllar, que le nombró alcaide de Santiago de Cuba y con quien emparentó poco después al casarse con su cuñada.

Desde la isla de Cuba, el movimiento más lógico era navegar hacia el oeste en busca de nuevas tierras. La primera embarcación que se había aventurado en esa travesía lo había hecho en 1511. Es una historia poco conocida, porque el barco naufragó. Lo interesante es que, aunque se dio por muerta a toda la tripulación, hubo dos hombres, el sacerdote Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, que salvaron la vida y fueron acogidos por los mayas. Aguilar se ganó la vida como labriego, mientras que Guerrero se convirtió incluso en jefe de un grupo maya.

Pero, al margen de este episodio, las primeras expediciones tuvieron lugar en 1517 y 1518. Ninguna de las dos obtuvo los resultados esperados y, aunque regresaron a Cuba con cierta cantidad de oro y alguna otra riqueza, en términos globales fueron dos desastres con un coste material y en vidas humanas muy superior al beneficio que habían logrado a cambio. Escarmentado por las malas decisiones de estos dos primeros intentos, Diego Velázquez preparó el tercer asalto con más cuidado.

Aquí comienza una complicada trama legal con profundas implicaciones. Como ya ha quedado dicho, para organizar una expedición de conquista había que solicitar el nombramiento como adelantado. Velázquez lo pidió a España, pero, puesto que los transportes en la época eran lentos, se puso manos a la obra sin haber recibido la confirmación. ¿Era legal la expedición? Para Velázquez solo se trataba de «acelerar los plazos», pues estaba convencido de que, al final, obtendría una respuesta afirmativa de España y temía que alguien, desde Jamaica o La Española, se le adelantara en la conquista de aquellas nuevas tierras. Así las cosas, su situación implicaba que podía explorar, pero no conquistar, hasta

que llegara el nombramiento.

Esta tercera vez, Velázquez no confió la expedición a ninguno de los capitanes que habían intervenido en los intentos anteriores. Después de valorar sus opciones, se decidió por Hernán Cortés. En octubre de 1518, Velázquez y Cortés firmaron las capitulaciones, unos documentos en los que se especificaban las instrucciones que tendría que seguir el capitán, así como los derechos y obligaciones de cada uno de los signatarios. En teoría, si Cortés tomaba posesión de nuevas tierras, debería anexarlas a la Corona y después colonizar y catequizar a los indígenas. También se comprometía a liberar a los posibles cautivos procedentes de expediciones anteriores y establecer relaciones comerciales con las tribus pacíficas que encontrase. Sin embargo, la parte secreta de las capitulaciones estipulaba que, una vez bajo posesión los territorios, Cortés debía regresar a Cuba y entregar las ganancias a Velázquez, que era, junto al propio capitán, el principal socio capitalista de la empresa. De las once naves que componían la expedición, tres de ellas estaban financiadas por Velázquez; otras tres, por Cortés y el resto, por otros capitanes que se habían unido a la iniciativa conquistadora.

Mientras se hacían los últimos preparativos, las relaciones entre Velázquez y Cortés se deterioraban rápidamente. Visto con la perspectiva de los siglos, era un juego entre pillos que se necesitaban pero que, en el fondo, desconfiaban profundamente el uno del otro. No era un mundo de caballeros intachables, sino de hombres dispuestos a todo por obtener su porción de gloria o riqueza.

Sea como fuere, Velázquez decidió destituir a Cortés del mando e impedir su salida bloqueando los suministros para la flota. Este, por su parte, informado con antelación de las intenciones del gobernador, se adelantó a sus propósitos y zarpó de Santiago el 18 de noviembre de 1518 rumbo al oeste de Cuba. Podría parecer que, dentro de la isla, Cortés seguía estando bajo la amenaza de Velázquez, pero hay que pensar en los tiempos y las distancias de la época. Cortés atracó en Trinidad, a unos quinientos kilómetros de Santiago, donde pudo sentirse seguro al menos hasta que llegaran en su búsqueda los barcos enviados por Velázquez. En Trinidad pasó tres meses reclutando hombres y abasteciendo las naves.

Mientras esto ocurría, el 13 de noviembre el rey Carlos V había firmado en España el documento que nombraba a Velázquez adelantado y le autorizaba a emprender la expedición, pero todavía pasarían meses antes de que llegara a Cuba.

Durante este tiempo, Velázquez intentó detener a Cortés enviando cartas al alcalde de Trinidad y también al de La Habana, más al oeste y por donde se suponía que pasaría Cortés. No contaba con barcos ni tropas para enfrentarse a él. Tenía que hacerlo imponiendo su autoridad. Todo fue en balde. El 18 de febrero de 1519, la flota de Cortés abandonó las costas de Cuba. Comenzaba una carrera contra reloj. Tarde o temprano, Velázquez recibiría el documento desde España y, en cualquier caso, con el documento o sin él, sería una cuestión de tiempo que enviara una expedición de caza contra Cortés. De hecho, lo hizo, si bien meses después, y el episodio ya no pertenece a esta historia.

Con once barcos, seiscientos hombres, dieciséis caballos, catorce piezas de artillería y unos doscientos auxiliares nativos, Cortés cruzó las aguas del Caribe que separa Cuba del territorio continental y llegó a la isla de Cozumel, frente a la costa del Yucatán, el 21 de febrero de 1519.

Ya no había vuelta atrás.

Quién es quién

Hernán Cortés nació en Medellín, provincia de Badajoz, el año 1485, en el seno de una familia de hidalgos extremeños. Estudió Leyes en la Universidad de Salamanca, pero, antes de terminar su formación, se embarcó rumbo a las Indias, descubiertas por Colón en 1492. Una vez allí, se estableció en la isla de La Española, donde trabajó como escribano y terrateniente.

A partir de 1511, se puso al servicio del gobernador Diego

Velázquez de Cuéllar, con quien participó en la expedición a Cuba y quien lo designó alcalde de la nueva ciudad de Santiago de Cuba. Su nombramiento como capitán de la tercera expedición a tierra firme en México fue el inicio de todos sus conflictos con Velázquez. Cortés emprendió la travesía desobedeciendo las órdenes de este, y llegó a Cozumel, donde pronunció su famoso discurso. A continuación, tras navegar hasta el continente, fundó la ciudad de Veracruz, que puso bajo la autoridad directa del rey de España. Antes de llegar a Veracruz, cuando pasaba por Tabasco, Cortés había tenido por primera vez noticias acerca de la existencia del Imperio mexica (azteca), cuya capital albergaba, al parecer, enormes tesoros.

Decidido a conquistarla, y para evitar que sus hombres sintieran la tentación de regresar a Cuba, hizo barrenar sus barcos en Veracruz, un gesto que ha pasado al lenguaje común bajo la expresión «quemar las naves». Su plan para adueñarse del Imperio mexica se benefició de la enemistad entre los mexicas y los pueblos indígenas sometidos a estos, en especial los totonacas, que supo explotar hábilmente a su favor. En el mes de noviembre de 1519, las tropas de Cortés y sus aliados llegaron a Tenochtitlán, donde fueron recibidos como dioses por el rey Moctezuma. Los españoles se instalaron en la capital y convirtieron al monarca en su prisionero.

Lo que comenzó como una bienvenida a los dioses llegados de lejos acabó en una cruel guerra entre mexicas y españoles, que alcanzó su clímax en la llamada Noche Triste (30 de junio de 1520), en la que los conquistadores fueron diezmados y tuvieron que huir de la capital. Cortés no se dio por vencido, y en los meses siguientes contraatacó y acabó sometiendo a los mexicas y apoderándose de todos sus territorios. Tenochtitlán fue destruida y en su mismo emplazamiento se levantó la ciudad española de México.

El rey Carlos I nombró a Cortés gobernador de Nueva España, y desde ese puesto enviaría posteriormente expediciones de conquista hacia los territorios vecinos. Conservó el cargo hasta 1528, cuando fue depuesto y enviado a España para ser juzgado por diversos cargos. Absuelto, regresó a México en 1530, desde donde volvió a organizar acciones de conquista, como la que incorporó a México la

Baja California.

Volvió a España en 1541 con la intención de obtener alguna recompensa del rey por los servicios prestados, y participó en una expedición de la Corona contra Argel en ese mismo año. Después se instaló definitivamente en Castilleja de la Cuesta, un pueblo cerca de Sevilla, donde falleció en 1547.

▪

Dónde y cuándo

Cortés y sus hombres estuvieron en Cozumel unos quince días. La isla ya había sido descubierta en una de las expediciones fallidas anteriores, por lo que el capitán tenía cierta información sobre lo que podría encontrar en el lugar. Contamos con un informe de lo que allí hicieron gracias a la carta que el propio Cortés dirigió a la reina Juana de Castilla y a su hijo, el emperador Carlos. En ella cuenta que, tras los primeros momentos de desconfianza, los habitantes de la isla los recibieron amistosamente y les hablaron de unos españoles que habían llegado allí en 1511 tras un naufragio. Cortés envió a buscarlos, y consiguió entrevistarse con uno de ellos, Gerónimo de Aguilar, que se uniría a la expedición, haría de intérprete de lengua maya para Cortés y más tarde lo acompañaría en la conquista del Imperio mexica. Cortés cuenta además que los nativos se sometieron de buen grado a la soberanía del rey de España y que pidieron convertirse al cristianismo. Exageraciones para satisfacer a los monarcas, sin duda. En vista de la escasez de agua y alimentos en la isla, Cortés resolvió abandonarla y proseguir su camino.

Esta carta de Cortés no menciona el discurso, que aparece en un informe tardío de la conquista, la Historia de la Conquista de México, de Antonio de Solís y Rivadeneyra, publicada en 1684, más de ciento sesenta años después de los hechos narrados.

La versión de Solís coincide con la de Cortés en el miedo inicial

de los indios al ver los barcos de los españoles. Una vez reunidos todos los miembros de la expedición, que habían llegado hasta Cozumel por diferentes rutas y en diferentes momentos, impuso su autoridad sobre sus hombres castigando a algunos que habían saqueado un poblado y habían tomado prisioneros. Cortés liberó a los nativos y les devolvió lo que les habían robado, los envió de vuelta a sus poblados en la esperanza de que actuaran como portadores de noticias tranquilizadoras para los caciques de sus tribus.

Tras contar cómo Cortés acomodó a sus hombres y dejó claras sus intenciones pacíficas con los nativos, Solís presenta el discurso de aquel a su tropa. No hay un contexto concreto, ni un acontecimiento que lo provocara.

Solís lo cuenta así:

Alojóse la gente en el puerto más vecino a la costa, y descansó tres días sin pasar adelante por no aumentar la turbación de los isleños. Pasada la muestra, volvió a su alojamiento acompañado de los capitanes y soldados más principales, y tomando entre ellos lugar poco diferente los habló en esta sustancia…

El discurso

Idioma original: español

Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y cómo nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos, y entiendo que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que también es suya, a conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por

nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales en que habréis menester socorreros de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazón como el primero: que en la guerra más veces sirve la paciencia que las manos, y quizá por esta razón tuvo Hércules el nombre de invencible, y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estáis a padecer y hechos a pelear en estas islas que dejáis conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo más alto de los montes el templo de la fama, y su simulacro en lo más alto del templo; dando a entender que para hallarla, aun después de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos, pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere; una la mano en la ejecución; común la utilidad, y común la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados: más tendréis que obedecer en mi ejemplo que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí que me basta el ánimo a conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no sé qué movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, a convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mía, pues se funda en que os tengo a mi lado, y dejo de fiar de mí todo lo que espero de vosotros.

ANTONIO DE SOLÍS,

Historia de la Conquista de México, libro I, capítulo XIV

Contenido del discurso

A la hora de enfrentarnos al análisis del discurso de Cortes, la primera cuestión que se debería plantear es la duda razonable sobre la autoría del mismo. En otras palabras: ¿pronunció Cortés la arenga o fue fruto de la imaginación de Solís? ¿Cómo es posible que no quede ningún testimonio, ni siquiera una breve mención, del discurso transmitido por los testigos del mismo y, sin embargo, ciento sesenta y cinco años más tarde Solís sea capaz de ofrecernos su contenido palabra por palabra?

El sentido común impone pensar que el discurso, tal y como ha llegado a nosotros, no fue obra de Cortés, sino que se trata de una composición de Solís. Ahora bien, eso no significa que haya que desechar su contenido al considerarlo carente por completo de valor para conocer el pensamiento del conquistador. Y ello, por dos razones.

En primer lugar, Antonio de Solís escribe en un momento en el que, gracias al Renacimiento, se han recuperado para las artes muchos de los valores, usos y costumbres del mundo clásico. Su Historia de la Conquista de México es en sí misma una obra de inspiración clásica, pues pretende ordenar y explicar unos hechos y un período, además de defender la verdad frente a otras obras anteriores, escritas por extranjeros que, en opinión de Solís, han ensuciado el nombre de los conquistadores españoles. Las Historias de Heródoto, la Historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides, las Antigüedades judaicas de Flavio Josefo y tantos textos clásicos solo pueden ser fuente de inspiración y modelo a seguir. ¿Qué tiene esto que ver con el discurso de Cortés? Pues que precisamente Tucídides (460-396 a. C.), considerado el primer gran «historiador científico», declaraba su intención de que todo cuanto contase fuese verdad, es decir, garantizaba la veracidad de lo narrado. Para ello, relataba hechos que, o bien había presenciado personalmente (autopsia), o bien le habían transmitido testigos a los que había interrogado él mismo, para después apoyar la narración en pruebas documentales. Y, en concreto, al poner en boca de un personaje un discurso, el propio Tucídides reconocía que se trataba de una reconstrucción aproximada que intentaría preservar el sentido general.

En cuanto a los discursos pronunciados ante la inminencia de la guerra o durante esta, ante la dificultad de rememorar sus propios términos, tanto los oídos por mí como los de ajena información, he formulado la elocución que me pareció más apropiada a las circunstancias, ciñéndome estrictamente al pensamiento general de lo realmente pronunciado.

Historia de la Guerra del Peloponeso, I, 22

Lo que Tucídides afirma para sí mismo quizás valga también para Solís. Lo más probable es que no supiese qué dijo Cortés, si es que dijo algo, en la isla de Cozumel, pero al escribir su discurso, es lógico pensar que puso en su boca lo que, en su opinión, encajaría con el pensamiento del conquistador extremeño. Allí donde el dato no llega, alcanza la inventiva bien intencionada del historiador.

En cuanto a la segunda razón, ¿tenemos alguna prueba de que Solís conocía el pensamiento de Cortés? En realidad, sí, y no solo él, sino que nosotros, a cinco siglos de distancia, contamos con información abundante al respecto. Y no solo como fruto de la investigación de los historiadores, sino porque Cortés dejó numerosos textos escritos de su puño y letra, entre los que destacan las llamadas cartas de relación, en las que informaba personalmente a los reyes de España sobre sus actividades durante la conquista de México. Cierto que se trata de cartas escritas con una doble intención. Por una parte, halagar a los monarcas y, por la otra, presentarse a sí mismo como un fiel súbdito, un administrador eficaz y un guerrero heroico, merecedor del aprecio (y de la recompensa) de sus soberanos. Por lo tanto, como cualquier persona en su sano juicio, Cortés haría de sí mismo un retrato lo más favorable posible, subrayando las luces y disimulando en lo posible sus sombras.

Así pues, a la hora de analizar el discurso, es posible, al menos, comparar el pensamiento expuesto con el que Cortés quiso mostrar

públicamente. De este modo, sea obra de Cortés o de Solís, podremos extraer de esta arenga alguna enseñanza.

Motivación

Comencemos por el final. ¿Qué buscaba Cortés con este discurso? Se trata de una arenga a unas tropas, pero, por lo general, este tipo de alocuciones tienen lugar justo antes de una batalla, en un momento en el que el enemigo es real, tangible, y el peligro es cierto, casi se puede oler. Sin embargo, en este caso, Cortés aprovecha una estancia en una isla en la que han sido recibidos con una razonable cordialidad. Entonces, ¿por qué hablar a las tropas?

Ahora, quinientos años después, sabemos además cuál iba a ser el siguiente movimiento del extremeño. La fundación de una ciudad significaba romper todos los lazos de subordinación con Velázquez y buscar la protección directa de la Corona. No pensaba detenerse, no iba a someterse al gobernador. La apuesta era todo o nada, y para ello necesitaba estar seguro de que sus hombres iban a seguirlo allá donde él fuera y que él no tendría motivos para dudar de su lealtad. El líder es aquel que abre camino. La palabra procede del vocablo inglés leader, que deriva a su vez del verbo to lead, 'conducir, guiar'.39 Un líder es aquel que va el primero y es seguido por el resto.

Cortés ya era el jefe. Lo que pretendía era convertirse en líder de sus hombres. Ese fue el propósito del discurso. Dicho de otro modo: si pensamos en las cuatro herramientas retóricas de Aristóteles que se han presentado en el capítulo del discurso funerario de Pericles (ethos, pathos, logos y kairos), podría decirse que lo que buscaba Hernán Cortés era el ethos, la credibilidad, la confianza, la autoridad moral ante su auditorio. Para lograrlo, sus palabras tenían que exprimir a fondo los otros tres elementos. Veamos cómo lo hizo.

Kairos

Empecemos por el más sencillo. ¿Pronunció el discurso en el momento adecuado?

La salida de la expedición de la isla de Cuba no se hizo con toda la flota unida, sino que hubo al menos una división en dos flotillas que hicieron un recorrido diferente, y no todos los barcos llegaron juntos ni en el mismo momento a Cozumel. Así pues, tras instalarse y asegurarse la amistad de los nativos, era la primera vez que Cortés tenía a todos sus hombres reunidos. Habían salido de Cuba a toda prisa para evitar ser detenidos por los hombres de Velázquez, y el que más y el que menos quizás tuviera dudas sobre la legalidad de aquella empresa. De hecho, hay que recordar que tres de los barcos estaban financiados por el propio Velázquez. ¿Acaso tenía Cortés al enemigo en casa?

Si, como parece, el conquistador ya tenía decido el siguiente paso, que sería la fundación de una ciudad en tierra firme, con la consiguiente ruptura de relaciones con Velázquez y el inicio de un camino sin retorno, no volvería a tener otro momento de paz. Lo que había más allá ya exigía del compromiso de todos. No podía avanzar sin saber que contaba con la lealtad de sus hombres y la fuerza de sus brazos. Sin asegurarse de que no se echarían atrás.

Así pues, no podía haber pronunciado el discurso antes de llegar a Cozumel, probablemente porque ni siquiera había tenido tiempo de madurar su plan, ni tampoco dejarlo para más adelante. Era ahora o nunca. El kairos era perfecto.

Pathos

El discurso es, de principio a fin, una apelación a los sentimientos de los presentes. Cortés se dirige a sus hombres llamándolos amigos y compañeros. Busca la cercanía, y aunque

menciona su condición jerárquica («vuestro caudillo soy»), no lo esgrime como argumento de autoridad, sino como nexo de unión entre todos ellos. No es un jefe y ellos meros subordinados; todos son iguales.

A continuación, sitúa a sus hombres en una visión del mundo en la que no caben matices. Una visión que se compone de tres elementos, la identidad, el tiempo y el lugar. La identidad funciona mediante la oposición de nosotros frente a ellos; el tiempo en el antes frente al ahora; el lugar con aquí frente a allí. «[...] cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás».

Nosotros somos felices aquí y ahora, porque no estamos rodeados de aquellos que antes nos atacaban allí. Sencillo, eficaz. Y, a partir de este momento, ya queda claro que solo estamos nosotros y que nos esperan un futuro y otro lugar.

¿Qué hay más allá? Cortés sabe que está hablando a soldados, aventureros, hombres duros y curtidos ya en expediciones anteriores. La palabra «credibilidad» significa 'que puede ser creído'. Y Cortés necesita ganarse la credibilidad. A hombres como aquellos no puede venderles una Arcadia feliz donde haya paz y tranquilidad y todo se obtenga sin esfuerzo. Sus hombres tienen muy claro que tal cosa no existe. Son españoles que han abandonado su patria y han atravesado el Atlántico en busca de una vida mejor, huyendo de la miseria. Y si han preferido seguir a Cortés y no quedarse en Cuba, es porque allí tampoco les había ido bien. Buscan mejorar, pero son plenamente conscientes de que no va a ser ni fácil, ni gratis. No hay nada regalado. Todo tiene un precio.

Así que Cortés les explica cuál va a ser ese precio, y lo hace diciéndoles la verdad, pero una verdad que va dirigida al corazón, a la emoción, porque, en realidad, no puede describir con seguridad lo que se va a encontrar. No habla de lugares concretos, objetivos o cifras. No tiene esa información.

El precio es terrible: sufrimientos, luchas, sangre, miserias, inclemencias y asperezas. Y para pagarlo, apela al corazón, no a la mente, de sus hombres. Apela a virtudes que sabe que poseen de

sobra, porque les va en su propia naturaleza: la paciencia, la osadía, la unión, el valor, el sacrificio por el otro. No hace falta ni preguntar si tienen estas cualidades. Las tienen por ser el tipo de hombres que son. Y esto es muy importante, porque, lo que para otra clase de personas sería un panorama descorazonador, a ellos les parece un precio asequible; lo que la mayoría de la gente consideraría un horror, ellos lo entienden como un coste asumible. En realidad, el único que sabían y podían pagar. Ya lo habían hecho antes.

Sin embargo, aun así, podrían cuestionarse la necesidad de dar ese paso. ¿Qué les ofrecía Cortés a cambio?

Su capitán les habla de su disposición: «me basta el ánimo a conquistar un mundo entero», y les dice que le guía un presentimiento: «y aun me lo promete el corazón con no sé qué movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios». Podría parecer temerario por parte de Cortes fiarlo todo a su estado de ánimo y a un presentimiento, y no decir que lo tiene todo pensado y planeado. Pero lo que es una debilidad se convierte en fortaleza. No necesita pensar, no necesita planes, porque su confianza «se funda en que os tengo a mi lado». Llega así al fondo del pathos. Durante el discurso ha hecho un viaje de la infelicidad a la felicidad, y les ha mostrado un futuro en el que habrá sufrimiento, pero que se superará porque ellos son las personas indicadas para afrontarlo. Pocas armas hay más poderosas que el halago.

¿Y el premio?

El premio es la gloria.

Pero ¿qué es la gloria? El diccionario de la Real Academia define «gloria», en su primera acepción, como ‘Reputación, fama y honor extraordinarios que resultan de las buenas acciones y grandes cualidades de una persona’. Todas estas palabras se refieren a conceptos abstractos, intangibles. Reputación y fama buscaba don Quijote con sus hazañas, Aquiles combatiendo en Troya para que su recuerdo fuera imperecedero, los caballeros medievales, reales o de ficción, que estaban dispuestos a todo por una mirada, un gesto de la dama que ocupaba su corazón. En el mundo literario, el Cyrano

de Bergerac de Rostand se inicia con la interrupción de una obra de teatro por parte de Cyrano; tras el revuelo que esto provoca, y habiendo retado a toda la platea a batirse con él («¿Ni un hombre? ¿Ni un dedo?»), arroja su bolsa de dinero al suelo para cubrir las pérdidas de la cancelación de la obra que él mismo ha provocado. Cuando su amigo Le Bret le recrimina aquel acto que le ha dejado en la ruina, él, fiel representante de la gloria, le responde satisfecho: «Sí, ¡pero qué gesto!».

Pero los hombres que acompañaban a Cortés no eran Cyrano de Bergerac, ni Aquiles ni don Quijote. Ya se ha explicado al comienzo de este capítulo que los conquistadores escribían probanzas dirigidas al rey de España en las que detallaban sus servicios, méritos y sacrificios, convenientemente edulcorados para presentarlos como servicios a la Corona. Y se ha explicado también que lo que esperaban recibir a cambio eran cargos, títulos o pensiones. De hecho, el propio Cortés luchará al final de su vida por este reconocimiento en forma de pensión vitalicia, igual que antes se había beneficiado de nombramientos en los territorios que él mismo había conquistado. No querían homenajes en sus ciudades natales, no querían una estatua ni que una calle llevara su nombre.

Para ellos, la gloria era oro.

Entonces, podrá preguntarse el lector, ¿por qué no aparecen en el discurso palabras como «oro», «riquezas», «tesoros» u otras similares? Si al final se trataba de dinero, como casi todo en la vida, ¿por qué Cortés no lo menciona en su arenga?

Podemos encontrar la respuesta en las misivas escritas de puño y letra por el propio conquistador. En la primera carta de relación que envió a la reina Juana y al emperador Carlos, Cortés puso todo su empeño en describir a su rival Diego Velázquez como un hombre movido por la codicia, cuyo único interés en las expediciones era conseguir oro para él, no añadir nuevas tierras a la Corona o ganar nuevas almas para la fe católica. Como contraste con Velázquez, él decía estar motivado únicamente por su afán de servir a sus reyes, y aseguraba que en ese empeño había invertido todo lo que tenía para aprovisionar la flota. Su aportación había supuesto dos tercios del gasto total, mientras que, según afirmaba, Velázquez había sacado ya un provecho de su tercio, porque había cuantificado sus

aportaciones en vino, ropa y otros bienes muy por encima del valor real.

Esa era la diferencia entre Cortés, héroe de su propia historia, y Velázquez, su antagonista: la gloria y, como veremos a continuación, Dios, eran las motivaciones de Cortés; la de Velázquez era el oro. Por eso no aparece el oro en el discurso. El oro está manchado, es la parte poco elegante del negocio, y el extremeño deja que la mancha mancille el nombre de su rival. Entre los suyos, la presencia del oro está implícita. Es un elemento omnipresente en las historias de los conquistadores, es el motor de sus actos. Por oro, por El Dorado, años más tarde Lope de Aguirre se rebelaría contra su rey. Todos los que escucharon aquel día a Cortés sabían que gloria significaba oro. Pero una cosa es saberlo y otra muy diferente decirlo.

Logos

El tercer elemento que impregnó toda la historia de los conquistadores era Dios. Se ha explicado anteriormente cómo la construcción mental de la patria representaba a los españoles como herramientas de Dios para evangelizar a los nativos americanos. Y la forma de saber que alguien estaba haciendo lo correcto era haber recibido el favor divino, algo muy difícil de identificar.

Y eso es exactamente lo que hace Cortés antes sus hombres. Utiliza a Dios como argumento. Pero ahora no se trata de sentimientos, de sensaciones. El vocabulario cambia por completo:

[...] conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos, y entiendo que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que también es suya, a conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros.

Cortés emplea verbos propios del razonamiento lógico: conozco, entiendo..., y de ese modo se erige en intérprete de la divinidad, que equivale a poner a Dios de su parte. Y si está de su parte, no está a favor de Velázquez. Todo muy sutil, pero está diciendo a sus hombres que, si no le siguen, estarán negándose a cumplir los designios divinos.

¿Coincide esta visión con lo que sabemos de Cortés por sus propios escritos? En la primera carta de relación que ya se ha mencionado anteriormente, relata que, ya durante su primer encuentro con los mayas en aquella isla de Cozumel, les explicó a los nativos, con la ayuda del intérprete, que no pretendía hacerles mal alguno y que su empresa tenía dos fines: el primero, «les amonestar y atraer para que viniesen en conocimiento de nuestra santa fe católica», y el segundo «que fuesen vasallos de vuestras majestades, y les sirviesen y obedeciesen como lo hacen todos los indios y gente de estas partes que están pobladas de españoles». Con gran habilidad, Cortés entrelazó estos dos objetivos explicándoles a los indios que sus reyes «obedecían a un mayor príncipe que él» y que este estaba, a su vez, al servicio de otro soberano mayor, con lo que se refería al Papado, que ya en 1493, siendo papa Alejandro VI, había concedido a España el dominio sobre todas las tierras descubiertas, pero con la obligación de enviar misioneros que convirtieran a las poblaciones descubiertas a la fe católica. El Tratado de Tordesillas modificó el reparto territorial al conceder una porción del pastel a Portugal, pero la obligación de evangelizar permaneció intacta.

Creyera sinceramente en esa parte de su misión o no, lo cierto es que su testimonio de la carta de relación nos habla también de un Hernán Cortés que tiene a Dios en mente y lo utiliza con habilidad para sus propósitos.

Queda por analizar un último aspecto del logos, de la forma en que se expone el mensaje. El año 1519 se encuentra en la frontera entre la Edad Media y el Renacimiento. Este paso fue en realidad un proceso gradual en el que cada persona evolucionó o se resistió contra el nuevo mundo que surgía ante sus ojos. Un buen ejemplo de mentalidad medieval en ciertas cuestiones lo ofrece el propio

emperador Carlos, que creyó posible dirimir sus diferencias con el rey Francisco I de Francia mediante un combate singular al más puro estilo caballeresco. Si por las venas de Carlos corrían ideales medievales, por las de Francisco no corría ni una gota y, por supuesto, hombre mucho más práctico y nada quijotesco, no solo rechazó el duelo, sino que se burló una y otra vez de los acuerdos firmados con el monarca español. Eran dos mundos que debían convivir hasta que se pasara página por completo.

Aplicado esto a los conquistadores, resulta evidente que no fueron remedos de los caballeros andantes medievales, que vivían en un mundo con reglas y límites que les resultaban familiares. Era un mundo conocido. Y entre estas normas estaba el honor por nacimiento, la estricta separación de clases. Los conquistadores, por el contrario, habitaban un universo que tuvieron que ir descubriendo sobre la marcha, improvisando, y su máxima ambición era el ascenso social dentro de un esquema no tan estricto como el medieval. En la guerra, los caballeros medievales rescataban o conquistaban; los conquistadores descubrían, modificaban y creaban.

La mentalidad renacentista de Cortés puede apreciarse en el ejemplo que pone a sus hombres: Hércules.

[...] y quizá por esta razón tuvo Hércules el nombre de invencible, y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estáis a padecer y hechos a pelear en estas islas que dejáis conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo más alto de los montes el templo de la fama, y su simulacro en lo más alto del templo; dando a entender que para hallarla, aun después de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos.

La mención de una figura de la mitología clásica es, evidentemente, un rasgo renacentista, pero, ¿por qué Hércules? La respuesta que viene más rápido a la mente es que Hércules realizó

unos trabajos y Cortés les estaba anunciando a sus hombres los trabajos que estaban por venir. Pero, en realidad, el ejemplo del mítico personaje va más allá de la dureza de lo que les aguardaba. Hércules, especialmente a través de su saga de los doce trabajos y de las aventuras que transcurren mientras los completa, es un héroe viajero, que se adentra en territorios desconocidos y se enfrenta a toda una colección de seres monstruosos que no tienen cabida en el mundo concebido por los griegos. No es un forzudo insensato, sino un héroe civilizador, que extirpa del mundo todo aquello que no encaja con su propia civilización. La hidra, el león de Nemea, las yeguas antropófagas de Diomedes son monstruos contra natura que él elimina de la faz de la tierra. Y la tierra, mediante su acción, se convierte en un lugar mejor. Del mismo modo, la empresa que aguarda a Cortés y a sus hombres, guiados por Dios igual que a Hércules le guiaba Atenea, no solo será beneficiosa para ellos, sino para su Dios, su rey, su patria y el mundo entero.

¿Cómo resistirse a esta oferta?

Todos aceptaron seguir a Cortés.

El discurso en imágenes

En el antiguo Hotel Cozumel Caribe, rebautizado como Buccanos Beach Club, en Cozumel, hay un monumento de hormigón en el que está reproducido el discurso de Cortés. Cuando ni siquiera es seguro que saliera de sus labios, es del todo imposible afirmar que este monumento se haya erigido en el lugar exacto donde se pronunciaron tales palabras.

39 Se trata de la misma idea que hay detrás del verbo alemán führen (y su sustantivo Führer) y del italiano ducere (y su sustantivo Duce).

LIBERTAD

-

«Discurso de Gettysburg»

Abraham Lincoln

Gettysburg, 19 de noviembre de 1863

Contexto histórico

Cuando se piensa en la guerra de Secesión o guerra civil americana (1861-1865), hay una tendencia simplista, idealizada y romántica que esgrime la esclavitud como causa del conflicto entre los estados del norte y del sur de los Estados Unidos. Sin embargo, las cosas son un poco más complicadas en la vida real. La guerra de Secesión fue una contienda con múltiples causas, que enfrentó dos formas de entender la vida, desde el punto de vista económico, social y político. Las tensiones entre el sur y el norte venían de muchos años atrás, hasta que llegó un punto en el que las diferencias pesaron más que lo que unía a unos estados con otros.

Las principales causas de la guerra fueron las siguientes.

Las diferencias entre el norte y el sur eran enormes. Los estados del sur basaban toda su fuerza económica en la agricultura, especialmente en las plantaciones de algodón, tabaco y caña de azúcar, mientras que en el norte había una combinación de agricultura e industria. De hecho, el norte compraba algodón del sur, mientras que el sur era el principal mercado de muchos productos elaborados en las factorías del norte.

Por lo que respecta al aspecto demográfico, la población del norte era más numerosa que la del sur —veintidós millones de habitantes frente a nueve—, y se concentraba principalmente en las ciudades. En el sur primaba el modelo de grandes plantaciones rurales y centros urbanos más pequeños.

La mano de obra del sur eran los esclavos; en el norte, aunque todavía existía la esclavitud, ya había sido abolida por la mayoría de los estados. El norte no necesitaba esclavos porque su mano de obra era sobre todo la emigración procedente de Europa, por lo

general familias que vivían y trabajaban juntas.

Respecto a la visión política, los estados del norte defendían la existencia de un Gobierno federal que tuviese suficiente poder y control sobre los estados miembros de la Unión. Por su parte, en el sur preferían limitar al mínimo las atribuciones del Gobierno federal y disfrutar de una mayor autonomía. La semilla de la secesión en caso de no estar de acuerdo con las políticas federales estaba plantada desde hacía mucho tiempo.

La chispa de la guerra tiene su origen en la elección presidencial del año 1860. En ella, el republicano Abraham Lincoln salió elegido presidente de los Estados Unidos tras derrotar a otros tres candidatos, uno de ellos el demócrata John Breckinridge, favorito de los estados sureños. La victoria de Lincoln, candidato del norte, supuso una imposición de las políticas de los vencedores, sobre todo en dos aspectos: pretendían la abolición de la esclavitud y, de igual importancia como causa de la guerra, querían imponer aranceles a todos los productos extranjeros.

¿Por qué eran una causa de conflicto los aranceles? Porque el norte vendía principalmente al sur, y poco al extranjero, de manera que los aranceles blindaban su principal mercado. Sin embargo, el sur vendía una porción muy importante de su producción algodonera en Europa. Si se establecían aranceles, los europeos harían lo mismo, y el algodón, el tabaco y la caña de azúcar americanos se encarecerían frente a otros competidores, por ejemplo, India. Mal negocio para el sur.

Norte	Sur
Industrial, urbano	Agrario, rural
Medidas económicas proteccionistas	Contrarios al proteccionismo
Abolicionistas	Esclavistas
Partidarios de un Gobierno federal fuerte	Partidarios de limitar el poder federal y d

Antes incluso de que Lincoln comenzase a gobernar, varios estados del sur aseguraron que se estaban planteando su permanencia en la Unión. Según su interpretación de la Constitución, cualquier estado podía abandonar la Unión si así lo deseaba. Carolina del Sur fue el primero en aprobar la secesión, y detrás lo hicieron otros seis estados: Misisipi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas. En febrero de 1861, recién iniciado el mandato de Lincoln, estos siete formaron los Estados Confederados de América, con Jefferson Davis como presidente.

Sin embargo, ni el presidente saliente Buchanan ni el entrante Lincoln aceptaban aquella interpretación, y declararon la secesión anticonstitucional. El Gobierno federal preparó al ejército para luchar contra los secesionistas y volver a incluirlos en la Unión, en los Estados Unidos. O los estados del sur daban marcha atrás o habría guerra.

Sin embargo, la amenaza no surtió efecto. Para que quedara claro que no estaba dispuesto a dar un paso atrás, el Sur atacó primero: los confederados bombardearon y tomaron el fuerte Sumter, situado en Carolina del Sur pero donde se acuartelaban tropas leales a la Unión. Tras el golpe de mano, otros cuatro estados decidieron unirse a los secesionistas. Ahora eran doce: Carolina del Sur, Alabama, Florida, Georgia, Luisiana, Misisipi, Texas, Arkansas, Carolina del Norte, Tennessee y Virginia.

A pesar de su importante desventaja en población y en capacidad económica, durante los dos primeros años, el Sur pareció estar en condiciones de ganar la guerra, sobre todo gracias al genio militar de su mejor comandante, el general Lee. La batalla de Gettysburg, entre los días 1 y 4 de julio de 1863, supuso un cambio de tendencia dentro del conflicto. Fue el enfrentamiento con más bajas entre muertos y heridos de toda la contienda (unos treinta mil confederados y veintidós mil unionistas), significó el fin de la ofensiva de Lee en territorio del Norte y el inicio de los ataques unionistas en los estados sureños. Después de Gettysburg, la victoria del Norte solo era cuestión de tiempo. Y así fue: los Estados confederados se rindieron en abril de 1865. El Norte, y su presidente Lincoln, habían ganado.

Quién es quién

■

Abraham Lincoln (1809-1865), abogado y político estadounidense, se convirtió en el decimosexto presidente de los Estados Unidos (1861-1865). Nacido en una familia muy humilde de colonos, su juventud en el estado de Indiana estuvo marcada por unas condiciones de vida similares a las que experimentaban los esclavos. Trabajó como constructor y leñador, combatió en la guerra contra los indios y, mientras trabajaba como jefe de correos, realizó sus estudios de Derecho. En 1834 comenzó su carrera política tras haber sido elegido diputado de Illinois por el Partido Whig. Fue uno de los pocos congresistas de su estado que firmó una declaración de protesta contra la esclavitud, una cuestión que le acompañaría durante toda su carrera política.

En 1856 ingresó en el recién fundado Partido Republicano y, aunque perdió las elecciones al Senado de 1858, sus opiniones le valieron el reconocimiento de todo el país. En 1860 se convirtió en el candidato republicano a la Presidencia de los Estados Unidos. Su programa defendía si no la abolición, al menos la restricción de la esclavitud, de manera que se prohibiera su extensión a los nuevos estados que fueran creándose en el Oeste. Los otros dos pilares de su programa eran una reforma arancelaria que favoreciese los intereses de las industrias del Norte y un control gubernamental del sistema monetario y de subvenciones a empresas de ferrocarriles, marítimas y de construcción.

Su elección como presidente de los Estados Unidos provocó la secesión de los estados sureños, que se sentían perjudicados por las líneas generales de su política. Toda su presidencia estuvo marcada por la guerra de Secesión, que finalizó al comienzo de su segundo mandato presidencial.

El 14 de abril de 1865, apenas cinco días después del final de la

citada contienda, fue asesinado en Washington por John Wilkes Booth, un actor de cierta fama simpatizante del Sur y contrario al abolicionismo.

Los dos legados más importantes de Lincoln son el mantenimiento de la unión nacional de los Estados Unidos tras la victoria en la guerra y la abolición de la esclavitud en todo el territorio mediante la aprobación de la 13.ª Enmienda.

■

Dónde y cuándo

Tras el enfrentamiento librado en Gettysburg en el verano de 1863, sobre los campos de batalla de Pennsylvania quedaban más de diez mil muertos que necesitaban sepultura. A fin de evitar epidemias, el gobernador republicano del estado, Andrew Curtin, ordenó que fueran sepultados a toda prisa, si bien identificándolos siempre que resultó posible. Este primer enterramiento fue provisional, porque durante los meses siguientes los familiares de los caídos estuvieron removiendo las fosas en busca de sus muertos. En vista del caos provocado y el peligro de epidemia, Curtin tuvo la idea de crear en el lugar un cementerio nacional.

Lincoln fue invitado a su inauguración, que tendría lugar el 19 de noviembre de ese mismo año de 1863. Cuando llegó a la estación de Gettysburg la noche del 18 pudo contemplar una gran cantidad de ataúdes que todavía aguardaban el momento de ser enterrados. El día 19, en lo que hoy es el cementerio nacional de Evergreen, estaba prevista la intervención de Edward Everett (1794-1865), un político, pastor, educador y diplomático que era considerado el mejor orador del país. La disertación de Everett, preparada y ensayada a conciencia durante meses, tenía más de 13 000 palabras.

Cuando terminó, llegó el turno de Abraham Lincoln, a quien correspondía una breve alocución. El discurso apenas tenía 271

palabras, y Lincoln empleó menos de tres minutos en pronunciarlo.

El discurso

Idioma original: inglés

Hace ochenta y siete años, nuestros padres engendraron en este continente una nueva nación, concebida en libertad, y dedicada al postulado de que todos los hombres son creados iguales.

Ahora estamos involucrados en una gran guerra civil, que está poniendo a prueba si esta nación, o cualquier nación así concebida y así dedicada, puede resistir el paso del tiempo. Estamos reunidos en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a dedicar una porción de este campo como lugar de último descanso para aquellos que aquí dieron sus vidas para que esta nación pudiera vivir. Es absolutamente oportuno y apropiado que así lo hagamos.

Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar… no podemos consagrar… no podemos santificar esta tierra. Los hombres valientes, vivos y muertos, que lucharon aquí, ya la han consagrado muy por encima de lo que nuestra pobre capacidad pueda añadir o menoscabar. El mundo apenas advertirá ni recordará durante mucho tiempo lo que nosotros digamos aquí, pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron aquí. Más bien, nos corresponde a nosotros, los vivos, el dedicarnos aquí a la tarea inconclusa que quienes lucharon aquí han dejado así tan noblemente avanzada. Somos más bien los vivos a quienes corresponde aquí el dedicarnos a la gran tarea que tenemos ante nosotros… que, de estos caídos a los que honramos, tomemos una aumentada devoción por esa causa por la cual ellos brindaron la última muestra de devoción; que decidamos firmemente que estos muertos no habrán muerto en vano; que esta nación, Dios mediante, tendrá un nuevo nacimiento de libertad; y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecerá en esta tierra.

Contenido del discurso

A pesar de su carácter secundario dentro del programa de inauguración del Cementerio Nacional de los Soldados de Gettysburg, el de Abraham Lincoln es uno de los discursos más citados en los últimos dos siglos y una de las principales referencias morales y políticas, en especial en los Estados Unidos. Veamos por qué.

Contraste

La impresión que debió de causar el discurso de Lincoln vino probablemente aumentada por el contraste que ofrecía respecto a la principal alocución de aquella jornada, la de Everett. Dos horas frente a apenas dos minutos, y una sensación abrumadora frente a la ligereza y precisión de un arquero consumado. El mito que rodea a Lincoln asegura que su discurso fue improvisado, aunque parece poco probable que así fuera. El presidente se había trasladado el día anterior a Gettysburg, para evitar imprevistos. Indudablemente, le concedía importancia al acto, y parece poco verosímil que preparara sus palabras sobre la marcha, mientras escuchaba las de Everett. Su mérito no está en la espontaneidad, sino en la cualidad suprema de la actuación, que consiste en parecer absolutamente natural. Era plenamente consciente del momento y el lugar. Como veremos a continuación, el discurso fue cualquier cosa excepto el fruto de la improvisación.

Que el impacto del discurso fue real para aquellos que lo escucharon lo confirma una breve nota que el propio Everett

escribió a Lincoln poco después: «Debería sentirme alegre si pudiera presumir de haber estado tan cerca de la idea central de la ocasión en dos horas como usted estuvo en dos minutos».

Hace ochenta y siete años…

Las primeras palabras del discurso ya resultan impactantes para la audiencia, no tanto por su contenido como por su forma de expresión. Cualquier persona con un mínimo rudimento de inglés podría traducir mentalmente estos términos iniciales para reproducir el texto original: Eighty-seven years ago…

Pero se equivocaría.

Lincoln escogió un arcaísmo, una expresión más poética, más elegante, para iniciar su discurso: Four score and seven years ago… La palabra score significa 'veintena' en este contexto, una forma arcaica de contar que aún se conserva en francés: quatre-vingt-sept.

Cuando Lincoln dice que «nuestros padres engendraron […] una nueva nación», la idea del nuevo país viene expresada con el verbo to bring forth, que puede significar 'engendrar', 'producir frutos', 'dar a luz' y tener otras acepciones semejantes, pero que, en su sentido más profundo, están expresando el nacimiento de algo vivo. Estados Unidos no es una cosa, es un ser vivo, lo que provoca la existencia de un vínculo más fuerte.

¿Por qué eligió este verbo en lugar de decir, por ejemplo, «nuestros padres fundaron»? Evidentemente, cuando se habla de padres de la patria ya se está aludiendo a una relación genética, pero posiblemente hay otra razón. Los padres de Lincoln eran de confesión baptista y, aunque nunca declaró en público qué fe profesaba, la religión y Dios siempre estuvieron muy presentes en su vida, su pensamiento y sus discursos. Los biógrafos de Lincoln coinciden en que leía la Biblia con frecuencia (de hecho, viajaba siempre con su ejemplar), y lo hacía en la versión del Rey Jacobo, la traducción más prestigiosa en inglés, que fue publicada por

primera vez en 1611. La Rey Jacobo ha tenido un impacto considerable en toda la cultura inglesa, más allá del ámbito meramente religioso, pues sabemos de su influencia directa en numerosos escritores, por ejemplo el poeta inglés John Milton (El paraíso perdido) o el novelista norteamericano Herman Melville (Moby Dick).

Buceando en las páginas de la Biblia, Lincoln se encontraría con estos versículos de Isaías 66:7-9:

Before she travailed, she brought forth; before her pain came, she was delivered of a man child. Who hath heard such a thing? Who hath seen such things? Shall the earth be made to bring forth in one day? Or shall a nation be born at once? For as soon as Zion travailed, she brought forth her children. Shall I bring to the birth and not cause to bring forth?, saith the Lord. Shall I cause to bring forth and shut the womb?, saith thy God.

Antes de que estuviera de parto, alumbró, antes de que le sobrevinieran dolores dio a luz un varón. ¿Quién oyó jamás cosa semejante? ¿Quién vio nunca tal cosa? ¿Es dado a luz un país en un solo día o una nación es parida de una sola vez? Pues apenas ha sentido dolores y ya ha parido Sion a sus hijos. ¿Iba Yo a abrir el seno materno, y no haría parir?, dice Yahvé. ¿O, Yo, que hago parir, había de cerrarlo?, afirma tu Dios.

El texto de Isaías en inglés no solo emplea el verbo to bring forth cinco veces en tres versículos, sino que lo hace además con el sentido de ‘dar a luz un país’. Y no un país más, sino el país elegido por Dios. La inspiración de la frase parece adecuada, pero la idea era todavía más potente. Estados Unidos no era un país cualquiera.

La cifra de ochenta y siete años remitía a 1776, año en el que los Estados Unidos nacieron tras obtener su independencia de la Gran Bretaña. Y al recordar aquella fecha, Lincoln evoca la

Declaración de Independencia como ley última del país, por encima de la propia Constitución. La interpretación de que los dos principios fundamentales del nuevo país fueron la libertad y la igualdad no habría sido corroborado quizás por los firmantes de la Declaración. En su contexto original, la Declaración pretendía justificar la independencia de las trece colonias respecto a su metrópolis, y se basaba sobre todo en ciertos derechos «naturales», como el derecho a la revolución. Sin embargo, una vez cumplida su misión, el texto no fue citado con profusión, pues se consideró que el marco legal del nuevo país sería la Constitución de 1787.

Y ahí radica la originalidad de Lincoln, que vuelve a los orígenes, al nacimiento de los Estados Unidos, y que afirma implícitamente que la Declaración de Independencia era el texto guía para interpretar correctamente la Constitución. La nación americana había nacido sobre la base de la igualdad y la libertad:

Sostenemos como evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Y esto, en opinión de Lincoln, incluía a todos los seres humanos, también a los negros. ¿Habrían entendido esto los Padres Fundadores? Difícilmente, teniendo en cuenta que algunos de ellos, y tan ilustres como Thomas Jefferson, poseían esclavos. Pero, a ochenta y siete años de distancia, Lincoln se permitió hacer su propia interpretación, y asumió como un mandato de esos Padres Fundadores la emancipación de los esclavos. De hecho, fue el propio Lincoln el impulsor de la abolición de la esclavitud mediante la aprobación de la 13.ª Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos en 1865, dos años después de este momento.

El efecto estaba conseguido. Lincoln estaba apelando al pathos (la emoción), pero también al ethos (la autoridad moral, en este caso de los Padres Fundadores) aristotélicos que ya hemos visto desde el discurso funerario de Pericles y que han aparecido una y

otra vez en discursos posteriores.

Ahora estamos involucrados…

La siguiente frase plantea el desafío ante el que se encuentra ese país, pero Lincoln amplió el sentido para hacer de aquella guerra una cuestión mundial, una encrucijada para toda la especie humana. ¿Puede sobrevivir una nación concebida bajo los principios de libertad e igualdad? Eso era lo que se dilucidaba en aquella contienda, no simplemente imponer unas políticas económicas o sociales que beneficiasen a ciertos estados frente a otros. Si la primera oración había hablado de nacimiento, la segunda mencionaba la posibilidad de morir.

Y, de hecho, ya habían muerto muchas personas por esos valores de libertad e igualdad. Así como se había apropiado de la interpretación de la Declaración de Independencia, Lincoln fue igualmente hábil para apropiarse de las motivaciones de todos los caídos, ausente la posibilidad de preguntar a los muertos por qué razón se habían alistado en aquella guerra. Entre los caídos no habría aventureros, ambiciosos, odiadores o simples supervivientes sin más motivo que ver un día más la luz del sol. Todos los caídos habían muerto «para que esta nación pudiera vivir».

Esta pareja de opuestos vida-muerte es una de las más poderosas que puede crear la mente humana. Nadie es ajena a ella, interesa a todos, obliga a tomar partido. Sencillo, pero muy eficaz.

En la visión de Lincoln, la derrota de la Unión no sería una simple derrota, sino la muerte de la nación y su hundimiento en la anarquía o en el despotismo de la Confederación, nacida después de romper las dos premisas de cualquier gobierno constitucional: el gobierno de la mayoría y el respeto a los derechos inalienables del individuo. De este modo, se identificaba al enemigo con todo lo negativo y, como imagen especular, a uno mismo, a todos los presentes, con todos los valores positivos. ¿Quién no estaría dispuesto a subirse al barco de Lincoln?

Cada palabra fue cuidadosamente elegida para apelar a la mente, pero, sobre todo, al corazón de los que estaban escuchando. Quería que todos, sin excepción, se sintieran partícipes de la empresa que tenían por delante. Es probable que muchos de los presentes aquel día hubieran perdido a alguien en el campo de batalla, así que estarían predispuestos a dejarse llevar por sus emociones. Aun así, Lincoln los empujó suavemente en esa dirección.

Podría haber construido la frase haciendo de la nación el sujeto de la misma, por ejemplo: «Ahora nuestra nación está inmersa en una gran guerra civil, que está poniendo a prueba si esta, o cualquier otra nación así concebida y así dedicada, puede resistir el paso del tiempo».

Pero no lo hizo. El sujeto sería «nosotros». En inglés, es necesario citar expresamente el sujeto antes del verbo, de manera que no se dice «estamos involucrados» o «estamos reunidos», sino «nosotros estamos involucrados» (we are engaged) o «nosotros estamos reunidos» (we are met). En total, dentro del discurso, que, como ya se ha indicado, contiene apenas doscientas setenta palabras, aparece diez veces la palabra we, y otras cinco, pronombres o adjetivos posesivos de primera persona plural us, our. No había «yo», no había «vosotros». Tan solo estaban ellos, los caídos, y nosotros, los vivos, unidos en una misión trascendental. Referirse a los Padres Fundadores como «nuestros Padres» reforzaba ese mensaje de unión y fraternidad. Todos los presentes eran hermanos. Pathos en estado puro.

Pero Lincoln aún contaba con más recursos para captar la atención de la audiencia. La aliteración es una figura retórica y de dicción que consiste en la repetición de un sonido en una palabra o en una frase. Lo que se busca es que el lenguaje llame la atención sobre sí mismo. Se busca cautivar al oyente de todas las formas posibles. En esta parte del discurso hay una aliteración mediante el empleo de palabras con el sonido /f/:

We are met on a great BATTLEFIELD of that war. We have come to dedicate a portion of that FIELD, as a FINAL resting place FOR those

who here gave their lives that that nation might live. It is altogether FITTING and proper that we should do this.

Pero, en un sentido más amplio…

La tercera frase del discurso comienza con otra herramienta retórica: «We can not dedicate… we can not consecrate… we can not hallow this ground» ('No podemos dedicar… no podemos consagrar… no podemos santificar esta tierra').

El tricolon consiste en repetir una misma estructura sintáctica tres veces en una única oración. Existen otras figuras similares que se valen de otros paralelismos entre dos o más elementos, pero quizás el tricolon sea especialmente eficaz, pues tres es el número justo de veces para que haga efecto sin resultar molesto para el auditorio. El tres es la plenitud, frente al uno, que es la singularidad, y el dos, que es el contraste. Hay varios ejemplos de tricolon famosos, como el Veni, vidi, vici, de Julio César, o el Liberté, égalité, fraternité, de la Revolución francesa.

Merece la pena hacer el experimento de leer en voz alta estas líneas y sentir el poder que desprenden la cadencia y el ritmo de las palabras.

Pero, volviendo al sentido mismo de los términos, cabe preguntarse por qué piensa Lincoln que los allí presentes no podían dedicar, consagrar y santificar aquella tierra. La respuesta llega en la frase siguiente. No podían porque todos los que combatieron en la batalla de Gettysburg unos meses antes ya la habían consagrado muy por encima de lo que serían capaces de hacer los políticos. No solo eran héroes los caídos, sino también los vivos. De nuevo, Lincoln utiliza el par vida-muerte. Además, hay una nueva aliteración en «pobre capacidad» (poor power, en inglés).

Estamos en plena exhibición de (¿falsa?) modestia. «El mundo apenas advertirá ni recordará durante mucho tiempo lo que nosotros digamos aquí, pero nunca podrá olvidar lo que ellos

hicieron aquí».

Resulta irónico que, a siglo y medio de distancia, sea probable que, sobre todo en Estados Unidos, haya más gente que recuerde, total o parcialmente, las palabras de Lincoln que la propia batalla de Gettysburg. O al menos, dentro de la construcción nacional mítica de la historia americana, palabras y hechos estarán en pie de igualdad. Aun así, Lincoln no se refirió a los norteamericanos, sino al mundo entero. Aquella era una lucha que iba más allá de las fronteras de un país.

Volviendo a la afirmación de que los allí reunidos no tenían como misión consagrar aquel cementerio, ¿qué les reservaba entonces el destino? Continuar la labor que habían dejado avanzada, pero inconclusa, todos los caídos. Asumir su causa (de nuevo, Lincoln se apropió de las motivaciones de los fallecidos) y hacerla realidad para que sus muertes no fueran en vano.

Más bien, nos corresponde a nosotros…

La parte final del discurso, posiblemente la más famosas del mismo, recoge la formulación de la tarea que tienen los vivos por delante.

Más bien, nos corresponde a nosotros, los vivos, el dedicarnos aquí a la tarea inconclusa que quienes lucharon aquí han dejado así tan noblemente avanzada. Somos más bien los vivos a quienes corresponde aquí el dedicarnos a la gran tarea que tenemos ante nosotros… que, de estos caídos a los que honramos, tomemos una aumentada devoción por esa causa por la cual ellos brindaron la última muestra de devoción; que decidamos firmemente que estos muertos no habrán muerto en vano; que esta nación, Dios mediante, tendrá un nuevo nacimiento de libertad; y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecerá en esta tierra.

Se trata de una obra maestra de la retórica. Veamos por qué:

En primer lugar, Lincoln reparte cuidadosamente a lo largo de su alocución palabras inspiradoras, tales como «dedicarnos», «noblemente», «gran», «honramos», «devoción», «Dios», «nacimiento», «libertad»; utiliza de nuevo los contrastes entre la vida y la muerte —«nosotros, los vivos» frente a «estos caídos»; «estos muertos no habrán muerto en vano» frente a «esta nación... tendrá un nuevo nacimiento» y termina, de nuevo, con un tricolon, especialmente brillante: «del pueblo, por el pueblo, para el pueblo» (of the people, by the people, for the people). Su fuerza es tal como resumen perfecto de lo que significa un gobierno plenamente democrático que la frase fue copiada literalmente en el artículo segundo de la Constitución de la Quinta República Francesa (1958): «Son principe est: gouvernement du peuple, par le peuple et pour le peuple».

Como resumen de este análisis, podría decirse que, valiéndose de una serie de alegorías, Lincoln explicó el nacimiento, muerte y resurrección de la nación americana gracias al sacrificio de los soldados muertos. Para un público cristiano, era un mensaje fácilmente aceptable. En menos de trescientas palabras, y valiéndose de todo tipo de recursos, condujo a su audiencia a través de un viaje que comenzaba con el nacimiento de la nación y se encontraba en aquel momento en una encrucijada fundamental: él les mostró el sendero que debían seguir, quiso asegurarse de que el pueblo norteamericano escogía el camino correcto. Y así ocurrió.

El discurso, aquel día

Lincoln se vio obligado a interrumpir su alocución cinco veces a causa de los aplausos de una multitud conmovida. Sobre el terreno, sus palabras fueron un éxito absoluto.

Sin embargo, los análisis de la prensa del día siguiente no

resultaron tan unánimes. Los periódicos más afines al Partido Demócrata no se mostraron especialmente amables, y criticaron las palabras del presidente por su estilo vulgar en la forma y abolicionista en el fondo. Era evidente que la interpretación que había hecho de la Declaración de Independencia no era compartida por todos. Los medios próximos al Partido Republicano, al que pertenecía Lincoln, alabaron el discurso, aunque, lógicamente, sin la perspectiva que solo concede el tiempo, fueron incapaces de percibir su trascendencia.

Con aquel discurso, Lincoln había inaugurado la interpretación, para sus contemporáneos y para la posteridad, del verdadero sentido de aquella guerra. Todo era parte de un plan divino (recordemos cómo, al final de su intervención condiciona todo a un «Dios mediante»). Tras su nacimiento en 1776 y su muerte a causa de la traición de la Confederación, los Estados Unidos renacerían gracias a la sangre de los caídos.

El discurso en imágenes

La victoria final de los unionistas en la guerra de Secesión, el discurso de Lincoln en Gettysburg y su posterior asesinato nada más acabar la contienda elevaron al presidente al olimpo de los Padres Fundadores de la nación americana. Puede que George Washington recibiera en su momento dos honores que Lincoln jamás tuvo, que un estado y la misma capital del país llevaran su nombre, pero más allá de esta excepción, lo cierto es que la imagen de Abraham Lincoln refleja mejor que la del propio Washington los valores y la existencia misma de la nación americana.

El primer ejemplo de utilización de Lincoln como imagen tuvo lugar muy poco después de su muerte. Apenas dos años más tarde, en 1867, se encargó la erección de un memorial dedicado a él en la capital federal. El proyecto estuvo detenido durante varias décadas, hasta que por fin se puso la primera piedra el 12 de febrero (cumpleaños de Lincoln) de 1914. Ocho años después, en mayo de

1922, se inauguró el Lincoln Memorial en el National Mall de Washington D. C.

El memorial, construido con piedra caliza y mármol, está inspirado en la forma de los templos griegos clásicos, pero con un uso diferente de los elementos arquitectónicos.

Está construido sobre un terreno elevado al que se accede por medio de una escalinata que da a la entrada principal del edificio. A diferencia de los templos griegos, ese frontal aquí es la parte ancha, con doce columnas, frente a los laterales, más estrechos, de solo ocho, para un total de treinta y seis columnas de un edificio períptero. Quizás el número de treinta y seis respondiera al número de estados que formaban la Unión en el momento de la muerte de Lincoln, de manera que posteriormente se grabó el nombre de cada estado en el entablamento por encima de las columnas. Los nombres del resto de los estados, hasta cuarenta y ocho, que formaban la Unión en el momento de la inauguración, fueron añadidos en las paredes exteriores del ático. Por último, dos placas conmemorativas incluyen a Hawái y Alaska, los dos últimos en incorporarse a los Estados Unidos. Todos quisieron apropiarse de su porción de Lincoln.

El interior está ocupado por una cella en la que se encuentra la estatua sedente de Abraham Lincoln. Todo está estudiado. La estatua, de seis metros de altura, es visible desde el exterior del edificio. Sin embargo, cuando uno se encuentra al pie de la escalinata, las propias escaleras ocultan su imagen, que vuelve a surgir poco a poco, majestuosa, a medida que se asciende hacia la entrada. Lincoln fue representado en actitud seria, pensativa, sentado en un enorme sillón con brazos. Parece un trono, símbolo del poder regio, pero no lo es en un país profundamente republicano, aunque es inevitable que venga a la mente el parecido. Las manos del presidente están apoyadas en los brazos del asiento, una abierta y la otra con el puño cerrado, una poderosa metáfora de la concordia y la firmeza que, como nuevo padre de la nación, había mostrado. Debajo de las manos, las columnas del sillón muestran unas fasces, imagen de la antigua república romana que simbolizaba el poder del Estado.

A los lados de la cella se abren dos salas vacías. En una de

ellas, la sur, se puede leer, grabado en la pared, el discurso de Gettysburg. En la sala norte, también grabado sobre los muros, otro de los discursos más famosos de Abraham Lincoln, el de su segunda toma de posesión como presidente el 4 de marzo de 1865, un mes antes de su asesinato. Ambos quedan de esta forma señalados como el legado eterno del presidente.

La «divinización» de Abraham Lincoln ha ido impregnando poco a poco todos los ámbitos de la vida americana.

Veinte años después de la finalización del Lincoln Memorial, se inauguró otro complejo monumental en el monte Rushmore, en el estado de Dakota del Sur. Se trata de cuatro gigantescas cabezas de dieciocho metros cada una, esculpidas en la montaña, que representan a los cuatro presidentes de los Estados Unidos más importantes hasta aquel momento. George Washington, Thomas Jefferson, Abraham Lincoln y Theodore Roosevelt. Washington, el primero (1789-1797) de todos, fue el líder que condujo a las trece colonias a independizarse de Gran Bretaña. Jefferson, tercer presidente (1801-1809), fue el autor del texto de la Declaración de Independencia y quien aumentó los territorios de la nación hasta casi doblar su tamaño anterior. Si Washington era el nacimiento, Jefferson era el crecimiento territorial. Theodore Roosevelt, vigesimosexto presidente (1901-1909), fue un político clave en la transformación de los Estados Unidos en la potencia económica que es hoy en día; simboliza, por decirlo en pocas palabras, el crecimiento económico y la prosperidad. Por último, anterior en el tiempo a Roosevelt, el personaje que ocupa este capítulo, Abraham Lincoln, decimosexto presidente (1861-1865), fue incluido por representar, gracias a sus palabras y sus hechos, la preservación y el renacimiento de los Estados Unidos.

Un olimpo ligeramente más poblado lo encontramos en los rostros que decoran los billetes de los Estados Unidos. En total, hay siete personas representadas en los billetes de uno, dos, cinco, diez, veinte, cincuenta y cien dólares. De estos, cinco son presidentes (Washington, Jefferson, Ulysses Grant, Andrew Jackson y, por supuesto, Abraham Lincoln) y dos fueron Padres Fundadores (Alexander Hamilton y Benjamin Franklin).

El cementerio de Gettysburg no es ajeno a esta idealización de

Abraham Lincoln. El 19 de noviembre de 1963, con ocasión del centenario del famoso discurso, se celebró una ceremonia conmemorativa en el mismo lugar. El actor Raymond H. Massey (irónicamente canadiense de nacimiento), cuyas películas más famosas quizás sean La pimpinela escarlata, Al este del Edén y La conquista del Oeste, representó para la ocasión al presidente Lincoln y repitió sus movimientos en aquella jornada. Llegó a la estación de Gettysburg en un tren de época, pasó revista a las tropas que desfilaron ante él y se dirigió a caballo hasta el camposanto donde pronunció de nuevo el discurso. Para alivio de todos los presentes, entre los que se encontraba el presidente de aquel momento, Dwight D. Eisenhower, en esta ocasión se omitió el largo discurso de dos horas de Edward Everett.

En un país que es, sin duda, la mayor potencia mundial en cine y entretenimiento, es natural que Lincoln haya sido protagonista de numerosas películas que recorren su biografía en un tono, como mínimo, poco crítico. Entre los numerosos actores que lo han encarnado, es posible que los dos que más huella hayan dejado sean Henry Fonda (El joven Lincoln, 1939) y, más recientemente, Daniel Day Lewis (Lincoln, 2012), de nuevo, irónicamente, un ciudadano extranjero, en este caso británico.

Al principio de la película de 2012, durante una noche lluviosa poco antes de la batalla de Wilminton (febrero de 1865, casi al final de la guerra), dos soldados de la Unión se detienen delante de Lincoln y le cuentan que estuvieron presentes el día que pronunció su discurso de Gettysburg. Uno de ellos comienza a recitarlo de memoria. Habían pasado apenas dos años, pero aquella alocución ya se había convertido en una pieza histórica y el hombre, incluso antes de su asesinato, ya había empezado a transformarse en mito. En poco tiempo, resultaría imposible distinguir entre el individuo y su obra. Lincoln era América y América era Lincoln.

Discurso de Gettysburg pronunciado por Obama. (De todas las versiones que hay, me parece la mejor; no hay sobreactuación).

https://www.youtube.com/watch?v=CHAyepp7ypY

VISIÓN

-

El triunfo de la voluntad

Adolf Hitler

Núremberg, 8 de septiembre de 1934

Contexto histórico

Adolf Hitler se había convertido en canciller de Alemania en enero de 1933, pero, tras la muerte del presidente Paul von Hindenburg en agosto de 1934, el cargo de presidente fue abolido y todas sus funciones se fusionaron con las del canciller. De ese modo, Hitler acumulaba en sus manos todo el poder político del país, apoyado además en una serie de leyes restrictivas que convirtieron la democracia que le había aupado al poder en una dictadura de partido único. Apenas un mes más tarde, se celebraría el congreso del Partido en Núremberg, una ocasión que merece ser explicada al detalle.

Como cualquier partido político, también el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) había celebrado desde sus orígenes reuniones en las que se exponían las líneas de actuación que guiarían a sus dirigentes durante el año o los años siguientes. Las primeras citas, muy modestas, se remontaban a 1923 en Múnich y a 1926 en Weimar, pero a partir de 1927 y 1929 se celebrarían en el Campo Zeppelin de Núremberg.

Tras la llegada al poder de Hitler en 1933, el congreso adoptó periodicidad anual; se convocaba en el mes de septiembre y servía para escenificar la comunión entre el pueblo alemán y el partido bajo algún lema suficientemente evocador. Al Congreso de la Victoria (1933) siguieron el de la Unidad y Fortaleza (1934), la Libertad (1935), el Honor (1936), el Trabajo (1937), la Gran Alemania (1938) e, irónicamente, el de la Paz, en 1939, que no llegó a celebrarse por el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

En 1933, Hitler llamó a Leni Riefenstahl para hacerle una petición. Para aquel momento, ella había dado un giro a su carrera cinematográfica y, tras abandonar la interpretación, había dirigido

ya su primer largometraje, La luz azul, un drama fantástico que había multiplicado la popularidad que ya poseía como actriz. Hitler y Riefenstahl ya se conocían y se admiraban mutuamente, ella su liderazgo político y él su talento artístico.

Lo que Hitler solicitó de la cineasta fue una película sobre el congreso que se celebraría en 1933 bajo el lema Congreso de la Victoria. La idea tenía su lógica. Los nazis acababan de llegar al poder, pero, para muchos alemanes que habían vivido los últimos años de continuos cambios de Gobierno e inestabilidad, quizás no fueran más que otro partido destinado a durar lo mismo que todos los anteriores, apenas un suspiro. Hitler pretendía darse a conocer él mismo y presentar su formación política a todo el pueblo alemán y al mundo entero, mostrando una fortaleza y una unión desconocidas hasta ese momento en la política alemana.

A pesar de las reticencias iniciales, Riefenstahl acabó accediendo, y el resultado fue el filme titulado La Victoria de la Fe (Der Sieg des Glaubens). El proyecto nació ya torcido, debido al poco tiempo de preparación del que dispuso Riefenstahl, y a la constante injerencia y abierta oposición por parte del ministro de Propaganda Joseph Goebbels, que chocó de forma permanente con la directora al intentar controlarla. Por si fuera poco, una de las figuras principales del largometraje era Ernst Röhm, líder de las SA, que meses más tarde sería purgado en la conocida noche de los cuchillos largos. De ese modo, la película había quedado obsoleta a los pocos meses de su estreno. Era necesario hacer una nueva.

A pesar del relativo éxito en taquilla de La Victoria de la Fe, a Riefenstahl no le quedaban muchas ganas de repetir experiencia. Para convencerla, Hitler no solo tuvo que echar mano de toda su capacidad de persuasión, sino también garantizarle que disfrutaría de independencia absoluta y que no sufriría presiones por parte de otros jerarcas nazis. Finalmente, la directora aceptó encargarse del segundo proyecto: El triunfo de la voluntad (Triumph des Willens), que sería estrenada en 1935.

Quién es quién

Adolf Hitler nació en Brunau am Inn, Austria, en 1889. Pasó su infancia en Linz y su juventud en Viena, como ciudadano del Imperio austrohúngaro. En Viena fracasó en su intención de vivir como pintor y ser admitido en la Academia de Bellas Artes. Para no ser reclutado por el ejército austro-húngaro, huyó a Alemania, donde se alistó en el ejército alemán y combatió en la Primera Guerra Mundial en el frente occidental; fue herido en dos ocasiones y condecorado en otras dos con la Cruz de Hierro de Primera y Segunda Clase.

Después de la guerra y la derrota de Alemania se instaló en Múnich, donde ingresó en un pequeño partido de ideología nacionalista, antisemita, anticomunista, antiliberal, antidemocrático, antipacifista y anticapitalista que renegaba de la República de Weimar por considerarla responsable de las humillantes condiciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles.

Hitler asciendió en el escalafón del Partido hasta convertirse en su líder. En 1923 fracasó en su intento de asalto al poder por medio del llamado Putsch de la cervecería, lo que supuso para él una pena de prisión de nueve meses, durante los cuales puso por escrito su ideario en su libro Mi lucha (Mein Kampf). De vuelta a la vida pública, lideró el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP) hasta que alcanzó el poder en enero de 1933 y se convirtió en canciller de Alemania. Un año después, tras la muerte del presidente Hindenburg, se proclamó führer de Alemania y obliga al ejército a un juramento de fidelidad.

El Gobierno nazi fue dando pasos hacia un régimen dictatorial y racista mediante limpiezas políticas como la mencionada noche de los cuchillos largos, la creación de campos de concentración, las Leyes de Núremberg o los pogromos de la noche de los cristales rotos.

En política exterior, Hitler firmó el tratado Molotov-Ribbentrop de no agresión y colaboración con la Unión Soviética mientras rearmar al ejército, ocupó la región minera de Renania y se

anexionó Austria, los Sudetes y Polonia. Esta última acción, en 1939, supuso el inicio de la Segunda Guerra Mundial, que se prolongará hasta mayo de 1945. Con Alemania derrotada y devastada, Hitler se suicidó en Berlín para evitar caer prisionero de los soviéticos que ya habían ocupado la capital.

La Segunda Guerra Mundial dejó un rastro de más de setenta millones de muertos (las cifras varían mucho de unos estudios a otros), entre los que destacan los seis millones de judíos asesinados como parte de la denominada «solución final», casi treinta millones de ciudadanos y soldados de la Unión Soviética, más de dieciséis millones de chinos y siete millones de alemanes.

Hitler ha pasado a la Historia, por méritos propios, como uno de los grandes monstruos de la humanidad.

-
-

Leni Riefenstahl, bailarina, actriz y directora de cine, nació en Berlín en 1902 y su primera profesión vocacional fue la danza, de la que se vio apartada por una lesión de rodilla.

Inició su carrera cinematográfica como actriz de cine mudo en varias películas del director Arnold Fanck ambientadas en paisajes de los Alpes. En estas cintas, Riefenstahl era una protagonista femenina de carácter atlético. Ya conocida por el público como intérprete, dirigió su primera película en 1932 (La luz azul), que llamó la atención de Adolf Hitler, por entonces todavía un político de la oposición, aunque ya conocido en toda Alemania. Riefenstahl, por su parte, quedó cautivada por la capacidad oratoria de Hitler.

A partir de esta admiración mutua, Hitler pidió a Riefenstahl que filmara un cortometraje, La victoria de la fe (Der Sieg des Glaubens), en 1933, que habría de servir para su siguiente trabajo, El triunfo de la voluntad (Triumph des Willens) en 1934. Su tercer gran trabajo para el régimen fue Olimpia (1936), que plasmó los Juegos Olímpicos de Berlín de ese año bajo el prisma ideológico del régimen nazi. Olimpia recibió el premio a la mejor película extranjera en el Festival de Cine de Venecia.

El inicio de la Segunda Guerra Mundial interrumpió la colaboración de Riefenstahl con el régimen de Hitler (dejó varios proyectos inconclusos), fue sometida a procesos de desnazificación; aunque nunca fue miembro del Partido Nazi, su estrecha relación con el régimen fue un peso del que ya nunca pudo librarse.

En los años sesenta se volcó en la realización de trabajos fotográficos, como una serie sobre la tribu nuba de Sudán y, posteriormente, en la recién nacida cinematografía submarina. Murió en Alemania en 2003, a la edad de 101 años.

■

Dónde y cuándo

El Sexto Congreso del Partido Nacionalsocialista se celebró en Núremberg entre el miércoles 5 y el sábado 8 de septiembre del año 1934 con la asistencia de más de setecientos mil afiliados y simpatizantes del régimen nazi.

El escenario del discurso no fue elegido al azar. El palacio de congresos de Núremberg era un edificio que, por su arquitectura, permitía que todos los presentes escuchasen el discurso con buenas condiciones acústicas. Y lo que era más importante para el efecto cinematográfico: su forma creaba una sensación errónea de que en la sala había más personas de las que en realidad la ocupaban, proporcionando una exagerada sensación de poder y superioridad.

El último día del congreso, sábado 8 de septiembre, Adolf Hitler era el encargado de pronunciar el discurso de clausura. Antes de tomar la palabra, Rudolf Hess subió a la tribuna vestido con el uniforme pardo del Partido y, en medio de un absoluto silencio, presentó al orador con tan solo tres palabras: «Habla el Führer».

Los presentes prorrumpieron en aplausos y vítores mientras Hitler, también vestido con el uniforme del Partido Nazi, se colocaba frente a la tribuna de oradores. Sin hacer prácticamente ningún gesto, aguardó a que se acallaran las aclamaciones y, una

vez hecho el silencio, comenzó.

El discurso

Idioma original: alemán

El Sexto Congreso del Movimiento llega a su fin.

Lo que para millones de alemanes que se encuentran fuera de nuestras filas quizás parezca únicamente una ostentación de poder político, para cientos de miles de luchadores es infinitamente más: la gran reunión personal y espiritual de veteranos combatientes y camaradas.

Y, quizás, algunos de entre ellos, a pesar de la forzosa grandiosidad de esta exhibición militar de nuestro partido, recuerden con melancólicos corazones aquellos días en los que todavía resultaba duro ser nacionalsocialista. [Aplausos].

En aquel entonces, cuando nuestro partido lo componían únicamente siete personas, ya tenía dos principios fundamentales: primero, que sería un partido con una verdadera ideología; y segundo, sería por ello, y libre de cualquier compromiso, el primer y único poder en Alemania. [Vítores y aplausos].

Como partido, tuvimos que permanecer en la minoría porque movilizamos los elementos más valiosos de lucha y sacrificio de la nación, algo que, en todas las épocas, ha correspondido no a la mayoría, sino más bien a la minoría. [Aplausos].

Y puesto que estos, los racialmente mejores de la nación alemana, reclaman con orgullosa autoestima el liderazgo del pueblo y del Reich, el pueblo alemán, cada vez en mayor número, se ha unido y supeditado a sí mismo bajo este liderazgo. [Aplausos y gritos aislados de Heil!].

El pueblo alemán es feliz sabiendo que las apariciones siempre fugaces han sido reemplazadas por fin por un polo inamovible [Pausa] que se considera portador de la mejor sangre y que, consciente de ello, lo aprovecha para lograr el liderazgo, y está decidido a mantenerlo, salvaguardarlo y no abandonarlo nunca. [Pausa].

Siempre habrá solo una parte del pueblo que sobresalga como luchadores realmente activos y se esperará más de ellos que del resto de millones de compatriotas. Para ellos, no será suficiente con la mera confesión «Yo creo», sino la aseveración «Yo lucho». [Aplausos, gritos de Heil! y saludo de Hitler].

En el porvenir, el Partido será la fuente del liderazgo político del pueblo alemán. Será inamovible en su doctrina, duro como el acero en su organización, moldeable y adaptable en sus tácticas, pero como una orden en su conjunto. [Pausa] Sin embargo, aunque el objetivo sea que todos los alemanes honrados se conviertan en nacionalsocialistas, solo los mejores nacionalsocialistas son miembros del Partido. [Pausa].

Hubo un tiempo en el que nuestros enemigos nos inquietaron y persiguieron, y eliminaron a los elementos inferiores del movimiento por nosotros. Hoy debemos examinarnos y extirpar de entre nosotros a los elementos indeseables que se han demostrado dañinos y que, por consiguiente, [Pausa] por consiguiente, ya no pertenecen a nosotros. Es nuestro deseo y nuestra voluntad que este Estado y este Reich se prolonguen durante los próximos mil años. Podemos estar felices de saber que este futuro nos pertenece íntegramente. [Aplausos].

Aunque puede que los mayores vacilen, la juventud está comprometida con nosotros, en cuerpo y alma. [Aplausos] Solo entonces, cuando, con todo nuestro buen hacer, el Partido se convierta en la más alta encarnación del pensamiento nacionalsocialista, se materializará como un eterno e indestructible pilar del pueblo alemán y del Reich. Solo entonces, nuestro glorioso y admirable ejército, con sus veteranos, orgullosos guerreros de nuestro pueblo, se unirá al liderazgo político del Partido igualmente apegado a la tradición. Y entonces estas dos instituciones educarán conjuntamente al hombre alemán, lo fortalecerán y cargarán sobre

sus hombros el Estado alemán, el Reich alemán. [Pausa].

A esta hora, decenas de miles de nuestros camaradas del Partido están partiendo ya de la ciudad. Pero, mientras algunos continúan alimentando sus recuerdos, otros ya comienzan a hacer preparativos para la siguiente convocatoria. Y de nuevo las gentes vendrán y se irán, y de nuevo se conmoverán, se sentirán afortunadas e inspiradas, porque la idea y el movimiento son una expresión viva de nuestro pueblo y, de ese modo, un símbolo de la eternidad.

¡Larga vida al movimiento nacionalsocialista!

¡Larga vida a Alemania! [Aplausos, gritos de Heil! y saludo de Hitler].

Rudolf Hess: ¡El Partido es Hitler! ¡Pero Hitler es Alemania, igual que Alemania es Hitler! Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil! ['salve, victoria'].

TRADUCCIÓN DEL AUTOR

Contenido del discurso

Como ya se ha mencionado, el discurso de Hitler es parte de una película documental rodada por la directora Leni Riefenstahl en la que mezcla montaje de estudio con las tomas filmadas durante los días que duró el Sexto Congreso del Partido Nazi en septiembre de 1934. El discurso aparece al final de la cinta, a partir del minuto noventa y tres de filmación, y dura aproximadamente diez minutos. Como punto final del largometraje, se escucha la canción de Horst Wessel (también conocida como «Die Fahne hoch!» —«¡La bandera en alto!»— himno de facto de Alemania durante el régimen nazi junto a la primera estrofa del «Deutschlandlied».

Antes de ese momento cumbre de la película, El triunfo de la

voluntad ha hecho un repaso de todo lo ocurrido durante los días de celebración del congreso. En primer lugar, tras los títulos de crédito, se muestra la llegada de Hitler a Núremberg en avión y cómo es recibido por una gran muchedumbre que lo vitorea hasta su llegada al hotel; el primer tema tratado, después, obviamente, del líder, es el campamento de las Juventudes Hitlerianas —los jóvenes aparecen realizando distintas tareas en un ambiente jovial e idealizado—; a continuación se muestra un desfile de agricultores con primicias de la cosecha y, acto seguido, Hitler pasando revista a los soldados del Frente Obrero Alemán; luego vienen imágenes de la celebración del congreso del NSDAP y, después, la revista del Führer al Servicio Obrero Alemán; escenas de la concentración nocturna de las milicias, así como la de las Juventudes Hitlerianas y las Juventudes Alemanas en el Estadio Alemán; el siguiente hecho destacado es una alocución de Hitler ante las juventudes; más adelante se recogen el desfile de caballería y las unidades motorizadas, la reunión nocturna de los líderes y una segunda revista general, las revista a las SA y las SS en el memorial de Von Hindenburg y, en la última parte de la cinta, el juramento de lealtad a Hitler de las SA y las SS, la revista de formaciones paramilitares y, para terminar, la ceremonia de clausura del congreso, donde Hitler pronuncia su discurso.

Antes de analizar el discurso creo que es necesario establecer una línea de actuación. Hitler es un personaje que ha dejado una profunda huella, una herida, en la memoria colectiva de todo el mundo. Sabemos de sus ideas, sus actos, sus atrocidades y de su final. Pero, a la hora de enfrentarnos a estas palabras, debemos ser conscientes de que nos encontramos en 1934. Todavía no ha estallado la Segunda Guerra Mundial, ni siquiera se ha producido la anexión de Austria y los Sudetes. La solución final contra los judíos no se ha planteado como tal, por mucho que ya se abrigaran contra ellos los peores sentimientos. Así pues, para analizar el discurso hemos de valernos del propio texto y únicamente de lo que sabemos del orador hasta ese momento, información que se extrae de dos fuentes básicas: sus propios hechos y su pensamiento puesto por escrito en Mein Kampf. Se pueden intuir líneas de actuación futuras en las palabras de Hitler, pero no hay que caer en la trampa de ver lo que todavía quizás ni el propio Hitler sabía.

Ethos

Siguiendo el orden tradicional de los elementos discursivos trazado por Aristóteles y que ya se ha visto en discursos anteriores, esta alocución comienza con el establecimiento del ethos, la autoridad moral del orador. Como suele ocurrir cuando hay un maestro de ceremonias, el ethos viene ya dado de antemano. En este caso, el encargado de presentar a Hitler es Rudolf Hess, uno de sus principales colaboradores en aquella época y el hombre que, según algunos historiadores, había mecanografiado el original del Mein Kampf al dictado de su autor durante la estancia de ambos en la prisión de Landsberg en 1923. Hess sube al estrado, dice «habla el "Führer"» y se baja del estrado, dejando el espacio para que lo ocupe Hitler, que sube a continuación, con rostro serio, sin ni siquiera cruzar una mirada con Hess.

Puede resultar llamativo para el público actual, acostumbrado a algún gesto amigable (abrazo o apretón de manos y una sonrisa) entre maestro de ceremonias y orador. Sin embargo, dentro del potente lenguaje gestual de todo el discurso, tiene sentido. Hitler y Hess no son iguales. Hess es tan solo un hombre; Hitler es el Führer. La palabra Führer procede del verbo führen, que significa 'conducir'. El nazismo tomó la idea para esta terminología del fascismo italiano de Mussolini, que se hacía llamar Duce, del latín dux, con idéntico sentido etimológico de 'conducir', 'guiar desde la posición delantera'.

Habla el Führer.

No hay que decir nada más. Habla el Führer, la autoridad suprema, indiscutible. A lo largo del discurso, Leni Riefenstahl inserta primeros planos del público y de algunos jerarcas nazis que escuchan con atención y admiración a su líder. Oyen, absorben sus palabras y las toman como algo superior a ellos. De hecho, llama la atención la similitud entre algunos de esos rostros atentos y las expresiones que exhiben los personajes pintados a lo largo de toda la historia del arte cuando se encuentran en presencia de la

divinidad. Epifanía. Especialmente llamativo es el gesto de arrobamiento de Rudolf Hess, mientras que en el caso de otras autoridades nazis se percibe una misma sumisión, pero desde una actitud más orgullosa, que se refleja en el mentón alto y la seguridad de la pose que adoptan luciendo el uniforme y la esvástica nazi.

Pathos

Hitler empieza fuerte. Nada más subirse al estrado traza una línea divisoria muy clara entre «nosotros» y «ellos». Será una constante a lo largo de todo el discurso y, de hecho, a lo largo de toda la vida del nacionalsocialismo. No hay medias tintas. No hay posiciones intermedias. Solo «nosotros».

La primera frase de Hitler es un reconocimiento tácito de que su ideología todavía no ha calado en todos los estratos de la sociedad alemana. Aún quedan «millones de alemanes que se encuentran fuera de nuestras filas».

Dentro de las filas hay cientos de miles de luchadores, para los cuales esta reunión del Partido es mucho más que una ostentación de poder: es una reunión personal y espiritual. Porque el camino hasta ese punto ha estado lleno de dificultades. En ese momento, Hitler ya es canciller de Alemania, pero en sus orígenes, toda Alemania eran «ellos», y solo unos pocos formaban el «nosotros».

Hay, por lo tanto, una primera idea. Se puede dejar de ser «ellos» para formar parte de «nosotros», aunque no es un camino que todos puedan recorrer, como se verá más adelante. Por ahora, Hitler entra en el territorio del pathos alimentando la nostalgia de unos tiempos pasados idealizados, cuando el Partido lo componían tan solo siete personas.

Ligada a la primera idea de que se puede llegar a pertenecer al «nosotros», ahora Hitler expone claramente la segunda: la única ideología posible, la única verdadera, es el nacionalsocialismo. No

cabe otra posibilidad. Esta exaltación del sentimiento nacionalista, del alemán puro, no está asentada en la razón, sino en una convicción que sale de las entrañas, es pasional, pura fe. Y constituye la base de todos los regímenes totalitarios, que crean un universo de opuestos en el que solo hay una opción correcta: la propia.

Respecto al tono, Hitler comienza bastante comedido, pero a partir de la primera interrupción por los aplausos retoma el discurso —«En aquel entonces, cuando nuestro partido lo componían únicamente siete...»— elevando el tono de voz y aumentando también la gestualidad. Paso a paso, introduce al auditorio en la pasión del momento.

El recuerdo de esos «buenos viejos tiempos» está plagado de palabras y expresiones que apelan al pathos, al sentimiento: «valor», «sacrificio», «mejor», «orgullosa autoestima». Pero aparece entonces uno de los términos clave del discurso: el liderazgo.

No se trata de un liderazgo personal, al menos en teoría: Hitler expone la idea de que el Partido, junto con el pueblo alemán, tienen derecho a reclamar ese puesto dirigente y hacerse cargo de la situación. Se traza una línea clarísima entre los que tienen opciones a ese liderazgo y los que no, y se hace por omisión. Dentro del pueblo alemán, el liderazgo pertenece al Partido, de manera que los que no estén en el Partido quedan excluidos. En un plano más amplio, la oposición se dibuja entre lo alemán y lo no-alemán. No lo dice explícitamente, pero sabemos por las ideas expuestas en Mein Kampf, por su trayectoria posterior y por la expresión «racialmente mejores» que el primer candidato a ser considerado no-alemán era el pueblo judío.

¿Por qué hay que liderar al pueblo alemán? Porque el punto de partida es la derrota de 1918 y la, en su opinión, traición de elementos internos que solo buscaban la desintegración del país. Y en ese lado de los traidores se encontraban también todos los dirigentes del país desde 1918 hasta aquel momento, de ahí que, para Hitler, solo hubiera una opción válida: él y su partido.

En esta parte del discurso, resulta llamativo observar hasta qué punto está estudiado cada movimiento sobre la tribuna de oradores.

Cada vez que Hitler pronuncia las palabras «pueblo alemán» realiza el gesto de dar un abrazo y junta los brazos sobre su pecho. Él, como führer, abraza a ese pueblo abandonado y traicionado por los anteriores gobernantes.

Dentro del «nosotros», sin embargo, subraya una profunda diferenciación: «[...] aunque el objetivo sea que todos los alemanes honrados se conviertan en nacionalsocialistas, solo los mejores nacionalsocialistas son miembros del Partido». Una élite de alemanes, destinada a dirigir a toda la nación, que sobresalen por su actividad. De ellos no se espera únicamente palabras («yo creo»), sino hechos («yo lucho»). Estos elegidos son portadores «de la mejor sangre», lo que les otorgará el derecho a ser miembros del Partido, duro, pero flexible, y con un sentimiento de hermandad.

¿Quién no querría pertenecer a esta élite absoluta? ¿Quién, entre los presentes, pensaría que Hitler no le estaba hablando directamente a él? Sus palabras son calculadamente ambiguas como para que nadie de su auditorio se sienta excluido.

A continuación, Hitler pone nombre por primera vez a los «otros»; son unsere Gegner, que puede traducirse como 'nuestros rivales', 'oponentes' o 'enemigos'. E igual que hacía el ademán de abrazar cuando hablaba del pueblo, ahora señala en tono acusador con el dedo. El cuerpo también habla. Pero cuando alude a estos enemigos no se refiere únicamente a comunistas, judíos o cualquier otro rival absoluto del movimiento nazi; hay también algo mucho más cercano: los elementos indeseables dentro del propio Partido. Ya en una época tan temprana como este 1934, Hitler es consciente de que su poder se basa en el carácter monolítico del Partido. Todo el que dude o sea débil debe ser eliminado.

No se trata de mera retórica. El 30 de junio de 1934, apenas dos meses antes de pronunciar este discurso, había tenido lugar la llamada noche de los cuchillos largos, a la que nos hemos referido (Nacht der langen Messer), una purga cuyas principales víctimas fueron los dirigentes de la Sturmabteilung (SA), una organización paramilitar dirigida por Ernst Röhm, que había sido uno de los apoyos de Hitler desde los primeros momentos del movimiento nazi. Sin embargo, para 1934, su lealtad y su fortaleza (al menos desde el punto de vista del caudillo) no se consideraban probadas, y

fue eliminado junto con su organización. A partir de aquella fecha, las SS, cuya fidelidad hacia Hitler se establecía mediante un juramento personal, pasaron a encarnar la idea de que solo los más fuertes y de la mejor sangre liderarían el Partido y Alemania. Y así sería hasta el final de la guerra. De este modo, lo que Hitler expuso en la tribuna no era solo un plan de futuro. Estaba explicando lo que ya había hecho y estaba dispuesto a hacer de nuevo.

¿Qué nos espera después de estas purgas? Hitler muestra su visión:

Es nuestro deseo y nuestra voluntad que este Estado y este Reich se prolonguen durante los próximos mil años. Podemos estar felices de saber que este futuro nos pertenece íntegramente.

«Nuestro», no «mi» deseo. El futuro «nos» pertenece, no «me» pertenece. Mediante el sutil empleo de los posesivos en plural, Hitler intenta involucrar al Partido y al pueblo alemán en lo que, en realidad, es «su» deseo y «su» futuro: una gran Alemania que perdure mil años. El canciller exprime los recursos teatrales. El tono de voz se suaviza respecto al momento anterior en el que hablaba de enemigos. Ahora tiene un tono más esperanzado, se toca el corazón en varias ocasiones y eleva la mirada y los brazos al cielo en el momento en que pronuncia la palabra «futuro». Se adivina incluso una sonrisa en su rostro.

Y el futuro es de los jóvenes. Hitler lanza primero un dardo contra las generaciones de mayores alemanes —«Puede que los mayores vacilen...»—; en realidad, Hitler piensa que ya lo han hecho. Las generaciones de mayores son las responsables de la derrota en la Primera Guerra Mundial y las que han permitido la crisis, la república comunista de Baviera y la corrupción política y económica de la República de Weimar. Ya han demostrado su debilidad. No se puede contar con la mayoría de ellos. Lógicamente, el futuro está en las siguientes generaciones, y al hablar de ellas Hitler se ilumina, vuelve a elevar brazos y mirada al cielo y pone sus manos en el pecho.

Ahora bien, esta juventud debe ser educada convenientemente para que no equivoque su camino. Frente a la concepción de los países democráticos modernos que sostienen que la educación debe ser tarea del Estado, Hitler carga esta responsabilidad sobre dos instituciones diferentes: el propio Partido Nazi, donde están los mejores de entre todos los alemanes, y el Ejército, única institución ajena al Partido a la que Hitler respetaba (aunque posteriormente, durante la guerra, cambió su actitud hacia los militares). Ejército y Partido, únicas reservas de veteranos dignos, moldearían a los alemanes del futuro. Esta visión se hizo realidad por medio de las Juventudes Hitlerianas, una organización paramilitar juvenil que combinaba la instrucción física y militar propia de las Fuerzas Armadas con la propaganda y el baño ideológico propios del Partido Nazi. Una vez más, Hitler no se limitaba a hablar; ponía en práctica sus ideas.

A medida que se expresaba, aumentaba la potencia de su voz y de sus gestos, que se vuelven de nuevo enérgicos y rígidos. Hay momentos en los que acompaña con los brazos sus palabras, como cuando coloca sus puños sobre los hombros mientras dice «[...] y cargarán sobre sus hombros el Estado alemán».

Riefenstahl combina en este pasaje las imágenes de Hitler con las de jerarcas nazis que escuchan sus palabras con adoración, e introduce además toda la simbología nazi (águilas, esvásticas, estandartes, etcétera) que impregnará la vida cotidiana de los alemanes durante los siguientes años.

El discurso está llegando a su final. En realidad, Hitler ya ha expuesto todas sus ideas: en primer lugar, que solo hay dos opciones: estar con el Partido o fuera del Partido, y aún se está a tiempo de escoger el bando correcto; únicamente los mejores dentro del Partido están destinados a liderar al pueblo alemán; hay que erradicar a todos los elementos indeseables, dentro y fuera del Partido; el futuro es de los jóvenes, que serán educados y guiados por el Ejército y el Partido, y dentro de ese futuro habrá un Reich alemán que durará mil años y en el que se hará realidad la visión de Hitler.

Hitler cierra el discurso con más pathos. La clausura del congreso provoca recuerdos y deseo de regresar, provoca

conmoción, inspiración y agradecimiento, «porque la idea y el movimiento son una expresión viva de nuestro pueblo y, de ese modo, un símbolo de la eternidad».

Llegados a este punto, se observa que el logos, la parte razonada del discurso, las ideas sostenidas por la lógica, es prácticamente inexistente. Y esa es una de las grandes lecciones de esta pieza oratoria. Los totalitarismos (de toda época, condición y tendencia) se basan en la apelación a los sentimientos y las pulsiones más primarias, pero ninguna de sus afirmaciones se sostienen sobre sólidas bases intelectuales.

Las últimas palabras de Hitler vinculan la existencia del Partido con las del propio país: «¡Larga vida al movimiento Nacionalsocialista! ¡Larga vida a Alemania!».

Alemania vivirá si vive el Partido. Y caerá con el Partido. Y así fue.

Hitler bajó del estrado antes de recibir la ovación del público. Resulta llamativa esta conducta cuando se compara con la de un político moderno o un artista que recoge los aplausos de su audiencia. Hitler no lo necesitaba. Su poder era indiscutible. No precisaba de la aprobación de los suyos. La tenía de manera incondicional. Nada más terminar, Rudolf Hess cierra el círculo que él mismo había iniciado:

¡El Partido es Hitler! ¡Pero Hitler es Alemania, igual que Alemania es Hitler! Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!

El Partido primero, y Alemania más tarde, acabarían haciendo suya esta identificación. Hitler es su líder, es su padre. Más aún: Hitler es el Partido y es Alemania. Sigmund Freud trató la cuestión de las identificaciones en su obra Psicología de las masas y análisis del yo. Se trata de un enlace afectivo con otra persona a la que se aspira a igualar y sustituir, parte del complejo de Edipo. Esta aspiración se aprecia perfectamente en El triunfo de la voluntad,

donde el führer se nos muestra como un ideal al que hay que aspirar. Resulta curioso cómo, en los últimos días de la guerra, algunos de los lugartenientes de Hitler, en especial Göring y Himmler, aspiraron a sustituirlo para poder alcanzar algún tipo de paz negociada con los norteamericanos, pero cómo todos sus movimientos fueron una mezcla de traición y miedo reverencial hacia el caudillo, el «padre» al que querían sustituir.

El discurso en imágenes

El triunfo de la voluntad supuso la presentación de Hitler y su régimen a nivel mundial desde un punto de vista visual. La película moldeó la imagen del canciller como líder y salvador de Alemania desde ese momento hasta el hundimiento final del régimen nazi en 1945. Aún hoy en día, más de ochenta años después de estos hechos, las imágenes de Riefenstahl son la referencia primera a la hora de mostrar los orígenes del Partido, su capacidad de convocatoria para las masas y su poder de fascinación.

Aparte del innegable talento cinematográfico de Leni Riefenstahl, que culminaría en su mejor obra, Olimpia (1936), El triunfo de la voluntad es una obra maestra de la propaganda política, un género nacido en los primeros decenios del siglo XX con Sergei Eisenstein (El acorazado Potemkin, Octubre), pero que de la mano del régimen nazi alcanzó la cima de su eficacia. Es interesante analizar las herramientas que utiliza Riefenstahl porque solo entendiendo los mecanismos de la manipulación es posible aprender a defenderse de futuras manipulaciones.

Como nota anecdótica, resulta llamativa la influencia de muchas tomas de El triunfo de la voluntad en la mucho más moderna y oscarizada Gladiator de Ridley Scott. La panorámica de Roma desde el cielo, centrándose en el águila imperial, y sobre todo la escena completa de la entrada triunfal de Cómodo en Roma es casi un calco, toma por toma, de la llegada de Hitler a Núremberg. Lo único que cambia es la intención. El héroe de Riefenstahl se

convierte en «el malo de la película» para Scott.

Película completa con el discurso. A partir de 1 hora 33 minutos

https://www.dailymotion.com/video/x6uajey

Comparación Gladiator/Triunfo de la voluntad.

https://www.youtube.com/watch?v = 5laXqUpgmiA

RESISTENCIA

-

«¡No pasarán!»

Dolores Ibarruri, Pasionaria

Madrid, 19 de julio de 1936

Contexto histórico

La Segunda República española, proclamada el 14 de abril de 1931, contó desde un principio con la oposición de amplios sectores de la sociedad española. Las causas que desembocaron en la sublevación del 18 de julio de 1936 estaban presentes desde un inicio, aunque algunas de ellas se exacerbaron con el paso de los años.

Como telón de fondo que explique el conflicto estaban las profundas desigualdades sociales y económicas que mostraba la sociedad española. Entre los más desfavorecidos, las altas tasas de paro y las precarias condiciones de trabajo fueron el caldo de cultivo de numerosas huelgas y movilizaciones que tenían como esperanza alcanzar una sociedad de ideología izquierdista, fuese socialista, comunista o anarquista. El caso más notorio de movilización fue la revolución de Asturias de octubre de 1934. En aquel momento, la experiencia de la Unión Soviética todavía se contemplaba con una mirada idealizada.

La radicalización de la izquierda era una reacción natural, más aún cuando las medidas emprendidas por los Gobiernos republicanos respecto a una reforma agraria habían dejado insatisfechos a muchos de los teóricos beneficiarios de la misma. Y en esa radicalización surgió un patrón de enfrentamiento que calificaba como enemigos no solo a las élites capitalistas y a los terratenientes, sino también a la Iglesia, considerada cómplice del mantenimiento del statu quo de estas clases privilegiadas. Una ola de anticlericalismo barrió España, que fue testigo de quemas de iglesias y conventos y ataques contra sacerdotes y monjas que, en algunos casos, llegaron al asesinato.

Por si esto fuera poco, en estos años se avivaron los

sentimientos nacionalistas en el País Vasco y en Cataluña, que aspiraban a un mayor autogobierno y, en última instancia, a la independencia.

Como si de un combate de boxeo se tratara, en el otro extremos del ring se encontraban todos aquellos que veían amenazada su posición por el rumbo político y económico que había tomado la República. Estaban, por supuesto, los nostálgicos de la monarquía liquidada en 1931, pero también los terratenientes, grandes industriales, la Iglesia y todo el espectro conservador de la sociedad que no veía con buenos ojos la radicalización de la izquierda ni las aspiraciones nacionalistas. El resultado fue la radicalización de la derecha.

España era una país con una larga tradición de injerencia de los militares en la vida civil, cuya última experiencia había sido la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) y la «dictablanda» de Berenguer hasta el final del reinado de Alfonso XIII. La llegada de la República no cambió la costumbre. Entre 1931 y hasta el definitivo julio de 1936, se produjeron varios levantamientos militares fallidos, el más famoso de ellos, la llamada Sanjurjada de agosto de 1932.

Por otra parte, los ejemplos del fascismo italiano de Mussolini, en el poder en Italia desde 1923, y del nazismo de Hitler, que llegó al gobierno de Alemania en 1933, ofrecían a las derechas un espejo en el que mirarse para combatir a la izquierda. Frente a comunismo, fascismo. La polarización estaba servida.

En febrero de 1936, una coalición electoral de izquierdas denominada Frente Popular venció en las elecciones generales. Aunque el voto popular estuvo muy equilibrado (47,3 % de izquierdas frente a 46,5 % de las derechas y solo un 6,2 % para otras opciones), el sistema electoral primaba al vencedor, de manera que el reparto de escaños fue muy favorable al Frente Popular, con doscientos sesenta y tres (incluido el Front d'Esquerres de Cataluña) por ciento cincuenta y seis de la derecha. El Partido Comunista, al que pertenecía Dolores Ibarruri, integrado en la coalición de izquierdas, obtuvo diecisiete diputados.

Entre febrero y julio de 1936, el nuevo Gobierno presidido por

Manuel Azaña no consiguió rebajar el clima de tensión y el ruido de sables que desde hacía tiempo sonaba en España. Entre febrero y julio hubo un total de trescientos ochenta y cuatro muertos por reyertas o asesinatos políticos repartidos entre derechas e izquierdas. El asesinato del dirigente conservador monárquico José Calvo Sotelo el 13 de julio como represalia por la muerte unas horas antes del teniente José del Castillo, un guardia de asalto afiliado al PSOE, fue la chispa que acabó de prender una rebelión que, con seguridad, se habría producido de igual modo más pronto que tarde.

El 17 de julio de 1936, una indiscreción de un oficial golpista de Melilla hizo que la noticia de que se preparaba un alzamiento militar llegara a oídos del Gobierno en Madrid. Una vez descubiertos, los legionarios comandados por los golpistas arrestaron al general Romerales, comandante militar de Melilla, y lo fusilaron junto al alcalde de la ciudad que también se había opuesto a la rebelión. A continuación, proclamaron el estado de guerra y comunicaron la situación a los otros militares rebeldes repartidos por el protectorado español de Marruecos, en Canarias y en diversos puntos de la península. Esto hizo que se adelantara la fecha del golpe para el día siguiente, 18 de julio.

Aunque en la actualidad se focaliza en Franco la dirección del levantamiento, lo cierto es que, aun siendo un importante general con un prestigio ganado en el campo de batalla en Marruecos, no era el líder natural del grupo. Entre los sublevados había generales de conocidas tendencias golpistas, como Sanjurjo, Mola, Queipo de Llano, Dávila y Cabanellas. Mola era llamado «el director», aunque su muerte en accidente de aviación en 1937 acabó por despejar el camino al poder a Franco.

El 19 de julio el golpe no había triunfado, pero tampoco podía afirmarse que hubiera fracasado. En Madrid, Barcelona, Valencia, Murcia o Málaga, los focos rebeldes se rindieron a las pocas horas o acabarían destruidos en los días siguientes (el caso más famoso fue el Cuartel de la Montaña de la capital, que sería tomado el día 20, acción que costó la vida a entre quinientos y novecientos soldados y falangistas). Por el contrario, ciudades como Córdoba, Cádiz, Valladolid, Zaragoza o Sevilla estaban en manos de los sublevados.

Traducido a extensión territorial, el país estaba prácticamente dividido en un treinta por ciento para los golpistas y un setenta para la República. Los rebeldes controlaban Canarias (excepto La Palma), Baleares (excepto Menorca), todo el Protectorado de Marruecos, partes de Andalucía, Galicia, León, Castilla la Vieja, Álava, Navarra, casi toda la provincia de Cáceres y la mitad de Aragón. Además, contaban con bastiones de resistencia en Oviedo, Gijón, Toledo o Andújar. El resto del territorio permanecía bajo el control de la República.

Aunque el golpe no había triunfado, perder un tercio del territorio en tan solo dos días y saber que gran parte del ejército se había sumado a la sublevación hizo asumir lo evidente: había que prepararse para una guerra que podría durar semanas, quizás meses; ojalá no fueran años. Había que movilizar a las tropas, pero también a la población.

Mientras ese mismo día 19 de julio asumía el cargo de presidente del Consejo de Ministros Diego Martínez Barrio en sustitución del dimitido Santiago Casares Quiroga (al que muchos señalaban por no haber prestado la debida atención a los indicios golpistas que le habían llegado en los meses anteriores), los partidos y agrupaciones de izquierdas se apresuraron a movilizar a sus bases. El Partido Comunista, una de cuyas representantes más notables era Dolores Ibarruri, no fue una excepción.

El general Mola ya había dejado clara su visión del conflicto. Había que llegar a Madrid cuanto antes, golpeando con violencia y eficacia para acabar con la resistencia del Gobierno republicano de inmediato. Con este propósito, desde Castilla la Vieja y Navarra salieron varias columnas de tropas en dirección a la capital. Por su parte, la resistencia ante este ataque comenzó a prepararse en la sierra de Guadarrama.

La clave era Madrid.

Quién es quién

▪

Dolores Ibarruri, Pasionaria, nació en Gallarta, Vizcaya, el 9 de diciembre de 1895, en el seno de una familia obrera, conservadora, cristiana y con vínculos carlistas. Fue la octava de once hijos y, como curiosidad, fue inscrita en el Registro Civil con el nombre de Isadora. Ni a su madre ni a ella les importó nunca aquel papel, y siempre se hizo llamar Dolores.

En su juventud mostró una gran devoción cristiana que estuvo a punto de llevarla al convento, aunque acabó por buscar un trabajo como costurera y sirvienta para ayudar económicamente a su familia.

Con veinte años se casó con Julián Ruiz Gabiña, un minero comprometido con el movimiento socialista. Fue a través de él como Dolores conoció la ideología marxista que ponía en cuestión sus creencias católicas tradicionales.

La pareja participó en la huelga general de 1917 como afiliados a la agrupación socialista de Somorrostro, pero en 1919 se unieron a la escisión comunista que se produjo dentro del PSOE y que constituyó la base que, en 1920, fundó el Partido Comunista Español. En 1921, este partido se fusionó con el Partido Comunista Obrero Español, dando lugar al Partido Comunista de España. Es en estos años cuando se populariza su sobrenombre, Pasionaria, tras utilizarlo como seudónimo para firmar un artículo suyo aparecido en el periódico obrero El minero vizcaíno, en 1918.

En 1922, Dolores fue nombrada delegada para el I Congreso del PCE, y comenzó a escribir en el periódico Bandera Roja de Bilbao. En 1930 resultó elegida miembro del Comité Central del Partido.

En 1931, encabezó la candidatura del PCE por Vizcaya para las Cortes Constituyentes republicanas, pero no resultó elegida. Designada miembro del Buró Político en el IV Congreso del PCE en 1932, ese mismo año fue detenida y procesada. Al año siguiente, 1933, viajó por primera vez a la URSS, se divorció de su marido y fundó la Unión de Mujeres Antifascistas.

En 1934, se produjo un hecho que marcó la trayectoria de la

Pasionaria: el estallido y fracaso de la Revolución de octubre en Asturias, sofocada violentamente por las tropas regulares y la Legión al mando de Franco. La vinculación ideológica y emocional con el movimiento obrero asturiano hizo que aquel episodio provocara en ella una animadversión especial por el general que había dirigido las operaciones.

Su vida política revolucionaria dio un nuevo salto en el período 1935-1939, cuando se convirtió en la figura más relevante del PCE. Diputada del Frente Popular por Asturias tras las elecciones del 16 de febrero de 1936, su apasionada oratoria y su capacidad para involucrarse en todas las luchas obreras y populares le granjearon gran celebridad, a la vez que se convertía en blanco de las críticas de los partidos conservadores, que explotaron especialmente las acusaciones de promiscuidad sexual y de incumplir los valores tradicionales que se suponían fundamentales en una mujer casada con hijos.

Uno de los episodios más controvertidos de su biografía tuvo lugar el 16 de junio de 1936. Al parecer, durante la sesión del Congreso de los Diputados, se habría dirigido al líder conservador Calvo Sotelo con las palabras: «¡Usted ha hablado por última vez!». Calvo Sotelo murió asesinado el 13 de julio y aquello fue una de las chispas que acabó prendiendo con el levantamiento del 18 de julio. Sin embargo, Ibarruri siempre negó haber proferido esa amenaza, y el diario de sesiones de las Cortes que recoge el discurso tampoco da fe de esas palabras.

El estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 sumergió a Ibarruri en una frenética actividad política. Por una parte, fue elegida vicepresidenta de las Cortes republicanas de 1937. Por otra, su labor de apoyo a las fuerzas gubernamentales la convirtió en una leyenda viva entre las filas obreras y antifascistas.

Tras el final de la guerra y la derrota de la República, se exilió en la Unión Soviética, donde en 1942 fue elegida secretaria general del PCE en el exilio. En aquel período murió su único hijo varón, Rubén, que luchaba en la defensa de Stalingrado en las filas del Ejército Rojo. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial se estableció en Toulouse junto con toda la dirección del PCE. En 1948 se trasladó a Moscú, donde permaneció seis años. En 1955 se dirigió a

Bucarest, sede de Radio España Independiente, plataforma desde la que (utilizando como enlace Radio Pirenaica) habló a diario desde 1957 hasta 1960 alentando a los mineros asturianos y al resto de los obreros españoles.

En 1960 presentó su dimisión como secretaria general del PCE, dejando el puesto a Santiago Carrillo y permaneciendo ella como presidenta del partido.

Tras la muerte de Franco, regresó a España en 1977 y se presentó a las elecciones de ese año, en las que resultó elegida diputada por Asturias, aunque su papel político fue más simbólico que efectivo.

Murió en Madrid el 12 de noviembre de 1989 y fue enterrada en el recinto civil del cementerio de La Almudena de la capital.

Dónde y cuándo

El 19 de julio, Dolores Ibarruri compareció en el balcón del Ministerio de la Gobernación, situado en edificio de la Real Casa de Correos de la Puerta del Sol, que en la actualidad es la sede de la Presidencia de la Comunidad Autónoma de Madrid.

Como diputada, se disponía a hablar en nombre del Partido Comunista. Asomada al balcón, se dirigió no solo a los presentes en la plaza, sino también a millones de españoles que pudieron escuchar la retransmisión radiofónica ofrecida por Unión Radio, la más antigua cadena de radio española y predecesora de la actual Cadena SER.

El discurso

Idioma original: español

¡Obreros! ¡Campesinos! ¡Antifascistas! ¡Españoles patriotas! Frente a la sublevación militar fascista, ¡todos en pie, a defender la República, a defender las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo!

A través de las notas del Gobierno y del Frente Popular, el pueblo conoce la gravedad del momento actual. En Marruecos y en Canarias luchan los trabajadores, unidos a las fuerzas leales a la República, contra los militares y fascistas sublevados.

Al grito de ¡el fascismo no pasará, no pasarán los verdugos de octubre! los obreros y campesinos de distintas provincias de España se incorporan a la lucha contra los enemigos de la República alzados en armas. Los comunistas, los socialistas y anarquistas, los republicanos demócratas, los soldados y las fuerzas fieles a la República han infligido las primeras derrotas a los facciosos, que arrastran por el fango de la traición el honor militar de que tantas veces han alardeado.

Todo el país vibra de indignación ante esos desalmados que quieren hundir la España democrática y popular en un infierno de terror y de muerte.

Pero ¡no pasarán!

España entera se dispone al combate. En Madrid, el pueblo está en la calle, apoyando al Gobierno y estimulándole con su decisión y espíritu de lucha para que llegue hasta el fin en el aplastamiento de los militares y fascistas sublevados.

¡Jóvenes, preparaos para la pelea! ¡Mujeres, heroicas mujeres del pueblo! ¡Acordaos del heroísmo de las mujeres asturianas en 1934; luchad también vosotras al lado de los hombres para defender la vida y la libertad de vuestros hijos, que el fascismo amenaza!

¡Soldados, hijos del pueblo! ¡Manteneos fieles al Gobierno de la

República, luchad al lado de los trabajadores, al lado de las fuerzas del Frente Popular, junto a vuestros padres, vuestros hermanos y compañeros! ¡Luchad por la España del 16 de febrero, luchad por la República! ¡Ayudadlos a triunfar!

¡Trabajadores de todas las tendencias! El Gobierno pone en nuestras manos las armas para que salvemos a España y al pueblo del horror y de la vergüenza que significaría el triunfo de los sangrientos verdugos de octubre.

¡Que nadie vacile! Todos dispuestos para la acción. Cada obrero, cada antifascista debe considerarse un soldado en armas.

¡Pueblos de Cataluña, Vasconia y Galicia! ¡Españoles todos! A defender la República democrática, a consolidar la victoria lograda por el pueblo el 16 de febrero.

El Partido Comunista os llama a la lucha. Os llama especialmente a vosotros, obreros, campesinos, intelectuales, a ocupar un puesto en el combate para aplastar definitivamente a los enemigos de la República y de las libertades populares.

¡Viva el Frente Popular! ¡Viva la unión de todos los antifascistas! ¡Viva la República del pueblo! ¡Los fascistas no pasarán! ¡No pasarán!

Análisis del discurso

A la hora de analizar este discurso, lo primero que hay que tener en cuenta es que, con total seguridad, Dolores Ibarruri no tuvo tiempo para prepararlo por la sencilla razón de que apenas cuarenta y ocho horas antes no podía saber lo que iba a ocurrir. Es, por lo tanto, una pieza imperfecta, fruto de la prisa y casi de la improvisación. A tapar sus posibles carencias contribuyó el hecho de que, una vez escuchado por la gente reunida en la Puerta del Sol y por la radio, no volvió a reproducirse de inmediato. Tan solo se hizo cuando su valor simbólico era muy superior a sus defectos

formales.

En 1936 no había una televisión ni unas redes sociales que repitieran y desmenuzaran el discurso. Se trataba de impactar, de emocionar y conmover de manera instantánea. Eso buscaba la Pasionaria, y eso logró.

Un llamamiento, ¿a quién?

No se trataba de un discurso institucional que pretendiese hacer un último esfuerzo por la reconciliación, o bien mostrar la posición del Gobierno legítimo de la República frente a los militares sublevados. La Pasionaria hablaba en nombre del Partido Comunista para los afiliados y seguidores de aquella formación. Por eso, en su llamamiento inicial se dirigió primero a su público, obreros y agricultores desde el punto de vista de su origen laboral; y antifascistas desde el punto de vista ideológico. Sin embargo, la cuestión es qué significaba para la Pasionaria la expresión «españoles patriotas».

¿Eran todos los españoles patriotas? Evidentemente, no, así que patriota no es un adjetivo explicativo, sino especificativo, y diferenciaba a los que eran patriotas de los que no. La Pasionaria no lo explicó en este momento, pero a lo largo del discurso se verá cómo, para ella, había dos tipos de españoles, los de la España del 16 de febrero y los que no pertenecían a esa comunidad. Los patriotas eran los primeros.

Con la expresión «16 de febrero», Pasionaria se refería a la coalición del Frente Popular que venció en las elecciones generales celebradas ese día de 1936. Además de mencionar explícitamente al Frente Popular, Ibarruri nombró más adelante a comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos demócratas dentro de las categorías políticas. En clave social, se dirigió especialmente a los jóvenes, las mujeres y los soldados, a los que llamó «hijos del pueblo». Desde el punto de vista laboral, su auditorio se encontraba entre los trabajadores «de todas las tendencias», los obreros, los

campesinos y... los intelectuales. La apropiación de la intelectualidad por parte de la izquierda es un hábil recurso que transmite un poderosos mensaje: si aquellos con mayor educación y herramientas lógicas son de izquierdas, significa que la derecha es irracional e inculta o supersticiosa, lo que aludiría específicamente a la religión.

En este grupo se incluían también los «pueblos de Cataluña, Vasconia y Galicia», es decir, el componente nacionalista de la coalición gobernante. Todos ellos son los llamados a «consolidar la victoria lograda por el pueblo el 16 de febrero».

Resulta llamativa la similitud entre esta lista de la Pasionaria y la que podría presentar en la actualidad cualquier partido de izquierdas.

Ellos

Una vez que quedó claro quién era su público, quiénes conformaban el nosotros, la Pasionaria ofreció un retrato de ellos, del enemigo. A veces, debemos intuirlos por omisión, como en el caso de los antinacionalistas, pero otras quedaron claramente retratados.

Y el retrato es curioso, porque, tratándose de una líder comunista, llama la atención la ausencia de referencias al capitalismo como enemigo del comunismo. La Pasionaria situó su discurso no en el plano teórico-ideológico, sino en el suelo real de la España de 1936. Y en ese momento, el rival no se denominaba capitalismo, sino fascismo.

Dentro del Ejército, Ibarruri ya tenía claro en esos primeros instantes de la guerra que muchos (no todos) cuadros de mandos y oficiales de alta graduación estaban en el bando rebelde, mientras que entre la tropa había más partidarios de la República. Por eso estableció una diferenciación entre ambos grupos uniformados. Los unos eran «soldados, hijos del pueblo»; los otros, ellos, eran

«militares», a los que en dos ocasiones calificó por su ideología (fascistas, facciosos) y a los que reprochó el haber traicionado el honor debido a su uniforme y a su patria.

Y si en el caso del «nosotros», la fecha clave era el triunfo electoral del 16 de febrero de 1936, a «ellos» los definía una fecha infame, ellos eran unos «desalmados», los «sangrientos verdugos de octubre». Resulta evidente que los que escuchaban a la Pasionaria sabían exactamente a qué se refería, porque se trataba de alusiones breves, pero muy significativas.

En octubre de 1934, el PSOE y el sindicato socialista UGT convocaron una huelga general revolucionaria contra el Gobierno de centro-derecha de la CEDA que gobernaba la República en aquel momento. La huelga, con un seguimiento desigual en todo el país, tuvo en Asturias un gran impacto debido a que el sindicato anarquista CNT, con gran predicamento entre los obreros y mineros asturianos, se sumó a la movilización. El Gobierno presidido por Alejandro Lerroux reprimió la insurrección con enorme dureza, empleando para ello tropas regulares del ejército de África y también de la Legión, comandadas por el general Franco desde Madrid. El balance final fue de entre mil quinientos y dos mil muertos y hubo muchos miles de detenidos. La derrota convirtió la insurrección de Asturias en un mito de la izquierda española, a imitación de la Comuna de París de 1871 o el Soviet de Petrogrado de 1917. Para Dolores Ibarruri supuso además una afrenta personal, por su vinculación emocional con el movimiento obrero de los mineros, de manera que, para ella, Franco se convirtió a partir de ese momento en la encarnación de todo lo que había que combatir. Dos años después de aquellos sucesos, la sombra de Franco se cernía de nuevo sobre la Pasionaria y la España del 16 de febrero.

A pesar de esa animadversión, no mencionó un solo nombre propio en el discurso. «Ellos» eran simplemente los fascistas, una masa informe y anónima (deshumanizada) que amenazaba a quienes constituían el «nosotros».

	Ellos	Nosotros
Ideología política	Fascista. Por oposición, democrática, comunista, socialista	Democrática, comunista, socialista

Extracción social	Por oposición, clases medias y altas	Pueblo, mujeres, jóvenes, burgue
Extracción laboral	Por oposición, puestos directivos	Labriegos, campo
Ejército	Militares profesionales	Soldados, hijos del pueblo
Formación intelectual	Por oposición, no intelectuales	Intelectuales, supersticiosos, religio
Fecha simbólica	Octubre de 1934	16 de febrero de 1936

¿Qué está pasando? Realidad frente a ilusión

Dolores Ibarruri explicó a la población lo que estaba ocurriendo en aquellos mismo momentos. Y avanzando lo que sería la guerra informativa de los años siguientes, mencionó sus fuentes, las únicas para ella fiables: las notas del Gobierno y del Frente Popular.

No intentó poner paños calientes. Su primera valoración fue «la gravedad del momento actual». Pero, ¿qué era lo que estaba ocurriendo según ella? ¿Cuáles eran los hechos? Las noticias que ofreció la Pasionaria eran cinco: en Marruecos y en Canarias los trabajadores y las fuerzas leales a la República se enfrentaban a los sublevados; los obreros y campesinos de distintas provincias de España se incorporaban alzados en armas a la lucha en defensa de la República; los del bando del 16 de febrero habían infligido las primeras derrotas a los rebeldes; todo el país se mostraba indignado ante el golpe militar y, en consecuencia, España entera se disponía al combate. Consciente de la amenaza que se cernía sobre la capital, mencionó especialmente Madrid.

¿Era cierto lo que transmitió Ibarruri? La respuesta es sí y no. Como se ha mencionado al inicio, la ventaja de este discurso era que tenía un uso inmediato. No iba a ser diseccionado al detalle, porque la urgencia era máxima. Se requería emoción que impulsase a la acción, no al análisis. Siendo verdad que hubo resistencia, lo cierto es que Canarias y Marruecos fueron territorios perdidos por la República desde el primero momento. Por lo demás, la Pasionaria describió la reacción popular intentando que, al no ofrecer detalles, pareciese unánime y multitudinaria. La movilización fue numerosa y espontánea en muchos casos, pero no unánime.

Respecto a las derrotas infligidas a los rebeldes, tan cierto era que se había logrado la rendición de algunos sublevados como el hecho de que en muchos lugares de España el levantamiento había triunfado. Puede que España entera se dispusiese al combate, pero no toda ella en el sentido insinuado.

Estas noticias no eran hechos contrastados, respaldados por ejemplos concretos, sino, más bien, una idealización de lo que Ibarruri esperaba que ocurriera a partir de ese momento. Es un interesante recurso oratorio: expresar como un modelo a seguir en el pasado lo que, en realidad, era un deseo para el futuro inmediato. Y, por supuesto, dentro de este mensaje claramente emocional, la Pasionaria no se permitió ni el más mínimo asomo de pesimismo, a pesar de haber descrito la «gravedad del momento».

Exhortación

La parte final del discurso descubre el juego, aunque probablemente es algo que pasaría desapercibido para la mayoría en la emoción y la urgencia del momento. Si toda España ya estaba movilizada y comprometida en la lucha, si los rebeldes ya arrastraban «por el fango de la traición el honor militar de que tantas veces han alardeado», no era necesario animar a nadie, porque ya todo el país estaba convencido y en marcha.

Y, sin embargo, de eso trataba esta alocución. La parte final consistió en una serie de exhortaciones a la lucha, a la defensa de la República y de la democracia. Había que combatir porque el peligro era real y estaban en juego varias cosas: la vida y la libertad, perder lo logrado el 16 de febrero o el riesgo de volver a una represión como la de octubre de 1934 en Asturias.

Colofón

El discurso terminó con una serie de vivas que agrupaban a todos los que la Pasionaria consideraba destinatarios de sus palabras: «¡Viva el Frente Popular! ¡Viva la unión de todos los antifascistas! ¡Viva la República del pueblo!». Y cerró con el lema ya avanzado durante el discurso que tanta fortuna haría entre las filas

republicanas: «¡Los fascistas no pasarán! ¡No pasarán!».

Éxito del discurso

El discurso del ¡No pasarán! tuvo un éxito inmediato que puede explicarse por varias circunstancias.

En primer lugar, porque no se trató de una alocución que pretendiese convencer a los dudosos o a los rivales. El auditorio, presente o radiofónico, ya estaba en el bando de la Pasionaria antes de escuchar sus palabras. Era el principal referente del Partido Comunista de España, luego contaba con la autoridad moral para hablar en aquel momento (ethos). El 19 de julio de 1936 todas las cartas estaban ya echadas. Nadie ignoraba quién era ella y cuál iba a ser su posición, así que sus rivales no se molestarían en prestarle atención.

En segundo lugar, y como ya se ha visto en otros discursos de este libro, resulta evidente que, aunque a una persona se la puede convencer mediante razones (logos), a una multitud se la conquista a través de la emoción (pathos). Y eso es lo que les dio Dolores Ibarruri. Puro pathos en el momento adecuado (kairos). La estructura era sencilla: ellos contra nosotros, sin matices, sin admitir una virtud ajena ni un defecto propio. Y lo que se jugaba era de la máxima importancia: palabras como «hijos», «vida», «libertad», «pueblo», se oponían a términos como «enemigos», «sangrientos» o «verdugos».

Por último, una estructura fácil, en la que al principio de una frase se exhortaba a un colectivo concreto (obreros, jóvenes, mujeres), para, a continuación, indicarle su lugar en la lucha que estaba por venir.

La guinda de este pastel emocional fue el eslogan. Claro, breve y amenazante. ¡No pasarán!

La frase «¡No pasarán!»

Si el discurso de la Pasionaria tuvo una repercusión inmediata tan notable fue, sin duda, por la repetición en cinco ocasiones del eslogan ¡No pasarán! En contra de lo que se pueda pensar, la frase no fue una invención de Dolores Ibarruri.

Aunque envuelta en la oscuridad y el fango de las trincheras de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los historiadores la atribuyen al general francés Robert Nivelle (y en menor medida a Philippe Pétain) durante la batalla de Verdún contra los alemanes (1916). Los germanos no pasaron, aunque sobre el campo de batalla quedaron los cadáveres de más de un cuarto de millón de soldados de ambos bandos. La forma original del lema fue Ils ne passeront pas!, aunque en momentos posteriores de la guerra apareció en carteles franceses bajo otra fórmula: On ne passe pas!

En todo caso, la frase de la Pasionaria hizo fortuna, y muy pronto pudieron verse pintadas en las paredes o sábanas con ella escrita colgadas de los balcones. Es especialmente conocida la fotografía del Arco de Cofreros, una de las entradas de la Plaza Mayor de Madrid, con el eslogan cubriendo la calle de lado a lado.

En 1937, el pintor algecireño Ramón Puyol dibujó un cartel propagandístico en el que combinaba el «¡No pasarán!», refiriéndose al asedio sufrido por Madrid en julio de 1936, con «¡Pasaremos!», como objetivo y esperanza respecto a la batalla de Brunete, que se libró justo un año después.

Para ese momento, la frase ya se había convertido en parte del imaginario común de la izquierda, no solo española, sino europea. Al terminar la Guerra Civil, Franco respondió a ese lema con su «Hemos pasado», y en los años siguientes hizo fortuna un chotis de Celia Gámez titulado precisamente así: «Ya hemos pasao».

¡No pasarán!, decían los marxistas.

¡No pasarán!, gritaban por las calles.

¡No pasarán!, se oía a todas horas.

Por plazas y plazuelas y en todos los papeles.

¡No pasarán!

[...]

¡Ya hemos pasao!, decimos los facciosos.

¡Ya hemos pasao!, gritamos los rebeldes.

¡Ya hemos pasao!, y estamos en el Prado.

Mirando frente a frente a la señá Cibeles.

¡Ya hemos pasao!

Más allá de su contexto original en la Guerra Civil española, durante la Segunda Guerra Mundial volvió a aparecer el lema, también en español, en la propaganda aliada contra la Alemania de Hitler. Luego, se utilizó en lugares tan dispares como la Nicaragua sandinista en los años ochenta o, más recientemente, en 2021, en la crítica del grupo musical Pussy Riots a la Iglesia ortodoxa rusa por su apoyo a Putin.

Fue sin duda un gran acierto de Dolores Ibarruri la adopción de aquella frase. Poco después, el 8 de septiembre de 1936, repetiría la fórmula. Aquel día, La Pasionaria pronunció un mitin de solidaridad con el pueblo español en París, y afirmó que «el pueblo español prefiere morir de pie a vivir de rodillas». Impactante expresión, tomada una vez más en préstamo, en este caso de Emiliano Zapata (1879-1919).

Cartel francés de la Primera Guerra Mundial con el lema On ne passe pas!

Pancarta sobre el Arco de Cofreros, Madrid, 1936

Cartel de Ramón Puyol, ¡No pasarán! ¡Pasaremos!, 1937

En esta web hay fragmentos de audios de discursos de la

Pasionaria.

https://www.fonotecaderadio.com/html/voces.html#pasionaria

TENACIDAD

-

«Sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor»

Winston Churchill

Londres, 13 de mayo de 1940

Contexto histórico

Tras la llegada al poder de Adolf Hitler en 1933, Alemania comenzó un proceso gradual de desafío a las principales potencias europeas que la habían derrotado en la Primera Guerra Mundial. Las durísimas condiciones impuestas a los vencidos en la Paz de Versalles de 1918 no habían favorecido que se cerrasen las heridas provocadas por el conflicto, y Alemania se encontraba humillada y arruinada. Con su discurso maniqueo y victimista, Hitler había conseguido alcanzar el poder y arrastrar tras de sí la voluntad del pueblo alemán.

Entre 1933 y 1939, Alemania fue dando pasos para liberarse de las asfixiantes condiciones impuestas en Versalles, no respetando lo firmado. Por ejemplo, ocupó la zona desmilitarizada de Renania en 1936, rearmó al ejército por encima de lo permitido en el tratado e incorporó el Sarre al territorio del Reich en 1935. Los siguientes pasos fueron todavía más atrevidos: se anexionó Austria en marzo de 1938 y la región de los Sudetes, perteneciente a Checoslovaquia, en septiembre de ese mismo año.

Esta última anexión se llevó a cabo después de los llamados Acuerdos de Múnich en los que Daladier, primer ministro de Francia, y Chamberlain, primer ministro de Gran Bretaña, optaron por la política de apaciguamiento para intentar evitar la guerra.

En este momento, la postura de Winston Churchill, que entonces era una de las voces más conocidas y veteranas del Partido Conservador, al que también pertenecía Chamberlain, era de sobra conocida por toda la opinión pública británica. Para Churchill, la política de apaciguamiento era un gigantesco error, porque envalentonaba a Hitler en la convicción de que Gran Bretaña cedería todas las veces que fuera necesario para evitar la contienda.

En palabras del propio Churchill, los Acuerdos de Múnich suponían para Gran Bretaña una «derrota total y absoluta».

Churchill tenía razón. Animado por la inacción de franceses y británicos, Hitler dio un paso más. El 1 de septiembre de 1939 Alemania invadía Polonia. Dos días más tarde, Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania, y ese mismo día Chamberlain reformaba su gabinete para enfrentarse al nuevo desafío. Churchill fue nombrado primer lord del Almirantazgo, la denominación británica del encargado de la Marina Real.

Durante los primeros meses se combatió únicamente en el frente oriental, con Alemania y la Unión Soviética repartiéndose el territorio de Polonia y un enfrentamiento periférico entre Finlandia y la Unión Soviética. Mientras tanto, en Europa occidental, franceses y británicos se preparaban para una guerra de trincheras similar a la que se había librado en la anterior contienda mundial. Fueron unos meses de tensa calma, sin combates, que se conocen como la extraña guerra (la drôle de guerre), o también «la falsa guerra» si se traduce del término inglés usado en la época (phoney war), quizá más adecuado puesto que estamos hablando de Gran Bretaña, a pesar de que, técnicamente, ya estaban en guerra con Alemania. En este período, tan solo cabe contar un enfrentamiento naval en el Río de la Plata (Argentina) en diciembre de 1939.

Los primeros choques terrestres entre germanos y británicos se produjeron durante la campaña alemana de invasión de Noruega y Dinamarca (9 abril al 8 de mayo de 1940). Con todo perdido en Noruega, el Parlamento británico celebró una serie de sesiones de debate entre los días 7 y 9 de mayo, en las que se cuestionó la labor de Chamberlain. Churchill, como parte del Gobierno, pero en el fondo contrario a la política del primer ministro, se vio obligado a hablar midiendo enormemente sus palabras, sin que pareciese que criticaba a su propio gabinete, pero marcando unas prudentes distancias. Chamberlain obtuvo un respaldo suficiente para continuar, pero lo peor estaba por llegar.

Al día siguiente, 10 de mayo, las fuerzas alemanas invadieron Holanda, Bélgica y Luxemburgo para burlar las defensas francesas de la Línea Maginot. Bastaron un par de días para asumir que los germanos estaban en disposición de derrotar a franceses y

británicos en pocas semanas y que la situación era desesperada. De hecho, el 14 de junio de 1940 los alemanes tomaban París, el 25 se firmaba la rendición de Francia y el 28 Hitler hacía una visita histórica a la capital gala. Unos días antes, entre el 26 de mayo y el 4 de junio, los británicos habían conseguido sacar a gran parte de sus tropas de Dunkerque tras ser derrotadas y rodeadas por los alemanes.

Pero volvamos a las primeras jornadas de la campaña. Desde el debate de los días anteriores, Chamberlain había intentado formar un Gobierno de coalición para afrontar con mayor fortaleza política la avalancha militar alemana. Sin embargo, el Partido Laborista se mostró dispuesto a incorporarse al Gobierno si el primer ministro no era Chamberlain. La suerte del apóstol del apaciguamiento de Múnich estaba echada.

Había dos candidatos posibles para suceder a Chamberlain. Uno era lord Halifax, el favorito de los laboristas, del propio Chamberlain, del rey Jorge VI y del Parlamento. El único que no estaba convencido era el propio Halifax, que consideraba que Churchill era la persona indicada para el cargo. Así, en contra de los verdaderos deseos de la clase política —en realidad, era más popular entre sus rivales laboristas que en su propio partido— y contra todo pronóstico, Churchill se convirtió en primer ministro el 11 de mayo de 1940. Tiempo después, escribiría que en ese instante sintió un gran alivio, porque, por fin, contaba con la autoridad para imponer sus ideas de enfrentarse a Alemania sin buscar ningún tipo de acuerdo. En su opinión, toda su vida, toda su experiencia política, había sido una preparación para ese momento.

Quién es quién

Winston Churchill (1874-1965) nació en el seno de una familia aristocrática con una larga historia y tradición de servicio a la Corona británica. Tras terminar sus estudios, ingresó en la real

Academia Militar de Sandhurst y se incorporó al 4.º Regimiento de Húsares, una unidad de élite en la que servían miembros de la nobleza.

Aprovechando sus contactos, logró que se le enviara a servir a zona de guerra, y en 1895 estuvo en Cuba, donde participó en algunas escaramuzas contra los independentistas cubanos y apoyando al ejército español. Posteriormente fue destinado a India y combatió también en la guerra de los boéres en 1899, donde alcanzó fama y honor tras escapar después de haber sido capturado.

En 1900 regresó a Inglaterra e inició su carrera política, siendo elegido miembro de la Cámara de los Comunes por el Partido Conservador. Sin embargo, apenas cuatro años más tarde se pasó al Partido Liberal, para el que sirvió en el gabinete de Herbert Henry Asquith, primero como ministro de Comercio y posteriormente del Interior.

En 1911 fue nombrado primer lord del Almirantazgo, cargo que ostentaba al comienzo de la Primera Guerra Mundial y en cuyo desempeño vivió uno de los momentos cruciales de su vida, pues fue el principal defensor de la opción de enviar una fuerza expedicionaria al Mediterráneo para presionar a Turquía. El fracaso de la batalla de Gallipoli, en la que murieron unos cuarenta y cinco mil hombres y resultaron heridos otros doscientos mil del Cuerpo de Ejército de Australia y Nueva Zelanda, supuso su relevo y el peso de la derrota que le acompañaría durante el resto de su vida.

Posteriormente, sirvió como ministro de Municiones, secretario de Guerra y secretario de Estado para las Colonias en diferentes gabinetes del Gobierno de Lloyd George y asumió Hacienda con el conservador Baldwin.

El período entre 1929 y 1939 fue duro para Churchill. Su estrella política parecía apagada, había perdido mucho dinero en el crac de Wall Street de 1929 y sufrió un accidente de tráfico que le provocó lesiones permanentes. A partir de 1933, con la llegada de Hitler al poder, la voz de Churchill siempre se escuchó entre los que mostraban su preocupación por su deriva autoritaria, sus ansias expansionistas y sus proclamas antisemitas. Firme opositor de los Acuerdos de Múnich, se encontraba en la mejor posición para

asumir la dirección del Gobierno británico y afrontar la Segunda Guerra Mundial a partir de mayo de 1940.

Los primeros meses de Churchill como primer ministro se salvan con la heroica repatriación de tropas desde Dunkerque y con la victoria en la batalla de Inglaterra. Su actitud mantuvo en pie al país hasta que en 1941 los Estados Unidos se incorporaron a la contienda e inclinaron la balanza definitivamente del lado de los aliados.

Churchill fue uno de los tres participantes (junto con Stalin y Roosevelt) de los acuerdos de Potsdam y Yalta que trazaron el rumbo del mundo durante la segunda mitad del siglo XX, tras la derrota del Eje.

A pesar de la victoria en la guerra, Churchill perdió las elecciones de 1945. Regresó al cargo de primer ministro en 1951 pero renunció en 1955 por problemas de salud.

Además de su impresionante carrera política, fue un prolífico escritor, autor de una Historia de la Segunda Guerra Mundial en seis volúmenes, una Historia de los pueblos de habla inglesa en cuatro, más otros seis volúmenes de sus Memorias. En 1953 recibió dos distinciones de la más alta consideración. Por un lado, la reina Isabel II lo nombró sir y, por otro, la Academia Sueca le concedió el Premio Nobel de Literatura.

Murió en 1965 en Londres. Había estado casado toda la vida con la misma mujer, Clementine Hozier, y había tenido cinco hijos.

Una de su frases («El éxito consiste en ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo») resume perfectamente la trayectoria vital de Winston Churchill.

▪

Dónde y cuándo

A los dos días de su nombramiento, Churchill pronunció su primer discurso ante la Cámara de los Comunes40. El lugar habitual de reunión era el palacio de Westminster, aunque unas semanas después de esta alocución Churchill decidió trasladar las sesiones a la vecina Church House ante el riesgo de los permanentes bombardeos alemanes. Fue un acierto: el palacio sufrió el efecto de las bombas enemigas en un total de catorce ocasiones.

Además de los parlamentarios, todo el pueblo británico pudo escuchar sus palabras a través de la transmisión de radio ofrecida por la BBC. Para 1940, los discursos ya no eran piezas de oratoria que se desvanecían en el mismo momento de ser pronunciados. En Gran Bretaña, ya era costumbre transmitir los del monarca, desde el reinado del anterior soberano, Jorge V, y el rey de aquel momento, su hijo Jorge VI. En Alemania, como ya se ha visto, la voz y la gestualidad de Hitler eran bien conocidas por su pueblo gracias a las filmaciones de Leni Riefenstahl y a las múltiples transmisiones radiofónicas.

Por lo tanto, Churchill era consciente de que, en aquel instante, tenía una oportunidad de oro para dirigirse a toda la nación y aglutinarla en torno a su idea. No desaprovecharía la ocasión.

La sesión de la Cámara de los Comunes se inició a las 14:45 con una serie de preguntas formuladas al secretario de Estado para la Guerra, Anthony Eden, que apenas llevaba dos días en el cargo. Las preguntas a Eden duraron unos nueve minutos, y a las 14:54 Winston Churchill se puso en pie y pronunció su primer discurso como primer ministro.

El discurso

Idioma original: inglés

Solicito considerar:

Que este Parlamento aclame la formación de un Gobierno que

represente la unida e inflexible resolución de la nación de continuar la guerra contra Alemania hasta un final victorioso.

El pasado viernes por la tarde, recibí el encargo de Su Majestad de formar una nueva Administración. Son evidentes el deseo y la voluntad del Parlamento y de la nación de que esta sea concebida sobre las bases más amplias posibles y que incluya a todos los partidos, tanto aquellos que apoyaron al último Gobierno41 como también a los partidos de la oposición. He completado la parte más importante de esta tarea. Se ha formado un Gabinete de Guerra42 con cinco miembros, que representa, con los liberales de la oposición43, la unidad de la nación. Los tres líderes de los partidos han aceptado servir tanto en el Gabinete de Guerra como en altos cargos gubernamentales. Se han designado los tres Servicios de Combate. Era necesario que esto se hiciera en un solo día, teniendo en cuenta la extrema urgencia y el rigor de los acontecimientos. Una serie de cargos, puestos clave, se cubrieron ayer, y esta noche entregaré una lista adicional a Su Majestad. Espero completar el nombramiento de los principales ministros mañana. Normalmente, el nombramiento de los otros ministros lleva un poco más de tiempo, pero confío en que, cuando el Parlamento se reúna de nuevo, esté terminada esta parte de mi tarea y que la Administración esté completa en todos los aspectos.

Consideré de público interés sugerir que fuera convocado hoy el Parlamento. El señor presidente estuvo de acuerdo y dio los pasos necesarios, de acuerdo con los poderes que se le han otorgado mediante la resolución del Parlamento. Al final de la sesión de hoy, se propondrá un aplazamiento de las sesiones hasta el martes 21 de mayo, con, por supuesto, la posibilidad de reunirse antes, si fuera necesario. Los asuntos a considerar durante esta semana serán notificados a los miembros del Parlamento lo antes posible. Ahora, invito al Parlamento, mediante la moción interpuesta en mi nombre, a que conceda su aprobación a las decisiones ya adoptadas y declare su confianza en el nuevo Gobierno.44

Formar una administración de esta escala y complejidad ya es una empresa muy importante en sí misma, pero debe recordarse que estamos en la fase preliminar de una de las grandes batallas de la Historia, que estamos actuando en otros muchos puntos en

Noruega y en Holanda, que tenemos que estar preparados en el Mediterráneo45, que la batalla aérea es continua y que muchos preparativos, como los que han sido indicados por parte de mi honorable amigo en la parte baja del pasillo46, deben hacerse aquí en el hogar. En esta crisis, espero que se me disculpe si no me dirijo al Parlamento durante más tiempo. Espero que cualquiera de mis amigos y colegas, o antiguos compañeros, que se hayan visto afectados por la reestructuración política, se hagan cargo, todo el cargo por la ausencia de ceremonial con la que ha sido necesario actuar. Diré a esta Cámara, tal como ya dije a aquellos que se han unido a este Gobierno: «No tengo nada que ofrecer, salvo sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor».

Tenemos ante nosotros una prueba de la más penosa naturaleza. Tenemos ante nosotros muchos, muchos largos meses de lucha y de sufrimiento. Y ustedes preguntarán: ¿cuál es su política? Solo puedo decir: hacer la guerra por mar, tierra y aire, con todo nuestro poder y con toda la fuerza que Dios pueda darnos; hacer la guerra contra una tiranía monstruosa, nunca superada en el oscuro y triste catálogo de los crímenes humanos. Esa es nuestra política.

Ustedes preguntarán: ¿cuál es nuestro objetivo? Puedo responderles con una palabra: victoria, victoria a toda costa, victoria a pesar del terror, victoria por muy largo y duro que sea el camino, porque sin victoria no hay supervivencia. Que quede claro: no habrá supervivencia para el Imperio británico, no habrá supervivencia para todo lo que ha defendido el Imperio británico, no habrá supervivencia para el estímulo y el impulso de todas las épocas, para que la humanidad avance hacia su meta. Pero asumo mi tarea con optimismo y esperanza. Estoy seguro de que nuestra causa no se malogrará entre los hombres. En este momento me siento autorizado para reclamar la ayuda de todos y decir: «Venid, pues, avancemos juntos con nuestras fuerzas unidas».

TRADUCCIÓN DEL AUTOR

Contenido del discurso

En sus primeros meses como primer ministro de la Gran Bretaña, Churchill pronunció varios discursos que han pasado a la Historia por algunas de sus frases, certeras y emotivas. «Nunca, en el campo de un conflicto humano, tantos debieron tanto a tan pocos» (20 de agosto de 1940, al final de la Batalla de Inglaterra) o «Lucharemos en las playas, lucharemos en los aeródromos, lucharemos en los campos y en las calles» (4 de junio de 1940, tras completar la retirada de las tropas británicas en Dunkerque) son probablemente dos de las más conocidas. Hubo varios discursos, de los cuales el que nos ocupa es el primero.

Ethos

En el momento en el que pronunció este discurso, Winston Churchill no necesitaba presentarse, pues ya era una figura sobradamente conocida dentro de la política del Imperio británico y conocidos eran también sus defectos y sus virtudes. Su trayectoria política le había hecho pasar por diversas responsabilidades de gobierno en momentos de dificultad para el país, y no siempre había salido bien parado en su desempeño como ministro. El desastre de Gallipoli pesaba como una inmensa losa sobre su reputación, y parecía que jamás podría librarse de aquella terrible mancha.

Y ahora había sido nombrado responsable del Ejecutivo en el momento más difícil de la historia del país en muchos años. Sin embargo, su designación como primer ministro no estaba libre de controversia, por lo que no tenía garantizada la adhesión de la Cámara ni el reconocimiento de una autoridad moral o política sobre su auditorio. Tenía que ganarse la legitimidad moral de su nuevo Gobierno.

Preliminares

La política del Reino Unido es uno de los campos en los que, a pesar del paso del tiempo, las formas se mantienen casi inamovibles como muestra visible de respeto a las instituciones. Por eso, Churchill debe comenzar su discurso observando las formas esperadas en un primer ministro. Este tipo de discursos de inauguración de un mandato solían iniciarse con una petición al Parlamento para que diese su aprobación al nuevo gabinete. En circunstancias normales, habría bastado con formular la frase de este modo: «Solicito considerar que este Parlamento aclame la formación de un Gobierno». Pero Churchill quiere dejar claro desde el primer momento cuál es el objetivo de su gabinete. Si alguien está pensando en entablar conversaciones de paz con Hitler, puede olvidarse. El nuevo Gobierno tiene como tarea principal, única en realidad, mostrar «la unida e inflexible resolución de la nación de continuar la guerra contra Alemania hasta un final victorioso».

Logos. Churchill, el profesional

Los primeros minutos de la intervención se consagran a informar al Parlamento sobre lo que todo el mundo ya sabe: el rey Jorge VI le había encargado la formación de un nuevo Gobierno de unidad nacional que representara a todos los partidos de la Cámara. Churchill explica por qué ha sido constituido en tan poco tiempo e informa de que aún quedan algunos cargos ministeriales por nombrar, pero que se hará en breve, quizás esa misma noche. No hay tiempo que perder. Gran Bretaña, y él, como su nuevo líder, tienen cosas más importantes que hacer, como luchar contra los nazis y salvar al mundo civilizado. Al hablar del Gobierno y no de él mismo, el nuevo primer ministro quiere que su gabinete obtenga credibilidad y legitimidad. De las suyas propias se ocupará más adelante.

En esta primera parte del discurso, Churchill evita de manera consciente el empleo de un lenguaje florido. Prácticamente no hay adjetivos ni figuras retóricas, ni sintaxis creativa. Va al grano,

explicando, punto por punto, lo que se ha hecho y se va a hacer: En primer lugar, el monarca le encarga la formación del Gobierno para sustituir a Neville Chamberlain como primer ministro; se forma un Gabinete de Guerra compuesto por cinco miembros, representantes de todos los partidos; a continuación, se cubren los ministerios correspondientes a las tres armas del Ejército; en cuarto lugar, se cubren otros puestos clave dentro del Gobierno y, finalmente, en las horas próximas se completará el Gobierno.

El siguiente párrafo de la intervención tiene como objetivo mostrar el respeto debido al Parlamento y, de ese modo, ganarse su confianza. Ahora es una cuestión personal. Fue Churchill, no su Gobierno, quien consideró de público interés la convocatoria de esa sesión. Y fue el presidente del Parlamento quien estuvo de acuerdo. Primer nexo, comunión.

El aplazamiento de las sesiones hasta el día 21 no es un capricho de Churchill, sino una decisión consensuada y respaldada por el propio presidente, pero se deja claro que no se le va a esconder nada a los parlamentarios. Si fuera necesario, se convocaría una reunión antes. El Parlamento no se va a quedar al margen. Churchill va a exhibir todas su cartas. Si quiere ganarse su confianza, debe demostrar que es merecedor de ella. Y eso es precisamente lo que solicita a continuación:

Ahora, invito al Parlamento, mediante la moción interpuesta en mi nombre, a que conceda su aprobación a las decisiones ya adoptadas y declare su confianza en el nuevo Gobierno.

Pathos. Churchill, el motivador

A partir de este momento, el discurso adopta un tono completamente diferente. Ya ha dicho lo que debía decir. Ahora, Churchill expone sus reflexiones personales. El instante es de máxima gravedad. Menciona explícitamente los campos de batalla

de Noruega y Holanda, donde en esos mismos momentos las tropas británicas estaban siendo derrotadas, y se refiere también a la continua batalla aérea, aunque, en realidad, el gran enfrentamiento en los cielos no se produciría hasta la citada Batalla de Inglaterra, entre julio y octubre de ese mismo año.

Pero lo que a algunos pudiera parecerles una derrota definitiva, solo era la fase preliminar de una guerra mucho más larga («debe recordarse que estamos en la fase preliminar de una de las grandes batallas de la Historia»). Así pues, hay que prepararse para lo que está por venir. Esta es una de las ideas clave que pretende transmitir este discurso.

Churchill no explica detalladamente qué debe hacerse como preparación, aunque aprovecha este momento para hacer un primer guiño de amistad y hermandad con los parlamentarios al referirse a James Henderson Stewart como «mi honorable amigo en la parte baja del pasillo» (véase nota en el discurso). A continuación, utiliza de nuevo palabras cordiales como «amigos», «compañeros», «colegas» para crear un sentimiento de pertenencia común. Todos están en el mismo barco y Churchill, como capitán, les expone con toda franqueza lo que cabe esperar: «No tengo nada que ofrecer, salvo sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor».

Una vez realizado el acercamiento amistoso, Churchill da un nuevo paso. A partir de este momento, ya no hablará del gabinete en tercera persona o de él mismo, sino de nosotros. De repente, él, su Gobierno, el Parlamento, los británicos (hay que recordar que el discurso está siendo transmitido por la BBC) se convierten en un todo. Todos juntos tenemos por delante una prueba. Y el lenguaje también cambia en cuanto a su composición y estructura. Comienzan a aparecer los adjetivos y los sustantivos para construir el drama: «penosa», «lucha», «sufrimiento», «guerra», «tiranía monstruosa», «oscuro y triste catálogo de los crímenes humanos». Es la descripción del infierno en el que está dispuesto a entrar acompañado por todo el país.

A propósito del infierno, quizás convenga recordar dos famosas frases de Churchill para comprender su pensamiento. La primera, «si estás atravesando el infierno, sigue caminando», muestra su determinación; Hitler podía olvidarse de contar con una rendición

británica, eso no ocurriría jamás, como señaló Churchill en numerosas ocasiones. La otra frase, «si Hitler invadiera el infierno, haría al menos una referencia favorable al diablo en la Cámara de los Comunes», deja bien clara la opinión del primer ministro sobre su rival.

Pero en este cuadro de horror, Churchill mantiene la cabeza fría y consigue establecer un equilibrio. Hay un monstruo terrible frente a nosotros, sí, pero tenemos una política común: ¿cuál?

Solo puedo decir: hacer la guerra por mar, tierra y aire, con todo nuestro poder y con toda la fuerza que Dios pueda darnos.

Un anticipo del «Lucharemos en las playas, lucharemos en los aeródromos, lucharemos en los campos y en las calles» que pronunciaría unos días más tarde. Esa era su política.

Pero una política debe perseguir un objetivo. En los años anteriores a la guerra, la llamada «política de apaciguamiento» defendida por el anterior primer ministro, Neville Chamberlain, no había conseguido nada, salvo envalentonar cada vez más a Hitler hasta que ya fue demasiado tarde. El propio Churchill le había reprochado públicamente a Chamberlain esa actitud («Se le ofreció poder elegir entre la deshonra y la guerra, y usted eligió la deshonra; ahora tendrá también la guerra»), pero él no estaba dispuesto a repetir el error.

Por lo tanto, el objetivo tiene que ser solo uno: la victoria. Churchill se vale de un recurso ya conocido: el tricolon: «…victoria a toda costa, victoria a pesar del terror, victoria por muy largo y duro que sea el camino». Y a continuación explica por qué: las alternativas son victoria o dejar de existir. Sin victoria no habrá supervivencia ni individual, ni colectiva, ni dentro del Imperio británico ni para el conjunto de la humanidad, a la que ahora se incluye en ese «nosotros».

Llegado este momento, todo aquel que estuviera escuchando se

sentiría aterrorizado. Churchill ha pintado un cuadro terrible, en el que no hay medias tintas. Victoria o desaparición, pero contra el peor enemigo posible. Sin embargo, el recién nombrado primer ministro concluye con una nota de optimismo:

Pero asumo mi tarea con optimismo y esperanza. Estoy seguro de que nuestra causa no se malogrará entre los hombres.

Sin optimismo no tendría sentido luchar. Se lucha porque existe una posibilidad de victoria, por remota que sea, pero esa victoria solo se logrará luchando todos juntos. La unidad, otra de las ideas básicas:

En este momento me siento autorizado para reclamar la ayuda de todos y decir: «Venid, pues, avancemos juntos con nuestras fuerzas unidas».

Herramientas retóricas

Ya se ha mencionado el evidente cambio de tono y estilo desde la primera a la segunda parte del discurso. Pero analizando más en detalle, se pueden descubrir numerosos recursos de la oratoria que Churchill emplea en su alegato.

Por alusiones: Sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor

La fama de la frase de Churchill que dio nombre a este discurso (mal resumida en ocasiones como «sangre, sudor y lágrimas»)

podría sugerir que fue una idea original del político británico. Pero no es así. Este concepto aparece por primera vez en un poema, «La Edad de Bronce», de Lord Byron (Año tras año votan céntimo a céntimo. / Sangre, sudor y lágrimas arrancadas a millones. ¿Por qué? ¡Por la renta! / rugen, comen, beben, juran que / morirían por Inglaterra, ¿por qué viven entonces?, ¡por la renta!). El poeta John Doone había utilizado la fórmula «con tus lágrimas, o sudor, o sangre» en 1611 y, mucho antes, Cicerón y Tito Livio habían escrito en latín la expresión «sudor y sangre».

En un contexto más político, el primero que se valió de esta idea fue el héroe de la independencia italiana Giuseppe Garibaldi, cuando, el 2 de julio de 1849 ofreció «hambre, sed, marchas forzadas, batalla y muerte» a los soldados que lo seguían en dirección a Roma para enfrentarse a las tropas francesas de Napoleón III. Las palabras de Garibaldi son las que más se adaptan a la situación que afrontaba Churchill en 1940: un reto frente a unas fuerzas abrumadoramente superiores.

La frase regresa al ámbito literario en 1885-1886 en la obra Las bostonianas, de Henry James, y emprende el viaje de vuelta al mundo real de la mano de Theodore Roosevelt, presidente de los Estados Unidos entre 1901 y 1909, pero que en 1897 era secretario de la Marina estadounidense cuando, durante una alocución ante los cadetes de la Academia Naval, afirmó que cualquiera de los allí presentes estaba plenamente dispuesto a asumir las obligaciones y deberes que le correspondían como ciudadano «a causa de la sangre y el sudor y las lágrimas, el trabajo y la angustia mediante los cuales, en los días pasados, nuestros predecesores alcanzaron el triunfo».

Así pues, Churchill, hombre de una vasta cultura, tenía varias vías para haber conocido esta expresión. Lo más probable es que lo hiciera a través del discurso de Roosevelt, a quien le unía un doble vínculo: su madre era norteamericana y él había desarrollado su carrera militar sobre todo en la Armada. De hecho, como se ha indicado, Churchill ejerció en dos períodos diferentes de su vida como primer lord del Almirantazgo, un cargo equivalente al de Roosevelt cuando pronunció su discurso.

Diálogo

En varios momentos de su intervención, Churchill construye su discurso como si, en realidad, fuera un diálogo, una táctica que establece una relación de proximidad y camaradería con su auditorio. Ya se ha mencionado la alusión directa a Henderson Stewart y su trato cercano con los parlamentarios al llamarlos «amigos», «compañeros» o «colegas». Pero hace algo más. En la segunda parte de su alocución, establece un esquema de preguntas y respuestas: «Y ustedes preguntarán: ¿cuál es su política? Solo puedo decir...». Y lo repite poco después: «Ustedes preguntarán: ¿cuál es nuestro objetivo? Puedo responderles...». Se trata de una herramienta retórica llamada erotema (interrogación retórica) mediante la cual el orador anticipa preguntas de su público para, a continuación, ofrecer la respuesta. El efecto conseguido es similar al del diálogo, con un ritmo que resulta familiar y agradable al oyente.

Churchill termina su discurso con una apelación directa a la unidad: «En este momento me siento autorizado para reclamar la ayuda de todos y decir: "Venid, pues, avancemos juntos con nuestras fuerzas unidas"».

Antítesis

La antítesis consiste en relacionar dos conceptos mediante la oposición. A fin de defender su política belicista contra Hitler, Churchill emplea esta figura retórica para mostrar que no hay alternativa a continuar luchando para obtener la victoria. Porque

sin victoria no hay supervivencia. Que quede claro: no habrá supervivencia para el Imperio británico, no habrá supervivencia para todo lo que ha defendido el Imperio británico, no habrá supervivencia para el estímulo y el impulso de todas las épocas,

para que la humanidad avance hacia su meta.

O victoria, o muerte.

Repetición

De nuevo, es el último párrafo del discurso el que contiene mayor riqueza de figuras retóricas. La epizeuxis o palilogia consiste en la repetición de una palabra dentro de un mismo verso o frase. La intención, evidentemente, es subrayar la idea central, en este caso, la victoria como opción única. El término se repite cinco veces en una misma oración, en una clara apelación al pathos. No había en aquel momento ni un solo indicio lógico que avalase la idea de que la victoria caería del lado británico:

Puedo responderles con una palabra: es victoria, victoria a toda costa, victoria a pesar del terror, victoria por largo y duro que sea el camino, porque sin victoria no hay supervivencia.

Hay un segundo empleo de la repetición en el discurso, aunque más sutil. Ya se ha comentado que, antes de su intervención, Churchill no contaba con la aprobación unánime de la Cámara, por lo que debía ganarse su ethos. Su tarea comienza con la repetición del pronombre personal «yo» (I en inglés) en la primera parte de la alocución. Es una exigencia de la gramática inglesa presentar el pronombre sujeto antes del verbo, pero también es verdad que podría haberlo evitado mediante otras construcciones alternativas (por ejemplo, oraciones en pasiva). El fragmento, en inglés, quedó así: I am submitting [...] I hope to complete [...] I trust when Parliament meets again this part of my task will be completed and...

Hipérbole

La descripción que hace el primer ministro de la amenaza alemana es una ocasión perfecta para crear una imagen mental que provoque el más profundo rechazo en su auditorio. No quiere que alguien sienta la tentación de pensar que, quizás, Hitler no era tan malo. El empleo de una metáfora hiperbólica (exagerada) crea una asociación entre Alemania y el mal absoluto: «[...] una tiranía monstruosa, nunca superada en el oscuro y triste catálogo de los crímenes humanos».

El discurso en imágenes

Una de las grandes virtudes de los discursos de Churchill es que resultaban perfectamente comprensibles para todo el mundo. Era claro, brutalmente claro en ocasiones, y empleaba unas herramientas retóricas y unas imágenes que no necesitaban de una cultura extraordinaria para ser comprendidas.

Si hubiera que resumir el discurso en una sola palabra, y a pesar de la frase «sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor» que le ha dado nombre, quizás la palabra clave, la que más veces se repite y cuyo mensaje se quiere transmitir sea «victoria»: «Puedo responderles con una palabra: victoria».

Y para acompañar a la palabra, durante todo el tiempo que duró la guerra, cada vez que Churchill se presentaba en público o era fotografiado, repitió hasta la saciedad el gesto de la V de victoria con los dedos índice y corazón. Sencillo, fácil de recordar e imitar, directo al corazón.

El gesto tuvo tanto éxito que desde entonces se ha convertido en símbolo universal para indicar todo tipo de éxitos, aunque en ocasiones también ha causado algún quebradero de cabeza inesperado. Con motivo de una visita de Churchill a Grecia en 1949,

se tomó una fotografía en la que se ve a varios griegos repitiendo el gesto en un intento de agradar al invitado, pero algunos de ellos dudan, pues son conscientes de que tenía un significado evidentemente ofensivo en el mundo anglosajón cuando se hacía con la palma de la mano mirando hacia el interlocutor.

Audio del discurso de Churchil

https://www.youtube.com/watch?v=8TlkN-dcDCk

---

40 El Parlamento del Reino Unido es el cuerpo legislativo del Gobierno y se articula en dos cámaras, la Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores. La primera consta de seiscientos cincuenta miembros elegidos, mientras que la segunda, un mero órgano asesor y consultivo, cuenta con un número similar (no exacto) de miembros nombrados por la Iglesia y, en su mayoría, por la Corona. Churchill habló ante la Cámara de los Comunes.

41 Se refiere al último gabinete presidido por Neville Chamberlain, primer ministro entre 1937 y 1940. Chamberlain y Churchill pertenecían al mismo partido, el Conservador, como se ha indicado, y se profesaban mutua admiración, aunque algunos de los más cercanos a Chamberlain desconfiaban de Churchill.

42 El Gabinete de Guerra de Churchill contaba con Edward Wood (lord Halifax), Neville Chamberlain, Clement Attlee, Arthur Greenwood, sir Alexander Cadogan, sir Archibald Sinclair y sir Edward Bridges. Churchill afirmó con razón que representaba «la unidad de la nación» pues incluía a los líderes de los partidos Conservador, Laborista y Liberal. El líder de este último era Sinclair.

43 El principal partido de la oposición era el Laborista, con su líder Clement Attlee. Curiosamente, los laboristas estaban más próximos a la decisión de luchar de Churchill que muchos conservadores como Chamberlain y Halifax, que habían sido los arquitectos de la política de apaciguamiento. Los Laboristas dejaron claro que no apoyarían a otro Gobierno de Chamberlain. Churchill era su hombre.

44 Tras el discurso la Cámara votó por unanimidad (381 a 0) a favor del nuevo Gobierno de coalición formado por Churchill.

45 Probablemente se refiere a Italia, que todavía no había entrado formalmente en la guerra pero era sin duda la mejor aliada de Hitler.

46 Las palabras que emplea Churchill son My Hon. Friend below the Gangway , es decir, «Mi honorable amigo en la parte baja

del pasillo». Se refiere a la banda de escaños al otro lado del edificio de la Cámara de los Lores, enfrente de los del Gobierno, que estaban ocupados por la oposición. Justo enfrente de Churchill, y probablemente a él se refieren estas palabras, se encontraba James Henderson Stewart (1897-1961), del Partido Liberal, uno de los seis parlamentarios que habían formulado preguntas a Anthony Eden antes del discurso de Churchill.

INDEPENDENCIA

-

«Abandonen la India»

Mahatma Gandhi

Parque Gowalia Tank Maidan,

Bombay, 8 de agosto de 1942

Contexto histórico

Desde que en el siglo XVI se fijaron las rutas marítimas entre Europa y Asia, las principales potencias europeas habían estado estableciendo bases más o menos permanentes en distintos puntos de Asia como centros desde los que explotar los recursos naturales de la región en su propio beneficio. Dentro de esta competencia imperialista, a mediados del siglo XIX la Compañía Británica de las Indias Orientales consiguió expulsar del subcontinente indio a sus rivales europeos y hacerse con el control de la región.

La Compañía no solo tenía el monopolio del comercio desde la India a Europa, sino que actuaba también como gobierno de facto. Sin embargo, en 1857 varios principados indios se rebelaron contra el dominio europeo en lo que se considera la primera guerra de Independencia de la India. Los británicos sofocaron la rebelión, pero el Gobierno disolvió la Compañía de las Indias Orientales y creó el Raj británico, una autoridad de tipo colonial dependiente de la Corona que gobernó combinando dos sistemas: un 60% del territorio bajo administración directa de los británicos y un 40% a través de principados locales teóricamente fieles a aquellos.

Lógicamente, la explotación colonial trajo de la mano el descontento de la población local, que sufría hambrunas recurrentes y veía cómo se esquilmaba la riqueza del país. Desde 1885, el Partido del Congreso y, en menor medida, otras organizaciones como la Liga Musulmana Pan India o el Movimiento Swadeshi lideraron el independentismo, que desembocó en 1910 en la segunda guerra de Independencia, con focos de rebelión repartidos por todas las regiones. La victoria británica se tradujo en una reorganización del territorio para asegurarse un mejor control del

mismo.

Poco después, la Primera Guerra Mundial trajo un cambio de actitud de parte de la sociedad india, que se comprometió activamente participando en el esfuerzo bélico del Imperio con soldados y suministros. Sin embargo, las numerosas bajas sufridas por las unidades indias y el aumento de impuestos y de la pobreza volvieron a alimentar las exigencias de independencia. Los británicos hicieron algunas concesiones en reconocimiento a la ayuda prestada, que se materializaron en un gobierno compartido en diversas materias, aunque ellos conservaron bajo su control las áreas económicas más sensibles.

La cruz de estas concesiones fue la Ley Rowlatt, un mecanismo legal que permitía la persecución de cualquier tipo de activismo político que supusiera una amenaza para los intereses británicos. Hubo represión contra la prensa, contra numerosos líderes políticos y contra muchos ciudadanos de a pie. Pero la chispa que prendió la mecha fue la matanza de Amritsar de 1919, en la que los soldados británicos dieron muerte a más de trescientos cincuenta indios. Cualquier esperanza de una buena relación colonial a largo plazo quedó enterrada aquel día.

Poco después de la masacre surgió la figura de Mohandas Gandhi, un abogado indio formado en Inglaterra y que había pasado veinte años de su vida en Sudáfrica. La novedad de las tesis de Gandhi fue la defensa de la desobediencia civil por medios pacíficos y la no cooperación con los intereses británicos. Tras unos primeros éxitos modestos, en 1920 el Partido del Congreso redactó una primera constitución que aspiraba a la independencia de la India. Las acciones de resistencia pasiva se extendieron por todo el país, incluyendo el boicot a los productos británicos, a sus instituciones, la renuncia a ejercer cargos en el Gobierno colonial y la negativa a pagar impuestos.

En los años veinte, el movimiento fue creciendo poco a poco, aunque sufrió parones debido a los períodos de encarcelamiento que sufrió Gandhi y también porque él mismo frenó las protestas cuando estas derivaron en violencia. Una de las acciones más notables y con mayor simbolismo fue la marcha de la sal en 1930. Los británicos cobraban un impuesto por la sal, y Gandhi organizó

una movilización a lo largo de cuatrocientos kilómetros para que sus seguidores, desafiando el monopolio británico, recogieran su propia sal.

En los años treinta continuaron las protestas con nuevos episodios de represión violenta, y las sucesivas concesiones de los británicos nunca eran suficientes. Además, cobró cada vez mayor peso la comunidad musulmana, que no reconocía al Partido del Congreso como voz autorizada para reclamar la independencia en nombre de toda la población de la India. Se estaba gestando el conflicto que acabaría dando lugar al nacimiento de dos países, India y Pakistán.

La entrada de Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial dividió a los independentistas indios. Unos proponían no colaborar (e incluso ayudar a los japoneses) para alcanzar la independencia por la fuerza. Otros, entre ellos Gandhi, defendían la ayuda a los británicos con la idea de alcanzar la independencia cuando terminase el conflicto. En julio de 1942, el Partido del Congreso publicó una resolución en la que ofrecía su apoyo a Gran Bretaña a cambio de la independencia al final de la guerra, pero se advertía de que, si no se aceptaba esa condición, toda la India se vería envuelta en una desobediencia general.

Los británicos rechazaron la propuesta, y en agosto de ese mismo año Mahatma Gandhi inició el movimiento «Abandonen la India», en el que animaba a sus compatriotas a comportarse como si ya fueran un país independiente y a no obedecer a los británicos. La declaración de este movimiento fue el discurso del 8 de agosto al que se dedica este capítulo.

Quién es quién

▪

Mohandas (Mahatma Alma Grande) Gandhi nació en Porbandar (estado de Gujarat) en 1869, en el seno de una familia

acomodada, pues su padre era diwán (primer ministro) del príncipe local. Viajó a Inglaterra para estudiar Derecho en el University College de Londres y, a su regreso a la India, tuvo problemas para encontrar un buen trabajo, lo que le llevó a aceptar un empleo en Durban, Sudáfrica, como asesor legal de una empresa india.

Los veinte años que pasó en este país pusieron a Gandhi en contacto con numerosas realidades que marcarían su vida. Por una parte, fue testigo de la discriminación que sufrían los indios que vivían allí; por otra, conoció de primera mano las tácticas de desobediencia civil, y sus actividades de protesta le llevaron a la cárcel en más de una ocasión. Además, actuó como enfermero del ejército británico en la guerra de los Bóeres. Aquella experiencia le hizo sentir aversión por cualquier tipo de violencia, un actitud que mantendría en la India durante su lucha por la independencia.

De regreso a la India, en la década de los años veinte se convirtió en uno de los principales líderes nacionalistas organizando movilizaciones pacíficas masivas contra los intereses británicos. Su aura de líder carismático aumentó al acompañar sus acciones con una imagen radical: abandonó la ropa occidental y vistió siempre con el atuendo típico de un agricultor indio, adoptó un tipo de vida austero, renunciando a todo tipo de riqueza material, y se alimentó con una dieta vegetariana de acuerdo a las creencias hindúes. Además, se mostró en contra del sistema de castas y defendió el uso de las lenguas vernáculas frente al inglés en la vida diaria.

Durante los años veinte y treinta, la vida de Gandhi transcurrió entre períodos de actividad política, fases de encarcelamiento y otros momentos de retiro, cuando consideró que las protestas derivaban en una violencia que él nunca aprobó.

La fase final de la lucha por la independencia tuvo lugar en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. El Congreso Nacional Indio propuso apoyar a Gran Bretaña a cambio de la independencia cuando terminase el conflicto. Los británicos rechazaron la propuesta, lo que dio lugar al nacimiento de «Abandonen la India» en 1942. Aunque el movimiento provocó represión y el arresto de casi todos los líderes independentistas, entre ellos del propio Gandhi, dos años más tarde hizo posible que los británicos

ofrecieran la independencia si hindúes y musulmanes llegaban a un acuerdo pacífico, lo que significaba, de hecho, la creación de dos Estados, India y Pakistán.

En un primer momento Gandhi se mostró contrario a esta división, pero más adelante se vio obligado a admitir que era la mejor solución para evitar un enfrentamiento civil y religioso.

Finalmente, en 1947 Gran Bretaña concedió la independencia a India y Pakistán. Gandhi no asumió ninguna función política dentro del Estado recién nacido y apenas pudo disfrutar del mismo, porque seis meses más tarde, el 30 de enero de 1948, fue asesinado por un radical hindú que no estaba de acuerdo con su actitud conciliadora respecto a los pakistaníes.

■

Dónde y cuándo

El 7 de agosto de 1942 se celebró la reunión del comité del Congreso Nacional Indio bajo la presidencia de Maulana Abul Kalam Azad. El lugar elegido fue el parque Gowalia Tank Maidan de Bombay, situado a apenas trescientos metros del Goculdas Tejpal House, la sede del Congreso Nacional Indio. Las deliberaciones continuaron pasada la medianoche. Al día siguiente, Gandhi pronunció su discurso en el parque, hoy en día un campo de juegos, especialmente de criquet, en uno de cuyos extremos se alza un pequeño monolito en su memoria.

El discurso

Idioma original: hindi

Antes de que discutáis la resolución, permitidme exponeros una o dos cuestiones. Quiero que entendáis dos cosas muy claramente y que las consideréis desde el mismo punto de vista desde el que yo os las estoy exponiendo. Os pido que lo consideréis desde mi punto de vista, porque si lo aprobáis, se os pedirá que cumpláis con todo lo que os digo. Será una gran responsabilidad. Hay gente que me pregunta si soy el mismo hombre que era en 1920, o si ha habido algún cambio en mí o en vosotros. Tenéis razón al hacer esa pregunta.

Permitidme, sin embargo, que me apresure a asegurar que soy el mismo Gandhi que era en 1920. No he cambiado en ningún aspecto fundamental. Concedo la misma importancia a la no violencia que le concedía entonces. En todo caso, mi énfasis sobre ella se ha hecho aún más fuerte. No existe una contradicción real entre la presente resolución y mis escritos y declaraciones anteriores.

Ocasiones como la presente no ocurren en la vida de todos, y rara vez en la vida de nadie. Quiero que sepáis y sintáis que no hay nada más que el más puro Ahimsā47 en todo lo que digo y hago hoy. El proyecto de resolución del Comité de Trabajo se basa en Ahimsā; de igual modo, la lucha contemplada tiene sus raíces en Ahimsā. Por lo tanto, si hay alguno entre vosotros que haya perdido la fe en Ahimsā o esté cansado de ella, que no vote a favor de esta resolución. Permitidme explicar claramente mi posición. Dios me ha concedido un regalo inestimable en el arma de Ahimsā. Hoy, mi Ahimsā y yo seguimos nuestro camino. Si, en la crisis actual, cuando la tierra está siendo abrasada por las llamas de Himsā48 y clama por su liberación, yo no consigo hacer uso del talento dado por Dios, Dios no me perdonará y seré juzgado indigno del gran don. Debo actuar ahora. No puedo dudar y limitarme a mirar cuando Rusia y China están amenazadas.

El nuestro no es un impulso por el poder, sino puramente una lucha no violenta por la independencia de la India. En una lucha violenta, a menudo se ha sabido de un general exitoso que ha dado un golpe militar y ha establecido una dictadura. Pero bajo el esquema de las cosas del Congreso, esencialmente no violento como es, no puede haber lugar para la dictadura. Un soldado no violento

de la libertad no codiciará nada para sí mismo, lucha únicamente por la libertad de su país. Al Congreso no le preocupa quién gobernará cuando se alcance la libertad. El poder, cuando llegue, pertenecerá al pueblo de la India, y será él quien decida a quién se le confíe. Puede ser que las riendas se pongan en manos de los parsis49, por ejemplo —como me encantaría que sucediera— o puede que recaiga en algunos otros cuyos nombres no se escuchan hoy en el Congreso. Entonces, no podréis objetar diciendo: «Esta comunidad es microscópica. Ese partido no representó el papel que le correspondía en la lucha por la libertad; ¿Por qué debería tener todo el poder?». Desde sus inicios, el Congreso se ha mantenido meticulosamente libre de la mancha comunal. Siempre ha pensado en términos de toda la nación y ha actuado en consecuencia… Sé lo imperfecta que es nuestra Ahimsā y lo lejos que estamos todavía del ideal, pero en Ahimsā no hay fracaso ni derrota final. Por lo tanto, tengo fe en que si, a pesar de nuestras deficiencias, sucede lo importante, será porque Dios quiso ayudarnos coronando con éxito nuestra Sādhana50 silenciosa e incansable durante los últimos veintidós años.

Creo que en la historia del mundo no ha habido una lucha por la libertad más genuinamente democrática que la nuestra. Mientras estaba en prisión leí la Revolución Francesa de Carlyle51, y Pandit Jawaharlal52 me ha contado algo sobre la Revolución rusa. Pero estoy convencido de que, en la medida en que estas luchas se libraron con el arma de la violencia, no lograron hacer realidad el ideal democrático. En la democracia que he imaginado, una democracia establecida por la no violencia, habrá igual libertad para todos. Cada uno será su propio señor. Es para unirse a una lucha por esa democracia a lo que os invito hoy. Una vez que os deis cuenta de esto, olvidaréis las diferencias entre los hindúes y los musulmanes, y pensaréis en vosotros únicamente como indios, comprometidos en la lucha común por la independencia.

Luego, está la cuestión de vuestra actitud hacia los británicos. He notado que entre la gente hay odio hacia los británicos. La gente dice que está disgustada con su comportamiento. La gente no hace distinciones entre el imperialismo británico y el pueblo británico. Para ellos, los dos son uno. Este odio incluso les haría dar la bienvenida a los japoneses. Eso es muy peligroso. Significa que se

cambiaría una esclavitud por otra. Debemos deshacernos de este sentimiento. Nuestra disputa no es con el pueblo británico, luchamos contra su imperialismo. La propuesta de retirada del poder británico no surgió de la ira. Llegó para permitir que la India representara el papel que le corresponde en la actual coyuntura crítica. No es una posición feliz para un país grande como la India limitarse a ayudar con dinero y material obtenido de ella, quisiera o no, mientras las Naciones Unidas dirigen la guerra. No podemos evocar el verdadero espíritu de sacrificio y valor mientras no seamos libres. Sé que el Gobierno británico no será capaz de negarnos la libertad cuando nos hayamos sacrificado lo suficiente. Por tanto, debemos purgarnos del odio. Hablando por mí mismo, puedo decir que nunca he sentido ningún odio. De hecho, ahora me siento más amigo de los británicos de lo que he sido jamás. Una razón es que hoy están en peligro. Mi misma amistad, por lo tanto, exige que trate de salvarlos de sus errores. Tal como yo veo la situación, están al borde de un abismo. Por tanto, es mi deber advertirles del peligro que corren aunque, por el momento, pueda enfadarles hasta el punto de cortar la mano amiga que se tiende para ayudarlos. Puede que la gente se ría, pero esa es mi afirmación. En un momento en el que quizás tenga que lanzar la lucha más grande de mi vida, es posible que no albergue odio contra nadie.

TRADUCIDO POR EL AUTOR A PARTIR DE LA VERSIÓN EN INGLÉS DEL DISCURSO ORIGINAL EN HINDI

Contenido del discurso

El discurso de Gandhi fue pronunciado después de que los británicos rechazaran las exigencias del Congreso Nacional Indio sobre una concesión de independencia a cambio de la ayuda en el esfuerzo de guerra. Gandhi era perfectamente consciente de cuál era la situación del Imperio británico en agosto de 1942.

En Europa, aunque Inglaterra había evitado la invasión de la isla, los ejércitos alemanes todavía parecían invencibles. El primer gran revés, la batalla de Stalingrado, todavía no había comenzado. En el Pacífico, aunque tras el bombardeo de Pearl Harbour en diciembre de 1941 se había producido la entrada de los Estados Unidos en la guerra, la situación no permitía ser optimista. Cierto que los norteamericanos habían reaccionado y ya contaban con las victorias de Midway, Mar del Coral y Guadalcanal, pero Japón estaba lejos de verse vencida, y se expandía por el sudeste asiático sin que los británicos pudieran detener su avance. Que llegaran hasta la India era una posibilidad real, y aterradora.

Por otra parte, Gandhi era igualmente consciente de que, después de veintidós años, la lucha por la independencia se encontraba en un momento decisivo. La oportunidad era única, pero se corría el peligro de adoptar una táctica ineficaz o acercarse al aliado equivocado.

Audiencia

¿Para quién habló Gandhi aquel día? Había miles de personas reunidas en el Gowalia Tank Maidan de Bombay esperando conocer la opinión de Gandhi y sus directrices para lo que vendría a partir de aquel momento. Y él sabía que sus palabras acabarían llegando a sus seguidores repartidos por todo el país. Así pues, Gandhi habló para todos los indios, aunque hizo especial hincapié en las dos principales comunidades religiosas, la hindú y la musulmana. En el momento del discurso, ya existían importantes tensiones entre ambos grupos a causa de sus diferentes creencias e ideas. Para Gandhi era importante que entendieran que, antes que hindúes o musulmanes, todos ellos eran indios, compatriotas y, por lo tanto, tenían que dejar a un lado sus diferencias para alcanzar el objetivo común.

Por último, sabía que también los británicos conocerían el contenido de su alocución. Aunque no se dirigió directamente a ellos, les dedicó una buena parte de la misma en un tono

sorprendentemente amistoso.

El mensaje

Gandhi se proponía transmitir tan solo dos ideas fundamentales: la primera, que el objetivo era alcanzar la independencia de la India. La segunda, que esa independencia debería culminar en una democracia que superaría las diferencias entre hindúes y musulmanes que amenazaba la paz interna. Para ello, necesitaba que aquel día el Congreso aprobase su resolución «Abandonen la India», que incluía el movimiento de masas no violento.

Para convencer a su audiencia de estas dos cuestiones, expuso una estrategia que parecía tan fácil de expresar como complicada de poner en práctica. El primer elemento representaba un auténtico reto, pues suponía un cambio de marco mental: el camino para lograr la independencia sería la no violencia. Practicar la no violencia obligaría a los indios a aferrarse a valores como la firmeza, el valor y la unidad, y a través de ellos encauzarían sus energías en combatir ideologías esclavizadoras, pero no a seres humanos concretos. Había que eliminar de los corazones el odio hacia los británicos.

El segundo elemento era la movilización total. Gandhi sabía que los cambios de mentalidad son lentos y costosos, así que no pretendió que se llevaran a cabo por pura convicción filosófica, sino por utilidad, presentándolos como una estratagema útil. Solo lograrían la libertad luchando unidos, y la unión exigía dejar a un lado el odio tanto entre los indios de diferentes confesiones como hacia los británicos. Para Gandhi, la fortaleza del luchador está en su fortaleza interior. Solo cuando el rival descubre esa determinación de no rendirse e ir hasta el final entiende que tiene la batalla perdida. En esto, Gandhi calcó los planteamientos de Churchill en su lucha contra la Alemania de Hitler.

Ethos

Podría parecer que la autoridad moral de Gandhi ante su pueblo estaba garantizada y que no merecería la pena dedicar un solo instante a justificarla. Para el momento del discurso, Gandhi llevaba ya veinte años siendo el rostro más representativo de la lucha por la independencia de la India. No había nadie que no lo conociera ni tuviera claro su pensamiento. Sin embargo, la visión que tenemos en la actualidad del personaje nos confunde al pensar que el acuerdo en torno a él era total e indiscutido. Su asesinato a manos de un hindú poco después de lograr la independencia es la mejor prueba de que no contó con la adhesión incondicional y unánime de su propio pueblo. Que había dudas sobre su persona y sus opiniones lo confirma una frase del propio discurso:

Hay gente que me pregunta si soy el mismo hombre que era en 1920, o si ha habido algún cambio en mí o en vosotros. Tenéis razón al hacer esa pregunta.

Así que lo primero que hizo fue responder a esta cuestión. Había que dar un sí o un no rápidamente. Ya tendría tiempo de matizar luego su respuesta:

Permitidme, sin embargo, que me apresure a asegurar que soy el mismo Gandhi que era en 1920. No he cambiado en ningún aspecto fundamental.

Quedaba claro que Gandhi consideraba necesario defender su reputación y establecer claramente el ethos. Veamos cómo lo hizo.

Consciente de que estaba hablando a un público que en su inmensa mayoría tenía unas profundas convicciones religiosas

(fuesen hindúes, musulmanas, cristianas o de cualquier otro credo), Gandhi se presentó a sí mismo como un hombre igualmente religioso. Sus creencias más firmes procedían directamente de la divinidad:

Dios me ha concedido un regalo inestimable en el arma de Ahimsā. Hoy, mi Ahimsā y yo seguimos nuestro camino. Si, en la crisis actual, cuando la tierra está siendo abrasada por las llamas de Himsā y clama por su liberación, yo no consigo hacer uso del talento dado por Dios, Dios no me perdonará y seré juzgado indigno del gran don.

Más aún, al expresar su confianza en que Dios ayudaría a los indios, lo que traducido significaba que Él estaba con ellos, parecía insinuar que tenía una conexión más cercana con Dios. No dijo que fuese un profeta, pero sabía que mucha gente lo percibía como un hombre que, de algún modo, se encontraba próximo a la divinidad.

Por lo tanto, tengo fe en que si, a pesar de nuestras deficiencias, sucede lo importante, será porque Dios quiso ayudarnos coronando con éxito nuestra Sādhana silenciosa e incansable durante los últimos veintidós años.

En resumen, Gandhi aseguró que era la misma persona que se había presentado ante su pueblo por primera vez veinte años atrás. Que el mensaje que quería transmitir (Ahimsā, del que nos ocuparemos a continuación) procedía de Dios, y que si no se seguía su propuesta, a pesar de las imperfecciones del pueblo indio, la divinidad no lo perdonaría. Por el contrario, si se seguían sus postulados, Dios ayudaría a alcanzar el triunfo final (Sādhana). Las opciones eran Gandhi o crear un sentimiento de culpa en una población profundamente religiosa. Brillante.

Logos: Ahimsā

La intención de este discurso era la aprobación de una resolución y para ello Gandhi tenía que aportar no solo autoridad moral, sino auténticas razones. Lo primero que señaló fue que su resolución no contradecía sus actuaciones anteriores.

No existe una contradicción real entre la presente resolución y mis escritos y declaraciones anteriores.

A continuación, expuso la palabra clave de su propuesta. Todo lo que vendría a continuación se basaba en un concepto absolutamente clave: Ahimsā.

El proyecto de resolución del Comité de Trabajo se basa en Ahimsā; de igual modo, la lucha contemplada tiene sus raíces en Ahimsā.

¿Qué es Ahimsā? En la nota al discurso se ha señalado que se trata de un concepto que se refiere a la no violencia y el respeto a la vida. Sin embargo, merece la pena examinar más en detalle su significado. El propio Gandhi había reflexionado sobre el concepto en los años anteriores y lo había puesto por escrito:

La no violencia es la mayor fuerza a disposición de la humanidad. Es más efectiva que el arma de destrucción más efectiva que haya ingeniado el hombre.

Literalmente, Ahimsā significa no violencia hacia la vida, pero tiene un significado mucho más amplio. Significa también que uno no puede ofender a otra persona, debiendo compadecerse del otro, incluso si se trata de un enemigo. Para aquellos que siguen esta doctrina, no hay enemigos. Quien cree en la eficacia de esta doctrina, halla el último estado, cuando se alcanza la meta, viendo el mundo a sus pies. Si expresamos nuestro amor —Ahimsā— de tal modo que marque para siempre a nuestro enemigo, dicho enemigo nos devolverá ese amor.

Ahimsā o no violencia, por supuesto, implica no matar. Pero la no violencia no se refiere únicamente a no matar, sino que Ahimsā implica una abstinencia absoluta de causar cualquier dolor físico o emocional a cualquier ser vivo, bien sea por pensamiento, palabra u obra. La no violencia requiere una mente, una boca y unas manos pacíficas.

GANDHI, All religions are true

Se trataba sin duda de una postura radical, muy difícil de cumplir para un ser humano normal, con sus pasiones y sus debilidades. Y, sin embargo, eso es lo que estaba pidiendo Gandhi a su audiencia. Compromiso absoluto con Ahimsā.

Por lo tanto, si hay alguno entre vosotros que haya perdido la fe en Ahimsā o esté cansado de ella, que no vote a favor de esta resolución.

Pero Gandhi tenía sus buenas razones para exigir que fuese así. Porque cualquier logro obtenido fuera de los márgenes de Ahimsā tendría como consecuencia un poder imperfecto, mientras que el poder obtenido mediante Ahimsā pertenecería al pueblo de la India. Por lo tanto, Ahimsā era la única garantía de una auténtica

democracia.

El nuestro no es un impulso por el poder, sino puramente una lucha no violenta por la independencia de la India. En una lucha violenta, a menudo se ha sabido de un general exitoso que ha dado un golpe militar y ha establecido una dictadura. Pero bajo el esquema de las cosas del Congreso, esencialmente no violento como es, no puede haber lugar para la dictadura. Un soldado no violento de la libertad no codiciará nada para sí mismo, lucha únicamente por la libertad de su país. Al Congreso no le preocupa quién gobernará cuando se alcance la libertad. El poder, cuando llegue, pertenecerá al pueblo de la India, y será él quien decida a quién se le confíe.

Y para demostrar que eso era así, Gandhi mencionó dos modelos históricos tomados de sus lecturas. Ni la Revolución francesa ni la Revolución rusa, dos de los casos más notables de revoluciones populares, servían de ejemplo como verdaderas democracias, porque no habían seguido el camino de Ahimsā.

Creo que en la historia del mundo no ha habido una lucha por la libertad más genuinamente democrática que la nuestra. Mientras estaba en prisión leí la Revolución Francesa de Carlyle, y Pandit Jawaharlal me ha contado algo sobre la Revolución rusa. Pero estoy convencido de que, en la medida en que estas luchas se libraron con el arma de la violencia, no lograron hacer realidad el ideal democrático. En la democracia que he imaginado, una democracia establecida por la no violencia, habrá igual libertad para todos.

La segunda cuestión relacionada con Ahimsā era la actitud hacia los británicos. ¿Cómo se podía aspirar a librarse del yugo británico sin albergar el menor odio por los ingleses? ¿Cómo no desear el mal al que te está sometiendo, explotando y maltratando?

La respuesta es muy clara: hay que distinguir entre el ser humano y la idea. Y había que tener cuidado, porque no colaborar con los británicos podría poner a la India en manos del imperialismo japonés, mucho más peligroso. Los británicos eran el mal menor o, como se dice en inglés, better the Devil you know ('es mejor el demonio al que ya conoces').

Luego, está la cuestión de vuestra actitud hacia los británicos. He notado que entre la gente hay odio hacia los británicos. La gente dice que está disgustada con su comportamiento. La gente no hace distinciones entre el imperialismo británico y el pueblo británico. Para ellos, los dos son uno. Este odio incluso les haría dar la bienvenida a los japoneses. Eso es muy peligroso. Significa que se cambiaría una esclavitud por otra. Debemos deshacernos de este sentimiento. Nuestra disputa no es con el pueblo británico, luchamos contra su imperialismo.

Gandhi sabía que lo que estaba pidiendo a su pueblo no era fácil. Sabía que resultaba frustrante tener que colaborar con la potencia colonial. Y reconocía que, en tanto que la India no era libre, no podía sentirse plenamente partícipe de la lucha. Lo comprendía, se ponía en el lugar del pueblo, pero también señalaba que él ya se había posicionado, y que era capaz de no sentir odio por los británicos. Pedía a su pueblo el mismo compromiso con Ahimsā que él ya había alcanzado.

No es una posición feliz para un país grande como la India limitarse a ayudar con dinero y material obtenido de ella, quisiera o no, mientras las Naciones Unidas dirigen la guerra. No podemos evocar el verdadero espíritu de sacrificio y valor mientras no seamos libres. Sé que el Gobierno británico no será capaz de negarnos la libertad cuando nos hayamos sacrificado lo suficiente. Por tanto, debemos purgarnos del odio. Hablando por mí mismo, puedo decir que nunca he sentido ningún odio.

Pathos

Puede resultar extraño para la mentalidad occidental que la idea de «no odiar» sea parte fundamental del logos, del razonamiento, y no del pathos, la parte emocional del discurso. Pero así es. Para Gandhi, el camino de Ahimsā es el resultado de una profunda reflexión. No obstante, en el discurso aparecen desperdigados diferentes conceptos claramente emocionales que ayudaron a Gandhi a ganarse la voluntad de su audiencia.

La primera apelación emocional fue la empatía. Gandhi necesitaba que los que le escuchaban su pusieran en su lugar. No quería convencer por el peso de su autoridad ni que se plegaran a sus deseos a regañadientes. Lo que iba a pedir requería que todos los presentes se pusieran «en sus zapatos».

Quiero que entendáis dos cosas muy claramente y que las consideréis desde el mismo punto de vista desde el que yo os las estoy exponiendo. Os pido que lo consideréis desde mi punto de vista, porque si lo aprobáis, se os pedirá que cumpláis con todo lo que os digo. Será una gran responsabilidad.

La segunda era una llamada a la fe. Aunque Ahimsā es un concepto al que ha llegado mediante la reflexión, hace falta fe para mantenerse firme en él y no caer en la debilidad de entregarse a la violencia y el odio. La fe traerá la victoria.

[…] si hay alguno entre vosotros que haya perdido la fe en Ahimsā o esté cansado de ella, que no vote a favor de esta resolución. […] Por lo tanto, tengo fe en que si, a pesar de nuestras deficiencias, sucede lo importante, será porque Dios quiso ayudarnos coronando con éxito nuestra Sādhana silenciosa e

incansable durante los últimos veintidós años.

Por último, resulta natural que, en el contexto de un conflicto, Gandhi apelara a conceptos como la unión, el «nosotros», el sacrificio y las dificultades para mantener cohesionado al grupo y animarle para que continuase la lucha por la independencia.

Creo que en la historia del mundo no ha habido una lucha por la libertad más genuinamente democrática que la nuestra. […] la lucha más grande de mi vida […]

Pero no solo le preocupaba la lucha contra los ingleses. En ningún momento perdió de vista el conflicto latente entre hindúes y musulmanes. Tenía que convencerlos de que, siguiendo el camino de Ahimsā, ninguno de los dos grupos se vería sometido al otro. Todos alcanzarían el mayor grado de libertad.

Cada uno será su propio señor. Es para unirse a una lucha por esa democracia a lo que os invito hoy. Una vez que os deis cuenta de esto, olvidaréis las diferencias entre los hindúes y los musulmanes, y pensaréis en vosotros únicamente como indios, comprometidos en la lucha común por la independencia.

Después del discurso

Las palabras de Gandhi surtieron su efecto, y la proposición de resistencia no violenta fue aprobada por el Congreso Nacional Indio adoptando el lema Quit India (‘Abandonen la India’). Aquel mismo día 8 de agosto, Gandhi pronunció otro discurso tras la aprobación

en el que agradeció el apoyo recibido y dedicó mucho tiempo a la cuestión del mantenimiento de las buenas relaciones entre hindúes y musulmanes. Puesto que Gandhi había sido el principal promotor de la propuesta, fue reconocido como líder natural del movimiento. Este segundo discurso dejó para la posteridad uno de los eslóganes más potentes del movimiento de independencia: Do or die. La traducción literal sería «Hacer o morir», aunque quizás sería más próximo al sentido real una versión más libre como «O todo o nada».

He aquí un mantra, muy breve, que os entrego: Podéis grabarlo en vuestros corazones y dejar que cada aliento vuestro lo exprese. El mantra es «Hacer o morir». Liberaremos a la India o moriremos en el intento; no viviremos para ver la perpetuación de nuestra esclavitud. Todo verdadero hombre o mujer congresista se unirá a la lucha con la inflexible determinación de no seguir vivo para ver al país en servidumbre y esclavitud.

Lo más irónico es que este lema procede de una estrofa de la «Carga de la Brigada Ligera» escrita por Lord Tennyson para conmemorar la suerte de los soldados británicos caídos en la guerra de Crimea en 1854. Gandhi conocía perfectamente el poema y, de hecho, ya se había servido de él por primera vez en 1904 para alabar el valor de un soldado indio que había muerto en el Tíbet.

¡Adelante, brigada ligera!

¿Algún hombre desfallecido?

No, aunque los soldados supieran

que era un desatino.

No estaban allí para replicar,

no estaban allí para razonar,

no estaban sino para vencer o morir.

En el valle de la Muerte

cabalgaron los seiscientos.

Era ahora o nunca. Los británicos debían abandonar India. Y poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, así lo hicieron. Gandhi había vencido, aunque no vivió demasiado para disfrutar de su triunfo.

47 Ahims ā es un concepto sánscrito que se refiere a la no violencia y el respeto a la vida.

48 Hims ā (‘herir’, ‘dañar’) es el concepto sánscrito opuesto a Ahims ā . De hecho, la palabra Ahims ā está compuesta por dos elementos: un prefijo -a que significa ‘no’, ‘sin’, igual que nuestro prefijo español -a en «amoral» (‘sin moral’), «anormal» (‘no normal’), «asexual» (‘carente de sexualidad’). Ahims ā significa ‘carente de’ o ‘sin’ Hims ā .

49 Los parsis son una comunidad de religión zoroástrica o parsi (de ahí su nombre) que viven en algunas regiones de la India, en especial en la ciudad de Bombay (moderna Mumbai), donde Gandhi pronunció este discurso. Son descendientes de persas que huyeron de la región del actual Irán para evitar la persecución religiosa de la mayoría musulmana. Son una comunidad que cuenta con unos cien mil miembros en todo el mundo, más de la mitad en la India. Parsis famosos son el director de orquesta Zubin Metha y el fallecido cantante de Queen Freddie Mercury. Gandhi los menciona por ser un grupo especialmente reducido en un país con cientos de millones de habitantes. Jamás accederían al poder. Y, sin embargo, muestra su simpatía por ellos, por muchos de los valores de la religión zoroástrica que sin duda compartía.

50 S ā dhana es una disciplina emprendida en busca de una meta. Procede de la raíz sánscrita - s ā dh , que significa ‘cumplir’.

51 French Revolution: A History , de Thomas Carlyle, publicado en 1837, una de las obras clásicas sobre esta cuestión.

52 Pandit Jawaharlal Neru (1889-1964), conocido en Occidente simplemente como Neru, fue uno de los políticos nacionalistas más destacados de la India. Después de este discurso fue encarcelado por los británicos junto a Gandhi y otros dirigentes por la campaña de desobediencia civil. En 1947, tras alcanzar la independencia, se convirtió en el primer Ministro de la India, cargo que ejerció hasta su muerte. Tenía una sólida formación intelectual, de ahí que quizás sirviera de fuente de información e inspiración a

Gandhi en algunas cuestiones.

PATRIA

-

«No preguntes qué puede hacer

tu país por ti»

John F. Kennedy

Washington D. C., 20 de enero de 1961

Contexto histórico

El 20 de enero de 1961 fue un día único. Por primera vez en la historia de los Estados Unidos de América, un católico, John Fitzgerald Kennedy, se convertiría en el presidente del país, el trigesimoquinto que ocuparía el cargo desde que lo hiciera George Washington en 1789.

El mandato del anterior presidente, Eisenhower, había dejado un panorama descorazonador. El crédito que los Estados Unidos hubieran obtenido como uno de los salvadores de la civilización occidental tras su victoria sobre las fuerzas del Eje en la Segunda Guerra Mundial había quedado profundamente manchado por la política norteamericana de los años de posguerra como resultado de su enfrentamiento con el otro gran vencedor de la citada contienda: la Unión Soviética. Era la Guerra Fría.

La enloquecida carrera armamentística entre las dos superpotencias ya había llegado a un punto en el que parecía absolutamente razonable imaginar un apocalipsis nuclear y la desaparición de la raza humana en caso de que estallara un conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Durante la campaña electoral que llevaría a Kennedy a la Casa Blanca, tanto él como el candidato republicano, Richard Nixon (que acabaría siendo presidente años más tarde), habían defendido el aumento de presupuesto para reforzar la política nuclear estadounidense y no quedarse atrás, después de que los soviéticos pusieran en marcha su programa de misiles balísticos intercontinentales.

Los soviéticos también habían tomado la delantera en la carrera espacial. En 1957 el Sputnik 1 había sido el primer satélite

artificial en alcanzar una órbita terrestre, y el 2, el primero en llevar un ser vivo al espacio, la famosa perra Laika. Los norteamericanos reaccionaron al año siguiente con el Explorer 1, pero era evidente que iban a la zaga. De hecho, todavía no lo sabían, pero en ese mismo año de 1961 Yuri Gagarin se convertiría en el primer hombre en salir al espacio exterior.

Y en la política más terrenal, las cosas no pintaban mucho mejor. Europa estaba dividida por el Telón de Acero, e incluso en el patio trasero de los Estados Unidos, en la isla de Cuba, Eisenhower había sido incapaz de defender a su aliado, el presidente Batista, y ahora se encontraba con un Gobierno hostil de la mano de Fidel Castro. En Asia, ya se habían producido enfrentamientos desde los años cincuenta en Corea, y se mascaba la tensión en otros puntos, como Indochina o Taiwán. En África, se sucedían las declaraciones de independencia de nuevos Estados que se liberaban de sus vínculos coloniales. Todo era, cuando menos, poco tranquilizador. Parecía que el mundo por el que se había luchado en la Segunda Guerra Mundial se desmoronaba.

La campaña electoral fue una guerra sin cuartel. Nixon, candidato republicano, mostraba como principal argumento su experiencia en labores de gobierno, pues era el vicepresidente de Eisenhower, aunque su propio jefe se había encargado de colocar uno de los clavos de su ataúd político cuando un periodista pidió a Eisenhower que le dijera alguna decisión importante tomada por su segundo, y este le contestó: «Podría mencionarle alguna si tuviera una semana para pensarlo». Con aliados así, Nixon no necesitaba enemigos.

Kennedy es en la actualidad un mito, pero antes de su victoria tampoco despertaba un entusiasmo unánime ni siquiera entre sus propios compañeros del Partido Demócrata. La tibia posición del clan Kennedy durante el voto de censura del Senado contra el republicano Joseph McCarthy, amigo de la familia y famoso por su «caza de brujas», desencadenó críticas entre algunas figuras prominentes de las filas demócratas, como la ex primera dama Eleanor Roosevelt, quien, refiriéndose a John Fitzgerald, dijo que habría preferido que «tuviera menos perfil y más coraje».

Aquella lucha electoral contó con otro importante hito. El 26

de septiembre de 1960, más de sesenta millones de espectadores pudieron presenciar en directo la retransmisión del primer debate televisado de la historia. Nixon y Kennedy adoptaron dos actitudes totalmente diferentes hacia el nuevo reto. Nixon, que consideraba que partía con ventaja por su experiencia en el cargo de vicepresidente, menospreció el poder de la televisión y la imagen. No permitió que le maquillaran, lo que le dio un aspecto enfermizo, hasta el punto de que su propia madre le llamó después del debate para preguntarle si se encontraba mal. Curiosamente —o no tanto —, las encuestas reflejaron que aquellos que habían escuchado el debate por la radio consideraban que Nixon había sido el vencedor.

Los tiempos habían cambiado, y Kennedy lo había sabido ver mucho mejor que su rival. Cuidó mucho más los aspectos visuales y, partiendo con la ventaja de una apariencia ya de por sí atractiva, fue sin duda el ganador del combate dialéctico. Imagen frente a mensaje. Kennedy acabó ganando las elecciones a la Presidencia por el menor margen de voto popular de toda la historia (34.220.984 frente a 34.108.157 de Nixon). Es probable que aquel debate televisado fuera el último empujón que le llevó a la victoria.

Pero el día de su proclamación como presidente, Kennedy sabía que no contaba con el apoyo incondicional de todo el país, quizás ni siquiera con el de la mitad de los que sí habían votado por él. Para iniciar su mandato, quería pronunciar un discurso que inspirase a la nación y que enviase un mensaje de esperanza en la paz, a pesar de la amenaza nuclear. Sabía que, a partir de ese momento, no le valdría con ser únicamente una cara bonita. En sus propias palabras, «no quiero que la gente piense que soy un charlatán».

En este momento entra en la historia del discurso un personaje fundamental: Theodore (Ted) C. Sorensen, abogado, escritor, amigo personal y consejero de Kennedy. Para comprender el alcance de su influencia debemos retroceder unos años en la vida del protagonista de este capítulo. Desde 1952, Kennedy era senador de los Estados Unidos por Massachusetts, pero en 1954 y 1955 tuvo que hacer un alto en sus actividades políticas debido a una complicada operación de espalda. Durante ese tiempo, escribió un libro titulado Perfiles de coraje, en el que se narran ocho situaciones en las que diversos senadores de los Estados Unidos arriesgaron sus carreras para no

renunciar a sus convicciones (de ahí el malintencionado comentario de Eleanor Roosevelt, «menos perfil y más coraje»). El libro tuvo una gran acogida y fue galardonado con el Premio Pulitzer en la categoría de biografías. Sin embargo, hasta el día de hoy ha planeado la duda sobre la autoría de la obra, y se ha sugerido que detrás de este libro estaba la mano de Sorensen. De hecho, se sabe a ciencia cierta que colaboró con Kennedy en la redacción de sus discursos presidenciales, incluido el que nos ocupa. Así pues, al escuchar a Kennedy, estamos escuchando también el pensamiento de Sorensen.

Con vistas a su discurso inaugural, Kennedy le encargó que estudiara otras intervenciones similares, también la de Lincoln en Gettysburg, para entender mejor las claves del éxito. Después, trabajaron juntos en la redacción del discurso hasta que se dio un último retoque la misma mañana del 20 de enero. Kennedy estaba listo para entrar en la Historia.

Quién es quién

John Fitzgerald Kennedy nació el 29 de mayo de 1917 en Brookline, Massachussetts. En 1938, su padre asumió el puesto de embajador de los Estados Unidos en Londres, y toda la familia se trasladó con él al Reino Unido. Fue en Inglaterra donde John comenzó a interesarse por la política y el arte de gobernar. Regresó a Estados Unidos y terminó sus estudios en Harvard, con una tesis sobre la participación de Inglaterra en los Acuerdos de Múnich. Para entonces, ya había comenzado la Segunda Guerra Mundial, y en 1941 se alistó en la Armada estadounidense. Tras el ataque japonés a Pearl Harbour, participó en operaciones navales en el Pacífico. Durante su servicio, fue herido y recibió varias condecoraciones. Una vez acabada la guerra, su padre le convenció para que se presentara a las elecciones al Congreso por Massachusetts por el Partido Demócrata. Fue congresista durante seis años, y en

1952 resultó elegido senador de los Estados Unidos.

En 1956 se quedó a las puertas de la nominación para la carrera presidencial por el Partido Demócrata, pero comenzó a adquirir notoriedad en todo el país. En 1960 se presentó de nuevo y, esta vez sí, ganó la candidatura demócrata a las elecciones de noviembre con Lyndon B. Johnson como candidato a la Vicepresidencia. En esta elección se enfrentó al vicepresidente republicano Richard Nixon. Aquella campaña será recordada por los tres debates televisados que cambiaron para siempre la forma de hacer campaña. Finalmente, Kennedy ganó, convirtiéndose en el 36.º presidente de los Estados Unidos, el más joven elegido (contaba cuarenta y tres años, si bien Theodore Roosevelt, con cuarenta y dos, había accedido al cargo tras el asesinato de McKinley en 1901) y el primero católico. Posteriormente no ha habido ningún otro.

Durante su mandato, Kennedy tuvo que enfrentarse a los días más duros de la Guerra Fría, con la crisis de los misiles, el ataque fallido a Bahía de Cochinos, su discurso en Berlín o una implicación cada vez mayor en la guerra de Vietnam. En política interior, fue un defensor de los derechos civiles de los negros, lo que le enfrentó con varias figuras importantes del sur más radical, como el gobernador de Alabama George Wallace. Fue asimismo el gran impulsor del programa espacial estadounidense y marcó el final de la década de los años sesenta como el límite para que los Estados Unidos pusieran un hombre sobre la superficie de la Luna. No vivió para ver a Neil Armstrong cumpliendo su misión el 20 de julio de 1969.

El 22 de noviembre de 1963, durante una visita a Dallas, Kennedy fue asesinado por Lee Harvey Oswald, asesinado a su vez dos días más tarde por Jack Ruby. A día de hoy, y a pesar de las conclusiones publicadas por la Comisión Warren, todavía son muchas las dudas y teorías sobre el magnicidio.

■

Dónde y cuándo

Como es costumbre desde 1933, en Estados Unidos las tomas de posesión de los nuevos presidentes, elegidos en noviembre del año anterior, se celebran el 20 de enero siguiente. En el caso de Kennedy, de 1961.

Ese día, el presidente electo debe jurar su cargo en las escaleras exteriores del Capitolio, en Washington D. C., en presencia del presidente de la Corte Suprema de Justicia, que en aquel momento era Earl Warren. Este juez Warren alcanzaría bastante notoriedad en los años siguientes porque presidió la comisión que investigó el asesinato de Kennedy, la que puso por escrito sus conclusiones en el informe homónimo.

La recitación del juramento por parte del presidente electo es el único requisito indispensable de esta ceremonia, tal como se estipula en el Artículo II, Sección 1, cláusula 8 de la Constitución de los Estados Unidos. Las palabras de Kennedy fueron las siguientes:

I, John Fitzgerald Kennedy, do solemnly swear that I will faithfully execute the office of President of the United States, and will to the best of my ability, preserve, protect, and defend the Constitution of the United States. So help me God.

Yo, John Fitzgerald Kennedy, juro solemnemente que ejerceré el cargo de presidente de los Estados Unidos, y hasta el límite de mi capacidad, preservaré, protegeré y defenderé la Constitución de los Estados Unidos. Con la ayuda de Dios.

Además de Warren, que tomó el juramento, estaban presentes, tal y como se expresa en las primeras palabras del discurso, el que iba a ser su vicepresidente y que le sucedería tras su asesinato, Lyndon Baines Johnson, así como la pareja saliente del cargo, el presidente Dwight David Eisenhower y el vicepresidente Richard Nixon, que había perdido las elecciones contra Kennedy. Nixon acabaría por llegar al poder en 1969, pero también tiene en su

haber el dudoso honor de haber sido el único presidente de los Estados Unidos que ha dimitido de su cargo (a causa del escándalo Watergate). Por último, asistía al acto el único expresidente vivo que había en esos momentos, Harry S. Truman.

La ceremonia de toma de posesión de Kennedy no fue la primera en ser televisada, pues ya se venía haciendo desde la de Truman en 1949. Sin embargo, para este momento, la televisión ya no era un artículo de lujo con difusión local, sino una poderosa arma propagandística a nivel mundial.

Para hacerse una idea de la rápida evolución de las retransmisiones televisivas, basta con ver unos datos de dos de los mayores eventos deportivos del mundo:

Los primeros Juegos Olímpicos televisados en directo en Estados Unidos fueron los celebrados en Roma en 1960, y los primeros que llegaron a todo el mundo los de Tokio de 1964, posteriores a lo narrado en este capítulo. Las imágenes de los Juegos de Berlín de 1936 se grabaron para la película Olimpia de Leni Riefenstahl y se dieron a conocer en noticieros para las salas de cine, pero no tuvieron una repercusión instantánea y global.

En los Mundiales de Fútbol ocurrió algo parecido. Los primeros retransmitidos en directo fueron los de Suiza en 1954, que llegaron a tan solo siete millones de personas de varios países europeos. Los de Suecia 58, lo hicieron a un total de sesenta y tres países. En Chile 62 hubo un retroceso en las cifras, pero se debió al devastador terremoto que sufrió el país meses antes de la celebración del campeonato. En Inglaterra 66 ya hubo retransmisión por satélite.

El discurso de Kennedy, el primero transmitido en color, fue también el primero con un impacto global, de ahí que sus palabras no fueran únicamente dirigidas al público reunido aquel día en Washington, y ni siquiera solo a la población estadounidense. Fue un mensaje dirigido a todo el mundo.

El discurso

Idioma original: inglés

Vicepresidente Johnson, señor portavoz, presidente de la Corte Suprema, presidente Eisenhower, vicepresidente Nixon, presidente Truman, reverendo clero, compatriotas:

Celebramos hoy no la victoria de un partido, sino una celebración de libertad —que simboliza tanto un final como un principio— que significa una renovación, así como un cambio, pues ante vosotros y ante Dios Todopoderoso he prestado el solemne juramento que nuestros antepasados prescribieron hace casi un siglo y tres cuartos.

El mundo es muy diferente ahora. Porque el hombre tiene en sus manos mortales el poder para eliminar toda forma de pobreza y toda forma de vida humana. Y, sin embargo, siguen debatiéndose en todo el mundo las mismas convicciones revolucionarias por las que lucharon nuestros antepasados: la convicción de que los derechos del hombre provienen no de la generosidad del Estado, sino de la mano de Dios.

No nos atrevamos a olvidar hoy que somos los herederos de esa primera revolución. Que corra la voz, desde aquí y ahora, para amigos y enemigos por igual, de que la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de norteamericanos, nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una paz dura y amarga, orgullosos de nuestra antigua herencia, y que no están dispuestos a presenciar o permitir la lenta desintegración de aquellos derechos humanos a los que esta nación se ha consagrado siempre, y a los que estamos consagrados hoy aquí, y en todo el mundo.

Que sepa toda nación, sin importar si nos desea el bien o el mal, que pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga, sufriremos cualquier penalidad, acudiremos en apoyo de cualquier amigo y nos opondremos a cualquier enemigo para asegurar la supervivencia y el triunfo de la libertad.

Todo esto prometemos, y mucho más.

A esos viejos aliados, cuyo origen cultural y espiritual compartimos, les ofrecemos la lealtad de los amigos fieles. Unidos, poco será lo que no podamos hacer en un sinfín de empresas de cooperación. Divididos, poco podremos hacer, pues en desacuerdo y separados no nos atreveremos a hacer frente a un reto poderoso.

A aquellos nuevos Estados que ahora acogemos con beneplácito en las filas de los libres, les damos nuestra palabra de que ninguna forma de dominación colonial desaparecerá solamente para ser reemplazada por una tiranía aún más férrea. No esperaremos que secunden siempre nuestro punto de vista, pero esperaremos siempre verlos defendiendo vigorosamente su propia libertad, y recordando que, en el pasado, los que insensatamente se entregaron a buscar el poder cabalgando a lomos de un tigre acabaron invariablemente en su vientre.

A aquellos pueblos que viven en chozas y aldeas repartidos por todo el globo luchando por romper los nudos de la enorme desgracia, les prometemos nuestros mejores esfuerzos para ayudarlos a ayudarse a sí mismos, durante el período que sea necesario, no porque quizás lo hagan los comunistas, no porque busquemos sus votos, sino porque es lo correcto. Si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, no puede salvar a los pocos que son ricos.

A nuestras repúblicas hermanas más allá de nuestra frontera sur les ofrecemos una promesa especial: convertir nuestras buenas palabras en buenas acciones en una nueva alianza para el progreso; ayudar a los hombres y a los gobiernos libres a despojarse de las cadenas de la pobreza. Pero esta pacífica revolución de esperanza no puede convertirse en la presa de las potencias hostiles. Que sepan todos nuestros vecinos que nos uniremos a ellos para oponernos a la agresión y la subversión en cualquier parte de América. Y que sepa cualquier otra potencia que este hemisferio se propone seguir siendo el señor de su propia casa.

A esa asamblea mundial de Estados soberanos, las Naciones Unidas, nuestra última y mejor esperanza en una era en la que los instrumentos de guerra han sobrepasado en mucho a los instrumentos de paz, renovamos nuestra promesa de apoyo: para evitar que se convierta simplemente en un foro de improperios,

para fortalecer su escudo que protege a los nuevos y a los débiles, y para ampliar el área en donde pueda ejercer su mandato.

Por último, a las naciones que se conviertan en nuestro adversario, les hacemos, no una promesa, sino una petición: que ambas partes empecemos de nuevo la búsqueda de la paz, antes de que las oscuras fuerzas de la destrucción desencadenadas por la ciencia engullan a toda la humanidad en una autodestrucción, planeada o accidental.

No les tentemos con la debilidad, porque solo cuando nuestras armas sean suficientes más allá de cualquier duda, podremos estar seguros, de que no se usarán jamás.

Pero tampoco pueden dos grandes y poderosos grupos de naciones sentirse cómodos en nuestra situación actual, con ambos bandos agobiados por el coste de las armas modernas, ambos justamente alarmados por la constante propagación del mortífero átomo y, sin embargo, ambos compitiendo por alterar el precario equilibrio de terror que retiene la mano de la guerra final de la humanidad.

Así pues, empecemos de nuevo, recordando en ambos bandos que la cortesía no es indicio de debilidad, y que la sinceridad siempre se pone a prueba. No negociemos nunca por temor, pero no tengamos nunca temor a negociar.

Exploremos ambos bandos qué problemas nos unen, en lugar de insistir en aquellos problemas que nos dividen.

Formulemos ambos bandos, por primera vez, propuestas serias y concretas para la inspección y el control de armas, y para poner bajo el dominio absoluto de todas las naciones el poder absoluto de destruir a otras naciones.

Busquemos ambos bandos invocar las maravillas de la ciencia en lugar de sus terrores. Exploremos juntos las estrellas, conquistemos los desiertos, erradiquemos las enfermedades, alcancemos las profundidades de los océanos y fomentemos las artes y el comercio.

Unámonos ambos bandos para obedecer en todos los rincones de la tierra el mandamiento de Isaías, «deshacer las pesadas cargas... y dejar libres a los oprimidos»53.

Y si una cabeza de playa de cooperación puede hacer retroceder a las selvas de la suspicacia, unámonos ambos bandos para crear un nuevo empeño, no un nuevo equilibrio de poder, sino un nuevo mundo de ley, en donde los fuertes sean justos, los débiles se sientan seguros y se preserve la paz.

Todo esto no se logrará en los primeros cien días. Ni tampoco se logrará en los primeros mil días, ni durante la vida de este Gobierno, ni siquiera quizás en el transcurso de nuestra vida en este planeta. Pero comencemos.

En vuestras manos, mis compatriotas, más que en las mías, se encuentra el éxito o el fracaso definitivo de nuestro rumbo. Desde que se fundó este país, cada generación de americanos ha sido convocada para dar testimonio de su lealtad nacional. Las tumbas de los jóvenes americanos que respondieron a esta llamada al servicio circundan el globo.

Ahora las trompetas nos convocan de nuevo. No como una llamada a empuñar las armas, aunque armas necesitamos; no como una llamada al combate, aunque combate entablemos, sino una llamada a sobrellevar la carga de una nebulosa lucha un año tras otro, «gozosos en la esperanza, constantes en la tribulación»54: una lucha contra los enemigos comunes del hombre: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la propia guerra.

¿Podemos forjar contra estos enemigos una alianza grande y global, norte y sur, este y oeste, que pueda garantizar una vida más fructífera para toda la humanidad? ¿Os uniréis a este esfuerzo histórico?

En la extensa historia del mundo, solo a unas pocas generaciones les ha sido encomendado defender la libertad en su hora de máximo peligro. No rehúyo esta responsabilidad; le doy la bienvenida. No creo que ninguno de nosotros se cambiaría por ningún otro pueblo ni por ninguna otra generación. La energía, la fe, la devoción que pongamos en esta empresa iluminará a nuestro

país y a todos los que lo sirven, y verdaderamente el resplandor de esa llama podrá iluminar al mundo.

Así pues, compatriotas: no preguntéis qué puede hacer vuestro país por vosotros; preguntaos qué podéis hacer vosotros por vuestro país.

Conciudadanos del mundo: no preguntéis qué hará América por vosotros, sino qué podemos hacer juntos por la libertad del hombre.

Por último, seáis ciudadanos de América o ciudadanos del mundo, exigidnos a nosotros la misma medida de fuerza y sacrificio que exigimos de vosotros. Con una buena conciencia como nuestra única recompensa segura, con la Historia como juez supremo de nuestros actos, avancemos para guiar a la patria que amamos, invocando Su bendición y Su ayuda, pero sabiendo que aquí, en la Tierra, la obra de Dios debe ser verdaderamente la nuestra.

TRADUCCIÓN DEL AUTOR

Contenido del discurso

El hecho de que el discurso fuese televisado y que todo el planeta pudiera escucharlo, aunque fuera en diferido, se presentaba como una gran oportunidad, pero también como un gran riesgo. Por utilizar el dicho taurino, era una oportunidad de «puerta grande o enfermería». Así pues, ¿qué quería decir Kennedy? ¿Y a quién?

Destinatario y mensaje principal del discurso

Comencemos por la segunda pregunta. A diferencia de otros discursos inaugurales, el público al que iba dirigido este no estaba

integrado únicamente por los presentes, ni por el pueblo estadounidense en su totalidad. En esta ocasión, el público era mucho más amplio. En primer lugar, y por cuestiones protocolarias, se dirige a las autoridades presentes en el acto, y también al conjunto de estadounidenses, los «compatriotas».

Vicepresidente Johnson, señor portavoz, presidente de la Corte Suprema, presidente Eisenhower, vicepresidente Nixon, presidente Truman, reverendo clero, compatriotas:

Pero más adelante, nos damos cuenta de que se está dirigiendo también a un público más lejano: todos los países del mundo, tanto amigos como enemigos: «[...] toda nación, sin importar si nos desea el bien o el mal».

Kennedy clasifica a todos los países en diversos grupos, de acuerdo con dos criterios: su propia naturaleza y, lo que es más importante, su relación con los Estados Unidos. Por eso, los primeros a los que se dirige son «esos viejos aliados, cuyo origen cultural y espiritual compartimos», a los que les ofrece «la lealtad de los amigos fieles». Sin duda, se refiere a Gran Bretaña, gran aliada de los Estados Unidos en las dos guerras mundiales y con raíces culturales comunes. Hay otros países que podrían sentirse aludidos, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda y, quizás, incluso Francia, a pesar de no ser de cultura anglosajona.

En el segundo grupo, «aquellos nuevos Estados que ahora acogemos con beneplácito en las filas de los libres», quizás habría que contar, sobre todo, a los derrotados en la contienda, la República Federal de Alemania, Italia y Japón. Aunque la promesa de no repetir ninguna forma de dominación colonial incluiría también en este grupo a países que hubieran alcanzado la independencia en los decenios anteriores, como era el caso de la India.

¿Quiénes son «aquellos pueblos que viven en chozas y aldeas repartidos por todo el globo luchando por romper las cadenas de la

miseria masiva»? Habrá que mirar, sobre todo, hacia África y el sudeste asiático para identificar a estos receptores: países en vías de desarrollo que habían alcanzado la independencia recientemente y en los que, a su problema de pobreza, se añadía el riesgo de caer en las redes del comunismo («[...] no porque quizás lo hagan los comunistas»): Indochina o la República Democrática del Congo (antiguo Congo Belga) serían dos de estos casos.

El siguiente grupo es más fácil de identificar. Kennedy reservó un espacio único para todos los países latinoamericanos, a los que denominó «repúblicas hermanas».

El resto de las naciones quedarían englobadas en el cajón de sastre que supone la asamblea mundial de Estados soberanos, las Naciones Unidas. Aquí entrarían, por ejemplo, España y Portugal, en aquel momento dos dictaduras pero no comunistas, de manera que no encajaban en ninguno de los apartados anteriores.

Por último, Kennedy se dirige también a «las naciones que se conviertan en nuestro adversario», con la Unión Soviética a la cabeza, pero acompañada de la China de Mao y de todos los países satélites tanto europeos como de cualquier otra parte del mundo.

Así pues, no era un discurso para el pueblo estadounidense, sino para todo el planeta. ¿Qué puede ofrecer Kennedy a todo el planeta? La respuesta está en sus palabras, en realidad, muy pocas. La primera palabra es «libertad». La Segunda Guerra Mundial había terminado tan solo dieciocho años atrás, y había costado más de sesenta millones de muertos y la destrucción de muchos países para defender la libertad frente a la tiranía de las dictaduras. La libertad no era negociable, aunque ahora se viera amenazada por regímenes comunistas y no por los fascistas.

Ligada a la idea de libertad viene la de «paz». La experiencia de dos enfrentamientos mundiales en tres decenios debería ser suficiente para no desear otro conflicto y, sin embargo, en enero de 1961 parecía más cerca un holocausto nuclear que un mundo en paz lleno de arcos iris y unicornios. El peligro era cierto, como se demostraría en octubre del año siguiente con la crisis de los misiles de Cuba.

La tercera palabra es «prosperidad». Kennedy se refiere en varios pasajes a las cadenas de la pobreza, y considera que ayudar al débil a alcanzar un mayor bienestar no es una cuestión política ni de cálculo económico. Hay que ayudar a alcanzar la prosperidad y el bienestar porque «es lo correcto». Pero hay más, aunque no lo dijera: sin un mínimo de prosperidad no era posible la libertad, porque son las grandes desigualdades las que aúpan al poder a personajes como Hitler, y son estos personajes los que ponen en peligro la paz. Así pues, todo estaba ligado y, en su visión, solo se podría alcanzar ese círculo virtuoso de libertad-prosperidad-paz mediante la cuarta palabra mágica: «cooperación».

Todo el discurso fluctúa por momentos entre una apelación directa al pueblo estadounidense, los electores que han hecho posible que Kennedy sea el presidente, y toda la humanidad, para la que Kennedy quiere convertirse en líder y guía.

Pathos, Logos y Ethos

Siguiendo los cánones habituales de la retórica, Kennedy combina hábilmente los tres elementos principales de información objetiva, emoción y credibilidad personal. Pero, igual que ocurre con el destinatario de sus palabras, otro tanto se observa con la forma de entretejer pathos, logos y ethos dentro del conjunto del discurso.

Pathos

Desear libertad, paz y prosperidad para todo el mundo es, indudablemente, un magnífico propósito, pero es probable que entre más dentro del territorio de los deseos irrealizables que de las metas viables. No obstante, provoca ilusión, anima a emprender el camino, y eso es lo que buscaba Kennedy, motivar al pueblo

estadounidense.

Por una parte, frente a una sola mención del pronombre personal «yo» (I en inglés) «[...] for I have sworn...» ('he prestado […] juramento'), en el discurso aparece decenas de veces el pronombre «nosotros» y el posesivo «nuestro». Y en ese «nosotros», Kennedy comparte una serie de emociones. La primera, la alegría por poder celebrar la libertad de la que disfrutan. La segunda, una esperanza en un cambio a mejor. Podría parecer contradictorio, pero no lo es. Hay cosas que celebrar, pero el mundo no es perfecto, y Kennedy no engaña a su auditorio. Por eso muestra también el catálogo de emociones negativas: la frustración ante la «desintegración de aquellos derechos humanos», la posibilidad de enfrentarse a nuevos sufrimientos para asegurar la libertad que se ve amenazada («pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga, sufriremos cualquier penalidad») y el miedo ante una posible guerra nuclear («constante propagación del mortífero átomo»).

Estos dos mundos emocionales (optimismo y esperanza frente a miedo, pobreza y frustración) son excluyentes a largo plazo, así que hay que elegir, y Kennedy elige la esperanza, basada en el diálogo con «el otro». Pero no desde la desconfianza que se arrastraba entre democracias occidentales y bloque soviético después la Segunda Guerra Mundial. No. Algo nuevo:

Así pues, empecemos de nuevo, recordando en ambos bandos que la cortesía no es indicio de debilidad, y que la sinceridad siempre se pone a prueba. No negociemos nunca por temor, pero no tengamos nunca temor a negociar.

Exploremos ambos bandos qué problemas nos unen, en lugar de insistir en aquellos problemas que nos dividen.

Logos

Probablemente, el mejor baño de realidad que ofrece este discurso al pueblo estadounidense es hacerle ver que no es el centro del mundo, ni es la única nación que atraviesa un momento difícil.

A aquellos pueblos que viven en chozas y aldeas repartidos por todo el globo luchando por romper las cadenas de la miseria masiva, les prometemos nuestros mejores esfuerzos para ayudarlos a ayudarse a sí mismos, durante el período que sea necesario, no porque quizás lo hagan los comunistas, no porque busquemos sus votos, sino porque es lo correcto. Si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, no puede salvar a los pocos que son ricos.

Recordar al pueblo estadounidense que había otros países que estaban sufriendo más y hacer un llamamiento para acudir en su ayuda era, al menos desde cierta perspectiva, parte integrante de la esencia de ese país. No en vano, en dos ocasiones se habían involucrado en una guerra mundial asumiendo su tarea de ayudar a otros países a los que consideraban hermanos. Se trataba, simplemente, de seguir representando ese papel. Ayudar a los demás para ayudarse a sí mismos era el camino más recto hacia el logro de sus objetivos.

Kennedy no lo dice porque todavía no había ocurrido, pero ese papel de «ayudador del mundo» corría el peligro de convertir a los Estados Unidos en el «policía del mundo». Confundir ayudar con la injerencia en la política de los demás Estados era una línea que ya se había traspasado varias veces, pero que se traspasaría muchas más en los años siguientes.

Ethos

Este discurso era la primera ocasión en la que Kennedy se

dirigía a su pueblo, y al mundo, como presidente de los Estados Unidos. Ya se ha comentado que ni siquiera contaba con un gran ascendiente moral sobre parte de su propio electorado, y que la victoria en voto popular había sido por un margen muy exiguo. Por lo tanto, necesitaba armarse de credibilidad.

Y si esto era así para el pueblo que le había elegido, con cuánta mayor razón debía mostrarse como alguien en quien confiar ante el resto de naciones de la Tierra. Kennedy no podía dar por garantizado el ethos; lo que tenía era una necesidad imperiosa de obtenerlo. De lo contrario, todas sus palabras serían papel mojado (congelado, dados los veinte grados bajo cero de aquella mañana en Washington) desde aquel mismo día.

Lo que hizo Kennedy fue vincular su persona, su presidencia y aquel momento que él consideraba crucial con otras personas, presidencias y momentos históricos. Ellos le precedieron y le transmitieron su ethos.

El mundo es muy diferente ahora. Porque el hombre tiene en sus manos mortales el poder para eliminar toda forma de pobreza y toda forma de vida humana. Y, sin embargo, siguen debatiéndose en todo el mundo las mismas convicciones revolucionarias por las que lucharon nuestros antepasados: la convicción de que los derechos del hombre provienen no de la generosidad del Estado, sino de la mano de Dios.

En otras palabras: estamos en un momento diferente de la Historia, pero la situación es la misma: luchar contra aquellos que no comparten la convicción de que los derechos del hombre proceden directamente de la voluntad divina. Kennedy no citó literalmente ningún discurso anterior, pero el contenido de aquella afirmación resultaba familiar a todos los presentes: Abraham Lincoln, en Gettysburg, había afirmado que los Estados Unidos eran: «[…] una nueva nación, concebida en libertad, y dedicada al postulado de que todos los hombres son creados iguales».

Y aquella convicción remitía a la Declaración de Independencia de 1776:

Sostenemos como evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Nada menos que los Padres Fundadores. No en vano, Kennedy describió sus convicciones como «revolucionarias» porque, según expresaba, «No debemos olvidar hoy que somos los herederos de esa primera revolución».

Y volvió a repetir la idea de la herencia de los antepasados cuando dijo:

[…] la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de norteamericanos, nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una paz fría y amarga, orgullosos de nuestra antigua herencia, y que no están dispuestos a presenciar o permitir la lenta desintegración de aquellos derechos humanos a los que esta nación se ha consagrado siempre, y a los que estamos consagrados hoy aquí, y en todo el mundo.

La herencia de Lincoln, que también defendió en Gettysburg aquellas mismas convicciones, se percibe igualmente de una forma más sutil. Kennedy empleó en su discurso dos citas bíblicas, una del libro de Isaías y otra de la Epístola a los Romanos. Ambas fueron citadas, como no podía ser de otra manera, según la versión Rey Jacobo, igual que había hecho Lincoln. Pero lo más llamativo es que una de las citas sea precisamente de Isaías, un libro que ha aportado numerosos pasajes inspiradores a los Padres Fundadores de los Estados Unidos. Recordemos que Lincoln se valió de Isaías 66:7-9, y

que había otros textos, como Isaías 32:15-18, que parecían hechos a la medida de aquel nuevo país:

> […] hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque. Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia. Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo.

Por eso, no fue casual la elección de un texto de este profeta para el llamamiento que quería hacer a todo el mundo: «Unámonos ambos bandos para obedecer en todos los rincones de la tierra el mandamiento de Isaías, "deshacer las pesadas cargas... y dejar libres a los oprimidos"».

Ya se ha visto en varios discursos anteriores que, dentro del mundo cristiano, citar la Biblia activa automáticamente un proceso mental que identifica al orador con el representante e intérprete de la voluntad divina. Por lo tanto, Kennedy, no solo se estaba declarando heredero de los grandes héroes de la historia estadounidense, sino también instrumento de la voluntad de Dios. De hecho, su discurso comienza con una referencia a Dios («ante Dios Todopoderoso he prestado el solemne juramento») y termina con otra («avancemos para guiar a la patria que amamos, invocando Su bendición y Su ayuda, pero sabiendo que aquí, en la Tierra, la obra de Dios debe ser verdaderamente la nuestra»).

Hay una última alusión indirecta a Lincoln que no pasaría desapercibida para la audiencia. Al comienzo de su intervención, hace una referencia temporal, remontándose ciento setenta y cinco años atrás, lo que remite a 1786, casi coincidiendo de pleno con el año de la aprobación de la Constitución de los Estados Unidos. En realidad, aquel día era 20 de enero de 1961; apenas un mes antes, la cuenta atrás hubiera sido exacta. Remontarse a los momentos fundacionales era algo que ya había hecho Lincoln en Gettysburg,

pero Kennedy no solo imitó el recurso, sino que copió también la fórmula expresiva: en lugar de decir a hundred and seventy-five years ago (‘hace ciento setenta y cinco años’), empleó una forma de contar los años diferente, a century and three-quarters ago (‘hace un siglo y tres cuartos’). Nadie entre los presentes podría evitar recordar las palabras de Lincoln: Four score and seven years ago…

Padres Fundadores, Lincoln, Dios. Kennedy Ya tenía el ethos que estaba buscando.

Herramientas retóricas

Durante la alocución, Kennedy empleó todo un arsenal de herramientas retóricas con la intención de captar la atención del público y apelar a las emociones. Como tantos otros antes que él, sabía que a una persona se la convence con el logos, pero a una multitud se la conquista con el pathos.

Antítesis

Quizás la figura retórica estrella de este discurso, porque aparece en la frase más recordada y que dio nombre a toda la pieza. La antítesis consiste en oponer dos ideas mediante una estructura paralela: «no preguntéis qué puede vuestro país hacer por vosotros; preguntad qué podéis hacer vosotros por vuestro país».

Sencillo, brillante. De este modo, Kennedy embarcaba a todo el pueblo estadounidense en su proyecto, transmitiendo unidad, optimismo y una meta: la defensa de los valores fundamentales de los Estados Unidos.

En otros momentos del discurso, Kennedy utilizó de nuevo la antítesis. De hecho, sus primeras palabras lo son: «Celebramos hoy,

no la victoria de un partido, sino una celebración de libertad».

E igualmente en otros dos momentos:

[…] no porque quizás lo hagan los comunistas, no porque busquemos sus votos, sino porque es lo correcto.

[…] ambos bandos agobiados por el coste de las armas modernas, ambos justamente alarmados por la constante propagación del mortífero átomo y, sin embargo, ambos compitiendo por alterar el precario equilibrio de terror.

Metáfora

La metáfora es una de las figuras literarias más utilizadas y reconocibles para cualquier persona. Consiste en una identificación mediante un empleo figurado, no literal, de las palabras. Bien empleada, la metáfora es muy eficaz y llamativa. Kennedy utilizó varias durante su discurso, la primera, muy ligada a su experiencia de soldado en la Segunda Guerra Mundial, donde sirvió en el frente del Pacífico: «Y si una cabeza de playa de cooperación puede hacer retroceder a las selvas de la suspicacia...». La otra metáfora, más clásica, ponía en relación cuerdas y cadenas con situaciones negativas de las que hay que librarse («los nudos de la enorme desgracia, las cadenas de la pobreza»).

Anáfora

La repetición de una palabra, frase o estructura al principio de frases sucesivas confiere una sensación de orden y armonía que no pasa desapercibida al oyente. «A esos viejos aliados [...]. A aquellos nuevos Estados [...]. A aquellos pueblos [...]. A nuestras hermanas

repúblicas...».

Aliteración

Esta herramienta consiste en la repetición de un sonido en varias palabras sucesivas. Evidentemente, el efecto se pierde en la traducción, por lo que hay que volver a la lengua original:

«Pay any price, bear any burden...» ('pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga'). Se repiten los sonidos /p/ y /b/, ambos bilabiales.

«Let us go forth to lead the land we love...» ('avancemos para guiar a la patria que amamos'). Se repite el sonido /l/.

«[...] whether it wishes us well or ill, that we shall...» ('sin importar si nos desea el bien o el mal, que pagaremos'). Se repite el sonido de la /w/ inglesa.

Anástrofe

Se trata de invertir el orden sintáctico de las palabras para llamar la atención sobre un determinado concepto. «Ask not» ('no preguntéis'); «Dare not» ('no nos atrevamos/atreveremos').

Paralelismo

Consiste en la disposición de palabras, frases, conceptos o estructuras de mayor tamaño puestas unas junto a las otras, presentando una forma similar: «Unidos, poco será lo que no

podamos hacer en un sinfín de empresas de cooperación. Divididos, poco podremos hacer».

Paradoja

Es una afirmación que podría parecer contradictoria y que, sin embargo, contiene un significado racional.

[...] solo cuando nuestras armas sean suficientes más allá de cualquier duda, podremos estar seguros, más allá de cualquier duda, de que no se usarán jamás.

Discurso completo

https://www.youtube.com/watch?v=NwM6s55no6U

53 Cita de Isaías 58:6, según la versión inglesa King James (Rey Jacobo), la misma versión que empleó Lincoln en su discurso de Gettysburg.

54 Romanos 12:12. De nuevo, según la versión King James (Rey Jacobo).

IGUALDAD

-

«Tengo un sueño»

Martin Luther King

Washington D. C., 28 de agosto de 1963

Contexto histórico

El conflicto racial en los Estados Unidos es tan antiguo como el propio país. A pesar de que la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776 afirmaba: «Sostenemos como evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», lo cierto es que la esclavitud y la desigualdad racial estuvieron presentes en la sociedad norteamericana desde el mismo momento del nacimiento de la nación. Habría que esperar hasta 1863 para que la Proclamación de Emancipación, y posteriormente la Decimotercera Enmienda de 1865 acabaran oficialmente con la esclavitud. Sin embargo, aquello no significó la existencia de una verdadera igualdad entre blancos y negros dentro del país. Especialmente en los estados sureños como Misisipi, Alabama, Georgia y otros, las desigualdades y la discriminación por cuestiones raciales se practicaron abiertamente, y con sustento legal, hasta los años sesenta del siglo XX.

El denominado Movimiento por los Derechos Civiles fue una lucha de aproximadamente quince años en la que, por diversos medios y bajo diferentes líderes, la comunidad negra norteamericana desafió las leyes segregacionistas y consiguió un acceso completo a todos sus derechos ciudadanos. Nada es perfecto, y aún hoy en día existen desigualdades raciales en el país, pero tienen un sustrato económico y educativo, no legal.

Por lo general, se considera que el punto de partida del Movimiento fueron dos incidentes ocurridos en el año 1955. El primero, el asesinato de un joven negro, Emmett Till, originario de Chicago pero que estaba de visita en Money, Misisipi. Sus asesinos, dos blancos, le propinaron una paliza, le dispararon y arrojaron su

cadáver al río Tallahatchie. El motivo del crimen fue, al parecer, que Till había silbado a una joven blanca. Si el crimen ya era repugnante en sí mismo, la decisión de la madre de mostrar el cadáver de su hijo durante el funeral, la publicación de una foto del mismo en la revista Jet y la declaración de inocencia para los asesinos por parte de una jurado popular en una vista que duró apenas una hora provocaron una ola de indignación en todo el país.

El otro incidente de aquel año es mucho más conocido por su mayor carga simbólica. Rosa Parks, una vecina de Montgomery (Alabama), se negó a levantarse de su asiento en un autobús público para dejárselo a un pasajero blanco, algo a lo que estaba obligada por las leyes discriminatorias del estado de Alabama, que estipulaban que los pasajeros negros irían en la parte trasera del autobús y los blancos, en la delantera. Su actitud culminó en detención, juicio y condena por desacato a la ley. Como respuesta, un pastor bautista desconocido hasta ese momento, Martin Luther King, organizó una protesta pacífica que consistió en que la comunidad negra dejó de utilizar los autobuses y se organizó para tener sistemas de movilidad alternativos. La escasez o ausencia completa de pasajeros negros provocó el déficit en todas las líneas de autobús de la ciudad mientras que, al mismo tiempo, la Corte Suprema de los Estados Unidos declaraba inconstitucional la ley de Alabama que permitía la segregación en el transporte. Aquella victoria convirtió a Martin Luther King en una figura de referencia dentro del movimiento e inspiró otras acciones de boicot similares en otros puntos del país.

Se acababa de poner la primera piedra.

El siguiente episodio tuvo lugar en Little Rock, Arkansas, en 1957, cuando nueve estudiantes negros, conocidos como los Nueve de Little Rock se matricularon en el instituto público de la ciudad, exclusivo para blancos, pues existían sistemas educativos segregados, a pesar de que la Corte Suprema también había declarado inconstitucional tal costumbre en la enseñanza pública. El gobernador del estado de Arkansas, Orval Faubus, ordenó que se les prohibiera el acceso a las instalaciones, y la insistencia de los Nueve sumió a todo el estado en un clima de tensión que provocó diversos incidentes violentos. Finalmente, los estudiantes consiguieron su

propósito, después de que el presidente Eisenhower enviara a Arkansas a la laureada 101 División Aerotransportada para defender sus derechos y poner bajo su autoridad a la Guardia Militar estatal. Los Nueve pudieron estudiar en el instituto, aunque tuvieron que soportar insultos y humillaciones durante todo el curso. Faubus fue reelegido como gobernador al año siguiente, y aún lograría dos reelecciones más.

Había sido un segundo éxito de los Derechos Civiles, pero quedaba mucho por hacer. En cualquier caso, el camino ya estaba marcado. Los casos de Rosa Parks y los Nueve de Little Rock mostraban la receta: desobediencia civil contra las leyes segregacionistas, repercusión en los medios de comunicación y batalla legal paralela con fallos judiciales favorables a nivel nacional.

La siguiente acción consistió en ocupar pacíficamente asientos en las barras de las cafeterías que, teóricamente, estaban reservados a los blancos. Aunque se repitió en muchas ciudades de los estados sureños, el caso más notable fue el de los Cuatro de Greensboro, en Carolina del Norte, en 1960. Tras los bares fueron los parques, museos, playas, cines, teatros y cualquier otro espacio público en el que se practicara la segregación. Los activistas eran arrestados, pero renunciaban a pagar las fianzas y permanecían en la cárcel (conducta conocida como jail-no-bail), lo que acabaría suponiendo un verdadero problema logístico para las autoridades, dada la enorme cantidad de detenidos. Al año siguiente, comenzaron a actuar los autodenominados Viajeros de la Libertad, que tomaban autobuses con fin de trayecto en los estados sureños para desafiar la segregación racial practicada por estas compañías de transporte, que había sido ya condenada por las leyes federales. Estos viajes podían llegar a ser realmente peligrosos. Hubo varios casos de ataques por parte del Ku Klux Klan o de simples grupos de exaltados y fueron muchos los que pagaron un alto precio por su desafío.

Durante los años siguientes se repitieron los incidentes en numerosos estados. En algunos de estos hechos, como durante la campaña de protestas de Birmingham de 1963, Martin Luther King fue protagonista de las acciones de desobediencia. Para entonces, ya era presidente de los Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy, que

se implicó personalmente para que se establecieran negociaciones en unos casos y para defender directamente los derechos de los negros en otros. Paso a paso, se conseguían victorias parciales.

Llegó así el verano de 1963, en el que tuvo lugar la Marcha sobre Washington por el Trabajo y la Libertad. Los promotores principales eran A. Philip Randolph y Bayard Rustin, que formaron una alianza de organizaciones de defensa de los derechos civiles, sindicatos y entidades religiosas bajo el lema «Trabajo y libertad» que reunió a un número indeterminado de personas, entres doscientas y trescientas mil, de las cuales aproximadamente el ochenta por ciento eran negros. Había otros líderes en la marcha, entre los que se encontraba Martin Luther King.

A pesar del gran número de asistentes, no fue una acción que contara con el apoyo de toda la comunidad negra. Algunos dirigentes con posturas más radicales, como Malcolm X, calificaron la marcha de farsa, y tampoco hubo unanimidad respecto al propósito último de la concentración. Mientras unos la concebían como un gesto de apoyo a los avances introducidos por la Administración Kennedy, otros querían exponer en público cuestiones políticas y económicas más amplias (leyes de derechos civiles de mayor calado, programas de empleo, vivienda y educación, así como garantías del derecho al voto) e incluso protestar contra esa misma Administración.

Quién es quién

Martin Luther King nació en Atlanta el 15 de enero de 1929. Era el tercer hijo del matrimonio entre Alberta Williams y el reverendo Martin Luther King, que se había cambiado el nombre durante un viaje a Alemania como homenaje al teólogo Martín Lutero.

Con quince años ingresó en el Morehouse College, una

universidad para negros, donde estudió Sociología. Posteriormente se doctoró en Teología en Boston, donde conoció por primera vez en profundidad la ideología y las tácticas de resistencia pasiva de Mahatma Gandhi, que lo convirtieron en un firme defensor de esta doctrina. En 1954, con veinticinco años, recibió el nombramiento como pastor de la Iglesia baptista de Dexter Avenue, en Montgomery, Alabama.

En 1955, el incidente de Rosa Parks en la misma ciudad de Montgomery hizo que se implicara directamente en la lucha por los derechos civiles. King organizó la campaña de boicot al transporte público para conseguir la supresión de las normas segregacionistas del estado. En el transcurso de estas acciones, fue detenido, encarcelado, recibió amenazas de muerte y vio cómo le quemaban la casa. A pesar de todo, el éxito final de la protesta lo convirtió en un líder conocido y respetado, y fueron muchos los que desde todos los rincones del país se unieron a su causa.

El éxito de Montgomery llevó también a la fundación de la SCLC (Conferencia Sur de Liderazgo Cristiano), grupo presidido por el propio reverendo hasta el día de su muerte y que tenía como objetivo la defensa de los derechos civiles por medio de acciones no violentas.

Los conflictos en la ciudad de Birmingham (Alabama) fueron la prueba de fuego para la SCLC. Los incidentes duraron años, hubo episodios de violencia y King fue detenido, lo que acabó provocando la intervención directa del presidente de los Estados Unidos, Kennedy. Aquella detención inspiró a King para el libro que publicaría meses más tarde, Cartas desde Birmingham, en el que defendía sus puntos de vista frente a las acusaciones de varios religiosos blancos moderados que le acusaban de impedir con su intransigencia que los dirigentes políticos blancos llevaran a cabo avances razonables.

En 1963, la SCLC fue una de las seis organizaciones que convocaron la Marcha sobre Washington por el Trabajo y la Libertad, un lema suavizado respecto al inicialmente previsto, a sugerencia del presidente Kennedy, que temía que una actitud demasiado agresiva resultara nociva para su proyecto de aprobación de leyes que garantizasen los derechos civiles. El 28 de agosto de

1963, durante la celebración de esta marcha, Martin Luther King pronunció su famoso discurso «Tengo un sueño».

En octubre de 1964, el reverendo recibió el Premio Nobel de la Paz, convirtiéndose en la persona más joven en haber sido galardonada jamás con esta distinción (treinta y cinco años).

Durante los años siguientes, su actividad tuvo dos vertientes que él veía relacionadas entre sí. Por una parte, se opuso a la guerra de Vietnam, por ser injusta y provocar daño y pobreza en poblaciones desfavorecidas. Por otro lado, continuó con su actividad en favor del reconocimiento de los derechos civiles de la comunidad negra norteamericana. Su acción más conocida de estos años es la Marcha de Selma de 1965. A pesar de los avances, un sector de la sociedad negra norteamericana no apoyaba los métodos de King por considerarlos insuficientes. Las Panteras Negras, como la Nación del Islam de Malcolm X, abogaban por métodos más directos y no excluían el empleo de la violencia.

King murió asesinado el 4 de abril de 1968 en un motel de Memphis.

■

Dónde y cuándo

En el programa de la marcha se contemplaban seis discursos y varias actuaciones musicales. Entre estas últimas, Bob Dylan interpretó varias canciones, como Only a Pawn in Their Game (‘Solo un peón en su juego’) que se refería al asesinato del activista por los derechos civiles Medgar Evers un par de meses atrás. Luego, a dúo con Joan Báez, cantó When the Ship Comes In (‘Cuando llegue el barco’). También actuó el trío Peter, Paul and Mary, que interpretó If I had a Hammer (‘Si tuviera un martillo’).

El plantel de oradores era muy completo, e incluía a personalidades como A. Philip Randolph, organizador de la protesta, Walther Reuther, Roy Wilkins, John Lewis, el rabino

Joachim Prinz o la actriz y bailarina Josephine Baker.

El discurso de Martin Luther King estaba programado hacia el final del acto, y para entonces, casi las cuatro de la tarde, la gente estaba cansada y algunos habían comenzado a retirarse. Los primeros trenes ya habían salido llevando a los participantes de vuelta a sus lugares de origen, y la Cruz Roja llevaba horas atendiendo a personas que acusaban los estragos del calor de agosto en Washington.

El escenario era inmejorable. Todas las intervenciones se habían realizado en la escalinata del monumento a Lincoln (Lincoln Memorial) y frente a la piscina reflectante, donde se congregaba la multitud. Allí, con la estatua del máximo responsable de la abolición de la esclavitud a sus espaldas, Martin Luther King tomó la palabra.

El discurso

Idioma original: inglés

Estoy contento de reunirme hoy con vosotros en la que pasará a la Historia como la mayor manifestación por la libertad en la historia de nuestra nación.

Hace cien años, un gran americano55, bajo cuya simbólica sombra nos encontramos, firmó la Proclamación de Emancipación56. Este trascendental decreto llegó como un gran faro de esperanza para millones de esclavos negros que se habían quemado en las llamas de una injusticia abrasadora. Llegó como un dichoso amanecer para acabar con la larga noche de su cautiverio.

Pero cien años después, el negro57 todavía no es libre. Cien años después, la vida del negro sigue todavía tristemente atenazada por los grilletes de la segregación y las cadenas de la discriminación. Cien años después, el negro vive en una solitaria isla de pobreza en medio de un vasto océano de prosperidad

material. Cien años después, el negro todavía languidece en los rincones de la sociedad americana y se siente un exiliado en su propia tierra. Así que hemos venido hoy aquí a exponer dramáticamente unas condiciones vergonzosas.

En cierto sentido, hemos venido a la capital de nuestra nación para cobrar un cheque. Cuando los arquitectos de nuestra república escribieron las magníficas palabras de la Constitución y de la Declaración de Independencia, estaban firmando un pagaré del que todo americano sería heredero. Este pagaré era una promesa de que todos los hombres —sí, los hombres negros igual que los hombres blancos— tendrían garantizados los derechos inalienables a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Hoy, resulta obvio que América ha incumplido este pagaré en lo que se refiere a sus ciudadanos de color. En vez de honrar esta sagrada obligación, América ha dado al pueblo negro un cheque sin fondos, un cheque devuelto.

Pero nos negamos a creer que el banco de la justicia esté en bancarrota. Nos negamos a creer que no haya fondos suficientes en las grandes cajas fuertes de las oportunidades de esta nación. Así que hemos venido a cobrar este cheque, un cheque que nos dé, ante nuestra demanda, las riquezas de la libertad y la seguridad de justicia.

También hemos venido a este sagrado lugar58 para recordar a América la intensa urgencia de este momento. No es momento de permitirse el lujo de refrescarse o de tomar el sedante del gradualismo. Ahora es el momento de hacer realidad las promesas de democracia. Ahora es el momento de ascender desde el oscuro y desolado valle de la segregación hasta el soleado sendero de la justicia racial. Ahora es el momento de alzar a nuestra nación desde las arenas movedizas de la injusticia racial hasta la sólida roca de la fraternidad. Ahora es el momento de hacer que la justicia sea una realidad para todos los hijos de Dios.

Sería desastroso para la nación pasar por alto la urgencia del momento y subestimar la determinación de las personas negras. Este asfixiante verano del legítimo descontento del negro no pasará hasta que haya un estimulante otoño de libertad e igualdad. Mil novecientos sesenta y tres no es un final, sino un comienzo. Y

aquellos que esperen que el negro necesita desahogarse y que luego se quedará contento, tendrán un brusco despertar si la nación vuelve a la normalidad. Y no habrá descanso ni tranquilidad en América hasta que se le garanticen al negro sus derechos ciudadanos. Los torbellinos de revuelta continuarán sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta que llegue el brillante día de la justicia.

Pero hay algo que debo decir a mi pueblo, que está en el cálido umbral que conduce al interior del palacio de justicia: en el proceso de conseguir nuestro legítimo lugar, no debemos ser culpables de acciones equivocadas. No busquemos saciar nuestra sed de libertad bebiendo de la copa de la amargura y el odio. Debemos conducir para siempre nuestra lucha en el elevado plano de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra fecunda protesta degenere en violencia física. Una y otra vez, debemos ascender a las majestuosas alturas donde la fuerza física se encuentre con la fuerza espiritual.

La maravillosa nueva militancia que ha envuelto a la comunidad negra no debe llevarnos a desconfiar de todas las personas blancas, porque muchos de nuestros hermanos blancos, como evidencia su presencia aquí hoy, han llegado a ser conscientes de que su destino está ligado a nuestro destino. Han llegado a darse cuenta de que su libertad está inextricablemente unida a nuestra libertad. No podemos caminar solos.

Y mientras caminamos, debemos hacer la solemne promesa de que siempre caminaremos hacia adelante. No podemos volver atrás.

Están aquellos que preguntan a los defensores de los derechos civiles: «¿Cuándo estaréis satisfechos?». Nunca podremos estar satisfechos mientras el negro sea víctima de los indecibles horrores de la brutalidad de la policía. Nunca podremos estar satisfechos mientras nuestros cuerpos, agotados de la fatiga del viaje, no puedan conseguir alojamiento en los moteles de las autopistas ni en los hoteles de las ciudades. No podemos estar satisfechos mientras la movilidad básica del negro sea desde un gueto más pequeño a otro más amplio. Nunca podremos estar satisfechos mientras nuestros hijos sean despojados de su personalidad y privados de su dignidad por letreros en los que ponga: «Solo para blancos». No

podemos estar satisfechos mientras un negro en Misisipi no pueda votar y un negro en Nueva York crea que no tiene nada por lo que votar. No, no, no estamos satisfechos y no estaremos satisfechos hasta que la justicia fluya como las aguas y la rectitud mane como un impetuoso torrente.59

No ignoro que algunos de vosotros habéis venido aquí después de grandes dificultades y tribulaciones. Y algunos de vosotros acabáis de salir de las estrechas celdas de una cárcel. Algunos de vosotros habéis venido de zonas donde vuestra búsqueda, una búsqueda de libertad, os dejó magullados por las tormentas de la persecución y conmovidos por los vientos de la brutalidad policial. Habéis sido los veteranos del sufrimiento fructífero. Continuad trabajando con la fe de que el sufrimiento inmerecido es redención.

Volved a Misisipi, volved a Alabama, volved a Carolina del Sur, volved a Georgia, volved a Luisiana, volved a los suburbios y a los guetos de nuestras ciudades del norte, sabiendo que, de algún modo, esta situación puede y va a ser cambiada. No nos hundamos en el valle de la desesperanza.

Hoy os digo, amigos míos:

Aunque nos enfrentamos a las dificultades de hoy y de mañana, todavía tengo un sueño. Es un sueño profundamente enraizado en el sueño americano.

Tengo un sueño: que un día esta nación se pondrá en pie y dará vida al verdadero significado de su credo: «Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas: que todos los hombres han sido creados iguales»60.

Tengo un sueño: que un día sobre las colinas rojas de Georgia los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de quienes fueron propietarios de esclavos serán capaces de sentarse juntos en la mesa de la fraternidad.

Tengo un sueño: que un día incluso el estado de Misisipi, un estado abrasador por el calor de la injusticia, abrasador por el calor de la opresión, se transformará en un oasis de libertad y justicia.

Tengo un sueño: que mis cuatro hijos vivirán un día en una nación donde no serán juzgados por el color de su piel, sino por los rasgos de su personalidad.

¡Tengo un sueño hoy!

Tengo un sueño: que un día, allá en Alabama, con sus racistas despiadados, con su gobernador cuyos labios chorrean palabras de interjección y anulación, un día, justo allí en Alabama, niños negros y niñas negras podrán darse la mano con niños blancos y niñas blancas, como hermanas y hermanos.

¡Tengo un sueño hoy!

Tengo un sueño: que un día, todo valle será exaltado y toda colina y montaña será rebajada, los lugares escarpados se allanarán y los lugares tortuosos se enderezarán, y la gloria del Señor se mostrará y toda la carne juntamente la verá61.

Esta es nuestra esperanza, y esta es la fe con la que regreso al sur.

Con esta fe, seremos capaces de esculpir a partir de la montaña de desesperación una piedra de esperanza. Con esta fe, seremos capaces de transformar las chirriantes disonancias de nuestra nación en una hermosa sinfonía de fraternidad. Con esta fe, seremos capaces de trabajar juntos, de rezar juntos, de luchar juntos, de ir a la cárcel juntos, de ponernos de pie juntos por la libertad, sabiendo que, un día, seremos libres.

Y este será el día en el que todos los hijos de Dios podrán cantar con un nuevo sentido:

Mi país, es sobre ti,

dulce tierra de libertad,

sobre ti yo canto.

Tierra donde mis padres murieron,

tierra del orgullo del peregrino,

desde cada ladera de la montaña

¡que repique la libertad!

Y si América va a ser una gran nación, esto tiene que hacerse realidad.

Por eso, ¡que repique la libertad desde las prodigiosas cumbres de las colinas de New Hampshire!

¡Que repique la libertad desde las poderosas montañas de Nueva York!

¡Que repique la libertad desde los elevados Alleghenies de Pensilvania!

¡Que repique la libertad desde las Rocosas cubiertas de nieve de Colorado!

¡Que repique la libertad desde las curvilíneas laderas de California!

¡Pero no solo eso!

¡Que repique la libertad desde la Montaña de Piedra de Georgia!

¡Que repique la libertad desde el Monte Lookout de Tennessee!

¡Que repique la libertad desde cada colina y cada topera de Misisipi!

Desde cada ladera, ¡que repique la libertad!

Y cuando esto ocurra y cuando permitamos que la libertad repique, cuando la hagamos repicar desde cada pueblo y cada aldea, desde cada estado y cada ciudad, podremos acelerar la llegada de ese día en el que todos los hijos de Dios, hombres negros

y hombres blancos, judíos y gentiles, protestantes y católicos, seamos capaces de juntar las manos y cantar con las palabras del viejo espiritual negro:

¡Al fin libres! ¡Al fin libres!

¡Gracias a Dios Todopoderoso, somos al fin libres!

Contenido del discurso

Estamos, probablemente, ante uno de los discursos mejores y más importantes de todos los tiempos. Considerado a partes iguales un tratado político, una obra poética y un sermón, lo cierto es que el escenario, la personalidad y ejecución del orador, el mensaje y la forma, todo confluyó para convertir «I have a dream» en una de las piezas más perfectas de la retórica. Veamos por qué.

Kairos

Ya se ha visto en capítulos anteriores que el alcance de un discurso depende en gran medida de que haya sido pronunciado en el lugar y en el momento precisos. El discurso de King cumple sin duda con estas dos condiciones.

Respecto al momento, la Marcha sobre Washington fue una ocasión única, justo en los años de mayor enfrentamiento social en la lucha por los derechos civiles, como por su repercusión mediática. Cientos de miles de personas asistiendo al acto, y todo el país pendiente desde hacía semanas de aquella gigantesca manifestación que congregó no solo a los principales líderes de la comunidad negra, sino también a personalidades religiosas, culturales y políticas.

El escenario era perfecto. Washington, la capital del país del que se esperaba una respuesta. Una vez que King subiera al estrado, lo que tendría alrededor serían los siguientes elementos. En primer lugar, frente a él, más allá de la piscina reflectante, a poco más de un kilómetro, el obelisco de Washington, primer presidente de los Estados Unidos; más allá del obelisco, a unos cuatro kilómetros, el Capitolio de los Estados Unidos, sede del poder legislativo; desde el obelisco, girando en ángulo recto hacia la izquierda, estaba, aproximadamente a kilómetro y medio en línea recta, la Casa Blanca, sede del poder ejecutivo, donde se encontraría el presidente Kennedy, atento a aquel trascendental momento que consideraba tan ligado a su mandato que llegó a negociar con los organizadores algunos aspectos de la marcha; por último, y lo más importante, detrás de él se alzaba el Memorial de Lincoln, símbolo de la victoria de la justicia y la igualdad sobre la injusticia social que representaba la esclavitud hasta la guerra civil norteamericana.

Por lo tanto, no solo le escuchaban todos los asistentes y aquellos que estuvieran junto a una radio o un aparato de televisión. Le estaban escuchando también los más importantes Padres Fundadores del país, así como su presidente y su poder legislativo.

El mensaje

¿Qué idea quería transmitir King? En pocos discursos como en este se puede apreciar la máxima de que «menos es más». Resulta mucho más eficaz intentar trasladar una sola idea central que pretender enviar a la audiencia un número superior de mensajes que acabarán solapándose entre sí y confundiendo al receptor acerca de la importancia relativa de cada uno de ellos.

En este caso, el mensaje era solo uno: King sostenía que todos los seres humanos han sido creados iguales, y que si esa idea no se reflejaba en la realidad política del país, era el momento de cambiar aquella situación injusta. Veamos cómo lo expresó.

Para exigir, primero hay que dejar bien claro que se trata de algo a lo que se tiene derecho. King se remontó justo un siglo atrás, 1863, momento de la Proclamación de Emancipación firmada por Lincoln; un gran americano, bajo su «simbólica sombra», es decir, el Lincoln Memorial, estaba pronunciando estas palabras. La forma de expresar la idea de cien años, (five score years ago) remitía directamente al discurso de Lincoln en Gettysburg, donde se valió de la misma fórmula (four score and seven years ago) para expresar ochenta y siete años.

Pero cien años después, lo prometido en esta Proclamación no se había cumplido. Ya no existía la esclavitud, pero sí la segregación y la discriminación, de manera que el sueño de igualdad era solo eso: un sueño. King refuerza la idea de expectativa frustrada valiéndose de metáforas de luz/oscuridad («faro de esperanza», «dichoso amanecer», «larga noche de cautiverio»). A continuación da una vuelta más de tuerca. Puede que haya desparecido la esclavitud, pero la segregación son grilletes, y la discriminación son cadenas, dos objetos que remiten sin duda a la esclavitud pasada. Y esta injusticia hace que la comunidad negra viva en una «isla de pobreza» en medio de un «océano de prosperidad». El empleo de metáforas a lo largo de todo la alocución es un hábil recurso que permite subrayar con gran eficacia la oposición entre dos ideas.

La dicción y el ritmo del reverendo son propios de un sermón o de los espirituales negros. Recomiendo aquí al lector que escuche el discurso en versión original. En esta parte inicial, se observa la búsqueda de una repetición de palabras con la terminación inglesa -tion, y en menor medida -ty, que construyen un esquema rítmico muy fácil de seguir. De este modo, King enfatiza la pronunciación de demonstration, nation, segregation, discrimination, así como de captivity, poverty, prosperity.

También a imitación de los espirituales negros, King no acaba las frases con una pausa y un descenso del tono, sino incluyendo ya la primera palabra o grupo de palabras de la frase siguiente. En inglés, el párrafo que comienza con Pero cien años después..., es pronunciado de esta forma.

But one hundred years later, [pausa] the Negro still is not free. One hundred years later, [pausa] the life of the Negro is still sadly crippled by the manacles of segregation and the chains of discrimination. One hundred years later, [pausa] the Negro lives on a lonely island of poverty in the midst of a vast ocean of material prosperity. One hundred years later, [gran pausa] the Negro is still languished in the corners of American society and finds himself an exile in his own land. And so we've come here today [gran pausa] to dramatize a shameful condition.

Como puede observarse, las pausas de King no coinciden con la puntuación normal de una frase, sino que sirven para aislar, y de ese modo subrayar, los conceptos clave: Cien años después [… y] hoy aquí. Esta repetición de una palabra o grupo de palabras al inicio de diferentes párrafos —«Cien años después»— se denomina anáfora. King se valdrá de numerosas anáforas a lo largo del discurso.

Hoy aquí, porque esa es la segunda cuestión. Ya se ha planteado el problema: hace cien años se nos prometió algo que no se nos ha concedido. Y la consecuencia: «Así que hemos venido hoy aquí a exponer dramáticamente unas condiciones vergonzosas».

Desde este plano conceptual de promesa frente a realidad, King salta a un plano espacial y temporal. Hemos venido «hoy aquí…».

El pagaré

¿A qué han venido exactamente todos los manifestantes? King se vale de nuevo de una metáfora fácilmente comprensible. Cuando te deben dinero, intentas cobrarlo, y la forma de mostrar que tienes el derecho de posesión de ese dinero es un pagaré.

En cierto sentido, hemos venido a la capital de nuestra nación para cobrar un cheque. Cuando los arquitectos de nuestra república

escribieron las magníficas palabras de la Constitución y de la Declaración de Independencia, estaban firmando un pagaré del que todo americano sería heredero. Este pagaré era una promesa de que todos los hombres —sí, los hombres negros igual que los hombres blancos— tendrían garantizados los derechos inalienables a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad.

¿Quién ha extendido ese pagaré? Todo el país desde el momento mismo de su fundación. Al mencionar la Declaración de Independencia y la Constitución, King se va al inicio de la historia americana y recuerda acertadamente (en realidad, cita de manera literal) el segundo párrafo de la Declaración de Independencia firmada en 1776:

Sostenemos como evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Pero un pagaré (o un cheque, palabra que también utiliza) puede estar respaldado por un dinero o no tener fondos. ¿Fue real la promesa de igualdad, libertad y felicidad? Para King, no fue real.

Hoy, resulta obvio que América ha incumplido este pagaré en lo que se refiere a sus ciudadanos de color. En vez de honrar esta sagrada obligación, América ha dado al pueblo negro un cheque sin fondos, un cheque devuelto.

Continuando con la metáfora del cheque y la deuda a la población negra, King no se resigna:

Pero nos negamos a creer que el banco de la justicia esté en bancarrota. Nos negamos a creer que no haya fondos suficientes en las grandes cámaras de las oportunidades de esta nación. Así que hemos venido a cobrar este cheque, un cheque que nos dé mediante reclamación las riquezas de la libertad y la seguridad de justicia.

Now it´s the time

¿Cuándo se cobrará este pagaré? Ya. Ahora. Igual que ha hecho con la expresión «Cien años después», King vuelve a subrayar la urgencia del cobro mediante la anáfora: «Ahora es el momento» (now it´s the time...). Y se repiten todos los artificios retóricos del párrafo de «Cien años después». El ritmo y la dicción marcan los conceptos básicos, y las metáforas iluminan las palabras mediante imágenes fáciles y poderosas: «el oscuro y desolado valle de la segregación, el soleado sendero de la justicia racial, las arenas movedizas de la injusticia racial, la sólida roca de la fraternidad». Luz frente a oscuridad, arenas movedizas frente a solidez.

Veladas amenazas

Todo esto está muy bien, pensarían algunos escépticos o poco amigos de la causa de la igualdad racial. Pero lo único que hay que hacer es aguantar un poco. Ya se les pasará y volverán al redil. Ante la tentación de pensar así, King advierte que ya no se va a posponer más la exigencia de pago del cheque de la igualdad. Now it´s the time...

Pero no solo eso.

[...] aquellos que esperen que el negro necesita desahogarse y que luego se quedará contento, tendrán un brusco despertar si la

nación vuelve a su actividad como si nada hubiera pasado.

La amenaza, aunque relativamente sutil, es clara:

Y no habrá descanso ni tranquilidad en América hasta que se le garanticen al negro sus derechos ciudadanas. Los torbellinos de revuelta continuarán sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta que nazca el brillante día de la justicia.

En este párrafo dedicado a la intimidación de aquellos que no simpatizan con la causa, King utiliza la metáfora de las estaciones del año para describir una situación desagradable o agradable:

Este asfixiante verano del legítimo descontento del negro no pasará hasta que haya un estimulante otoño de libertad e igualdad.

La imagen no es suya, sino que la toma del más grande autor en lengua inglesa. En su Ricardo III, acto 1, escena 1, Shakespeare utiliza la expresión «Ahora es el invierno de nuestro descontento». King se limita a adaptar la idea al asfixiante verano de Washington en el que fue pronunciado este discurso.

Violencia

A pesar de esta advertencia, King quiso dejar claro que su lucha tiene que librarse por medios pacíficos. El modelo es claro: la campaña de resistencia pasiva de Gandhi en la India. Es un episodio poco conocido, pero en 1959 King realizó un viaje de cinco semanas

a ese país, en sus propias palabras «una peregrinación». En este tiempo se entrevistó con antiguos compañeros de Gandhi, quienes a buen seguro le ilustraron sobre las técnicas utilizadas en los años anteriores. Según reconoció el propio King posteriormente, India era para él «el faro de nuestra táctica de cambio social no violento» y «la tierra donde se desarrollaron las técnicas de no violencia que mi pueblo ha utilizado en Montgomery, Alabama y otros lugares por todo el sur».

Por lo tanto, los medios pacíficos eran innegociables. Al «palacio de justicia [… no se llega] bebiendo de la copa de la amargura y el odio». Igual que el párrafo anterior de advertencia iba dirigido a sus rivales, este se refería claramente a sus seguidores.

Los blancos

Aproximadamente entre un veinte y un treinta por ciento de los asistentes a la Marcha de Washington eran blancos. La presencia de estos dentro de un movimiento de reivindicación negra provocaba división de opiniones entre los convocantes. El ala más radical de la lucha por los derechos civiles, como los Hermanos del Islam o las Panteras Negras, nunca vieron con buenos ojos a los simpatizantes blancos. Aquella era una lucha de negros que debía ser librada únicamente por negros.

Sin embargo, King lo entendía de otro modo. La lucha era de todos, porque el destino de negros y blancos era uno solo. Esta idea se expresará en toda su brillantez en la parte final del discurso, con las palabras «tengo un sueño».

¿Dónde está la meta?

En todo conflicto, uno se marca unos objetivos que quiere

lograr y que significarían el abandono de la actitud de lucha. King pone en boca de los sectores contrarios a los derechos civiles una pregunta retórica: «¿Cuándo estaréis satisfechos?».

La respuesta, una vez más, se vale de la repetición y el ritmo, aunque en esta ocasión prescinde de las metáforas. La frase que se repite una y otra vez, «nunca podremos estar satisfechos», señala, mediante ejemplos concretos y sufridos hasta la saciedad por la comunidad negra, las discriminaciones que se pretenden eliminar: la brutalidad policial; la discriminación de alojamiento en establecimientos públicos; la discriminación habitacional, que recluye a los negros en guetos; la discriminación en todo tipo de servicios públicos segregados por color; las dificultades para ejercer el derecho al voto.

Una vez expresadas las cinco principales reivindicaciones, King se permitió una metáfora: la justicia es un río por el que corren las aguas de la rectitud.

No rendirse ni desesperar

King sabía que esta era una lucha llena de momentos amargos. De hecho, era una lucha que había visto pasar generaciones de negros americanos y, aún en ese momento, exigía ser librada porque no se habían conseguido los objetivos. Ante la tentación de rendirse y dejarse dominar por la desesperanza, el reverendo mostró empatía, porque sabía de dónde venían sus compañeros de lucha. Venían de las cárceles, de los abusos policiales, de los estados racistas del sur (menciona a los más radicales: Misisipi, Alabama, Carolina del Sur, Georgia y Luisiana) y de los guetos del norte.

La afirmación que en este momento hizo ante su audiencia es uno de los elementos más claramente religiosos de todo el discurso, lo que ha llevado a algunos politólogos a definir «I have a dream» como un sermón político. Afirmar que «el sufrimiento inmerecido es redención» es, sencillamente, un acto de fe. No hay razones lógicas o empíricas que la sostengan. Pero King tenía como audiencia una

comunidad mayoritariamente cristiana, que se había educado en la creencia de que la entrega de la vida de un justo redime el pecado de toda la humanidad.

Y más aún, desde los momentos más duros de la esclavitud en los Estados Unidos, la comunidad negra había establecido un claro paralelismo entre su situación y la de los israelitas esclavizados en Egipto. E igual que la injusticia a la que estaban sometidos aquellos acabó mediante la liberación por mano de Moisés y la marcha a la tierra prometida, del mismo modo la comunidad negra sería liberada y alcanzaría la tierra prometida en el propio territorio de los Estados Unidos. No es casual que en las letras de los espirituales negros se repitan tanto los temas relacionados con Moisés y los cuarenta años de marcha en busca de esa tierra prometida. Baste recordar los títulos de algunas de esta canciones, como Go down, Moses ('Baja, Moisés') o Joshua fit the Battle of Jericho ('Josué libró la batalla de Jericó').

Tengo un sueño

Llegamos a la parte más conocida y brillante del discurso, que viene introducida como una explicación del ánimo a no desesperar.

Hoy os digo, amigos míos:

Aunque nos enfrentamos a las dificultades de hoy y mañana, todavía tengo un sueño. Es un sueño profundamente enraizado en el sueño americano.

A partir de este momento, se repite la estructura «Tengo un sueño», con la misma técnica de la anáfora que se ha empleado antes con «Cien años después» y «Ahora es el momento». Puede leerse en algunas páginas web y artículos sobre este discurso que, llegados a este momento, King percibió que su mensaje no estaba

calando en el público. De hecho, hasta ese punto su exposición había sido bastante pesimista. Y cuentan estas mismas fuentes que, entre los que le rodeaban, surgió una voz que le animó a cambiar el rumbo del discurso, a transformar el tono pesimista en un mensaje de esperanza. De esta manera, toda su alocución a partir de este momento habría sido fruto de la improvisación.

Como veremos, el simple análisis demostrará que una pieza tan cuidadosamente elaborada no puede ser obra de la inspiración momentánea. Estaba tan preparada como el resto de su intervención. Puro pathos, pero pathos elaborado.

La estructura se basa, de nuevo, en el esquema repetitivo. Todas las frases comienzan por «Tengo un sueño», a lo que sigue la expresión del mismo. Pero no solo eso. En dos ocasiones, la oración se repite aislada para dar aún mayor énfasis a la idea del sueño.

Los sucesivos sueños resumen todas las esperanzas de la lucha por los derechos civiles. Comienza por la mención literal de la Declaración de Independencia de 1776 («Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas: que todos los hombres han sido creados iguales») y sigue con una serie de escenarios que ayudan a situar sobre suelo conocido el sueño: las colinas de Georgia, el estado de Misisipi, allá en Alabama. El sueño de igualdad y fraternidad se establece mediante pares (hijos de esclavos e hijos de esclavistas juntos), mediante oposición entre un antes y un después (injusticia frente a libertad y justicia) o con ejemplos tomados de su propia experiencia, como evidencia la alusión a sus cuatro hijos. Esta mención, así como la de los niños y niñas de ambas razas juntos, transmite un mensaje de esperanza a través de la infancia que no tendría el mismo efecto si la imagen estuviera protagonizada por adultos. El sueño final es una alusión bíblica (Isaías: 40:4-5) donde la gloria y la justicia de Dios se reflejan aplanando los terrenos montañosos y enderezando los senderos y cauces tortuosos. De nuevo, la esperanza en una redención traída por la mano de Dios.

La fe de Martin Luther King

Llegados a este punto, King había dado rienda suelta a todo el optimismo que tenía en su corazón. Un optimismo que no se basaba en datos objetivos, o en avances en la negociación con los poderes políticos y sociales del país, sino en su fe, un valor, de nuevo, estrictamente religioso. Y pintó esta fe con nuevas metáforas y oposiciones de pares («montaña de desesperación» frente a «piedra de esperanza»; «chirriantes disonancias» frente a «hermosa sinfonía de fraternidad»). En su opinión, la fe que King expresó acabaría uniendo a todos los hijos de Dios hasta dar un nuevo sentido al país al que todos pertenecían.

My Country, 'Tis of Thee ('Mi país, es sobre ti') es una canción estadounidense que se canta con la música del God Save the Queen. Se trata de uno de los himnos no oficiales de los Estados Unidos hasta la adopción del Barras y estrellas en 1931. Hay que señalar que, aunque habla del nacimiento del país desde la perspectiva de los padres fundadores blancos, la canción nunca fue considerada ofensiva ni contó con la desaprobación de la comunidad negra. Por eso, King se sintió libre de recitar completa la primera estrofa (Mi país, es sobre ti, / dulce tierra de libertad, / sobre ti yo canto. / Tierra donde mis padres murieron, / tierra del orgullo del peregrino, / desde cada ladera de la montaña / ¡que repique la libertad!), aunque expresó su esperanza en que la letra adquiriera un nuevo significado.

¡Que repique la libertad!

King enlazó hábilmente su catálogo de sueños con la letra de la canción con la secuencia fe-lucha-libertad-un día: para acabar con el deseo de entonar el himno: «Y este será el día, este será el día en el que todos los hijos de Dios podrán cantar con un nuevo significado».

E interrumpió la recitación del himno al final de la primera estrofa, porque iba a utilizar su última frase (¡que repique la libertad!) como siguiente anáfora. Para dejar claro que se trataba de

un sueño (realizable) y no de una ensoñación, King fijó este deseo de libertad en tierra firme, dando nombres concretos de montañas repartidas por todo el territorio de los Estados Unidos, y haciendo un recorrido desde los lugares teóricamente más favorables a sus tesis como Nueva York hasta mencionar en última posición a tres de los estados más recalcitrantes en su oposición a la concesión de derechos civiles a los negros: Georgia, Tennessee y Misisipi.

Libertad.

Porque de eso se trataba. Y «libertad» es la palabra que se pronuncia en más ocasiones en este discurso, un total de veinte veces, para dejar claro que en eso se resumía la demanda fundamental que había reunido a cientos de miles de personas en Washington.

Conclusión

El último párrafo recoge y resume todas las aspiraciones expresadas durante el discurso: libertad para todos y unión de todos los humanos sin distinción de raza o religión, cantando juntos como hijos de Dios. La conclusión, expresada en un tono emocionado, es, según dice el propio King, la letra de un viejo espiritual negro.

¡Al fin libres! ¡Al fin libres!

¡Gracias a Dios Todopoderoso, somos al fin libres!

Si leemos tan solo las dos líneas citadas por King, podríamos asumir que estamos ante una exaltación de la libertad frente a la esclavitud, y de hecho así es. Sin embargo, la canción afirma que la libertad se encuentra en la muerte. El tema de la canción es un paseo por un cementerio y un encuentro con Jesús que habría que

interpretar como la obtención de la libertad en el cielo; por lo tanto, se debe dar gracias a Dios por la muerte.

Es un buen punto final para este discurso. ¿Habían logrado realmente los negros la libertad mediante la abolición de la esclavitud? King pensaba que no. Por eso estaban allí. Los negros eran legalmente libres, pero vivían (viven) en una sociedad injusta oprimida por el racismo y donde muchos se sentían en el exilio, igual que los israelitas en Egipto.

Martin Luther King alcanzó la libertad con su asesinato cinco años después de pronunciar estas palabras. En su lápida en el cementerio de Atlanta, recientemente renovada para depositar a su lado los restos de su esposa Coretta, fallecida en 2006, se pueden leer estas palabras, aunque modificadas ligeramente. Ya no somos libres, sino soy libre.

¡Al fin libre! ¡Al fin libre!

¡Gracias a Dios Todopoderoso, soy al fin libre!

Video del discurso completo con traducción al español

https://www.youtube.com/watch?v=0zxQRHJJuXU

55 Abraham Lincoln.

56 La Proclamación de Emancipación fue una declaración y orden ejecutiva firmada por Lincoln el 1 de enero de 1863 que modificó el estatus legal de tres millones y medio de esclavos en el sur, al considerar que, tan pronto como escaparan o fueran rescatados por las tropas unionistas, serían automáticamente libres. No afectó a los esclavos en los estados de la Unión, que fueron liberados en diciembre de 1865 mediante la aprobación de la Decimotercera Enmienda.

57 King emplea el vocablo «negro», tomado obviamente del español. En el lenguaje de la época, no era una opción ofensiva para referirse a la población negra (ese dudoso honor lo ostentaba la palabra nigger), y podía considerarse incluso neutra. Poco después de este discurso, algunos líderes como Malcolm X rechazaron abiertamente su uso por considerar que establecía una diferencia entre ciudadanos de primera y los negros, que serían vistos como de clase inferior. A partir de los años setenta decayó su uso hasta quedar claramente apartado por considerarse vejatorio. Pero hay que subrayar que, en boca de King en 1963, no era ofensivo. Además, los verbos que se refieren a «negro» están siempre en tercera persona del singular, de ahí que lo haya traducido como ‘el negro’, y no como ‘los negros’.

58 Una vez más, King alude hábilmente al discurso de Lincoln en Gettysburg empleando la misma expresión, hallowed spot , ‘sagrado lugar’.

59 Amós 5:24: King dice en inglés: justice rolls down like waters, and righteousness like a mighty stream ; utiliza la American Standard Version de la Biblia.

60 Cita literalmente uno de los párrafos introductorios de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos del 4 de julio de 1776. El texto inglés es: We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal .

61 Isaías 40:4-5. King cita aquí la King James Version , aunque altera el orden de algunas palabras: Martin Luther King dice: every valley shall be exalted, and every hill and mountain shall be made low, the rough places will be made plain, and the crooked places will be made straight; and the glory of the Lord shall be revealed and all flesh shall see it together , mientras que la versión Rey Jacobo reza así (subrayados los elementos modificados): every valley shall be exalted, and every mountain and hill

▪

shall be made low, the crooked places will be made straight and the rough places will be made plain;

▪

and the glory of the Lord shall be revealed and all flesh shall see it together.

RECONCILIACIÓN

-

«El apartheid no tiene futuro»

Nelson Mandela

Ciudad del Cabo, 11 de febrero de 1990

Contexto histórico

¿Cómo fue posible que, a finales del siglo XX, un país pretendidamente civilizado como Sudáfrica practicase todavía un régimen de segregación racial que discriminaba a la mayor parte de su población? ¿Cómo logró el apartheid, una de las últimas grandes ofensas de la humanidad contra los derechos humanos, sobrevivir tanto tiempo?

La composición de la sociedad sudafricana era un caso único en el mundo. Desde el siglo XVII, se había instalado en aquella región una comunidad blanca europea que mostraba tres características fundamentales: eran agricultores y ganaderos que habían llegado desde los Países Bajos (y en menor medida desde Francia) en busca de nuevas tierras, eran de religión calvinista y hablaban un dialecto del neerlandés llamado afrikáans, de ahí que sean conocidos como afrikáneres o bóeres (campesinos).

Estas comunidades afrikáneres practicaron desde el primer momento un sistema de segregación racial que pretendía mantener separada a la minoría blanca de la mayoría negra autóctona de la región. Su propósito era evidente: preservar los privilegios de los blancos. Este sistema vino a llamarse apartheid, por la palabra afrikáans que significa 'separación', aunque en el siglo XVIII todavía no puede hablarse de un mecanismo legal a nivel nacional.

La incorporación de los territorios de África del Sur al Imperio británico a partir de 1814 dejó sin respaldo jurídico la segregación que imponían los afrikáneres en su ámbito de influencia. En 1830 los británicos abolieron la esclavitud, lo que llevó a la ruina a muchos bóeres. La relación entre británicos y afrikáneres nunca fue fácil. Estos últimos siempre contemplaron alarmados la tolerancia del imperio hacia la población negra e india. De hecho, hubo varios

conflictos armados entre unos y otros, las llamadas guerras de los bóeres (entre 1889 y 1902), ante la resistencia de los afrikáneres a someterse y la creación por parte de estos últimos de estados independientes en Orange y Transvaal.

Lo que los afrikáneres no consiguieron con las armas les acabó llegando poco a poco por medios políticos. En 1910, la Unión Sudafricana, predecesora de la República de Sudáfrica, alcanzó un gran nivel de autonomía dentro de la Commonwealth, y los políticos afrikáneres insistieron una vez más en sus medidas de segregación.

En las elecciones generales de 1948, el Partido Nacional, de ideología radical, se alzó con el triunfo. Poco después, el Gobierno comenzó a aprobar leyes para poner en práctica una segregación sistemática de toda la población negra. Se negó a los negros el derecho al voto (hasta entonces podían votar, aunque con muchas restricciones) y la posibilidad de ejercer cargos públicos, se impuso un registro racial obligatorio, se prohibieron los matrimonios e incluso las relaciones sexuales interraciales. Por supuesto, se establecían ámbitos públicos segregados, desde instituciones educativas y hospitales a espacios de recreo, transportes y hasta urinarios. Asimismo, se prohibió a la población negra adquirir inmuebles en zonas urbanas, con la idea de evitar que se transformase en una clase media urbana. Había nacido el apartheid institucional.

La reacción de la comunidad negra frente al apartheid está encarnada especialmente por el Congreso Nacional Nativo de Sudáfrica fundado en 1912, que en 1923 cambió su nombre por el de Congreso Nacional Africano (ANC por sus siglas inglesas). La estrategia original del ANC fue imitar la resistencia pasiva y las protestas no violentas que había promovido Gandhi en la India. Sin embargo, la masacre de Sharpeville (1960), que costó la vida a sesenta y nueve personas negras, entre ellas a varios niños, hizo que la situación se deteriorase rápidamente. El ANC fue ilegalizado y se fundó el Umkhonto we Sizwe, brazo armado de la organización que continuó la lucha con acciones de guerrilla y sabotaje.

Uno de los militantes que dio el salto del ANC al Umkhonto we Sizwe fue Rolihlahla Mandela (Nelson era el nombre blanco que

había recibido en la escuela), un joven abogado de origen aristocrático en la etnia xosa. Tras su paso por el Partido Comunista Sudafricano y su conversión en organizador de protestas contra la segregación racial, fue detenido en 1962 como fundador del Umkhonto we Sizwe. En el conocido como Proceso de Rivonia fue condenado a muerte, aunque posteriormente se le conmutó la pena por cadena perpetua. En su alegato final ante el tribunal de Rivonia, pronunció unas frases que repetiría veintisiete años más tarde, el día de su liberación:

He luchado contra la dominación blanca y he luchado contra la dominación negra. He anhelado el ideal de una sociedad democrática y libre en la que todas las personas vivan juntas en armonía y con igualdad de oportunidades. Es un ideal por el que espero vivir, y que espero lograr. Pero si es necesario, es un ideal por el que estoy preparado para morir.

El régimen sudafricano pudo mantener el apartheid porque tanto los Estados Unidos como el Reino Unido lo veían como un aliado importante contra el comunismo en el contexto de la Guerra Fría. Sin embargo, el Gobierno sudafricano desoyó siempre las presiones de sus socios para que fuera normalizando la convivencia dentro del país. En los años ochenta, la presión se acrecentó. Sudáfrica sufrió sanciones económicas, Desmond Tutu recibió el Premio Nobel de la Paz por su lucha contra el apartheid, y los organismos deportivos comenzaron a prohibir la participación de Sudáfrica en las competiciones internacionales. Al mismo tiempo, la figura de Mandela, que ya llevaba dos décadas en prisión, se convertía en un símbolo de la resistencia.

El desmoronamiento del bloque soviético y la presión de las propias opiniones públicas hicieron que incluso los aliados de Sudáfrica acabaran por retirar su apoyo al régimen segregacionista. En el año 1989, el presidente Peter Botha fue sustituido por Frederik de Klerk, que inició el proceso de desmantelamiento del apartheid. El 3 de febrero de 1990 legalizó de nuevo el ANC, y pocos días después, el 11 del mismo mes, puso en libertad a Nelson

Mandela.

Lo que vino a continuación es historia viva del siglo XX.

Quién es quién

Nelson Rolihlahla Mandela nació en Mzevo Transkei, en 1918, dentro de la casa real tembu del pueblo xosa. Su privilegiada posición le permitió estudiar Derecho en universidades exclusivas para negros, y pronto se involucró en la lucha anticolonialista, afiliándose en 1944 al Congreso Nacional Africano, el principal movimiento de oposición contra la discriminación racial del país. Inspirándose en la lucha de Gandhi por la independencia de la India, Mandela organizó campañas de desobediencia civil contra el Gobierno que había impuesto la normativa del apartheid a partir de 1948, pero condenando siempre el uso de la violencia. Sin embargo, con el paso del tiempo adoptó una postura más beligerante en la que ya no descartaba de manera tan tajante el empleo de la fuerza. Por sus actividades acabó siendo juzgado por alta traición y llevado a la cárcel, donde permaneció entre 1963 y 1990. En sus años de prisión continuó defendiendo la idea de una Sudáfrica donde blancos y negros pudieran vivir juntos con igualdad de derechos y obligaciones.

Su privación de libertad durante veintisiete años convirtió a Mandela en un símbolo mundial de la lucha contra la injusticia que suponía el apartheid. En 1988, con motivo de su setenta cumpleaños, se celebró un multitudinario concierto en el estadio de Wembley (Londres) que puso a Mandela en el centro de las exigencias de la comunidad internacional respecto al régimen sudafricano.

El hundimiento del bloque soviético que se estaba produciendo en aquellos mismos momentos despojó a Mandela de parte de su

peligro ideológico por su proximidad con el pensamiento comunista. En Sudáfrica, el Gobierno de Frederik de Klerk, asfixiado por el bloqueo económico y diplomático, lo liberó finalmente en febrero de 1990.

Tras su liberación, Mandela se reincorporó a la vida política como líder indiscutido del movimiento antiapartheid. En 1994 se convirtió en el primer negro elegido presidente de Sudáfrica. Al año siguiente, aprovechó la celebración del Campeonato Mundial de Rugby en su país para unir a toda la población en apoyo del equipo nacional, los Springboks, uno de los símbolos tradicionales de los blancos. Por su defensa de la paz y la reconciliación entre las poblaciones blanca y negra del país, Mandela y Frederik de Klerk recibieron en 1993 el Premio Nobel de la Paz.

Mandela fue presidente de la República de Sudáfrica hasta que en 1999 se retiró de la vida pública. Murió en 2013 en Johannesburgo, a los noventa y cinco años.

■

Dónde y cuándo

El 11 de febrero de 1990, Mandela, de la mano de su esposa Winnie, cruzó a pie la puerta de la cárcel de Victor Verster donde había estado recluido los últimos años en un régimen más llevadero tras cumplir gran parte de su condena en Robben Island.

Vestido de manera impecable con traje y corbata, saludaba a los que se habían agolpado a las puertas de la prisión para darle la bienvenida. El matrimonio caminaba rodeado por una comitiva de guardaespaldas, aunque la sensación era bastante caótica a causa de los miles de personas que se habían reunido allí de manera espontánea.

Tras caminar unos cientos de metros, Mandela se subió a un automóvil a bordo del cual continuó su paseo triunfal hasta Ciudad del Cabo. El destino era el edificio del ayuntamiento, donde saludó

a la multitud desde un balcón. Todo tenía un cierto aire de improvisación, con gente encaramada a las barandillas e incluso a las farolas. En el centro del balcón, decorado con banderas del Congreso Nacional Africano y con una bandera comunista, Mandela estaba completamente rodeado de personas, lo que suponía una auténtica pesadilla para su servicio de seguridad.

Como maestro de ceremonias actuó Walter Sisulu, su compañero en el ANC y el Umkhonto we Sizwe y condenado también en el proceso de Rivonia. Sisulu había sido liberado en 1989 y era uno de los líderes naturales del Congreso Nacional Africano en ausencia de Mandela. Con visible emoción, presentó a Mandela ante la multitud y le cedió el micrófono. Mandela, con gafas y gestos muy pausados, comenzó a leer.

El discurso

Idioma original: inglés

Amandla! Amandla! i-Afrika, mayibuye!

Amigos, camaradas y compañeros sudafricanos.

Os saludo a todos en el nombre de la paz, la democracia y la libertad.

Me presento aquí delante de vosotros no como un profeta, sino como un humilde servidor vuestro, del pueblo. Vuestros incansables y heroicos sacrificios han hecho posible que hoy yo me encuentre aquí. Por eso, deposito en vuestras manos los años que me queden de vida.

En este día de mi puesta en libertad, hago extensiva mi sincera y más cálida gratitud a los millones de mis compatriotas y los de todos los rincones del mundo que han luchado sin descanso por mi liberación.

Envío un saludo especial a la gente de Ciudad del Cabo, la ciudad que ha sido mi hogar durante tres décadas. Vuestras marchas multitudinarias y otras formas de lucha han servido como una fuente constante de fuerza para todos los presos políticos.

Saludo al Congreso Nacional Africano. Ha cumplido todas y cada una de nuestras expectativas en su papel de líder de la gran marcha hacia la libertad.

Saludo a nuestro presidente, el camarada Oliver Tambo, por liderar al ANC62, incluso en las circunstancias más difíciles.

Saludo a los miembros de base del ANC. Habéis sacrificado la vida y la integridad física en la búsqueda de la noble causa de nuestra lucha.

Saludo a los combatientes de Umkhonto we Sizwe, como Solomon Mahlangu y Ashley Kriel, que han pagado el precio más alto por la libertad de todos los sudafricanos.

Saludo al Partido Comunista de Sudáfrica por su admirable contribución en la lucha por la democracia. Habéis sobrevivido cuarenta años a una persecución implacable. El recuerdo de grandes comunistas como Moisés Kotane, Yusuf Dadoo, Bram Fischer y Moses Mabhida será apreciado por las generaciones venideras.

Saludo al secretario general Joe Slovo, uno de nuestros mejores patriotas. Nos sentimos alentados por el hecho de que la alianza entre nosotros y el partido sigue siendo tan fuerte como siempre.

Saludo al Frente Democrático Unido, al Comité Nacional de Crisis de la Educación, al Congreso de la Juventud de Sudáfrica, al Congreso del Transvaal y al Congreso India de Natal, al COSATU63 y a las muchas otras formaciones del Movimiento Democrático de Masas.64

También saludo a las Black Sash65 y a la Unión Nacional de Estudiantes Sudafricanos. Observamos con orgullo que habéis actuado como la conciencia de la Sudáfrica blanca. Incluso durante los días más oscuros de la historia de nuestra lucha, vosotras sostuvisteis en alto la bandera de la libertad. La movilización de

masas a gran escala de los últimos años es uno de los factores clave que llevaron a la apertura del capítulo final de nuestra lucha.

Hago extensivo mi saludo a la clase trabajadora de nuestro país. Vuestra fuerza organizada es el orgullo de nuestro movimiento. Vosotros seguís siendo la fuerza más confiable en la lucha para acabar con la explotación y la opresión.

Rindo homenaje a las numerosas comunidades religiosas que continuaron con la campaña por la justicia cuando fueron silenciadas las organizaciones de nuestro pueblo.

Saludo a los líderes tradicionales de nuestro país —muchos de vosotros seguís caminando tras los pasos de grandes héroes como Hintsa y Sekhukune—.

Rindo homenaje al interminable heroísmo de la juventud, vosotros, los jóvenes leones. Vosotros, los jóvenes leones, habéis llenado de energía toda nuestra lucha.

Rindo homenaje a las madres, esposas y hermanas de nuestra nación. Vosotras sois los rocosos cimientos de nuestra lucha. El apartheid ha causado más dolor en vosotras que en cualquier otra persona.

En esta ocasión, damos las gracias a la comunidad mundial por su gran contribución a la lucha contra el apartheid. Sin vuestro apoyo, nuestra lucha no habría llegado a esta etapa avanzada. El sacrificio de los Estados de primera línea será recordado siempre por los sudafricanos.

Mis saludos estarían incompletos sin expresar mi profundo aprecio por la fuerza que me han dado durante mis largos y solitarios años de cárcel mi amada esposa y mi familia. Estoy convencido de que vuestro dolor y sufrimiento fueron mucho mayores que los míos.

Antes de seguir adelante, deseo dejar claro que tengo la intención de hacer solo unas pocas observaciones preliminares en esta etapa. Haré una declaración más completa solo después de que haya tenido la oportunidad de consultar con mis compañeros.

Hoy en día, la mayoría de los sudafricanos, blancos y negros, reconocemos que el apartheid no tiene futuro. Tiene que acabar por medio de nuestra propia y decisiva acción de masas para construir la paz y la seguridad. La campaña masiva de desafío y otras acciones por parte de nuestra organización y del pueblo solo puede culminar en el establecimiento de la democracia. La destrucción causada por el apartheid en nuestro subcontinente es incalculable.

El tejido de la vida familiar de millones de personas de mi pueblo está hecho añicos. Millones de personas están sin hogar y sin trabajo. Nuestra economía yace en ruinas y nuestro pueblo está envuelto en luchas políticas. Nuestro recurso a la lucha armada en 1960 con la formación del ala militar del ANC, Umkhonto we Sizwe, fue una acción puramente defensiva en contra de la violencia del apartheid. Los factores que hicieron necesaria la lucha armada todavía existen hoy en día. No tenemos más opción que continuar. Expresamos la esperanza de que en breve se creará un clima propicio para un acuerdo negociado, de manera que ya no haya necesidad de una lucha armada.

Yo soy un miembro fiel y disciplinado del Congreso Nacional Africano. Por tanto, estoy totalmente de acuerdo con todos sus objetivos, estrategias y tácticas.

La necesidad de unir a la gente de nuestro país es una tarea tan importante ahora como lo ha sido siempre. Ningún líder individual es capaz de asumir esta enorme tarea por sí solo. Es nuestra tarea como líderes fijar nuestros puntos de vista ante nuestra organización y permitir que decidan las estructuras democráticas. Sobre la cuestión de la práctica democrática, siento el deber de dejar claro que un líder del movimiento es una persona que ha sido elegida democráticamente en una conferencia nacional. Este es un principio que debe respetarse sin excepciones.

Hoy, deseo informarles de que mis conversaciones con el Gobierno han estado dirigidas a la normalización de la situación política en el país. Todavía no hemos comenzado a discutir las demandas básicas de la lucha. Quiero subrayar que yo mismo aún no he entrado en ningún momento en las negociaciones sobre el futuro de nuestro país, salvo para insistir en una reunión entre el ANC y el Gobierno.

El señor De Klerk ha ido más lejos que cualquier otro presidente nacionalista a la hora de tomar medidas reales para normalizar la situación. Sin embargo, tal como se indica en la Declaración de Harare, hay otras medidas que han de cumplirse antes de que puedan comenzar las negociaciones sobre las demandas básicas de nuestro pueblo.

Reitero nuestro llamamiento para, entre otras cosas, la finalización inmediata del estado de emergencia y la liberación de la totalidad, no solo algunos, de los presos políticos. Solo una situación normalizada como esta, que permita la libre actividad política, puede permitir que consultemos a nuestro pueblo con el fin de obtener un mandato.

La gente debe ser consultada sobre quién negociará y sobre el contenido de tales negociaciones. Las negociaciones no pueden llevarse a cabo por encima de las cabezas o a espaldas de nuestro pueblo. Es nuestra creencia que el futuro de nuestro país solo puede ser decidido por un organismo que sea elegido democráticamente sobre una base no-racista. Las negociaciones sobre el desmantelamiento del apartheid tendrán que hacer frente a la abrumadora demanda de nuestro pueblo por una Sudáfrica unida, democrática y no racista. Hay que poner fin al monopolio blanco en el poder político y llevar a cabo una reestructuración fundamental de nuestros sistemas políticos y económicos para asegurar que las desigualdades del apartheid se abordan, y se democratiza a fondo nuestra sociedad.

Hay que añadir que el propio señor De Klerk es un hombre íntegro, que es muy consciente de los peligros de que una figura pública no haga honor a sus compromisos. Pero, como organización, basamos nuestra política y estrategia en la dura realidad a la que nos enfrentamos. Y esta realidad es que seguimos sufriendo bajo la política del Gobierno nacionalista.

Nuestra lucha ha alcanzado un momento decisivo. Hacemos un llamamiento a nuestro pueblo para que aproveche este momento, de manera que el proceso hacia la democracia sea rápido y sin interrupciones. Hemos esperado demasiado tiempo para lograr nuestra libertad. Ya no podemos esperar más. Ahora es el momento de intensificar la lucha en todos los frentes. Relajar ahora nuestros

esfuerzos sería un error que las generaciones venideras no podrían perdonar. La visión de la libertad que surge en el horizonte debería animarnos a redoblar nuestros esfuerzos.

Únicamente a través de la acción de masas disciplinada puede asegurarse nuestra victoria. Hacemos un llamamiento a nuestros compatriotas blancos para que se unan a nosotros en la conformación de una nueva Sudáfrica. El movimiento de la libertad es un hogar político también para vosotros. Hacemos un llamamiento a la comunidad internacional para que continúe la campaña de aislamiento del régimen del apartheid. Levantar las sanciones ahora sería correr el riesgo de abortar el proceso hacia la erradicación total del apartheid.

Nuestra marcha hacia la libertad es irreversible. No debemos permitir que el miedo se interponga en nuestro camino. El sufragio universal en función de los electores, así como en una Sudáfrica unida, democrática y no racista es el único camino hacia la paz y la armonía racial.

En conclusión, deseo citar mis propias palabras durante mi juicio en 196466. Son tan verdaderas hoy como lo fueron entonces:

He luchado contra la dominación blanca y he luchado contra la dominación negra. He anhelado el ideal de una sociedad democrática y libre en la que todas las personas vivan juntas en armonía y con igualdad de oportunidades. Es un ideal por el que espero vivir, y que espero lograr. Pero si es necesario, es un ideal por el que estoy preparado para morir.

TRADUCCIÓN DEL AUTOR

Contenido del discurso

El discurso de Mandela del 11 de febrero de 1990 no debe entenderse como una declaración política con un análisis profundo de la situación de Sudáfrica. De hecho, el propio Mandela señaló que su intención era hacer tan solo «unas pocas observaciones preliminares» y que haría una declaración más completa solo después de consultar con sus compañeros. Fue, por lo tanto, una primera toma de contacto.

Ethos

Cualquier buen orador sabe de la importancia de unas buenas primeras palabras. Solo se tiene una oportunidad de causar una buena primera impresión, y Mandela aprovechó la ocasión repitiendo un lema en lengua xosa bien conocido por los presentes:

Mandela: Amandla! (¡Poder!)

Multitud: Ngawethu! (¡Es nuestro!)

Mandela: Amandla! (¡Poder!)

Multitud: Ngawethu! (¡Es nuestro!)

Mandela: i-Afrika (África)

Multitud: Mayibuye! (¡Vuelve!)

Mandela: Mayibuye!

Multitud: i-Afrika

De este modo, Mandela borraba de un plumazo la distancia impuesta por los veintisiete años de prisión. Seguía siendo un africano más, un hombre del pueblo, conocedor de sus códigos y

capaz de conectar con su público.

A partir de ese momento, Mandela abandonó su lengua xosa y pasó a hablar en inglés. Sus primeras palabras fueron igualmente de proximidad: «amigos», «camaradas» y «compañeros» eran tres conceptos que establecían vínculos con los interlocutores.

La concepción de la autoridad moral que exhibió Mandela se basaba en dos pilares. Por una parte, se mostró ante la multitud no solo como uno más de ellos, sino como el más humilde servidor del pueblo y del ANC.

Me presento aquí delante de vosotros no como un profeta, sino como un humilde servidor vuestro, del pueblo. Por eso, deposito en vuestras manos los años que me queden de vida.

Yo soy un miembro fiel y disciplinado del Congreso Nacional Africano.

Por otra parte, vinculó sus convicciones, su lucha y su trayectoria con las de su público. Creían en las mismas cosas, habían sufrido las mismas experiencias traumáticas y habían logrado la libertad todos juntos. No había un yo y un vosotros. Únicamente había un nosotros. De este modo confirmaba la credibilidad de la persona que se presentaba ante ellos tras veintisiete años de silencio.

Os saludo a todos en el nombre de la paz, la democracia y la libertad.

[…] Estoy convencido de que vuestro dolor y sufrimiento fueron mucho mayores que los míos.

[…] El movimiento de la libertad es un hogar político también para vosotros.

[…] hago extensiva mi sincera y más cálida gratitud a los millones de mis compatriotas y los de todos los rincones del mundo que han luchado sin descanso por mi liberación.

Por último, al concluir el discurso con las mismas palabras de su defensa durante el juicio de 1964 estaba dejando un mensaje muy claro: el tiempo había pasado, pero él era la misma persona.

Objetivo del discurso

Mandela habló en un ritmo deliberadamente lento y pausado para rebajar las pulsaciones de los presentes y que la ocasión no se convirtiera en un mitin en el que fueran más importantes las emociones que los conceptos. Su objetivo en esta alocución que él mismo calificó como «observaciones preliminares» era doble. Por una parte, pretendía dar las gracias por el apoyo y las protestas durante sus años de encarcelamiento; por otra, deseaba expresar el objetivo fundamental de sus años de lucha: que negros y blancos pudieran vivir juntos en una sociedad más justa mediante una erradicación completa del apartheid.

Para expresar estas dos ideas, Mandela se valió de una serie de herramientas retóricas.

Agradecimientos. Pathos

La lista de individuos y organizaciones a las que Mandela dio las gracias era realmente larga. En ella se podían encontrar varios colectivos:

En primer lugar, la gente anónima. Mandela mencionó tanto a

compatriotas como a ciudadanos del mundo que habían luchado por su liberación, y tuvo por último un recuerdo para la población de Ciudad del Cabo, donde pronunciaba el discurso y donde había pasado sus últimos años de vida en prisión.

En segundo lugar, las organizaciones políticas. En este apartado destacó a tres: el Congreso Nacional Africano, el Umkhonto we Sizwe y el Partido Comunista de Sudáfrica.

En el tercer grupo dedicó un recuerdo a las Black Sash y a la Unión Nacional de Estudiantes Sudafricanos, dos organizaciones antiapartheid cuyos miembros eran blancos.

El cuarto colectivo lo constituían las organizaciones sociales negras, así como los sectores más desfavorecidos en la lucha: los jóvenes, que habían aportado la mayor parte de las víctimas (fuese por penas de prisión o por resultar muertos o heridos) y las mujeres, que en sus papeles de madres, esposas, hermanas e hijas de los luchadores habían mantenido la cohesión familiar en los momentos de mayor dificultad. Dentro de este grupo, Mandela tuvo unas palabras para su propia familia, subrayando de nuevo el hecho de que compartía una misma suerte con su pueblo.

Este capítulo de agradecimientos fue una concesión al pathos. Al repasar la lista, resultaría inevitable recordar los sufrimientos pasados durante los años de lucha contra el apartheid. Por eso, Mandela fue alternando la mención de las organizaciones con el recuerdo a personas concretas. El primero, por respetar las jerarquías, fue Oliver Tambo, presidente del Congreso Nacional Africano. En 1985 había sufrido un derrame cerebral que había debilitado su estado de salud, aunque conservaba el liderazgo nominal de la institución. En el momento del discurso, Tambo seguía viviendo en su exilio en Zambia, de manera que era el más ilustre ausente entre los líderes del ANC. El siguiente recuerdo fue para dos luchadores del Umkhonto we Sizwe, como Solomon Mahlangu (ejecutado en 1979) y Ashley Kriel (asesinado en 1987). Para Mandela, eran bajas en la lucha por la libertad que habían «pagado el precio más alto».

Entre los líderes comunistas, su recuerdo fue para varios personajes ya desaparecidos, Moisés Kotane, Yusuf Dadoo, Bram

Fischer y Moses Mabhida, aunque solamente en el caso de Fischer concurrieron circunstancias violentas relacionadas con la represión del apartheid. Por último, incluyó entre sus saludos a otro blanco, el secretario general del Partido Comunista Joe Slovo.

La apelación a los sentimientos quedó redondeada mediante fórmulas y expresiones emocionales como «heroicos sacrificios», «será apreciado por generaciones venideras», «los días más oscuros de la historia de nuestra lucha, sostuvisteis en alto la bandera de la libertad», «orgullo», «grandes héroes», «interminable heroísmo», «jóvenes leones», etcétera. ¿Quién no querría formar parte de aquella lucha?

La hora de la política. Logos

En la segunda parte del discurso, Mandela expuso los anhelos y estrategias del Congreso Nacional Africano para alcanzar una normalización absoluta en Sudáfrica. Aquí, sus palabras se hicieron más concretas, menos emotivas, centrándose en dejar claro el mensaje. Para ello, la primera frase contenía ya la idea fundamental del discurso:

Hoy en día, la mayoría de los sudafricanos, blancos y negros, reconocemos que el apartheid no tiene futuro. Tiene que acabar por medio de nuestra propia y decisiva acción de masas para construir la paz y la seguridad.

Y esto era así, en opinión de Mandela, porque el apartheid había sumido a toda Sudáfrica, no solo a la población negra, en una ruina económica y política.

En este punto, el líder introdujo una argumentación nueva, quizás ligeramente forzada, para justificar las acciones de resistencia violenta que había provocado el régimen de segregación.

La creación de Umkhonto we Sizwe, al que pertenecía Mandela, había buscado tan solo «una acción puramente defensiva». Esta puntualización fue probablemente un mensaje dirigido a la comunidad internacional que estaría muy pendiente de las primeras palabras de Mandela para su liberación. Aunque en la actualidad es considerado un ejemplo de defensor de la paz, lo cierto es que en aquel entonces estaba incluido en las listas de terroristas de muchos países occidentales. Había que dejar claro que, a partir de ese momento, el camino sería pacífico.

Esta puntualización le llevó al siguiente mensaje:

Expresamos la esperanza de que en breve se creará un clima propicio para un acuerdo negociado, de manera que ya no haya necesidad de una lucha armada.

¿Cuáles serían los primeros objetivos del Congreso Nacional Africano en esa negociación? Podían resumirse en cuatro: en primer lugar, la finalización inmediata del estado de emergencia; después, la puesta en libertad de la totalidad de presos políticos; a continuación, negociaciones para ver la mejor forma de desmantelamiento del apartheid y, por último, fin del monopolio blanco mediante la instauración del sufragio universal.

Para este momento, Mandela llevaba ya dieciséis minutos hablando y todavía no había mencionado al presidente De Klerk, el artífice de su liberación, pero también el responsable máximo de que en Sudáfrica continuara existiendo el apartheid. Era hora de introducirlo en el razonamiento, presentándolo de una manera equilibrada, con sus luces y sus sombras.

Hay que añadir que el propio señor De Klerk es un hombre íntegro, que es muy consciente de los peligros de que una figura pública no haga honor a sus compromisos. Pero, como organización, basamos nuestra política y estrategia en la dura

realidad a la que nos enfrentamos. Y esta realidad es que seguimos sufriendo bajo la política del Gobierno nacionalista.

La mención a De Klerk provocó un moderado abucheo entre los presentes. Estaba claro que, como cara visible del apartheid, no era un rostro amable, pero quizás no provocaba un rechazo tan visceral como su predecesor Botha. En cualquier caso, Mandela le reconoció su honorabilidad personal, aunque en ningún momento le agradeció la liberación. No le había hecho un favor; le había concedido lo que por derecho le correspondía.

Las palabras de Mandela muestran una inteligente comprensión de las técnicas de negociación, en concreto de la estrategia conocida como HOISOP (Hard On the Issue, Soft On the Person, 'duro con el problema, suave con la persona'). Al recordar la honorabilidad de De Klerk, en realidad le estaba poniendo en una situación de no retorno delante de toda la comunidad internacional. No tendría más remedio que cumplir con los compromisos adquiridos durante las negociaciones preliminares que ambos hombres habían mantenido antes de la liberación de Mandela.

La última parte de la alocución podría recordar las palabras de Martin Luther King cuando advertía «ahora es el momento». De igual modo, Mandela dejó bien claro que se había alcanzado un punto decisivo.

Hemos esperado demasiado tiempo para lograr nuestra libertad. Ya no podemos esperar más. Ahora es el momento de intensificar la lucha en todos los frentes. Relajar ahora nuestros esfuerzos sería un error que las generaciones venideras no podrían perdonar. La visión de la libertad que se avecina por el horizonte debería animarnos a redoblar nuestros esfuerzos.

Y con menos poesía que King, también Mandela vislumbraba un futuro de unión de blancos y negros. El futuro sería de todos o

no sería.

Hacemos un llamamiento a nuestros compatriotas blancos para que se unan a nosotros en la conformación de una nueva Sudáfrica. El movimiento de la libertad es un hogar político también para vosotros.

En resumen, el futuro de Sudáfrica pasaba por la libertad, la democracia y la abolición del apartheid. Solo había una cosa que pudiera evitar este camino irreversible: «No debemos permitir que el miedo se interponga en nuestro camino».

Herramientas retóricas

Son varios los recursos de los que se valió Mandela para resaltar su mensaje aquella tarde del 11 de febrero. El primero de ellos, muy habitual en los discursos que ya hemos visto en este libro, es la anáfora, es decir, la repetición de una palabra o frase al comienzo de párrafos sucesivos. En este caso, constituyó el marco sobre el que construyó la primera parte de su intervención, los agradecimientos, mediante la repetición de las fórmulas «Saludo a», «Envío un saludo» o «Rindo homenaje».

Asimismo, se valió del poderoso efecto del tricolon en su fórmula de saludo inicial: «Os saludo a todos en el nombre de la paz, la democracia y la libertad».

En varios puntos del discurso recurrió también al uso de metáforas, con imágenes sencillas, fácilmente comprensibles y, en el caso de los jóvenes, profundamente enraizadas en el mundo africano:

Incluso durante los días más oscuros de la historia [...]

Rindo homenaje a las madres, esposas y hermanas de nuestra nación. Vosotras sois los rocosos cimientos de nuestra lucha.

Rindo homenaje al interminable heroísmo de la juventud, vosotros, los jóvenes leones.

Igualmente, al citar sus palabras de 1964, se sirvió de la analogía, estableciendo una relación de semejanza entre dos conceptos teóricamente opuestos: «He luchado contra la dominación blanca y he luchado contra la dominación negra».

El discurso en imágenes

Lo ocurrido en los meses y años siguientes a la liberación de Mandela es de sobra conocido. La abolición del apartheid y la concesión del sufragio universal a todos los ciudadanos sudafricanos llevó a Mandela hasta la Presidencia de la nación en mayo de 1994. En teoría, la lucha por la igualdad había terminado, pero en realidad el país tenía todavía unas profundas cicatrices emocionales provocadas por varios decenios de separación, incomprensión, odio y rencor.

Lograr la unión, la comunión de blancos y negros, era una tarea pendiente a la que debía enfrentarse el presidente Mandela. Y encontró la ocasión perfecta en el deporte. En 1995 se iba a celebrar en Sudáfrica el Campeonato Mundial de Rugby. Tradicionalmente, se trataba de un deporte practicado y seguido en exclusiva por blancos, mientras que la población negra era más partidaria del fútbol. Sin embargo, Mandela hizo una apuesta arriesgada. Con la ayuda y colaboración de François Pienaar, capitán de la selección sudafricana, los llamados Springboks, consiguió que toda la población sudafricana contemplase a aquel equipo como suyo. Los Springboks, que contaban con un único

jugador negro, Chester Williams, eran uno de los símbolos de la cultura afrikáner que excluía a la mayoría negra, y durante decenios había atraído el odio de sus propios compatriotas de color.

La habilidad de Mandela y el compromiso y el éxito de aquel equipo obraron el milagro. Antes de la final del Mundial, celebrada en el Ellis Park de Johannesburgo, Mandela bajó al césped a saludar a los jugadores de Sudáfrica y Nueva Zelanda llevando la camiseta del equipo nacional. Era tan solo un símbolo, pero representaba la primera vez que todo un país en unión deseaba algo. La historia tuvo un final feliz, Sudáfrica ganó su primer campeonato mundial y fue, por una vez, un país unido.

Discurso íntegro de Mandela

https://www.youtube.com/watch?v=-Qj4e_q7_z4

_____

62 African National Congress (ANC). El Congreso Nacional Africano mencionado anteriormente.

63 Congress of South African Trade Unions (COSATU). Congreso de los Sindicatos Sudafricanos, la mayor federación de sindicatos del país, muy comprometida en la lucha contra el apartheid .

64 Mass Democratic Movement (MDM). Movimiento Democrático de Masas, fue una alianza de grupos antiapartheid formada en 1988 sin forma definida, lo que hacía más difícil que el Gobierno pudiera combatirla. Durante 1988 y 1989 fue el responsable de numerosas acciones de protesta que alteraron profundamente la vida política, económica y social del país.

65 Las Black Sash eran un grupo de mujeres blancas de clase media que denunció y combatió el apartheid . En muchas de sus acciones públicas, lucían una banda negra cruzada sobre el pecho, de ahí su nombre, black sash , 'banda negra'.

66 Se refiere a su discurso del 20 de abril de 1964, que termina de manera idéntica a este.

Este libro está compuesto con la fuente Sabon.
Es considerada una de las fuentes tipográficas
más legibles de las destinadas a la composición
de libros. Esta tipografía fue creada a principios de
los años sesenta por Jan Tschichold, teniendo en
cuenta la modernización de los nuevos
sistemas de impresión